

WILLIAM BARCLAY

COMENTARIO
AL NUEVO TESTAMENTO
-Tomo 8-

Carta a los Romanos

PRESENTACIÓN

Los que hayáis empezado a usar el *COMENTARIO AL NUEVO TESTAMENTO* de William Barclay por los tomos de *Lucas* o de *Hechos* -que es lo más recomendable, y por eso los hemos publicado antes, siguiendo su consejo- notaréis en *Romanos* un cambio notable que ya esperaríais. Reconoceréis que es el mismo Barclay, pero el libro que comenta es único en su género. De todas maneras estamos seguros de que os ayudará, enseñará, edificará y entusiasmara por lo menos tanto como los otros.

Cuando leáis el segundo párrafo de la página 19 comprenderéis por qué yo, que cuando Barclay publicó este tomo en 1955 era uno de sus alumnos, no podía vivir tranquilo hasta compartir con vosotros, estudiantes de la Biblia que usáis mi lengua, este comentario sencillo, sugestivo, simpático y edificante.

Lo de *sencillo* ya se supone que, en el caso de *Romanos*, es en la medida de lo posible. Pero esa medida en el caso de William Barclay, es «apretada, remecida y rebosando», porque nuestro autor se crece ante las dificultades. Ya se supone que, en una carta tan importante, escrita hace más de diecinueve siglos por un judío de Tarso de Cilicia y ciudadano romano a algunos habitantes de Roma, se incluyan alusiones y referencias a las condiciones de vida de aquel entonces y a los forjadores y principales exponentes de aquella cultura. Para entender esta carta tendríamos que espigar muchos datos en los escritos de aquel tiempo. Eso es lo que ha hecho para nosotros William Barclay, especialista y forfo de la historia y las lenguas clásicas, cicerone ideal para guiarnos en la visita al Foro romano, con sus tribunales en los que se tramitan adopciones entre bebés abandonados de los que sólo sobrevivirán, si a eso se puede llamar sobrevivir, los que recojan para las

especulaciones de aquel tiempo, que no eran tan diferentes de las actuales en algunos sitios. Nos presentará a emperadores crueles, viciosos, ansiosos de notoriedad y de poder, y a otros que figuran entre los grandes santos estoicos de entonces y de todos los tiempos; y a personas de todas las escalas sociales hasta llegar a los esclavos, porque no se puede llegar más abajo. Pero, sobre todo, nos mostrará cómo ha ido penetrando el Evangelio en toda la gama de la sociedad romana, desde los esclavos hasta las clases más altas, probablemente en este orden, produciendo grandes santos y mártires de Cristo.

Es natural que en un comentario como éste haya que explicar palabras que ya entonces estaban encintas de una gran carta histórica y psicológica. Si nos inspira excesivo respeto el descubrir que Barclay estudia una por una las 20 palabras griegas de la «larga lista de cosas terribles» de los versículos 28 a 32 del capítulo primero, se nos pasará el susto en seguida cuando comprobemos que las expone en una galería de escenas costumbristas y de retratos entre los que no faltan graciosas caricaturas.

Y no digamos cuando se enfrenta con las listas de nombres. Nos confiesa en algún sitio que hubo un tiempo en que pensaba que no perderían gran cosa las Sagradas Escrituras si se omitieran las genealogías y cosas por el estilo; pero nos hace felices comprobar que superó aquella actitud, y que desarrolló una de sus habilidades superlativas como expositor *par excellence*: la de seguir el hilo de esos nombres que no nos dicen nada a la mayoría por los laberintos de la Biblia, las historias romanas, los papiros egipcios, las inscripciones y hasta las catacumbas, para reconstruimos verdaderas sagas que, si no siempre podemos decir que «escrito lo tenemos, es verdadera historia», merecerían serlo. Si en algún momento se os hace pesada la lectura continuada, os aconsejo que paséis al último capítulo, el de los saludos finales. Sólo os advertiré, por propia experiencia, que tengáis pañuelos abundantes a mano. ¡Que os aproveche mucho!

Alberto Araujo

INTRODUCCIÓN GENERAL A LAS CARTAS DE PABLO

LAS CARTAS DE PABLO

Las cartas de Pablo son el conjunto de documentos más interesante del Nuevo Testamento; y eso, porque una carta es la forma más personal de todas las que se usan en literatura. Demetrio, uno de los antiguos críticos literarios griegos, escribió una vez: «Cada uno revela su propia alma en sus cartas. En cualquier otro género se puede discernir el carácter del escritor, pero en ninguno tan claramente como en el epistolar» (Demetrio, *Sobre el Estilo*, 227). Es precisamente porque disponemos de tantas cartas suyas por lo que nos parece que conocemos tan bien a Pablo. En ellas abrió su mente y su corazón a los que tanto amaba; en ellas, aún ahora podemos percibir su gran inteligencia enfrentándose con los problemas de la Iglesia Primitiva, y sentimos su gran corazón latiendo de amor por los hombres, aun por los descarriados y equivocados.

EL ENIGMA DE LAS CARTAS

Por otra parte, muchas veces no hay nada más difícil de entender que una carta. Demetrio (*Sobre el Estilo*, 223) cita a Artemón, el editor de las cartas de Aristóteles, que decía que una carta es en realidad una de las dos partes de un diálogo, y como tal debería escribirse. En otras palabras: leer una carta es como escuchar un lado de una conversación telefónica. Por

eso a veces nos es difícil entender las cartas de Pablo: porque no tenemos las otras a las que está contestando, y no conocemos la situación a la que se refiere nada más que por lo que podemos deducir de su respuesta. Antes de intentar entender cualquiera de las cartas que escribió Pablo debemos hacer lo posible para reconstruir la situación que la originó.

LAS CARTAS ANTIGUAS

Es una lástima que las cartas de Pablo se llamen epístolas. Son, en el sentido más corriente, cartas. Una de las cosas que más luz han aportado a la interpretación del Nuevo Testamento ha sido el descubrimiento y la publicación de los papiros. En el mundo antiguo, el papiro era el antepasado del papel en el que se escribían casi todos los documentos. Se hacía con tiras de la corteza de una planta que crecía en las orillas del Nilo. Las tiras se colocaban unas encima de otras y se abatanaban, de lo que resultaba algo parecido al papel de estraza. Las arenas del desierto de Egipto eran ideales para la conservación de los papiros, que eran de larga duración siempre que no estuvieran expuestos a la humedad. Los arqueólogos han rescatado centenares de documentos -contratos de matrimonio, acuerdos legales, fórmulas de la administración- y, lo que es más interesante, cartas personales. Cuando las leemos nos damos cuenta de que siguen una estructura determinada, que también se reproduce en las cartas de Pablo. Veamos una de esas cartas antiguas, que resulta ser de un soldado que se llamaba Apión a su **padre Epímaco, diciéndole que ha llegado bien a Miseno a pesar de la tormenta.**

«Apión manda saludos muy cordiales a su padre y señor Epímaco. Pido sobre todo que usted se encuentre sano y bien; y que todo le vaya bien a usted, a mi hermana y su hija y a mi hermano. Doy gracias a mi Señor Serapis por conservarme la vida cuando estaba en peligro en el mar. En cuanto llegué

a Miseno recibí del César el dinero del viaje, tres piezas de oro; y todo me va bien. Le pido, querido Padre, que me mande unas líneas, lo primero para saber cómo está, y también acerca de mis hermanos, y en tercer lugar para que bese su mano por

haberme educado bien, y gracias a eso espero un ascenso pronto, si Dios quiere. Dé a Capitón mis saludos cordiales, y a mis hermanos, y a Serenilla y a mis amigos. Le mandé un retrato que me pintó Euctemón. En el ejército me llamo Antonio Máximo. Hago votos por su buena salud. Recuerdos de Sereno, el de Agato Daimón, y de Turbo, el hijo de Galonio»

(G. Milligan, *Selections from the Greek Papyri*, 36).

¡No podría figurarse Apión que estaríamos leyendo la carta que le escribió a su padre 1.800 años después! Nos muestra lo poco que ha cambiado la naturaleza humana. El mozo está esperando un ascenso. Era devoto del dios Serapis. Serenilla sería la chica con la que salía. Y le ha mandado a los suyos el equivalente de entonces de una foto.

Notamos que la carta tiene varias partes: (i) Un saludo. (ii) Una oración por la salud del destinatario. (iii) Una acción de gracias a un dios. (iv) El tema de la carta. (v) Finalmente, saludos para unos y recuerdos de otros. En casi todas las cartas de Pablo encontramos estas secciones, como vamos a ver:

(i) *El saludo*: Romanos 1:1; 1 Corintios 1:1; 2 Corintios 1:1; Gálatas 1:1; *Efesios* 1:1; Filipenses 1:1; Colosenses 1:1 s; 1 Tesalonicenses 1:1; 2 Tesalonicenses 1:1.

(ii) *La oración*: en todas sus cartas Pablo pide la gracia de Dios para las personas a las que escribe: Romanos 1: 7; 1 Corintios 1:3; 2 Corintios 1:2; Gálatas 1:3; *Efesios* 1:2; Filipenses 1: 3; Colosenses 1:2; 1 Tesalonicenses 1:1; 2 Tesalonicenses 1: 2.

(iii) *La acción de gracias*: Romanos 1:8; 1 Corintios 1:4; 2 Corintios 1:3; *Efesios* 1:3; Filipenses 1:3; 1 Tesalonicenses

1:3; 2 Tesalonicenses 1:3.

(iv) *El tema de la carta*: de lo que trata cada una.

(v) *Saludos especiales y recuerdos personales*: Romanos 16; 1 Corintios 16:19; 2 Corintios 13:13; Filipenses 4:21s; Colosenses 4:12-15; 1 Tesalonicenses 5:26.

Las cartas de Pablo siguen el modelo de todo el mundo. Deissmann dice de ellas: «Son diferentes de las otras que encontramos en las humildes hojas de papiro de Egipto, no en cuanto cartas, sino en cuanto cartas de Pablo.» No son ejercicios académicos ni tratados teológicos, sino documentos humanos escritos por un amigo a sus amigos.

LA SITUACIÓN INMEDIATA

Con unas pocas excepciones, Pablo escribió todas sus cartas para salir al paso de una situación inmediata, y no como tratados elaborados en la paz y el silencio de su despacho. Si se había producido una situación peligrosa en Corinto, Galacia, Filipos o Tesalónica, Pablo escribía una carta para solucionarla. No estaba pensando en nosotros, sino solamente en aquellos a los que escribía. Deissmann dice: «Pablo no estaba pensando en añadir unas pocas composiciones nuevas a las ya existentes epístolas judías; y menos en enriquecer la literatura sagrada de su nación... No tenía ningún presentimiento del lugar que sus palabras llegarían a ocupar en la historia universal; ni siquiera de que se conservarían en la generación siguiente, y mucho menos de que llegaría el día en que se consideraran Sagrada Escritura.» Debemos recordar siempre que una cosa no tiene que ser pasajera porque se escribió para salir al paso de una situación inmediata. Todas las grandes canciones de amor del mundo se escribieron para una persona determinada, pero siguen viviendo para toda la humanidad. Precisamente porque Pablo escribió sus cartas para salir al paso de un peligro amenazador o de una necesidad perentoria es por lo que todavía laten de vida. Y es precisamente porque las necesidades y las situaciones humanas no cambian por lo que Dios nos habla por medio de ellas hoy.

LA PALABRA HABLADA

De una cosa debemos darnos cuenta en estas cartas. Pablo hacía lo que la mayoría de la gente de su tiempo: no escribía él mismo las cartas, sino se las dictaba a un amanuense, y añadía al final su firma, a veces con algunas palabras más. (Conocemos el nombre de uno de los que escribieron para Pablo: en *Romanos 16:22*, Tercio, el amanuense, introduce su propio saludo antes del final de la carta). En *1 Corintios 16:21* Pablo dice: «Esta es mi firma, mi autógrafo, para que estéis seguros de que esta carta es la mando yo.» (Ver también *Colosenses 4:18*; *2 Tesalonicenses 3:17*).

Esto explica un montón de cosas. Algunas veces es difícil entender a Pablo porque sus frases no terminan nunca, la gramática se quiebra y se enreda la construcción. No debemos figurárnosle sentado tranquilamente a su mesa de despacho, puliendo cuidadosamente cada frase; sino más bien recorriendo de un lado a otro la habitación, soltando un torrente de palabras, mientras su amanuense se daba toda la prisa que podía para no perder ni una. Cuando Pablo componía sus cartas, tenía presentes en su imaginación a las personas a las que iban destinadas, y se le salía del pecho el corazón hacia ellas en palabras que se atropellaban en su ansia de comunicar y ayudar.

INTRODUCCIÓN A LA CARTA A LOS ROMANOS

LA EPÍSTOLA QUE ES DIFERENTE

Hay una diferencia indiscutible entre la *Carta a los Romanos* de Pablo y otra cualquiera de sus cartas. El que haya leído antes, digamos, las *Cartas a los Corintios*, notará la diferencia inmediatamente, tanto de ambiente como de método. Una parte considerable de ella es debida a un hecho básico: cuando Pablo escribió *Romanos* se estaba dirigiendo a una iglesia en cuya fundación no había tenido arte ni parte y con la que no había tenido contacto personal. Esto explica por qué en *Romanos* hay tan pocas de las alusiones a los problemas prácticos que abundan en las otras cartas. Por eso *Romanos*, a primera vista,

parece mucho más impersonal. Como dijo Dibelius, «es la menos condicionada por la situación momentánea de todas las cartas de Pablo.» Para decirlo de otra manera: *Romanos* es la que más se parece a un tratado teológico. En casi todas las otras cartas Pablo está saliendo al paso de algún problema inmediato, de alguna situación apremiante, de algún error extendido, de algún peligro amenazador, que se cernían sobre la iglesia a la que estaba escribiendo. *Romanos* es la que se acerca más a una exposición sistemática de la posición teológica del mismo Pablo independientemente de cualquier conjunto de circunstancias inmediatas.

TESTAMENTARIA Y PROFILÁCTICA

Por eso dos grandes investigadores le han aplicado a *Romanos* dos adjetivos muy iluminadores: (a) Sanday la llamó «*testamentaria*». Es como si Pablo hubiera escrito en *Romanos* su última voluntad y testamento; como si hubiera destilado en esa carta la quintaesencia de lo que creía y predicaba. Roma era la ciudad más grande del mundo, la capital del Imperio más grande que se había conocido. Es posible que Pablo no hubiera estado nunca allí, ni supiera si iría alguna vez. Pero, al escribir a la iglesia de tal ciudad, era comprensible que expusiera la esencia y el corazón de su fe. (b) Burton llamó a *Romanos* «*profiláctica*» -es decir, algo que protege de una infección. Pablo había visto muy a menudo el daño y los problemas que podían causar las ideas erróneas, las nociones tergiversadas, las concepciones equivocadas de la fe y la doctrina cristiana. Por tanto quería enviarle a la iglesia de la ciudad que era el centro del mundo una carta que edificara su fe de tal manera que, si le

llegaban infecciones, tuvieran en la verdadera palabra de la doctrina cristiana una defensa poderosa y efectiva. Se daba cuenta de que la mejor protección contra la infección de la falsa doctrina era y es el antiséptico de la verdad.

CIRCUNSTANCIAS EN QUE PABLO ESCRIBE A LA IGLESIA DE ROMA

Pablo siempre había estado muy interesado en Roma. Uno de sus sueños era predicar allí. Cuando se encuentra en Éfeso, está programando pasar otra vez por Acaya y Macedonia, y se le escapa de lo hondo del corazón la frase: «Después de estar allí *también tengo que ver Roma*» (*Hechos 19:21*). Cuando todo le iba mal en Jerusalén y la situación parecía erizada de peligros y el fin próximo, tuvo una de aquellas visiones que siempre le animaban el corazón. Vio al Señor a su lado, que le decía: «¡Valor, Pablo! Como has dado testimonio de Mí en Jerusalén, *es necesario que también lo des en Roma*» (*Hechos 23:11*). El primer capítulo de esta carta respira el deseo de Pablo de ver Roma: < Estoy deseando veros para impartiros algún don espiritual que os fortalezca» (*Romanos 1:11*). «Tengo muchas ganas de predicaros el Evangelio también a los que estáis en Roma» (*Romanos 1:15*). Bien podemos decir que Pablo llevaba el nombre de *Roma* escrito en el corazón.

Cuando escribió la *Carta a los Romanos*, en el año 58 d.C., Pablo se encontraba en Corinto. Estaba a punto de culminar un proyecto que le era muy querido: la Iglesia de Jerusalén era la madre de todas las demás, pero era pobre, y Pablo había organizado una colecta entre las iglesias más jóvenes para ayudarla (*1 Corintios 16:1 ss; 2 Corintios 9:1ss*). Esa colecta tenía un doble sentido: (a) Era una oportunidad para que los convertidos más recientes manifestaran su amor cristiano. (b) Era una manera práctica de enseñar a todos los cristianos la unidad de la Iglesia Cristiana; y que no eran simplemente miembros de congregaciones aisladas o independientes, sino de la Iglesia universal, en la que cada parte tiene una responsabilidad con las demás. Cuando Pablo escribe *Romanos*, está a punto de ponerse en camino con esa colecta para la Iglesia de Jerusalén: « En este momento, sin embargo, voy a Jerusalén con la ayuda para los santos» (*Romanos 15:25*).

PROPÓSITO DE PABLO AL ESCRIBIR ESTA CARTA

¿Por qué escribe precisamente entonces?

(a) Pablo sabía que el viaje a Jerusalén no estaba exento de peligros. Sabía que tenía enemigos allí, y que ir a Jerusalén era arriesgar su libertad y su vida. Deseaba las oraciones de la Iglesia de Roma antes de emprender la expedición: «Así es que apelo a vosotros, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo y por el amor del Espíritu, que contendáis juntamente conmigo pidiéndolo por mí a Dios para que me libre de los de Judea que no creen en Jesucristo» (*Romanos 15:30s*). Pablo estaba

movilizando las oraciones de la Iglesia antes de embarcarse en esa peligrosa empresa.

(b) Pablo tenía grandes proyectos bulléndole en el corazón. Se ha dicho de él que < le alucinaban las regiones más allá.» Nunca veía una nave anclada sin desear embarcarse para llevar la Buena Nueva a los del otro lado del mar. Nunca veía una cordillera, azul en la distancia, sin que le dieran ganas de pasar al otro lado para llevarles la historia de la Cruz a los que no la habían oído. Esta vez Pablo estaba obsesionado con la idea de España: «Espero veros cuando vaya de camino a España» (*Romanos 15:24*). «Cuando haya concluido esto -es decir, cuando haya entregado la colecta de las iglesias a la de Jerusalén- pasaré por vosotros rumbo a España» (*Romanos 15:28*).

¿Por qué este anhelo de ir a España? Roma había abierto nuestra tierra. Algunas de las calzadas romanas y de las grandes construcciones todavía se pueden ver en nuestro país. Y era el caso que, precisamente entonces, había un destello de grandeza en España. Muchas de las grandes figuras que estaban escribiendo sus nombres en la historia y en la literatura de Roma eran españoles. Estaba Marcial, el maestro del epigrama. Estaba Lucano, el poeta épico. Estaban Columela y Pomponio Mela, grandes figuras de la literatura latina. Estaba Quintiliano, el maestro de la oratoria. Y, sobre todo, estaba Séneca, el más grande de los filósofos estoicos latinos, tutor del emperador Nerón y primer ministro del Imperio Romano. Era natural que se le fuera el pensamiento a Pablo hacia esta tierra que estaba produciendo tal galaxia refulgente de ingenios. ¿Qué pasaría si hombres de esa talla llegaran a ser ganados para Cristo?

No hay datos históricos que nos confirmen a ciencia cierta que Pablo llegó a España. Fue arrestado en aquella visita a Jerusalén, y después de dos años en la cárcel en Cesarea fue remitido a Roma para comparecer ante el Emperador, a lo que se había visto obligado a apelar como ciudadano romano. El *Libro de los Hechos* nos le deja en Roma, viviendo por su cuenta pero como prisionero en espera de juicio; y, a partir de entonces, todo son conjeturas. Pero, al escribir *Romanos*, España era su sueño.

Pablo era un gran estratega. Tenía vista para planificar un territorio como un gran general. Se daba cuenta de que, para entonces, ya podía dejar atrás Asia Menor, pasando también Grecia de momento. Veía todo el Oeste extenderse ante él, territorio virgen para ganar para Cristo. Pero para iniciar la campaña del Oeste necesitaba una base de operaciones. Sólo había una que valía la pena considerar, y era *la misma Roma*.

Fue por eso por lo que escribió esta carta a Roma. Tenía este gran sueño en el corazón y este gran proyecto en la mente. Necesitaba a Roma como base para su nueva campaña. Se daba cuenta de que la Iglesia de Roma le conocería por referencias. Pero también se daba cuenta, porque era realista, de que las referencias que hubieran llegado a Roma serían confusas. Sus opositores eran capaces de difundir calumnias y acusaciones falsas contra él. Así es que escribió esta carta para exponerle a la Iglesia de Roma la quintaesencia de su fe a fin de, cuando llegara el momento de la acción, poder encontrar en Roma una iglesia que estuviera en simpatía con él, desde la que pudieran salir las líneas de comunicación al Oeste y a España. Con tal proyecto e intención Pablo se puso a escribir en Corinto, el año 58 d.C., esta carta a la Iglesia de Roma.

DESARROLLO DE LA CARTA

La Carta a los Romanos es al mismo tiempo muy complicada y muy cuidadosamente estructurada. Por tanto nos ayudará a adentrarnos en ella el tener una idea de su trazado y disposición. Se divide naturalmente en cuatro partes:

- (i) Capítulos 1-8, que tratan del problema de la justificación.
- (ii) Capítulos 9-11, que tratan del problema de los judíos, el Pueblo Escogido.
- (iii) Capítulos 12-15, que tratan de cuestiones prácticas de la vida y la conducta.

- (iv) Capítulo 16, que es una carta de presentación de Febe y una lista de saludos personales.

(i) Cuando Pablo usa la palabra *justicia* quiere decir *estar en la debida relación con Dios*, palabra especialmente paulina, como *justificación y justificar*, que aparecen en *Romanos* más que en ningún otro libro del Nuevo Testamento. Una persona *justa* es la que se mantiene en la debida relación con Dios, y cuya vida lo demuestra.

Pablo empieza con una panorámica del mundo gentil. No tenemos más que ver su decadencia y corrupción para saber que no ha resuelto el problema de la justicia. Pablo considera entonces a los judíos, que habían intentado resolver el problema de la justicia mediante una observancia meticulosa de la Ley. Pablo mismo había probado ese camino, que le había conducido solamente al fracaso y a la derrota, porque no hay nadie en la Tierra que pueda obedecer plenamente la Ley, y por tanto todos deben darse cuenta de que están en deuda con Dios y merecen su desaprobación.

Así es que Pablo encuentra el único camino a la justicia en la actitud de confianza absoluta y total rendición. La única manera de llegar a la debida relación con Dios es creer en su Palabra y arrojarse, tal como se es, a merced de su misericordia y su amor. Este es el camino de la fe. Es reconocer que lo único importante no es lo que nosotros podemos hacer por Dios, sino lo que Él ha hecho por nosotros. Para Pablo, el centro de la fe cristiana era que no podemos nunca llegar a ganar o a merecer el favor de Dios, ni es eso lo que Él espera de nosotros. Todo depende exclusivamente de su gracia, y nosotros también. Lo único que podemos hacer es aceptar con amor y gratitud y confianza lo que Dios ha hecho por nosotros.

Sin embargo, eso no nos libra de las obligaciones, ni nos permite vivir como nos dé la gana. Quiere decir que para siempre jamás debemos esforzarnos en ser dignos del amor **que hace tanto por nosotros**. Pero ya no estamos intentando cumplir las exigencias de una ley austera, inflexible y condenatoria; ya no somos criminales ante el Juez, sino hijos amantes que Le hemos dado toda nuestra vida por amor a Aquel que nos amó primero.

(ii) El problema de los judíos era verdaderamente angustioso. En un sentido muy real eran el Pueblo Escogido de Dios; y, sin embargo, cuando el Hijo de Dios vino al mundo, le rechazaron. ¿Qué explicación se puede dar a este hecho desgarrador?

La única que pudo encontrar Pablo fue que, a fin de cuentas, Dios lo había querido así. De alguna manera, los corazones de los judíos se habían endurecido; pero no fue un fracaso total, porque siempre había habido un remanente fiel. Ni tampoco acabó ahí la cosa; porque el hecho de que los judíos rechazaran a Cristo abrió la puerta de la Salvación a los gentiles, y esto provocaría la vuelta de los judíos, de manera que la Salvación alcanzaría a todos.

Pablo llega más lejos. El judío siempre había pretendido ser un miembro del Pueblo Escogido por el hecho de ser judío. Todo dependía de ser descendiente de Abraham. Pero Pablo insiste en que el verdadero judío no es simplemente el que desciende racialmente de Abraham, sino el que hace la misma decisión de total entrega a Dios que hizo Abraham por la fe impregnada de amor. Por tanto, deduce Pablo, hay muchos judíos de pura sangre que no lo son en el sentido más profundo del término; y hay muchos de otras naciones que son realmente judíos en el verdadero sentido de la palabra. El Nuevo Israel no depende de la raza, sino que está formado por los que tienen la misma fe que Abraham.

(iii) El capítulo 12 de *Romanos* es una exposición ética tan grande que merece colocarse siempre al lado del Sermón de la Montaña. En él establece Pablo el carácter ético de la fe cristiana. Los capítulos 14 y 15 tratan de un problema que sigue presentándose. Había en la iglesia un sector más estrecho, que creía que se debía abstener de ciertos alimentos y bebidas, y que consideraba ciertos días y ceremonias de especial importancia o santidad. Pablo los considera «hermanos débiles» en comparación con otros cuya fe no dependía de estas cosas, y

que formarían el sector más liberal. Lo curioso del caso es que la descripción de los hermanos débiles parece corresponder a los que procedían del judaísmo, y Pablo considera a los otros como «más fuertes» en la fe, y no oculta que sus simpatías están con

ellos. Pero lo importante es que establece el gran principio de que nadie debe hacer nada que hiera la conciencia de un hermano más débil o que le pueda escandalizar. Su punto de vista es que no debemos hacer nada nunca que le haga más difícil a otro el ser cristiano; y que debemos estar dispuestos a renunciar a algo que es bueno para nosotros por amor al hermano débil. La libertad cristiana no debe usarse nunca de forma que dañe la conciencia o la vida de otro.

(iv) La cuarta sección es la presentación de Febe, posiblemente la portadora de la carta, que está al servicio de la Iglesia de Cencreas y que se dirige a Roma, al parecer por asuntos o negocios personales. La carta termina con una lista de saludos y la bendición final.

DOS PROBLEMAS

El capítulo 16 siempre ha presentado problemas a los investigadores.

(i) Muchos han pensado que no debe de formar parte de la *Carta a los Romanos*, sino que probablemente antes pertenecía a una carta dirigida a otra iglesia, y se puso al final de ésta cuando se coleccionaron todas las cartas de Pablo. ¿Por qué piensan así? En principio y sobre todo porque en este capítulo Pablo manda saludos a veintiséis personas diferentes, veinticuatro de las cuales menciona por nombre, y parece conocer íntimamente a todas. Llega a decir, por ejemplo, que la madre de Rufo se ha portado con él como si fuera su madre. ¿Es probable que Pablo conociera íntimamente a veintiséis personas *en una iglesia que no había visitado nunca*? De hecho, saluda a muchas más personas en este capítulo que en ninguna otra de sus cartas. Aquí hay algo que requiere explicación.

Si este capítulo no fue dirigido a Roma, ¿adónde iba destinado? Aquí intervienen Prisca y Aquila en el argumento. Sabemos que se marcharon de Roma en el año 52 d.C., cuando Claudio expulsó de allí a los judíos (*Hechos 18:2*). Sabemos que fueron con Pablo a Éfeso (*Hechos 18:18*), y que estaban allí cuando Pablo escribió *1 Corintios*, menos de dos años antes de que escribiera *Romanos (1 Corintios 16:19)*. Y sabemos que todavía estaban en Éfeso cuando se escribieron las Cartas Pastorales (*2 Timoteo 4:19*). Parece normal que, si nos encontramos una carta que incluye saludos para Prisca y Aquila, debemos suponer que va dirigida a Éfeso, si no se nos dice otra cosa.

¿Hay alguna otra razón para pensar que el capítulo 16 de *Romanos* fuera dirigido a Efeso en primera instancia? Sí: el hecho de que Pablo pasara más tiempo en Éfeso que en ningún otro lugar, lo que hace perfectamente natural que mandara saludos para tantas personas. Pablo menciona a Epeneto, «las primicias de Asia»: Éfeso está en Asia, y esa referencia sería también muy natural en una carta a Éfeso, y no tanto a Roma. *Romanos 16:17* habla de «dificultades, en oposición a la doctrina que se os ha enseñado», lo que parece aludir a la enseñanza que el mismo Pablo les había impartido, cosa que no podía decir a la Iglesia de Roma.

Se puede sugerir que el capítulo 16 fue dirigido a Éfeso en primera instancia, pero no es tan evidente como parece. Por una parte, no tenemos la más mínima evidencia de que este capítulo estuviera incluido en ninguna otra carta nada más que en *Romanos*. Por otra parte, lo curioso es que Pablo *no* manda saludos personales en las cartas a las iglesias que conocía bien, como *Tesalonicenses, Corintios, Gálatas y Filipenses*; mientras que *hay* saludos personales en la carta a los *Colosenses*, aunque Pablo no había estado allí.

La razón es bien sencilla. Si Pablo mandaba saludos personales en las cartas a las iglesias que conocía bien podían surgir celos; por otra parte, cuando escribía a iglesias que no había visitado, procuraría establecer todos los lazos personales

que pudiera. El mismo hecho de que Pablo no hubiera estado nunca en Roma hace más probable el que *tratara* de establecer tantas conexiones personales como le fuera posible. Es verdad que Prisca y Aquila fueron desterrados de Roma por el edicto de Claudio; pero, ¿no sería natural que volvieran seis o siete años después, cuando cambiara la situación, para unir los cabos de su negocio después de haber estado en otros sitios? ¿Y no es también natural que muchos de los otros nombres fueran los de personas que habían sido desterradas también, a las que Pablo habría conocido en otras ciudades, y que habrían vuelto a sus antiguos hogares en Roma cuando dejó de haber moros en la costa? Pablo estaría encantado de tener tantos contactos personales en Roma y de reanudarlos.

Además, como veremos cuando estudiemos el capítulo 16 en detalle, muchos de los nombres -las casas de Aristóbulo y Narciso, Amplias, Nereo y otros- encajan bien en Roma. A pesar de las razones en favor de Éfeso, podemos considerar que no hay por qué separar el capítulo 16 de la *Carta a los Romanos*.

(ii) Pero hay otro problema mucho más interesante e importante. Los manuscritos más antiguos presentan curiosas variantes en los capítulos 14, 15 y 16. El lugar adecuado para una doxología es *al final de todo*. *Romanos 16:25-27* es una doxología, y en la mayor parte de los buenos manuscritos está al final; pero en un cierto número de manuscritos aparece al final del capítulo 14; dos buenos manuscritos la ponen *en los dos* sitios; un manuscrito antiguo la tiene al final del capítulo 15; dos manuscritos no la incluyen *en ningún* sitio, pero dejan un hueco que se supone sería para ella. Un antiguo manuscrito latino tiene una serie de resúmenes de las secciones de la carta, y las dos últimas son:

50: *Del peligro del que ofende a su hermano con la comida.*

Está claro que eso se refiere a *Romanos 14:15-23*.

51: *Del misterio del Señor, que se mantuvo secreto antes de su pasión pero que se reveló.*

Eso también está claro que es *Romanos 16:25-25*, la doxología. Es evidente que esos resúmenes se hicieron sobre la base de un manuscrito que no contenía los capítulos 15 y 16.

Hay algo que arroja un haz de luz en esta cuestión: en un manuscrito se omite el nombre de *Roma* en *Romanos 1: 7 y 15*. No se menciona el destinatario. Todo esto nos hace pensar que *Romanos* circuló en dos versiones: una, como la tenemos, con 16 capítulos, y otra con 14; y tal vez hubo otra con 15. Es probable que la explicación sea que Pablo la escribió *a Roma*, con 16 capítulos; pero los capítulos 15 y 16 son íntimos y personales para Roma. Ahora bien: no tenemos otra carta que contenga un compendio comparable de la doctrina de Pablo. Lo que es probable que sucediera es que *Romanos* empezara a circular por todas las iglesias, *sin los dos últimos capítulos*, a excepción de la doxología. Se debe de haber reconocido que *Romanos* era demasiado importante para limitarse a una sola iglesia; así es que se suprimieron las referencias puramente locales y se envió a todas las iglesias como una carta circular. Desde los primeros tiempos la Iglesia se dio cuenta de que *Romanos* era una exposición tan maravillosa de la mente Pablo que tenía que ser propiedad, no de una sola iglesia, sino de toda la Iglesia. Debemos recordar al estudiarla que siempre se ha considerado *Romanos* como la quintaesencia del Evangelio de Pablo.

VOCACIÓN, EVANGELIO Y MISIÓN

Romanos 1:1-7

Os manda esta carta Pablo, esclavo de Jesucristo, llamado para ser apóstol, apartado para servir al Evangelio de Dios. Este Evangelio es la Buena Noticia que Dios prometió hace mucho por medio de sus profetas en las Sagradas Escrituras, el Evangelio acerca de su Hijo, Quien, en cuanto a su naturaleza humana, nació del linaje de David; Quien, como resultado de Su Resurrección de los muertos, el Espíritu Santo ha demostrado que es el todopoderoso Hijo de Dios. Estoy hablando de Jesucristo nuestro Señor, a través de Quien yo he recibido la gracia y el apostolado para despertar una fiel obediencia por Su causa entre todos los gentiles. Entre ellos estáis también vosotros, que también habéis sido llamados para pertenecer a Jesucristo. Dirijo esta carta a todos los queridos hermanos de Roma que pertenecéis a Dios, que habéis recibido el llamamiento para consagraron a Él: ¡Que la Gracia y la Paz de Dios nuestro Padre y de nuestro Señor Jesucristo sean con vosotros!

Cuando Pablo escribió la *Carta a los Romanos* se estaba dirigiendo a una iglesia que no había visitado nunca ni conocía personalmente. Estaba escribiendo a una iglesia que estaba en la ciudad más grande del imperio más grande del mundo. Por eso escogió las palabras y las ideas con el máximo cuidado.

Empezó presentando sus credenciales:

(i) Se llama a sí mismo esclavo (*dulos*) de Jesucristo. Esta palabra tiene dos trasfondos de pensamiento:

(a) El título que a Pablo le gustaba más aplicar a Jesús es Señor (*Kyrios*). En griego, la palabra *kyrios* designa a alguien que está en posesión indiscutible de una persona o cosa. Quiere decir *dueño o propietario* en el sentido más absoluto. Lo contrario de Señor (*Kyrios*) es *esclavo (dulos)*. Pablo se consideraba esclavo de Jesucristo, su Dueño y Señor. Jesús le había amado y se había entregado por él, y por consiguiente Pablo estaba seguro de que ya no se pertenecía a sí mismo, sino exclusivamente a Jesús. Por otra parte, *esclavo* implica la absoluta obligación del amor.

(b) Pero esclavo (*dulos*) tiene otra vertiente. En el Antiguo Testamento es el término general para designar a un gran hombre de Dios. Moisés era el *dulos* del Señor (*Josué 1:2*). Josué era el *dulos* de Dios (*Josué 24:29*). El más alto título de los profetas, el que los distinguía de los demás hombres, era *esclavos de Dios* (*Amós 3: 7; Jeremías 7.-25*). Cuando Pablo se llama esclavo de Jesucristo, se está colocando en la línea de los profetas. La grandeza y la gloria de éstos dependía del hecho de ser esclavos de Dios, y lo mismo sucedía con Pablo.

Así que el título *esclavo de Jesucristo* incluye al mismo tiempo la obligación de un gran amor y el honor de una gran misión.

(ii) Pablo se describe a sí mismo como *llamado a ser apóstol*. Las grandes figuras del Antiguo Testamento fueron personas que oyeron y respondieron al llamamiento de Dios. Abraham oyó el llamamiento de Dios (*Génesis 12:1-3*). Moisés respondió al llamamiento de Dios (*Éxodo 3:10*). Jeremías e Isaías fueron profetas porque, sin buscarlo ellos, oyeron y respondieron al llamamiento de Dios (*Jeremías 1:4s; Isaías 6:8s*). Pablo no se consideró nunca como uno que había aspirado a un gran honor, sino como uno al que se había asignado una misión. Jesús les dijo a sus hombres: «No fuisteis vosotros los que me elegisteis a Mí, sino que fui Yo el que os elegí a vosotros» (*Juan 15:16*). Pablo no pensaba en la vida en términos de lo que él quería hacer, sino en términos de lo que Dios quería que hiciera.

(iii) Pablo se describe a sí mismo como *apartado para el servicio del Evangelio, la Buena Noticia de Dios*. Era consciente de ser un hombre que había sido apartado. Dos veces se le aplica la misma palabra (*aforizein*):

(a) Fue apartado *por Dios*. Creía que Dios le había separado desde antes de nacer para una misión (*Gálatas 1:15*). Dios tiene un plan para cada persona; no hay vida que no tenga sentido: Dios la ha puesto en el mundo para algo determinado.

(b) Fue apartado *por hombres*, cuando el Espíritu Santo les dijo a los responsables de la Iglesia de Antioquía que Le apartaran a Bernabé y a Saulo para la obra a la que los tenía destinados (*Hechos 13:2*). Pablo era consciente de que le habían asignado una tarea Dios y la Iglesia de Antioquía. Hay personas que se consideran llamadas por Dios aunque la iglesia no las reconoce, y viceversa; pero el verdadero llamamiento viene de Dios y es confirmado por el Pueblo de Dios.

(iv) Había recibido *la gracia*. *Gracia* siempre describe algún regalo inmerecido y gratuito. Antes de ser cristiano, Pablo había tratado de ganar gloria a *los ojos* de los hombres y mérito a los *ojos* de Dios cumpliendo meticulosamente la Ley; pero no había encontrado la paz por ese camino. Ahora ya sabía que lo importante no es lo que nosotros podamos hacer, sino lo que Dios ha hecho por medio de Jesucristo. Para decirlo con pocas palabras: «La Ley establece lo que el hombre tiene que hacer; el Evangelio ofrece lo que Dios ha hecho.» Ahora veía Pablo que la Salvación no depende de lo que el esfuerzo humano pueda hacer, sino de lo que ya ha hecho el amor de Dios. Todo es por gracia, inmerecido y gratuito.

(b) Había recibido *una tarea*. Había sido apartado para ser el Apóstol de los Gentiles. Pablo sabía que había sido escogido, no para un honor, sino para una responsabilidad. Sabía que Dios le había apartado, no para una gloria, sino para un trabajo. Puede que nos encontremos aquí con un juego de palabras: Saulo había sido fariseo (*Filipenses 3:5*). *Fariseo* quiere decir *separado*, y *tenían* ese nombre porque se separaban deliberadamente de la gente ordinaria hasta el punto de no permitir que su ropa tocara la de una persona ordinaria. Se habrían estremecido ante la sola sugerencia de que Dios invitara a los gentiles, que para ellos eran «leña para los fuegos del infierno». Así había sido Saulo: se había sentido *separado* de tal manera que no sentía nada más que desprecio hacia las personas ordinarias. Ahora se sabía *separado* de tal manera que su vida estaba dedicada totalmente a llevar la Buena Noticia del amor de Dios a todos los de todas las razas. El Evangelio nos separa siempre; pero no para el privilegio, la gloria personal y el orgullo, sino para el servicio, la humildad y el amor a todo el mundo.

Además de presentar sus credenciales en este pasaje, Pablo expone en sus líneas más esenciales el Evangelio que predicaba, que estaba centrado en Jesucristo (versículos 2 y 3). Especialmente era la Buena Noticia de dos cosas:

(a) Era el Evangelio de la *Encarnación*. Hablaba de un Jesús que era real y verdaderamente un hombre. Uno de los primeros grandes pensadores de la Iglesia Cristiana lo resumió cuando dijo de Jesús: «Se hizo lo que somos nosotros para hacernos lo que es Él.» Pablo no predicaba a alguien que no fuera más que una figura legendaria de alguna historia imaginaria, o un semidiós mitad dios y mitad hombre. Predicaba a Uno que se había hecho uno con los hombres a los que vino a salvar.

(b) Era el Evangelio de la *Resurrección*. Si Jesús hubiera vivido una vida maravillosa y hubiera tenido una muerte heroica y eso hubiera sido todo, se le podría incluir entre los grandes hombres y los héroes, pero habría sido sencillamente uno entre muchos. Su unicidad fue garantizada para siempre por el hecho de la Resurrección. Todos «los demás» murieron y desaparecieron, aunque se los recuerda. Jesús vive y nos otorga su presencia siempre henchida de poder.

LA CORTESÍA DE LA GRANDEZA AUTÉNTICA

Romanos 1:8-15

Lo primero, Le doy gracias a mi Dios por todos vosotros mediante Jesucristo. Le doy gracias porque el relato de vuestra fe se cuenta por todo el mundo. Dios, a Quien sirvo en mi espíritu en la obra de la extensión de la Buena Noticia de Su Hijo, me es testigo de que Le estoy hablando continuamente acerca de vosotros. En mis oraciones pido siempre que, de alguna manera, pronto, por fin, consiga encontrar la manera de llegar hasta vosotros por la voluntad de Dios. Porque estoy deseando veros para compartir con vosotros alguno de los dones que da el Espíritu, para que os consolidéis firmemente sobre el cimiento de la fe. Lo que quiero decir es que, vosotros y yo, nos animemos mutuamente, vosotros con mi fe y yo con la vuestra.

Quiero que sepáis, hermanos, que muchas veces me he hecho el propósito de ir a veros, aunque hasta ahora no me ha sido posible, para tener también algún fruto entre vosotros, como lo tengo entre los demás gentiles. Estoy en deuda con los griegos y con los bárbaros, con los sabios y con los ignorantes; así que es mi ardiente deseo predicaros el Evangelio también a los de Roma.

Después de más de mil novecientos años este pasaje todavía rezuma cálido afecto, y podemos sentir el gran corazón de Pablo palpar de amor hacia la iglesia que todavía no conocía ni siquiera de vista. El problema de Pablo al escribir esta carta era que él no había estado en Roma ni había colaborado directamente en la fundación de aquella iglesia. Tenía que hacerles sentir que no estaba tratando de introducirse en coto ajeno para involucrarse en algo que no le concernía. Antes de nada tenía que establecer contacto con ellos para que desaparecieran las barreras de extranjería y suspicacias.

(i) **Pablo**, con psicología y amor combinados, empieza alabándolos por algo positivo: les dice que da gracias a Dios porque la fe cristiana de ellos se conoce en todo el mundo. Hay personas que tienen la lengua siempre aunada para alabar, y otras, siempre afilada para criticar; hay personas que enfocan la mirada para descubrir defectos, y otras, virtudes. Se decía de Thomas Hardy que, cuando iba al campo, no descubría las florecillas silvestres, sino el estercolero que había en algún rincón. Pero es un hecho que nos llevaremos mejor con las personas que alabamos que con las que criticamos. Los que más inspiran y ayudan a los demás son los que tienen la capacidad de ver lo mejor que hay en las personas.

Nunca ha habido nada en la historia de la cultura que haya igualado en belleza a la civilización griega en su cumbre; y, sin embargo, T. R. Glover dijo una vez que estaba fundada en «la fe ciega en el vulgo.» Una de las grandes figuras de la guerra de 1914-18 fue Donald Hankey, el autor de *El estudiante en armas*. Veía a la gente en su mejor y en su peor aspectos. En una de sus cartas les decía a los suyos: «Si sobrevivo a esta guerra quiero escribir un libro sobre "La Bondad viva", analizando toda la bondad y la nobleza inherente en la gente sencilla, y tratando de mostrar cómo debería encontrar cumplimiento y expresión en la Iglesia.» También escribió un gran ensayo titulado *El querido capitán*, en el que describe al querido capitán escogiendo a los soldados más difíciles para entrenarlos personalmente: «Los miraba, y ellos le miraban a él, y se reconstruían y animaban a dar de sí todo lo mejor.»

Nadie podrá ni empezar a salvar a otros a menos que, en primer lugar, crea en ellos. Una persona humana es una criatura pecadora que no merece más que el infierno; pero tiene un héroe dormido en el alma, y a menudo una palabra de aprecio despierta ese heroísmo latente, mientras que la crítica y la condenación no producirán más que resentimiento y desesperación. Aidano fue el apóstol de los sajones. Allá por el año 630 d.C., el rey sajón hizo una petición a la comunidad cristiana de la isla escocesa de Iona para que le mandaran un misionero

a su reino para que les predicara el Evangelio. El primer misionero volvió hablando de «la disposición testaruda y bárbara de los ingleses.» «No tienen modales -dijo- y se comportan como salvajes.» En su informe dijo que aquella misión no tenía sentido; pero entonces Aidano le dijo: «Creo, hermano, que tal vez has sido demasiado severo con esos oyentes ignorantes, y que debes guiarlos gentilmente, dándoles primero la leche de la religión y después la vianda.» Así es que mandaron a Aidano a Northumbria, y su gentileza ganó para Cristo a aquel mismo pueblo que la severidad crítica de su hermano monje había repelido.

(ii) Aunque Pablo no conocía personalmente a los de Roma, oraba constantemente por ellos a Dios. Es un privilegio y un deber cristianos el presentar a nuestros seres queridos y a nuestros hermanos en la fe al trono de la gracia. En uno de sus sermones sobre la Oración Dominical, Gregorio de Nisa tiene un pasaje lírico sobre la oración:

«El efecto de la oración es la unión con Dios; y, si uno está con Dios, está fuera del alcance del enemigo. Mediante la oración conservamos la castidad, controlamos el genio y nos desembarazamos de la vanidad. Nos hace olvidar las ofensas, vence la envidia, derrota la injusticia y enmienda el pecado. Mediante la oración obtenemos bienestar físico, un hogar feliz, una sociedad fuerte y bien ordenada... La oración es el sello de la virginidad y la garantía de la fidelidad en el matrimonio. Escuda al viajero, protege al dormido, infunde valor al vigilante... Es refresco al cansado y consuelo al triste. La oración es deleite para el que está contento, y solaz para el afligido... La oración es la intimidad con Dios y la contemplación de lo invisible... La oración es el disfrute de las cosas presentes y la sustancia de las venideras.»

Aunque estemos separados de otros y aunque no tengamos otra cosa que darles, podemos rodearlos con la fuerza y la protección de nuestras oraciones.

(iii) Pablo, en su humildad, estaba siempre tan dispuesto a recibir como a dar. Empieza diciendo que quería ir a Roma para impartirle a la iglesia algún don que la confirmara en la fe; y entonces cambia: dice que quería ir a Roma para que tanto él como la iglesia de allí pudieran confortarse y fortalecerse mutuamente, y para que cada uno pudiera encontrar riquezas preciosas en la fe del otro. Hay dos clases de maestros: los que se consideran por encima de sus alumnos y les dicen lo que tienen que saber y aceptar; y los que más bien parecen decirles: «Venga, vamos a aprender esto juntos.» Pablo era el mayor pensador que había en la Iglesia Primitiva; y sin embargo, cuando pensaba en aquellos a los que quería predicar, no consideraba que él solo tenía que enseñarles, sino también que podía aprender de ellos. Requieren humildad tanto el enseñar como el aprender.

(iv) El versículo 14 tiene un doble sentido en griego que es casi imposible traducir. La versión Reina-Valera dice: «A griegos y a no griegos, a sabios y a no sabios soy deudor.» Pablo estaba pensando en dos cosas cuando escribió eso: (a) Estaba en deuda con ellos por todas las muestras de afecto que había recibido. (b) Estaba en deuda con ellos porque había recibido de Dios el encargo de predicarles el Evangelio, y se lo debía. Esta frase tan concisa quiere decir: «Por todo lo que he recibido de ellos y por todo lo que tengo el deber de darles estoy en deuda con todo el mundo.»

Puede parecer extraño que Pablo hable de *los griegos* cuando estaba escribiendo a los *romanos*. Ya entonces la palabra *griego* había perdido totalmente su sentido nacional. Las conquistas de Alejandro Magno habían llevado la lengua y la cultura griegas por todo el mundo, y ya no era griega una persona solamente por el hecho de haber nacido en Grecia, sino por participar de la herencia cultural que se originó en aquel país. *Un bárbaro* es literalmente el que habla diciendo *bar-bar*, es decir, usando

una lengua fea y ridícula en contraste con la lengua hermosa, flexible y rica de Grecia. Ser griego era ser un hombre de cierta cultura, con una cierta sensibilidad y

espíritu. Uno de los griegos dijo de su propio pueblo: < Puede que los bárbaros se topen con la verdad; pero hace falta ser griego para entenderla. »

Lo que Pablo quería decir era que su Mensaje, su amistad y su obligación eran para los intelectuales y para los sencillos, para los cultos y para los incultos, para los letrados y para los analfabetos. Tenía un Mensaje para todo el mundo, y su ambición era llegar a comunicarlo también en Roma.

LA BUENA NOTICIA DE LA QUE SE ESTA ORGULLOSO

Romanos 1:16, 17

Estoy orgulloso del Evangelio, porque es el poder de Dios que les produce Salvación a todos los que lo creen; a los judíos, en primer lugar, pero también a los griegos. El camino de la buena relación con Dios se revela en el Evangelio cuando la fe del hombre responde a la fidelidad de Dios, exactamente como está escrito: «Es la persona que está en la debida relación con Dios como resultado de su fe la que vivirá. »

Cuando llegamos a estos dos versículos ya hemos pasado la introducción y escuchamos el clarín del Evangelio. Muchos de los grandes conciertos para piano empiezan con un acorde explosivo, y luego viene el tema que se va a desarrollar. La probable razón es que se interpretaban en reuniones privadas en casas grandes; y, cuando el pianista se sentaba al piano todavía había un murmullo de conversación. Tocaba el acorde inicial para captar la atención de la audiencia, y a continuación exponía el tema. Hasta estos dos versículos Pablo ha estado estableciendo contacto con los destinatarios de su carta, atrayéndose su atención; y ahora anuncia el tema.

Aquí no tenemos más que dos versículos; pero contienen tanto de la quintaesencia del Evangelio de Pablo que merecen que nos detengamos en ellos el tiempo necesario.

Pablo empieza diciendo que está orgulloso del Evangelio que tiene el privilegio de predicar. Es sorprendente considerar el trasfondo de esta afirmación. A Pablo le habían metido en la cárcel en Filipos, le habían obligado a escapar por su vida en Tesalónica, le habían tenido que sacar de contrabando en Berea, se habían reído de él en Atenas, y en Corinto su Mensaje les había parecido una estupidez a los griegos y un escándalo a los judíos. A pesar de todo eso y mucho más, Pablo proclama que está orgulloso del Evangelio. Había algo en el Evangelio que le hacía salir victorioso de todo lo que los hombres le pudieran hacer.

En este pasaje nos encontramos con tres de las grandes consignas paulinas, tres grandes pilares de su pensamiento y creencia.

(i) Tenemos su concepción de *la Salvación (sótéría)*. En aquel momento de la Historia, la Salvación era el bien supremo que todos estaban buscando. Había habido un tiempo en el que la filosofía griega había sido especulativa. Cuatrocientos o quinientos años antes, los filósofos habían pasado el tiempo discutiendo el problema de cuál es el elemento básico del que se ha formado el universo. La filosofía había sido especulativa y natural; pero, poco a poco, con el paso de los siglos, la vida se había desplomado: los antiguos hitos habían desaparecido; los hombres se sentían rodeados de tiranos, conquistadores y peligros; la degeneración y la debilidad los acechaban, y la filosofía cambió de canal: se hizo, no especulativa, sino práctica. Dejó de ser filosofía *natural* para convertirse en filosofía *moral*. Su único propósito era levantar «una muralla defensiva contra el caos que se les echaba encima.»

Epicteto llamaba a su aula « el hospital para las almas enfermas. » Epicuro llamaba a su enseñanza « la medicina de la salvación ». Séneca, el contemporáneo de Pablo, decía que todos los hombres estaban mirando *ad salutem*, buscando la salvación. Lo que necesitamos, decía, «es que se nos tienda una

mano para levantarnos. » Los hombres, decía, son abrumadoramente conscientes de «su debilidad e ineficacia en las cosas necesarias. » Él mismo, decía, era *homo non tolerabilis*, uno al que no se podía tolerar. La gente amaba sus vicios, decía con una cierta desesperación, y los odiaba al mismo tiempo. En este mundo desesperado, decía Epicteto, la gente está buscando la paz, « no la que proclama el César, sino la de Dios. »

Difícilmente se encontrará otra época de la Historia en la que la humanidad estuviera buscando más la salvación. Era precisamente esa salvación, esa liberación y ese poder, lo que el Evangelio ofrecía al mundo.

Veamos qué era esa *sótéría*, esa Salvación cristiana:

(a) Era *la salvación de la enfermedad física (Mateo 9:21; Lucas 8:36)*. No era algo que sólo tuviera relación con el otro mundo. Estaba orientado a rescatar al ser humano en cuerpo y alma.

(b) Era *la salvación del peligro* (Mateo 8:25; 14:30). No es que le garantizaba al hombre una vida libre de riesgos y peligros, sino que le daba la seguridad del alma en cualesquiera circunstancias. Como escribió Rupert Brook en los días de la I Guerra Mundial en su poema *Seguridad*:

A salvo estaré al salir secretamente armado frente a todas las asechanzas de la muerte; a salvo, cuando se pierda toda seguridad; a salvo cuando los hombres caigan; y, si estos pobres miembros mueren, del todo a salvo.

La Salvación de Cristo nos pone a salvo de las circunstancias externas.

(c) Era *la salvación de toda contaminación*. El cristiano está a salvo del contagio de una generación retorcida y perversa (Hechos 2:40). Los que tienen la Salvación de Cristo tienen un antiséptico divino que los guarda de la infección del mal que hay en el mundo.

(d) Era *la salvación de la perdición* (Mateo 18:11; Lucas 19:10). Jesús vino a buscar y salvara los que se habían perdido.

Por naturaleza nos encontramos en un camino equivocado, que no conduce más que a la muerte. Cuando recibimos la Salvación de Cristo vamos por el camino verdadero de la Vida (Juan 14:6).

(e) Era *la salvación del pecado* (Mateo 1:21). La humanidad se encuentra sometida a esclavitud bajo un tirano del que no puede escapar. La Salvación de Cristo nos libra de la tiranía del pecado que paga el servicio de sus súbditos con la muerte (Romanos 6:23).

(f) Era *la salvación de la ira de Dios* (Romanos 5:9). En el próximo pasaje tendremos ocasión de investigar el sentido de esta frase. De momento nos basta tomar nota de que hay en el mundo una ley moral inexorable, y el anuncio de un juicio ineludible forma parte del Evangelio. Si no fuera por la Salvación de Cristo, no podríamos esperar más que la condenación eterna.

(g) Era *una salvación escatológica*. Es decir: una salvación que alcanza su plenitud en el triunfo final de Jesucristo (Romanos 13:11; 1 Corintios 5:5; 2 Timoteo 4:18; 1 Pedro 1:5).

El Evangelio viene a ofrecerle a un mundo sin esperanza una Salvación que puede mantener a salvo en esta vida y en la eternidad a todos los que la aceptan.

(ii) Tenemos su concepción de *la fe*. Esta es una palabra henchida de sentido en el pensamiento de Pablo.

(a) Su sentido más corriente es *lealtad*. Escribiendo a los tesalonicenses, Pablo quería tener noticias de su *fe*; es decir: si su lealtad estaba resistiendo la prueba. En 2 Tesalonicenses 1:4, se combinan *fe* y *paciencia o firmeza*. La fe es la fidelidad a toda prueba que caracteriza a todo fiel soldado de Jesucristo.

(b) *Fe* quiere decir *creencia*, la convicción de que algo es verdad. En 1 Corintios 15:17 Pablo les dice a los corintios que si Jesús no resucitó, entonces su fe es inconsistente, todo lo que han creído se derrumba. La fe es el asentimiento al Evangelio, su aceptación como verdad.

(c) *Fe* es sinónimo a veces de *la religión cristiana* (La Fe). En 2 Corintios 13:5 Pablo dice a los que se le oponen que se examinen a sí mismos para ver si realmente *se mantienen en la fe*, es decir, si son o no cristianos.

(d) *Fe* es a veces equivalente a *una esperanza indestructible*. «Andamos -dice Pablo-, no dependiendo de lo que vemos, sino por la fe» (2 Corintios 5:7).

(e) Pero en su sentido más característicamente paulino, *fe* quiere decir *aceptación total y confianza absoluta*. Es decir: Jugarse la vida a que hay Dios, y que es como Jesús nos Le ha mostrado. Es estar absolutamente seguros de que lo que Jesús ha dicho es la verdad, y apostar el tiempo y la eternidad a esa seguridad. «Creo en Dios -decía Stevenson-, y si me despertara en el infierno seguiría creyendo en Él.» «Aunque me mate, en Él esperaré» -decía Job (13:15).

La fe empieza por *receptividad*. Cuando, por lo menos, estamos dispuestos a escuchar el Evangelio. Sigue por *asentimiento de la mente*: después de oír, estamos de acuerdo en que es verdad; pero ese asentimiento mental puede no desembocar en acción. Muchas personas saben que algo es cierto, pero no cambian lo más mínimo en consecuencia. El paso decisivo se da cuando del asentimiento mental se pasa a *la entrega total*. La fe madura se da cuando alguien escucha el Evangelio, está de acuerdo en que es verdad y se entrega en una rendición incondicional.

(iii) Tenemos su concepción de *la justificación*. No hay palabras que sean más difíciles de entender en todo el Nuevo Testamento que *justo, justicia, justificar y justificación*. En esta carta tendremos ocasión de encontrárnoslas a menudo. Por lo pronto nos conformaremos con establecer las líneas generales por las que discurre el pensamiento de Pablo.

El verbo griego que usa Pablo para *justificar* es *dikaiún*, del que la primera persona de singular del presente de indicativo es *dikaioó, justifico*. Debemos darnos cuenta de que la palabra *justificar* tiene aquí un sentido distinto del corriente en español. Cuando «nos justificamos», damos razones para demostrar que teníamos razón; si es otro el que «nos justifica», presenta pruebas que confirman que actuamos como es debido. Pero todos los verbos griegos que terminan en *oó* no quieren decir *probar o hacer* que una persona o cosa sea algo, sino *tratar o considerar* a una persona como si fuera algo. Si Dios justifica a un pecador, no quiere decir que le da la razón y le acepta como justo. ¡Lejos de eso! Ni siquiera quiere decir, en este punto, que Dios hace que el pecador sea bueno. Quiere decir que *Dios trata al pecador como si no lo fuera*. En lugar de tratarle como a un

criminal que merece ser condenado, Dios le trata como a un hijo al que ama. Eso es lo que quiere decir *la justificación*: que Dios nos considera, no como enemigos, sino como amigos; no como merecen los malos, sino como merecen los buenos; no como a transgresores de la ley a los que hay que castigar, sino como a hombres y mujeres a los que hay que amar. Esta es la esencia misma del Evangelio.

Esto quiere decir que *ser justificados* es entrar en una nueva relación con Dios, una relación de amor, de confianza y de amistad, en lugar del distanciamiento de la enemistad y el miedo. Ya no nos dirigimos a un Dios que irradia justo y terrible castigo, sino perdón y amor redentor. La justificación (*dikaioyné*) es la relación correcta entre Dios y la criatura humana. El que es justo (*dikaiois*) es el que está en esta correcta relación con Dios -y aquí viene un detalle de suprema importancia-, no por nada que él haya hecho, sino por lo que Dios ha hecho por él. Está en la debida relación con Dios, no por haber cumplido meticulosamente todos los mandamientos de la ley, sino porque se ha arrojado en una fe a ultranza a merced de la misericordia y el amor de Dios.

En la antigua versión Reina-Valera teníamos la famosa frase: «El justo vivirá por la fe» (*Romanos 1:17*). Ahora podemos ver lo que quería decir Pablo con esta cita de *Habacuc 2:4*: Es el que está en la correcta relación con Dios -no por sus propias obras, sino por su absoluta fe en lo que el amor de Dios ha hecho- el que experimenta la vida de veras, ahora y en la eternidad. Para Pablo, ha sido la Obra de Jesús lo que

ha hecho posible para el hombre entrar en esta relación nueva y preciosa con Dios. El miedo a Dios ha dejado su lugar al amor. Al Dios al que el hombre consideraba su enemigo, ahora Le ve y Le conoce como su supremo y eterno Amigo.

LA IRA DE DIOS

Romanos 1:18-23

Porque da ira de Dios se revela desde el Cielo, y se dirige contra toda impiedad y maldad de los hombres que, en su maldad, intencionadamente sofocan la verdad que está luchando en sus corazones. Porque, lo que se puede conocer de Dios lo tienen claro en su interior porque Dios mismo se lo pone claro; porque, desde la creación del universo, siempre ha sido posible entender las cosas invisibles, como el poder y la divinidad, por medio de las cosas creadas. El orden de la creación está patente para dejar a los hombres sin disculpa; porque, aunque saben de Dios, sin embargo no Le glorifican ni Le dan gracias, sino se enredan en toda clase de especulaciones hueras, de tal manera que se les oscurece más su mente insensata. Pretenden ser sabios, pero no son más que necios, y han cambiado la gloria del Dios inmortal por imágenes de semejanzas de personas mortales, y de aves y de cuadrúpedos y de reptiles.

En el pasaje anterior Pablo estaba pensando en la relación con Dios en que el hombre puede entrar mediante una fe que es absoluta confianza y entrega. En contraste con esa relación pone ahora la ira de Dios en la que se incurre cuando se es deliberadamente ciego a Dios y se adoran los propios pensamientos e ídolos en vez de a El.

Esto es difícil y nos exige pensar en serio, porque aquí nos encontramos con la concepción de *la ira de Dios*, una frase alarmante y aterradora. ¿Qué quiere decir? ¿Qué tenía Pablo en la **mente cuando** la usaba?

En las partes más antiguas del *Antiguo Testamento* la ira de Dios se relaciona especialmente con la idea del pueblo del pacto. El pueblo de Israel estaba en una relación especial con Dios, que le había escogido y ofrecido una relación especial que se obtendría y mantendría siempre que guardara la Ley (*Éxodo 24:3-8*). Eso quería decir dos cosas:

(a) Quería decir que, dentro de la nación, cualquier desobediencia a la Ley provocaba la ira de Dios, porque quebrantaba la relación con El. *Números 16* nos habla de la rebelión de Coré, Datán y Abiram, y que al final Moisés le dijo a Aarón que hiciera expiación por el pecado del pueblo, «porque el furor ha salido de la presencia del Señor» (*Números 16:46*). Cuando los israelitas se desviaron para dar culto a Baal, «el furor del Señor se encendió contra Israel» (*Números 25:3*).

(b) Además, como la nación de Israel estaba en una relación exclusiva con Dios, cualquier otra nación que la tratara con crueldad o injusticia incurría en la ira de Dios. Babilonia había maltratado a Israel, y «por la ira del Señor no será habitada» (*Jeremías 50:13*).

En los profetas aparece la idea de la ira de Dios, pero con un nuevo hincapié. El pensamiento religioso judío a partir de los profetas estaba dominado por la idea de las dos edades, la presente y la por venir: la presente es esencialmente mala, y la edad dorada por venir será esencialmente buena. Entre ambas estará el Día del Señor, que será un día terrible de juicio y retribución en el que el mundo será sacudido, los pecadores destruidos y el universo rehecho antes de que venga el Reino de Dios. Será entonces cuando entre en acción *la ira del Señor* de una manera aterradora. «He aquí el Día del Señor viene, terrible, y de indignación y ardor de ira, para convertir la Tierra en soledad» (*Isaías 13:9*). «Por la ira del Señor de los Ejércitos se oscureció la Tierra, y será el pueblo como pasto del fuego» (*Isaías 9:19*). «Ni su plata ni su oro podrán librarlos en el día del furor del Señor» (*Ezequiel 7:19*). Dios derramará sobre las naciones su enojo, todo el ardor de su ira; por el fuego de su celo será consumida toda la Tierra (*Sofonías 3:8*).

Pero los profetas no consideraban que la ira de Dios se posponía hasta ese terrible Día del Juicio. La veían constantemente en acción. Cuando Israel se alejaba de Dios, cuando era rebelde e infiel, la ira de Dios operaba en su contra y le envolvía en ruina, desastre, cautividad y derrota.

Para los profetas, la ira de Dios estaba obrando continuamente, aunque alcanzaría su clímax de terror y destrucción en el Día del Señor.

Un investigador moderno lo expresa de la siguiente manera: Porque Dios es Dios, y es esencialmente santo, no puede tolerar el pecado, y la *ira de Dios* es su «reacción aniquiladora» contra el pecado.

Esto nos es difícil de entender y de aceptar. Es de hecho la clase de religión que identificamos con el *Antiguo Testamento* más que con el *Nuevo*. Hasta Lutero lo encontraba difícil, y hablaba del amor como *la obra característica de Dios, y de la ira como la extraña acción de Dios*. Para la mentalidad cristiana es una cosa sorprendente.

Vamos a tratar de ver cómo lo entendía Pablo. C. H. Dodd escribió con mucha profundidad y sabiduría sobre este tema. Pablo habla a menudo de la idea de la ira; pero *no dice nunca que Dios esté airado*. Habla del amor de Dios, y dice que Dios ama; habla de la gracia de Dios, y de Dios actuando por gracia; habla de la fidelidad de Dios, y de que Dios es fiel con su pueblo... Pero, aunque nos parezca extraño, habla de la ira de Dios, pero no dice nunca que Dios esté airado o se aïre, expresión que sí encontramos en el *Antiguo Testamento*; así es que hay una diferencia entre el amor y la ira de Dios.

Además, Pablo habla de la ira *de Dios* solamente tres veces: aquí, en Efesios 5:6 y en *Colosenses* 3:6, donde habla de la ira de Dios que viene sobre los hijos de desobediencia. Habla a menudo de *la ira*, sin decir que es la ira *de Dios*, como si debiera escribirse con mayúscula -La Ira-, y fuera una clase de fuerza impersonal que actúa en el mundo. La traducción literal de *Romanos* 3:5 es: «. Dios, que trae sobre los hombres la Ira» (R-V: «que da castigo»). En *Romanos* 5:9 habla de ser salvos de la Ira. En *Romanos* 12:19 avisa a los humanos que no se venguen, sino que dejen a los malhechores para la Ira (R-V añade « de Dios»). En *Romanos* 13:5 habla de la Ira como una razón de peso para hacer a los hombres obedientes a las leyes (R-V « el castigo»). En *Romanos* 4:15 dice que la Ley produce Ira. Y en *1 Tesalonicenses* 1:10 dice que Jesús nos ha librado de la Ira venidera. Ahora bien, aquí hay algo muy importante: Pablo habla, sí, de la Ira, pero nos dice que Jesús nos salva de esa misma Ira.

Volvamos a los profetas. Muy a menudo su mensaje equivale a: «Si no obedecéis a Dios, su ira os acarreará ruina y desastre.» Ezequiel lo dice de una manera lapidaria: « El alma que pecare, ésa morirá» (18:4). Hay un orden moral en este mundo, y el que lo quebranta tiene que sufrir más tarde o más temprano. Eso es exactamente lo que dijo el gran historiador J. A. Froude: « Hay una lección, una sola, que podemos decir que la Historia repite con claridad; y es que el mundo está basado en un fundamento moral, y que, a la larga, les va bien a los buenos y, a la larga, les irá mal a los malvados.» La esencia del mensaje de los profetas hebreos es que hay un orden moral en el mundo. La conclusión es clara: *Ese orden social es la operación de la ira de Dios*. Dios ha hecho este mundo de tal manera que, si quebrantamos sus leyes, sufrimos las consecuencias. Ahora bien: si estuviéramos solamente a merced de ese inexorable orden moral, no podríamos esperar más que muerte y destrucción. El mundo está hecho de tal manera que el alma que peque tendrá que morir -si no hay más que ese orden moral. Pero en este dilema de la humanidad llega el amor de Dios, y en un acto de gracia indescriptible rescata al hombre de las consecuencias del pecado y le salva de la ira en que ha incurrido.

Pablo continúa insistiendo en que el hombre no puede alegar ignorancia de Dios. Puede ver cómo es por Su obra. Se puede conocer bastante a una persona por lo que ha hecho, e igualmente a Dios por Su creación. El Antiguo Testamento ya lo afirma. En Job 38-41 se nos presenta esta misma idea. Pablo lo sabía; cuando habla de Dios a los paganos de Listra, empieza por Su obra en la naturaleza (*Hechos* 14:17). Tertuliano, el gran teólogo de la Iglesia Primitiva, tiene mucho que decir acerca de la convicción de que a Dios se Le puede conocer en la creación: « No fue la pluma de Moisés la que inició el conocimiento del Creador... La inmensa mayoría de la humanidad, aunque no han oído nada de Moisés, y no digamos de sus libros, conocen al Dios de Moisés.» «La naturaleza es el maestro, y el alma, el discípulo.» «Una florecilla junto a la valla, y no digo del jardín; una concha del mar, y no digo una perla; una pluma de alguna ave, no tiene que ser la de un pavo real, ¿os dirán acaso que el Creador es mezcquino?» « Si te ofrezco una rosa, no te burlarás de su Creador.»

En la creación podemos conocer al Creador. El argumento de Pablo es totalmente válido: si observamos el mundo vemos que *el sufrimiento sigue al pecado*. Si quebrantas las leyes de la agricultura, la cosecha no grana; si las de la arquitectura, el edificio se derrumba; si las de la salud, se presenta la enfermedad. Pablo estaba diciendo: « ¡Observad el mundo, y veréis cómo está construido! Fijándonos en cómo es el mundo, podemos aprender mucho de cómo es Dios.» El pecador no tiene disculpa.

Pablo avanza aún otro paso. ¿Qué hace el pecador? *En lugar de mirar hacia Dios, se mira a sí mismo*. Se enreda en vanas especulaciones y se cree sabio, cuando en realidad no es más que un necio. ¿Por qué? Porque hace de sus ideas, sus opiniones y sus especulaciones, en lugar de *la voluntad de Dios*, el principio y la ley de la vida. La necedad del pecador consiste en hacer « al hombre dueño y señor de las cosas.» Basa sus principios en sus propias opiniones en lugar de en las leyes de Dios. Vive en un universo del que él es el centro, en lugar del universo del que el centro es Dios. En lugar de caminar con la mirada fija en Dios, no se mira nada más que a sí mismo y, por no mirar por dónde ni adónde va, cae.

El resultado es la *idolatría*. Se cambia la gloria de Dios por imágenes de formas humanas y animales. La raíz del pecado de la idolatría es *el egoísmo*. El hombre hace un ídolo, le trae ofrendas y le dirige oraciones. ¿Por qué? *Para que prosperen sus planes y sus sueños*. Su religión no tiene en cuenta a Dios, sino a sí mismo.

En este pasaje nos encontramos cara a cara con el hecho de que la esencia del pecado es ponernos a nosotros mismos en el lugar de Dios.

HOMBRES CON LOS QUE DIOS NO PUEDE HACER NADA

Romanos 1:24, 25

En consecuencia, Dios los ha dejado a merced de la inmundicia en el ansia de placer de sus corazones, que los arrastra a deshonrar sus cuerpos entre ellos, ya que han cambiado la verdad de Dios por la falsedad, y dan culto y sirven a la creación en vez de al Creador, Que es bendito para siempre. Amén.

La palabra que traducimos como *ansia (epithymía)*, en *R-V concupiscencia*, es la clave de este pasaje. Aristóteles definía *epithymía* como *lanzarse tras el placer*. Los estoicos, como lanzarse tras un placer *que desafía toda razón*. Clemente de Alejandría lo llamaba un irracional lanzarse hacia lo que produce placer. *Epithymía* es el deseo apasionado de una placer prohibido. Es el deseo que hace cometer acciones innominables y vergonzosas. Es la manera de vivir de una persona que está tan inmersa en el mundo que ya no tiene a Dios en cuenta para nada.

Es algo terrible decir que Dios *ha dejado* a alguien, *se ha desentendido de él*; y sin embargo hay dos razones para decirlo:

(i) Dios ha dado a los hombres el libre albedrío, y se lo

respeta. En último análisis, ni siquiera Él puede interferir en el libre albedrío. En *Efesios 4:19* Pablo habla de los que se han abandonado a la lascivia, le han rendido toda su voluntad. *Oseas 4:17* tiene una frase terrible: < Efraín se ha entregado a los ídolos. ¡Déjalo! > Al hombre se le presenta una elección libre, y así tiene que ser. Sin posibilidad de elección no puede haber bondad, ni puede haber amor. Una bondad impuesta no es verdadera, como un amor impuesto no es amor. Si los hombres escogen deliberadamente volver la espalda a Dios después que El ha enviado al mundo a su Hijo Jesucristo, ni siquiera El puede hacer nada para evitarlo.

Cuando Pablo dice que Dios *entregó* a los hombres a la inmundicia, esa palabra no contiene airada indignación. Más aún, su tono principal no es de condenación o juicio, sino de anhelo, de dolorido pesar, como el de un amante que ha hecho todo lo que ha podido y ya no puede hacer más. Describe exactamente el sentimiento del padre que ve a su hijo volverle la espalda y marcharse a poner distancia por medio.

(ii) Y sin embargo en esta palabra *entregar* hay más que eso, hay juicio. Es uno de los hechos inexorables de la vida que, cuanto más se comete una mala acción, más fácil resulta cometerla. Tal vez se empieza con un cierto temblor por lo que se está haciendo, pero se acaba por hacerlo sin darse uno cuenta. No es que Dios le esté castigando, sino que empieza a atraer el castigo sobre sí mismo, convirtiéndose más y más en esclavo del pecado. Los judíos conocían este hecho, y lo expresaban con ciertos dichos: «Todo cumplimiento del deber se recompensa con otro; y toda transgresión se castiga con otra.» « El que se esfuerza por mantenerse puro, recibe poder para serlo; y el que se atreve a abrir la puerta a la impureza, acaba por encontrarla siempre abierta.» « El que levanta una pared a su alrededor se queda emparedado, y el que se entrega queda entregado.»

Lo más terrible del pecado es su poder para engendrar pecado. La terrible responsabilidad del libre albedrío es que puede usarse de tal manera que al final se pierde, y se llega a ser esclavo del pecado, abandonado al mal. En el pecado hay siempre una mentira, porque el pecador cree que aquello le va a hacer feliz, y al final arruina la vida, tanto la propia como la ajena, en este mundo y en el venidero.

LA ERA DE LA VERGÜENZA

Romanos 1:26, 27

Por todo esto, Dios los ha abandonado a pasiones deshonrosas; porque sus mujeres cambian la relación natural por otras que van en contra de lo natural, y los hombres hacen lo mismo, dejando la relación natural con las mujeres e inflamándose de deseos de unos por otros, llegando a hacerse culpables de una conducta vergonzosa con otros hombres. De esta manera reciben dentro de sí mismos las consecuencias justas e inevitables de su error.

Romanos 1:26-32 podría parecer la expresión de un moralista histérico que estuviera exagerando la situación contemporánea y pintándola con colores de hipérbole retórica. Describe una situación de degeneración moral casi sin paralelo en la Historia universal. Pero Pablo no dice nada que no dijeran los escritores griegos y latinos de su tiempo.

(i) Fue una época en la que las cosas parecían, como si dijéramos, fuera de todo control. Virgilio escribió: « Se confunden el bien y el mal. Hay tantas guerras por todo el mundo, y tantas formas de mal; ya no se respeta ni el arado: los campesinos se llevan a otro sitio, y los campos se pierden; la reja se endereza para hacer una espada. En el Oriente, el Éufrates se está desperezando para la guerra, y en el Oeste, Alemania. Sí, las ciudades cercanas quebrantan sus alianzas y sacan la espada, y la furia salvaje del dios de la guerra ruga por todo el mundo, lo mismo que cuando las cuadrigas del circo

arremeten desde sus compuertas y se lanzan a la carrera, y el piloto tensa desesperadamente las riendas, pero tiene que dejar que los caballos vayan por donde quieran, fuera de todo control.»

Es un mundo en el que la violencia se ha desbocado. Cuando Tácito se puso a escribir la historia de este periodo, dijo: «Estoy entrando en la historia de un periodo rico en desastres, tenebroso de guerras, rasgado de sediciones, salvaje hasta en sus momentos de paz... Todo estaba en un delirio de odio y terror; se sobornaba a los esclavos para que traicionaran a sus amos, los libertos a sus patronos. Al que no tenía enemigos le destruían sus amigos.» Suetonio escribe del reinado de Tiberio: «No pasaba ningún día sin que se ejecutara a alguien.» Era una época de puro y absoluto terror. «Roma -dice el historiador Tito Livio- no podía soportar, ni sus males, ni los remedios que podrían haberlos curado.» El poeta Propertio escribe: « Veo a Roma, a la soberbia Roma, perecer víctima de su propia prosperidad.» Era una edad de suicidio moral. El satírico Juvenal escribía: « La Tierra ya no produce más que hombres malos y cobardes. Por tanto Dios, sea quien sea, mira hacia abajo, se ríe de ellos y los odia.»

Para los pensadores era un tiempo en el que todo parecía fuera de control, en el que, entre bastidores, se podía oír la risa burlona de los dioses. Como dijo Séneca, era una edad «sacudida por la agitación de un alma que ya no era dueña de sí misma.»

(ii) Era una época de lujo desmesurado. En los baños Públicos de Roma salía el agua caliente y fría de grifos de plata. Calígula llegó hasta a rociar la arena del circo de polvo de oro en lugar de serrín. Juvenal decía con amargura: « Se cierne sobre Roma un lujo más despiadado que la guerra... No hay delito ni obra de codicia que falte desde que Roma acabó con la pobreza.» « El dinero, nodriza del libertinaje... y la riqueza enervadora socavaron el nervio de una edad con su sucio lujo.» Séneca hablaba del «dinero, que arruina el verdadero valor de las cosas» -y añadía-: « No preguntamos qué es una cosa, sino cuánto cuesta.» Era una edad tan harta de las cosas ordinarias que estaba ávida de sensaciones nuevas. Lucrecio habla de cesa amargura que fluye de la misma fuente del placer.» El crimen llegó a ser el único antídoto del aburrimiento, hasta que, como dijo Tácito, «cuanto mayor la infamia, más salvaje la delicia.»

(iii) Era una edad de inmoralidad sin precedentes. No había habido ni un solo caso de divorcio en los primeros 520 años de la historia de la república romana. El primer romano del que se sabe que se divorció de su mujer fue Spurio Carvilo Ruga, el año 234 a.C. Pero Séneca dice de su tiempo que « la gente se casa para divorciarse y se divorcia para casarse.» Matronas romanas de alcurnia contaban los años por los nombres de sus maridos en lugar de los nombres de los cónsules, que era la manera oficial de fechar. Juvenal no podía creer que fuera posible tener la suerte de encontrar una matrona de impoluta castidad. Clemente de Alejandría habla de la típica dama de la sociedad romana «ceñida como Venus con el cinto dorado del vicio.» Juvenal escribía: «¿Le bastaría a Iberina con un solo marido? ¡Más contenta estaría si no tuviera más que un ojo!» Cita el caso de una mujer que había tenido ocho maridos en cinco años, y el increíble de la emperatriz Agripina, esposa de Claudio, que solía salir del palacio por las noches para servir voluntariamente en un burdel por puro vicio. «Dan señales de un espíritu impávido en todo lo que se rebajan a acometer.» No hay nada de lo que dijo Pablo del mundo pagano que no hubieran dicho sus mismos moralistas. Y el vicio no se limitaba a las manifestaciones más crudas y animales. La sociedad estaba contaminada de arriba abajo con vicios contra naturaleza. Catorce de los primeros quince emperadores romanos eran homosexuales.

Lejos de cargar las tintas, Pablo se contuvo en su descripción de Roma, y era allí donde anhelaba predicar el Evangelio del que estaba orgulloso. El mundo necesitaba un poder capaz de producir Salvación, y Pablo sabía que ese poder no existía nada más que en Cristo.

LA VIDA QUE HA PRESCINDIDO
' TOTALMENTE DE DIOS

Romanos 1:28-32

De la misma manera que se han entregado a una forma de conocimiento que rechaza la idea de Dios, Dios también los ha entregado a la clase de mentalidad que todos rechazan. El resultado es que hacen cosas indignas de un ser humano. Están repletos de toda maldad, villanía, ansia de poseer, depravación. Están llenos de envidia, asesinato, contienda, falsedad, y del espíritu que atribuye siempre lo peor. Son chismosos y criticones, aborrecedores de Dios. Son personas insolentes, arrogantes, fanfarronas, inventoras de males, desobedientes a los padres, insensatas, gente sin palabra, sin afecto natural, despiadados. Son la clase de personas que saben perfectamente que los que hacen tales cosas merecen la muerte, y sin embargo no sólo las hacen, sino también dan su aprobación a dos que las hacen.

Sería difícil encontrar un pasaje que nos presentara con más claridad lo que le sucede a la persona que no tiene en cuenta a Dios. No es tanto que Dios le envía el juicio como que esa persona se lo atrae sobre sí al dejar a Dios fuera de su esquema de las cosas. Cuando uno destierra a Dios de su vida se convierte en cierta clase de persona, y en este pasaje tenemos una de las descripciones más terribles de ninguna literatura de la clase de persona que llega a ser. Veamos el catálogo de cosas horribles que entran en la vida sin Dios.

Tales personas hacen cosas que son impropias de un ser humano. Los estoicos tenían una expresión: llamaban *kathékonta* a lo que es propio de una persona. Ciertas cosas son esencial e inherentemente parte de la humanidad, y otras no. Como dice Shakespeare en *Macbeth*:

Osaré hacer todo lo que compete a un hombre; El que pretende hacer más, no lo es.

El que destierra a Dios no pierde sólo la piedad; pierde también la humanidad.

A continuación viene una larga lista de cosas terribles. Vamos a considerarlas una por una.

(a) *Maldad (adikía)*. *Adikía* es precisamente lo contrario de *dikaosyné*, que quiere decir *justicia, integridad*; y los griegos definían la *justicia* como *darle a Dios y al hombre lo que les es debido*. El *malvado* es el que despoja de sus derechos al hombre y a Dios. Se ha erigido un altar a sí mismo en el centro de todo, de manera que se rinde culto a sí mismo excluyendo a Dios y al hombre.

(b) *Villanía (ponería)*. La palabra griega quiere decir más que *maldad*. Hay una clase de maldad que, por lo general, no hace daño nada más que al que la tiene. No es una maldad transitiva. Cuando perjudica a otras personas, como es natural que suceda con la maldad, no lo hace intencionadamente. Puede ser insensatamente cruel, pero no tiene una crueldad encallecida. Pero los griegos definían *ponería* como *el deseo de hacer daño*. Es la voluntad activa e intencionada de corromper y de infligir una injuria. Cuando los griegos definían a una mujer como *ponería* querían decir que seducía deliberadamente a los inocentes. Uno de los títulos más corrientes de Satanás en griego es *ho ponéros*, *el malvado*, el que ataca a propósito la bondad para destruirla. *Ponéros* describe al hombre que no sólo es malo, sino que quiere hacer a los demás tan malos como él. *Ponería* es una maldad destructiva.

(c) *El ansia de poseer (pleonexía)*. La palabra griega es compuesta de otras dos que quieren decir *tener más*. Los mismos griegos definían *pleonexía* como *un maldito amor a tener*. Es un vicio agresivo. Se ha descrito como el espíritu que persigue el interés propio sin tener en absoluto en cuenta los derechos de los demás, y hasta sin la menor consideración para con la común humanidad. Su característica es *la rapacidad*.

Teodoreto, el prolífico teólogo sirio del siglo V, lo describe como el espíritu que se apropia y retiene cosas a las que no tiene ningún derecho. Puede operar en cualquier esfera de la vida: en cuanto a cosas materiales quiere decir apropiarse de dinero y bienes sin respeto ni honradez; en la esfera ética se refiere a la ambición que lo pisotea todo para ganar algo que no le corresponde; en la esfera moral indica la concupiscencia incontrolada que encuentra placer donde no tiene ningún derecho. La *pleonexía* es el deseo que no respeta ninguna ley.

(d) *La depravación (kakía)*. *Kakía* es la palabra griega más general para maldad. Describe la situación del que está desprovisto de toda cualidad positiva. Por ejemplo, un *kakós krités* es un juez que no tiene ningún respeto a las leyes, ni tampoco el menor sentido moral ni la rectitud de carácter que no pueden faltar en un buen juez. Teodoreto describe esta condición como «*la tendencia del alma a lo peor*.» La palabra que usa para tendencia es *ropé*, que quiere decir *la inclinación de la balanza*. Un hombre que es *kakós* es el que siempre tiende hacia lo peor. *Kakía* se ha descrito acertadamente como la depravación total que incluye todos los vicios e introduce todos los pecados. Es la degeneración de la que crecen y en la que florecen todos los pecados.

(e) *Envidia (fthonos)*. Hay envidia buena y mala. Existe una envidia que le revela a una persona sus debilidades e incapacidades, y la predispone a seguir buenos ejemplos; y existe otra que sencillamente se entristece por el bien ajeno y, si lo desea para sí, tendría que ser sin que le costara el menor esfuerzo, aunque, como dice el poeta, a veces puede llegar hasta el crimen:

La envidia de la virtud - hizo a Caín criminal.

¡Gloria a Caín! Hoy el vicio - es lo que se envidia más.

Es la más destructiva y retorcida de las emociones humanas. (f) *Asesinato (fonos)*. Debemos tener presente siempre que Jesús amplió inconmensurablemente el sentido de esta palabra cuando enseñó que no son solamente los actos de violencia los que debemos evitar, sino también el espíritu de odio y de ira (*Mateo 5:21 ss*). Debemos desterrar de nuestro corazón toda malquerencia o desprecio hacia otras personas. Tal vez no hayamos golpeado nunca a nadie; pero, ¿podemos decir que no le hemos deseado nunca el mal? Como decía Tomás de Aquino hace mucho tiempo: «El hombre mira los hechos; pero Dios ve las intenciones.»

(g) *Contienda (eris)*. Indica la rivalidad que nace de la envidia, de la ambición, del deseo de prestigio, puestos y superioridad. Si nos limpiamos de los celos ya hemos hecho algo para librarnos de muchas peleas y contiendas. Es un don de Dios el ser capaces de experimentar tanto placer ante el éxito de los otros como ante el nuestro.

(h) *Falsedad (dolos)*. Como mejor comprendemos el sentido de esta palabra es a partir del verbo correspondiente, *dolún*. *Dolún* quiere decir corrientemente mezclar un metal precioso con otro de menos valor, o aguar el vino. *Dolos* es *falsedad*; describe la cualidad de la persona de inteligencia tortuosa y retorcida, que no sabe actuar con rectitud y que se escora hacia métodos astutos y disimulados para salirse con la suya; que siempre actúa con segundas. Describe la cualidad del intrigante nato que se encuentra en todas las comunidades y sociedades.

(i) *El espíritu que atribuye siempre lo peor (kakoétheía)*. *Kakoétheía* quiere decir literalmente *de mala naturaleza*. En el sentido más amplio quiere decir *malignidad*. Aristóteles lo definía en un sentido más restringido que siempre ha conservado. Decía que era « el espíritu que siempre piensa lo peor de los demás.» Plinio lo llamaba «malignidad en la interpretación.» Jeremy Taylor decía que es «la bajeza de la naturaleza que nos hace tomarlo todo por el lado malo, y atribuirle a todo la peor intención.» Puede que este sea el más corriente de todos los pecados, el que se recomienda en el horrible dicho español: «Piensa mal, y acertarás.» Es terrible pensar en la cantidad de reputaciones que se han asesinado mientras se tomaban unas cañas o unos cafés, cuando se ha atribuido la peor intención a una acción completamente inocente. Cuando nos den ganas

de hacerlo, debemos recordar que Dios oye y recuerda cada palabra que decimos.

(j) *Chismosos y criticones (psithyrístés y katálos)*. Estas dos palabras describen a los de lengua de víbora; pero hay diferencia entre ellas. *Katálos*, denigrante, describe al que va pregonando sus maledicencias por todas partes, al que hace sus críticas y cuenta sus cuentos abiertamente. *Psithyrístés* describe al que cuenta sus historias al oído, llevándose a su interlocutor a un rincón para susurrarle una confidencia que destruye un carácter. Los dos son malos; pero el confidente es el peor. Uno puede por lo menos defenderse de una acusación pública; pero es impotente frente al cuchicheo confidencial que se deleita en destruir reputaciones.

(k) *Aborrecedores de Dios (theostygués)*. Esta palabra describe al que odia a Dios porque sabe que Le está desafiando. Dios es la barrera que se interpone entre él y sus placeres, la cadena que le impide hacer lo que le dé la gana. De buena gana eliminaría a Dios si pudiera, porque el mejor de todos los mundos posibles sería para él uno en el que su vicio no tuviera cortapisas.

(l) *Personas insolentes (hybrístés)*. *Hybris* era para los griegos el vicio que más atraía su propia destrucción a manos de los dioses. -Representa dos líneas de pensamiento: (i) Describe el espíritu de la persona que desafía a Dios movida por el orgullo; la soberbia insolente que precede a la caída. La criatura humana se olvida de su *criaturidad*. Es el espíritu del que está tan confiado en su riqueza, poder y habilidad, que cree que no tiene que depender de nadie. (ii) Describe a la persona que es desenfrenada y sádicamente cruel e injuriosa. Aristóteles lo describe como el espíritu que hiere y ofende a los demás, no por venganza ni para obtener ninguna ventaja, sino simplemente por el placer de hacer daño. Hay personas que disfrutan viendo a uno estremecerse al oír una palabra cruel. Hay personas que sienten un placer diabólico al infligirle a otros un dolor mental o físico. Eso es *hybris*. Es el sadismo que se deleita haciendo daño a los demás solamente por hacer daño.

(m) *Personas arrogantes (hyperéfanos)*. Esta es una palabra que se usa tres veces en la Escritura cuando se dice que «Dios resiste a los soberbios» (*Proverbios 3:34; Santiago 4:6; 1 Pedro 5:5*). Teofilacto lo llamaba « la cumbre de todos los pecados.» Teofrasto, filósofo griego que escribió una serie de bocetos de caracteres, definía *hyperéfanía* como «un profundo desprecio por todo lo que no sea uno mismo», y señala las cosas de la vida diaria que son señales de esta arrogancia: cuando se le pide a uno que acepte un cargo y rehúsa porque dice que no tiene tiempo para esas cosas; nunca dirige la mirada a nadie en la calle a menos que le produzca algún placer; invita a comer a una persona y luego no aparece él, y le manda a un esclavo para que le haga compañía. Está rodeado de una atmósfera de desprecio, y se complace en hacer que los demás se sientan insignificantes.

(n) *Fanfarrones (alazón)*. *Alazón* es una palabra que tiene una historia interesante. Literalmente quiere decir *vagabundo*. De ahí pasó a designar a charlatanes ambulantes que presumen de haber realizado curas extraordinarias, o quincalleros que aseguran que sus quincallas tienen propiedades maravillosas. Los griegos definían *alazonía* como el espíritu que pretende tener lo que no tiene. Jenofonte decía que se da este nombre a los que presumen de ser más ricos o más valientes de lo que son, y se comprometen a hacer para obtener alguna ganancia o provecho lo que no son capaces de hacer. Teofrasto tiene aquí también un estudio de una persona así: *el presumido, el esnob*. Es la clase de persona que pretende tener negocios, estar en relación con gente importante, haber hecho obras de caridad y haber prestado servicios públicos que no existen más que en su imaginación. Dice que su casa es demasiado pequeña para él/ella, y que tiene que comprarse otra mayor. La persona presumida sólo pretende impresionar a las demás, y quedan muchas de las tales en el mundo.

(ñ) *Inventores de males (efeuretés kakón)*. La frase describe a la persona que, digamos, no tiene bastante con las maneras ordinarias y corrientes de pecar, sino que descubre o inventa

vicios nuevos y recónditos, porque ya está hastiada y anda buscando nuevas emociones en nuevos pecados.

(o) *Desobedientes a los padres (goneúsin apeithés)*. Tanto los judíos como los romanos colocaban la obediencia a los padres muy alta en la escala de las virtudes. Era uno de los Diez Mandamientos el respetar a los padres. En los primeros tiempos de la República Romana, la *patria potestas* -es decir, la autoridad paterna- era tan absoluta que el padre tenía poder de vida o muerte sobre su familia. La razón para incluir aquí este pecado es que, una vez que se relajan los lazos familiares, se produce una degeneración total en cadena.

(p) *Insensatos (asynetos)*. Esta palabra describe a la persona que carece de sentido común, que no aprende por experiencia, que se niega a usar la cabeza que Dios le ha dado.

(q) *Que no tienen palabra (asynthetos)*. Esto sería especialmente grave para los romanos; porque, en los buenos tiempos de la historia de Roma, la honradez era clave e importantísima. La palabra de un hombre era suficiente garantía. En realidad, en eso se distinguían los romanos de los griegos, que eran unos tramposos redomados. Los griegos decían que si se le confiaba un talento -una suma importante de dinero- a un gobernador o a un funcionario, aunque estuvieran presentes diez secretarios o contables, ya se las arreglaría para hacer un desfaldo; mientras que un romano, ya fuera un magistrado en su jurisdicción o un general en una campaña, podía hacerse cargo de miles de talentos con la sola garantía de su palabra, sin que faltara luego ni una blanca. Al usar esta palabra, Pablo estaba recordándoles a los romanos no sólo la ética cristiana, sino los principios de honradez de sus mejores días como nación.

(r) *Sin afecto natural (ástorgos)*. *Storgué* era la palabra griega para el amor de la familia. Es verdad que el amor de la familia estaba desapareciendo en aquella época. Nunca ha sido la vida de un niño tan precaria como entonces. Los hijos se consideraban una desgracia. Cuando nacía un bebé, se le ponía a los pies de su padre: si le levantaba, eso quería decir que le reconocía; pero si se marchaba dejándole ahí, se le echaba a la basura literalmente. Todas las noches había treinta o cuarenta bebés abandonados en el foro romano. Hasta Séneca, que fue un gran hombre en muchos sentidos, escribía: «Matamos a un perro rabioso; sacrificamos a un toro acorneados; aplicamos el cuchillo a las reses enfermas para que no contaminen el rebaño; a los bebés que nacen deformes o débiles, los ahogamos.» Los lazos de amor humano estaban desapareciendo.

(s) *Despiadados (aneleémón)*. Nunca ha tenido menos valor la vida humana. Un amo podía matar o torturar a un esclavo si quería; al fin y al cabo no era más que *una cosa*, y la ley le concedía al amo un poder ilimitado sobre el esclavo. Una vez, en una casa de lujo, un esclavo que llevaba una bandeja de copas de cristal tropezó, y se le cayó una; inmediatamente el amo hizo que echaran al esclavo en un estanque que estaba lleno de voraces lampreas que se le comieron vivo. Era una época despiadada en sus mismos placeres, la de las luchas de gladiadores que le encantaba presenciar a la gente para ver cómo se mataban. Era una época en la que se desconocía la compasión.

(t) Pablo termina su catálogo de vicios diciendo que aquella gente había desterrado de su vida a Dios. Sucede a menudo que una persona sabe que es pecadora, y que está mal lo que hace, y lo reprocha en los demás. Pero en aquel tiempo, la gente había llegado a tal grado de maldad que no le daba ninguna importancia y animaba a otros a que hicieran lo mismo. George Bernard Shaw dijo una vez: «No hay nación que sobreviva a la pérdida de sus dioses.» Aquí nos da Pablo una descripción terrible de lo que pasa cuando desterramos deliberadamente a Dios de nuestra vida. A su debido tiempo, Roma pereció. El desastre sigue irremisiblemente a la degeneración.

LA RESPONSABILIDAD DEL PRIVILEGIO

Romanos 2:1-11

Así que tú, hombre, que juzgas a los demás, tampoco tienes defensa. Cuando juzgas a otros te condenas a ti mismo; porque, aunque te eriges en juez, haces lo mismo que todos. Sabemos que los que hacen ciertas cosas están bajo el juicio de Dios, que no se basa más que en la realidad. ¿Estás haciéndote la cuenta, hombre, tú que te pones de juez de los que hacen esas cosas, que tú también haces, de que vas a escapar de la sentencia condenatoria de Dios? ¿O es que tratas con ligereza la riqueza de su amabilidad y aguante y paciencia, sin querer darte cuenta de que lo que pretende la amabilidad de Dios es conducirte al arrepentimiento? Lo que haces con tu insensatez y con tu corazón impenitente es almacenar ira para el día de la ira y de la manifestación del justo juicio de Dios, que ajustará las cuentas a todas las personas según sus obras. A los que buscan gloria y honor e inmortalidad con constantes buenas obras, les asignará la vida eterna. Pero los que estuvieron dominados por la ambición, fueron desobedientes a la verdad y obedientes al mal, para ellos habrá ira e indignación, tribulación y aflicción. Estas son las cosas que sobrevendrán a todas las almas humanas que obran el mal, el alma de los judíos en primer lugar y también de los griegos; pero gloria y honor y paz serán la porción de todos los que obran el bien, el judío en primer lugar y también el griego, porque Dios no hace discriminaciones.

En este pasaje Pablo se dirige concretamente a los judíos. Su pensamiento se desarrolla de la manera siguiente. En el pasaje anterior, Pablo ha descrito con los colores más sombríos el mundo pagano, que se encontraba bajo la condenación de

Dios. Los judíos estarían totalmente de acuerdo con todos los términos de esa condenación; pero no considerarían ni por un momento que ellos se encontraban en la misma situación. Creían que ocupaban una posición privilegiada, porque Dios podría ser el Juez de los paganos, pero era el Protector especial de los judíos. Aquí Pablo les dice a los judíos que son tan pecadores como los gentiles, y que al condenar a los gentiles se están condenando a sí mismos; porque Dios los juzgará, no sobre la base de su herencia racial, sino por la clase de vida que viven.

Los judíos siempre se consideraban en una posición especialmente privilegiada con Dios. «Dios decían- no ama más que a Israel entre todas las naciones del mundo.» «Dios juzgará a los gentiles con una medida, y a los judíos con otra.» «Todos los israelitas tendrán parte en el mundo venidero.» «Abraham se sienta delante de la puerta del infierno, y no deja entrar a ningún israelita por malo que sea.» Cuando Justino Mártir estaba discutiendo con un judío acerca de la posición de los judíos en el *Diálogo con Trifón*, el judío decía: «Los que son descendientes de Abraham por naturaleza participarán del Reino eterno aunque sean pecadores e incrédulos y desobedientes a Dios.» El autor del *Libro de la Sabiduría*, comparando la actitud de Dios hacia los gentiles y los judíos, dice: «Porque a éstos probaste enseñándoles como padre; mas a los otros, como severo rey, condenándolos los pusiste en tormento» (11:9, *Biblia del Oso*). «Así que cuando a nosotros castigas, mil veces más azotas a nuestros enemigos» (12:22, *idem*). Los judíos creían que todos tendrían que pasar por el juicio menos ellos; y que se librarían de la ira de Dios, aunque no fueran mejores que los demás, simplemente por ser judíos. Para salir al paso de esta situación, Pablo les recuerda cuatro cosas a los judíos.

(i) Les dice claramente que están comerciando con la misericordia de Dios. En el versículo 4 usa tres grandes palabras. Les pregunta: «¿No será que estáis abaratando la riqueza de *su amabilidad y aguante y paciencia?*» Vamos a fijarnos en estas tres grandes palabras.

(a) *Amabilidad (jréstotés)*. (R-V *benignidad*). Trench dice:

«Es una hermosa palabra, y expresa una idea hermosa.» En griego hay dos palabras para *bueno*: son *agathós* y *jréstós*. Tienen matices diferentes. La bondad de uno que es *agathós* puede desembocar en reprensión, disciplina y castigo; pero la bondad de uno que es *jréstós* es siempre esencialmente amable. Jesús fue *agathós* cuando echó del Templo a los cambistas y a los vendedores de palomas con una ira al rojo vivo; pero fue *jréstós* cuando trató a la mujer pecadora que le ungió los pies y a la que había sido sorprendida en adulterio (*Lucas 7* y *Juan 8*). Lo que Pablo dice realmente es: «Vosotros, judíos, estáis sencillamente tratando de sacar ventaja de la gran amabilidad de Dios.»

(b) *Aguante (anojé)*. (R-V *paciencia*). *Anojé* es la palabra para *tregua*. Es verdad que quiere decir cese de hostilidades, pero que tiene un límite. Pablo les está diciendo a los judíos en realidad: «Creéis que estáis a salvo porque no os ha caído todavía el juicio de Dios; pero lo que Dios os está dando no es *carte blanche* para pecar, sino una oportunidad para arrepentiros y enmendaros.» Nadie puede seguir ofendiendo a Dios impunemente por tiempo indefinido.

(c) *Paciencia (makrothymía)*. (R-V *longanimidad*). *Makrothymía* es una palabra que indica expresamente *paciencia con las personas*. Crisóstomo la definía como la cualidad del que se puede vengar y escoge deliberadamente no hacerlo. Pablo les está diciendo a los judíos: «No penséis que si Dios no os castiga es porque no puede. El que Su castigo no siga inmediatamente al pecado no es una señal de impotencia, sino de paciencia. Le debéis vuestra vida a la paciencia de Dios.»

Un gran comentarista ha dicho que casi todos tenemos «una vaga e indefinida esperanza en la impunidad», algo así como decirse: «No me pasará nada.» Los judíos llegaban todavía más lejos: Se atribuían abiertamente estar exentos del juicio de Dios. Jugaban con Su misericordia, lo mismo que siguen haciendo muchas personas todavía.

(ii) Pablo les decía a los judíos que estaban tomando la misericordia de Dios como una invitación a pecar más que como un incentivo a arrepentirse. Fue Heine el que hizo una famosa y cínica afirmación. No cabe duda de que no le preocupaba el otro mundo. Le preguntaron por qué estaba tan confiado, y contestó: «Dios me perdonará.» Y cuando le preguntaron que cómo estaba tan seguro, contestó: «*C'est son métier*», «Para eso está.» Considerémoslo en términos humanos: hay dos actitudes ante el perdón humano. Supongamos que un joven hace algo vergonzoso, que les produce tristeza y dolor a sus padres, y supongamos que se le perdona totalmente por amor, y aquello se olvida. Puede hacer una de dos cosas: puede ir y hacer lo mismo otra vez, asumiendo que se le perdonará otra vez; o puede sentirse movido a un agradecimiento tan grande por el generoso perdón que ha recibido, que pasa la vida tratando de ser digno de él. Una de las cosas más vergonzosas del mundo es el tomar el perdón que ha inspirado el amor como excusa para seguir pecando. Eso era lo que estaban haciendo los judíos. Y eso es lo que sigue haciendo mucha gente. La misericordia y el amor de Dios no han de hacernos pensar que podemos pecar porque no nos pasará nada; sino quebrantarnos el corazón de tal manera que procuremos no pecar nunca más.

(iii) Pablo insiste en que no hay nación que sea más favorecida que las demás en la economía divina. Puede que haya naciones a las que se les asigne una tarea o una responsabilidad especiales, pero ninguna a la que se le asigne un privilegio o una consideración especiales. Puede que sea verdad lo que dijo Milton de que, «Cuando Dios tiene una gran obra, se la encarga a Sus ingleses»; pero se tratará de una gran *obra*, no de un gran *privilegio*. Toda la religión judía se basaba en la convicción de que los judíos ocupaban una posición privilegiada y favorecida a los ojos de Dios. Puede que consideremos que esa es una actitud del pasado; pero, ¿lo es? ¿Es que no existe la barrera del color? ¿Es que ya no se da tal cosa como el sentimiento de

superioridad sobre los que llamaba Kipling «las castas inferiores fuera de la ley»? Esto no es decir que todas las naciones tengan el mismo talento; pero sí que las más avanzadas no deberían mirar por encima del hombro a las otras, sino ayudarlas a avanzar.

(iv) Este es el pasaje de Pablo que deberíamos estudiar más a fondo para comprender exactamente lo que él pensaba; porque muchas veces se dice que a Pablo lo único que le importaba era la fe; y se suele marginar despectivamente como ajena al Nuevo Testamento una religión que haga hincapié en la importancia de las obras. Nada más lejos de la verdad. «Dios -decía Pablo- tratará a cada uno según sus obras.» Para Pablo, una fe que no producía obras era una fe de pega, o no era fe ni era nada. Él habría dicho que sólo se puede ver la fe de alguien en sus obras. Una de las tendencias religiosas más peligrosas es hablar de la fe y las obras como si fueran cosas diferentes. No hay tal cosa como una fe que no produce obras, ni obras que no sean el resultado de la fe. La fe y las obras van inseparablemente unidas. ¿Cómo va a poder juzgar Dios a nadie fuera de sus obras? No podemos decir cómodamente: «Yo tengo fe», y dejarlo ahí. Nuestra fe tiene que producir obras, porque es por las obras por lo que somos aceptados o condenados.

LA LEY QUE NO ESTÁ ESCRITA

Romanos 2:12-16

Cuantos han pecado fuera de la Ley, perecerán fuera de la Ley; y cuantos han pecado estando dentro de la Ley, serán juzgados según la Ley; porque los que serán considerados íntegros a los ojos de Dios el día que juzgue las cosas ocultas de los hombres según mi Evangelio mediante Jesucristo no serán los que no han hecho más que oír la Ley, sino los que la han cumplido. Porque siempre que los gentiles que no poseen la Ley hacen por naturaleza las obras de la Ley, aunque no posean la Ley son una ley para sí mismos; dan muestras de poseer la Ley escrita en sus corazones, y su conciencia les da testimonio y sus pensamientos más íntimos los acusan o los excusan.

En la traducción hemos cambiado ligeramente el orden de los versículos. El sentido del pasaje requiere que el versículo 16 siga inmediatamente al 13, y los versículos 14 y 15 son un largo paréntesis. Hay que tener presente que Pablo no estaba escribiendo esta carta sentado a la mesa y pensando las palabras y frases. Estaría paseándose por la habitación mientras se la dictaba a Tercio (*Romanos 16:22*), que hacía todo lo posible por no perder palabra. Eso explica el largo paréntesis; pero es más fácil seguir el sentido en español si seguimos el orden que hemos dicho, poniendo los versículos 14 y 15 después de 13 y 16.

En este pasaje, Pablo se dirige a los gentiles. Antes se ha referido a los judíos y a su pretensión de un privilegio especial. Pero es verdad que los judíos tenían una ventaja, que era la Ley. Un gentil podía objetar: «Es justo que Dios condene a los judíos, porque tenían la Ley y deberían saber mejor lo que hacían; pero nosotros nos libraremos del juicio porque no hemos tenido oportunidad de conocer la Ley, y no sabíamos nada.» En respuesta a esto Pablo establece dos grandes principios.

(i) Cada uno será juzgado por lo que tuvo oportunidad de saber. Si no conocía la Ley, se le juzgará como a uno que no conocía la Ley. Dios es justo. Y aquí tienen la respuesta los que preguntan qué les va a pasar a los que vivieron en el mundo antes que Jesús viniera, y no tuvieron oportunidad de conocer el Evangelio. Cada uno será juzgado por su fidelidad a lo más elevado que pudo conocer.

(ii) Pablo sigue diciendo que, hasta los que no conocieron la Ley escrita, tenían otra ley en el corazón. Nosotros lo llamaríamos un conocimiento instintivo del bien y del mal. Decían los estoicos que había ciertas leyes que estaban vigentes en el universo que uno quebrantaba a su riesgo: las leyes de la salud, y las leyes morales que gobiernan la vida. Los estoicos llamaban a estas leyes *fysis*, que quiere decir *naturaleza*, y exhortaban a la gente a vivir *kata fysin*, de acuerdo con la naturaleza. El razonamiento de Pablo es que el ser humano sabe

por naturaleza cómo debe vivir. Los griegos habrían estado de acuerdo con eso. Aristóteles decía: «El hombre culto y libre se comportará como el que es *una ley para sí mismo*.» *Plutarco* preguntaba: «¿Quién gobernará al gobernador?» Y respondía: «La Ley, que es el rey de todos los mortales y de los inmortales, como la llama *Píndaro*; que no está escrita en rollos de papiro ni en tabletas de madera, pero que es la misma razón dentro del alma humana, que vive permanentemente en ella y la guarda y no la deja nunca privada de dirección.»

Pablo veía el mundo dividido en dos clases de personas: a los judíos, con la Ley que procedía directamente de Dios y estaba escrita de forma que la podía leer; y a las demás naciones, sin una ley escrita, pero con un conocimiento del bien y del mal implantado por Dios en sus corazones. Nadie podía pretender la exención del juicio de Dios. No la podía pretender el judío por el hecho de ocupar un lugar especial en el plan de Dios. Y el gentil tampoco, por el hecho de no haber recibido la Ley escrita. El judío será juzgado como alguien que ha conocido la Ley; y el gentil, como uno que tiene la conciencia que Dios le ha dado. Dios juzgará a cada uno según lo que ha conocido y ha tenido oportunidad de conocer.

EL JUDÍO VERDADERO

Si a ti se te llama judío, si te apoyas en la Ley, si estás orgulloso de tu Dios y conoces Su voluntad, si apruebas lo que es excelente, si estás instruido en la Ley, si te crees guía de los ciegos, luz en las tinieblas y educador de los insensatos, maestro de los sencillos; si te crees poseedor de la misma forma del conocimiento y de la verdad que se encuentra en la Ley... Entonces, ¿cómo es que tú, que instruyes a otros, no te instruyes a ti mismo? ¿Cómo es que tú, que proclamas a otros que el robar está prohibido, sin embargo robas? ¿Y cómo tú, que prohibes a otros cometer adulterio, lo cometes? ¿Tú, que sientes repugnancia de los ídolos, robas los templos? ¿Tú, que te enorgulleces de la Ley, deshonoras a los demás no cumpliéndola? Porque está escrito: «Por vuestra conducta, el Nombre de Dios es vilipendiado entre los gentiles. » La circuncisión es de veras un privilegio si cumples la Ley; pero si la quebrantas, tu circuncisión vale tanto como la incircuncisión. Porque, si los incircuncisos cumplen las leyes morales de la Ley, ¿no se les contará su incircuncisión como equivalente de la circuncisión, y los incircuncisos que cumplen la Ley llegarán a ser tus jueces por haber tú quebrantado la Ley, aunque tienes la letra de la Ley y el rito de la circuncisión? Porque el verdadero judío no es el que lo es externamente, ni es la verdadera circuncisión la que se hace externamente en la carne; sino que el verdadero judío es el que lo es en su interior, y la circuncisión real es la del corazón, de acuerdo con el espíritu y no al pie de la letra. La alabanza de tal hombre no viene de los hombres, sino de Dios.

Este pasaje tiene que haberle resultado escandaloso a un judío. Estaría seguro de que Dios le consideraba una persona especial sencillamente por pertenecer a la nación de los descendientes de Abraham y porque llevaba en el cuerpo la señal de la circuncisión. Pero Pablo introduce aquí una idea a la que volverá después repetidas veces. El judaísmo, insiste, no es en absoluto una cuestión de raza, y no tiene nada que ver con la circuncisión: depende de la conducta. Si es así, muchos supuestos judíos, que son descendientes directos de Abraham y que llevan en el cuerpo la señal de la circuncisión, en realidad no son judíos; y muchos gentiles que ni siquiera han oído hablar de Abraham ni se les ha pasado por la cabeza el circuncidarse, son judíos en el verdadero sentido de la palabra. A un judío esto le sonaría como la peor herejía, y le pondría furioso.

El último versículo de este pasaje contiene un juego de palabras que es imposible traducir: « La alabanza de tal hombre no viene de los hombres sino de Dios.» La palabra griega para alabanza es *épainos*. Si retrocedemos al **Antiguo Testamento** (*Génesis* 29:35; 49:8), nos encontramos con que el sentido original y tradicional de la palabra Judá es *alabanza* (*épainos*). Así es que esta frase quiere decir dos cosas: (a) Que la alabanza de tal hombre no viene de los hombres, sino de Dios. (b) Que el judaísmo de tal hombre no viene de los hombres, sino de Dios. El sentido del pasaje es que las promesas de Dios no son para los de una cierta raza y que llevan una cierta señal en el cuerpo, sino para personas que viven una cierta clase de vida, sean de la raza que sean. El ser un verdadero judío no es cuestión de «pedigrí», sino de carácter; y a menudo uno que no es judío de raza puede que sea mejor judío que el otro.

Pablo dice que hay judíos cuya conducta hace que se hable mal de Dios entre los gentiles. Es un hecho que los judíos han sido muchas veces, y todavía lo son, la gente menos popular del mundo. Veamos lo que los gentiles pensaban de los judíos en los tiempos del *Nuevo Testamento*.

Consideraban el judaísmo como una «superstición bárbara», a los judíos como « la raza más repelente», y como «la pandilla de esclavos más despreciables.» Se tergiversaban los orígenes de la religión judía con maliciosa ignorancia. Se decía que los judíos habían sido en su origen una compañía de leprosos a los que el rey de Egipto había mandado a trabajar en los campos de arena; y que Moisés había reunido a esa banda de esclavos leprosos y los había guiado a Palestina a través del desierto. Se decía que adoraban una cabeza de burro porque una manada de asnos salvajes los había llevado adonde había agua cuando se estaban muriendo de sed en el desierto. Decían que se abstendían de comer carne de cerdo porque los cerdos suelen tener una enfermedad de la piel, la sarna, que era la que padecían los judíos en Egipto.

Los gentiles se burlaban de algunas de las costumbres judías. El que no comieran carne de cerdo se prestaba a muchos chistes. Plutarco creía que podría ser porque los judíos tenían a un cerdo como dios. Juvenal afirma que la clemencia judía permitía que los cerdos disfrutaran de una buena y larga vida, y que se considerara la carne de cerdo de más valor que la humana. Atribuían a la pereza la costumbre de descansar los sábados.

Algunas cosas de las que disfrutaban los judíos enfurecían a los gentiles. Era incomprensible que, siendo tan impopulares, los judíos tuvieran privilegios extraordinarios del gobierno romano.

(a) Se les permitía aportar a Jerusalén el impuesto del Templo todos los años. Esto revistió tal gravedad en Asia hacia el año 60 a.C., que se prohibió la salida de moneda y, según los historiadores, se confiscaron no menos de 20 toneladas de oro de contrabando que los judíos estaban a punto de mandar a Jerusalén.

(b) Se les permitía, por lo menos hasta cierto punto, tener sus propios tribunales y vivir según sus leyes. Se sabe de un decreto del gobernador Lucio Antonio de Asia hacia el año 50 a.C., en el que se decía: «Nuestros ciudadanos judíos se dirigieron a mí para informarme de que tenían sus propias asambleas privadas que llevaban a cabo según sus leyes ancestrales, y un lugar propio privado en el que resuelven sus asuntos y pleitos. Cuando pidieron que se les permitiera continuar con sus

costumbres, yo dicté sentencia favorable a que se les permitiera conservar este privilegio.» A los gentiles les fastidiaba ver a una raza de gente que vivía como una especie de grupo separado y especialmente privilegiado.

(c) El gobierno romano respetaba la observancia judía del sábado. Estaba establecido que a un judío no se le podía citar para prestar declaración en un juicio en sábado. Y también que si se distribuían ayudas especiales entre la gente en sábado, los judíos podrían reclamar su parte al día siguiente. Y -este era un asunto especialmente molesto para los gentiles- los judíos disfrutaban de *astrateía*, es decir, exención del servicio militar, que era debida a que su estricta observancia del mandamiento

de descansar el sábado les impedía cumplir los deberes militares ese día. Ya se entiende con qué resentimiento vería el resto de la población esta exención de un deber oneroso.

Había dos cosas de las que acusaban a los judíos especialmente:

(a) Los acusaban de *ateísmo* (*atheotés*). Al mundo antiguo le resultaba sumamente difícil concebir la posibilidad de una religión que no tuviera imágenes visibles de culto. Plinio llamaba a los judíos < una raza que se distingue por su desprecio de todos los dioses. » Tácito decía: « Los judíos conciben su deidad como una, solamente con la mente... De ahí que no erijan imágenes en sus ciudades, ni siquiera en sus templos. Esta reverencia no se la dan a los reyes, ni a los césares este honor. » Juvenal dijo: « No veneran más que las nubes y la deidad del cielo. » Pero la verdad era que, lo que más hacía que los judíos no les gustaran a los gentiles era no tanto su culto sin imágenes como su frío desprecio hacia todas las demás religiones. Nadie que no sienta hacia los demás más que desprecio puede ser misionero. Esta actitud era una de las cosas en que estaba pensando Pablo cuando decía que los judíos desacreditaban el Nombre de Dios.

(b) Se los acusaba de *odio a sus semejantes* (*misanthrópía*) y de *total insociabilidad* (*amixía*). Tácito decía que los judíos « manifiestan una honradez a toda prueba y una compasión inaplazable entre ellos; pero hacia todos los demás no muestran más que odio y antagonismo. » En Alejandría se decía que los judíos se habían juramentado para no mostrar nunca ninguna amabilidad a un gentil, y que hasta ofrecían a un griego en sacrificio a su dios todos los años. Tácito decía que lo primero que le enseñaban a los gentiles que se convertían al judaísmo era « despreciar a los dioses, repudiar su nacionalidad, y denigrar a sus padres, hijos y hermanos. » Juvenal aseguraba que si se le preguntaba a un judío cómo se iba a un sitio, se negaba a dar ninguna información, como no fuera a otro judío; y que si uno estaba buscando una fuente donde beber, no le dirigiría a menos que fuera circuncidado. Otra vez nos encontramos con lo mismo: la actitud característica de un judío hacia los que no lo eran era de desprecio, lo que no provocaba sino odio como respuesta.

Era innegable que los judíos producían descrédito al Nombre de Dios; porque se encerraban en una comunidad rígida que excluía a todos los demás, y adoptaban una actitud de desprecio a la religión y de total insensibilidad a las necesidades de los no judíos. La verdadera religión se manifiesta en un corazón y una puerta abiertos; mientras que el judaísmo los tenía cerrados.

LA FIDELIDAD DE DIOS Y LA INFIDELIDAD HUMANA

Romanos 3:1-8

-Entonces, ¿qué tiene un judío que no tenga otro cualquiera? ¿O qué ventajas tienen los que han sido circuncidados?

-Muchas, se mire como se mire. En primer lugar, tienen esta ventaja: Que es a los judíos a los que se han confiado los oráculos de Dios.

-Sí, estoy de acuerdo; pero, ¿qué pasa si algunos de ellos les han sido infieles? ¿No irás a decirme que su infidelidad anula la fidelidad de Dios?

- ¡Eso, de ninguna manera! Dios se muestra veraz aunque todo el mundo resulte mentiroso, como está escrito: « Para que se vea que Tú tienes razón en tus argumentos, y ganes el caso cuando vas a juicio. »

- Pero tú dices que, si nuestra culpabilidad no hace más que demostrar que Dios es justo, ¿qué podemos decir nosotros? ¿No irás a intentar convencerme de que Dios es injusto si lanza la Ira sobre ti? (Está claro que estoy usando argumentos meramente humanos).

- ¡Eso, de ninguna manera! Porque, si fuera así, ¿cómo iba Dios a juzgar al mundo?

- Pero es que tú dices que, si el que yo sea falso sencillamente le brinda a Dios una nueva oportunidad de demostrar, para Su mayor gloria, que El es veraz, ¿por qué encima me condena a mí como pecador?

- ¿Vas a razonar, como algunos calumniosamente nos atribuyen a nosotros, que lo que tenemos que hacer es obrar mal para que se produzca el bien? Está bien claro que tal afirmación no merece más que la condenación.

Aquí Pablo sostiene una discusión sumamente difícil. Nos será de ayuda recordar que está hablando con un objetor imaginario. Vamos a exponer su argumento en detalle.

Objetor.- La consecuencia de todo lo que has estado diciendo sería que no hay ninguna diferencia entre los judíos y los gentiles y que se encuentran en la misma situación. ¿Es eso en realidad lo que quieres decir?

Pablo.- De ninguna manera.

Objetor.- Entonces, ¿en qué consiste la diferencia?

Pablo.- Lo primero es que los judíos conocen los mandamientos de Dios, y los gentiles no.

Objetor.- ¡De acuerdo! Pero, ¿qué pasa si algunos judíos desobedecen esos mandamientos y merecen la condenación por haber sido infieles? Acabas de decir que Dios colocó a los judíos en una posición especial y les dio una promesa exclusiva. Y ahora estás diciendo que por lo menos algunos están bajo la condenación de Dios. ¿No querrá decir eso que Dios está faltando a su promesa y quedando como injusto y arbitrario?

Pablo.- ¡Nada de eso! Lo que sí queda claro es que Dios no hace discriminación, y que castiga el pecado donde lo encuentra. El hecho de que condene a los judíos infieles es la mejor demostración de lo absoluto de su justicia. Se habría podido suponer que Dios pasaría por alto los pecados de Su pueblo escogido, pero no hay tal.

Objetor.- ¡Muy bien, entonces! Lo que has conseguido demostrar es que mi desobediencia le ha dado a Dios oportunidad de demostrar Su justicia. Mi infidelidad le ha dado a Dios una oportunidad maravillosa para hacer gala de Su fidelidad. Según eso, ¡mi pecado es algo excelente! ¡Le ha dado a Dios la oportunidad de demostrar lo bueno que es! Puede que yo haya hecho algo malo, pero el resultado ha sido bueno. ¡No se puede condenar a un hombre por darle a Dios la oportunidad de demostrar su justicia!

Pablo.- Tal razonamiento es peor que despreciable. ¡No tienes más que sugerirlo para descubrir lo inaceptable que es!

Desarrollando así el pasaje nos damos cuenta de que Pablo expone en él algunas de sus ideas acerca de los judíos.

(i) No cabe duda de que creía que los judíos ocupan una posición especial en el plan de Dios. Eso es, de hecho, lo que los judíos mismos creían. La diferencia está en que Pablo creía que esa posición especial era *una responsabilidad*; mientras que los judíos la consideraban *un privilegio*. ¿Qué es lo que Pablo decía que se les había confiado especialmente a los judíos? *Los oráculos de Dios (Versión Hispanoamericana, 1916)*. ¿Qué quiere decir eso? La palabra que él usa es *loguía*, que es la que se usa normalmente en la traducción griega del *Antiguo Testamento* para designar una comunicación o pronunciamiento de Dios. Aquí quiere decir *Los Diez Mandamientos*, que en hebreo se llaman *Las diez Palabras (Debarim)*. Pablo les dice: < Sois un pueblo especial; por tanto, tenéis que vivir una vida especial. > No dijo: < Sois un pueblo especial; por tanto podéis hacer lo que os dé la gana. > Lo que sí dijo fue: «Sois un pueblo especial para Dios; *por tanto, tenéis que hacer Su voluntad.*» Cuando el Lord Dunsany quedó con vida después de la guerra de 1914-18, nos cuenta que se dijo: «Por alguna extraña razón, todavía estoy vivo. ¿Qué será lo que Dios quiere que haga con una vida que ha sido preservada de una manera tan especial?» Eso no se les ocurría nunca a los judíos. Nunca consiguieron darse cuenta de que la elección especial de Dios era para una tarea especial. ¿Lo tenemos presente nosotros cuando hablamos de la elección de Dios?

(ii) Hay tres ideas básicas acerca de los judíos que siempre aparecen en los escritos de Pablo. Aquí las encontramos en embrión; pero en realidad son las tres ideas que desarrolla en toda la epístola. Debemos darnos cuenta de que no coloca a todos los judíos bajo la misma condenación. Lo que dice es: < ¿Qué pasa si *algunos de ellos* fueron infieles? >

(a) Estaba seguro de que Dios tenía razón al condenar a los judíos. Ocupaban un lugar especial y habían recibido promesas especiales; y por eso mismo su condenación había de ser mayor. La responsabilidad siempre es la otra cara del privilegio. Cuantas más oportunidades tiene una persona para hacer el bien, mayor será su condenación por hacer el mal.

(b) Pero no todos fueron infieles. Pablo nunca se olvidaba del resto fiel; y estaba completamente seguro de que ese resto fiel -aunque fuera muy pequeño en número- era el verdadero Israel. Los demás habían perdido sus privilegios y estaban bajo condenación. Ya no eran verdaderos judíos. El resto era el verdadero pueblo de Dios.

(c) Pablo estaba siempre seguro de que el rechazo de Dios *no era definitivo*. La consecuencia de ese rechazo fue que se abrió la puerta a los gentiles; pero, *al final*, los gentiles harán volver a los judíos al redil, y judíos y gentiles serán una sola cosa en Cristo. La tragedia de los judíos fue que rechazaron la gran tarea de la evangelización del mundo que les habría correspondido; y por tanto se les asignó a los gentiles, de forma que el plan de Dios se invirtió: no fueron los judíos los que evangelizaron a los gentiles, sino al revés; y este proceso todavía continúa.

Además, este pasaje contiene dos grandes verdades humanas universales.

(i) La desobediencia es la raíz de todo pecado. La raíz del pecado de los judíos fue la desobediencia a la Ley de Dios que conocían. Como escribió Milton, fue « la primera desobediencia humana » la responsable del « paraíso perdido ». Cuando el orgullo enfrenta la voluntad humana con la de Dios, se produce el pecado. Si no hubiera desobediencia no habría pecado.

(ii) Una vez que ha cometido un pecado, el ser humano despliega una habilidad extraordinaria para justificarse. Aquí tenemos un razonamiento que se presenta con frecuencia en el pensamiento religioso: el de que el pecado le da a Dios la oportunidad de demostrar al mismo tiempo su justicia y su misericordia, y es por tanto una cosa buena. Es un razonamiento tergiversado. Se podría decir-y, de hecho, sería el mismo razonamiento- que está bien el quebrantarle el corazón a una persona, porque así se le da la oportunidad de demostrar lo mucho que nos ama. Cuando uno peca, lo que necesita no es ingenio para justificarse, sino humildad para reconocerlo y arrepentirse.

UN MUNDO SIN CRISTO

Romanos 3:9-18

-Entonces, ¿qué pasa? ¿Tenemos los judíos alguna ventaja?

- ¡Claro que no! Porque ya hemos acusado a todos los judíos y griegos de que están bajo el poder del pecado, como está escrito: «No hay nadie que sea justo, ni uno. Nadie se da por enterado. Nadie busca al Señor. Todos se han desviado, y se han echado a perder. No hay nadie que haga cosas buenas, ni uno. Tienen una boca que parece una tumba abierta. Cultivan el fraude con sus lenguas. Tienen veneno de víboras en los labios, y las bocas cargadas de maldiciones y hiel. Sus pies son rápidos para correr a cometer asesinatos. La destrucción y la desgracia están en sus caminos, pero ni conocen el camino de la paz. No tienen nunca el temor de Dios ante los ojos.

En el pasaje anterior Pablo insistía en que, a pesar de todo, los judíos ocupan una posición especial en el plan de Dios. No nos sorprende que entonces el objetor pregunte si eso quiere

decir que los judíos les llevan ventaja a los demás pueblos. Y la respuesta de Pablo es que tanto los judíos como los gentiles, si están sin Cristo, están bajo el dominio del pecado. La frase griega que usa es muy sugestiva: *hypo hamartían*. En este sentido, *hypo* quiere decir *en el poder de, bajo la autoridad de*. En *Mateo 8:9*, el centurión dice: < Tengo soldados *hypo emautón, por debajo de mí.*» Es decir, *a mis órdenes*. Un escolar está *hypo paidagōgon, bajo la dirección del pedagogo*, un esclavo al que se le ha confiado. En su estado natural, sin Cristo, el ser humano está bajo el control del pecado, y es incapaz de evadirse.

Hay otra palabra interesante en este pasaje, la del versículo 12, que hemos traducido «se han echado a perder.» La palabra griega es *ajeiroó*, que quiere decir literalmente *dejar inútil*. Se usa en relación con la leche que se ha estropeado. La naturaleza humana sin Cristo es una cosa corrompida e inútil.

Pablo hace aquí lo que solían hacer los rabinos. En los versículos 10-18 ensarta una serie de textos del *Antiguo Testamento*, no citándolos literalmente sino de memoria; incluye versículos de los *Salmos 14:1-3; 5: 9; 140: 3; 10:7; Isaías 59:7s, y Salmo 36:1*. Era frecuente en la predicación de los rabinos el ensartar textos así. Lo llamaban *jaraz*, que quería decir precisamente eso: *ensartar perlas*.

Es una descripción terrible de la naturaleza humana en su estado sin Cristo. Vaughan señala que estos textos del *Antiguo Testamento* describen tres cosas: (a) *EL carácter* cuyas notas distintivas son la ignorancia, la indiferencia, la tortuosidad y la inutilidad. (b) *La lengua* que se caracteriza por sus cualidades destructivas, mentirosas y maliciosas. (c) *La conducta* que se manifiesta en la opresión, la injuria, la implacabilidad. Estos son los resultados de no tener en cuenta a Dios.

Nadie ha visto tan claramente como Pablo la maldad de la naturaleza humana; pero advertimos que esto no era para él una llamada a la desesperación, sino un desafío a la esperanza. Cuando decimos que Pablo creía en el pecado original y en la depravación de la naturaleza humana no debemos concluir que desesperara de la naturaleza humana ni que la mirara con un desprecio cínico. Una vez, cuando William Jay de Bath ya era anciano, dijo: «Me va fallando la memoria; pero hay dos cosas de las que no me olvido nunca: Que soy un gran pecador, y que Jesucristo es un gran Salvador.»

Pablo nunca le quitaba importancia al pecado humano, ni grandeza al poder redentor de Jesucristo. Una vez, cuando el gran independiente de Lancashire William Roby era joven, estaba predicando en Malvem. Tenía tan poco éxito que estaba desanimado y a punto de dejar la obra, cuando recibió una reprensión en sazón de un cierto señor Moody, que le preguntó: «Entonces, ¿es que son demasiado malos para salvarse?» El desafío le hizo volver a William Roby a la labor.

Pablo creía que la gente sin Cristo era mala, pero no demasiado mala para salvarse. Estaba convencido de que lo que Cristo había hecho por él lo podía hacer por cualquier otro.

LA ÚNICA MANERA DE QUEDAR EN PAZ CON DIOS

Romanos 3:19-26

Sabemos que todo lo que dice la Ley va dirigido a los que están dentro de su sistema; y la finalidad de la Ley es que se callen todas las bocas y que todo el mundo sepa que está expuesto al juicio de Dios; porque nadie va a llegar a la debida relación con Dios haciendo las cosas que manda la Ley. Lo que sí se obtiene mediante la Ley es la plena consciencia de

la realidad del pecado. Pero ahora se nos abre un camino hacia la recta relación con Dios aparte de la Ley, del que dan testimonio la Ley y los Profetas. Porque la perfecta relación con Dios la obtienen por medio de la fe en Jesucristo todos los que creen en Él. Yaquí no hay diferencia entre judíos y gentiles, porque todos han pecado y se encuentran excluidos de la gloria de Dios; pero alcanzan la debida

*relación con Dios gratuitamente, mediante Su Gracia,
por medio de la liberación que ha obrado Jesucristo.*

Dios mismo nos Le presenta como el Que puede ganar nos el perdón de pecados si ponemos nuestra fe en su sangre. Dios lo ha hecho todo así para demostrar Su justicia, porque, en Su paciencia, había pasado por alto los pecados cometidos en el tiempo pasado, y lo hizo para demostrar Su justicia en esta era presente, para que quede claro que Él es el único justo, y el Que acepta como justos a todos los que creen en Jesús.

Aquí tenemos otro pasaje que no es fácil de entender, pero que está lleno de riqueza cuando se capta su significado. A ver si podemos penetrar en la verdad básica que contiene.

El problema supremo de la vida es: ¿Cómo puede uno estar en la debida relación con Dios? ¿Cómo puede sentirse en paz con Dios? ¿Cómo puede dejar de sentirse a una distancia insalvable, y de tenerle miedo a la presencia de Dios? La religión de los judíos contestaba: «Uno puede llegar a estar en la debida relación con Dios cumpliendo meticulosamente todo lo que manda la Ley.» Pero eso equivale a decir sencillamente que nadie tiene la menor posibilidad de llegar a estar en la debida relación con Dios, porque nadie puede cumplir perfectamente todos los mandamientos de la Ley. Entonces, ¿para qué sirve la Ley? Para que nos demos cuenta de la realidad del pecado. Sólo cuando conocemos la Ley e intentamos cumplirla nos damos cuenta de que nos es imposible. El propósito de la Ley es hacernos conscientes de nuestra debilidad y pecado. Entonces, ¿es imposible llegar a Dios? Todo lo contrario; porque el camino que nos lleva a Dios no es el de la Ley, sino el de la Gracia. No por las obras, sino por la fe.

Para ponérselo más claro, Pablo usa tres comparaciones.

(i) Nos pone el ejemplo del *tribunal*, lo que llamamos *justificación*. En este ejemplo se piensa que el hombre se encuentra ante el tribunal de Dios. La palabra griega que traducimos por *justificar* es *dikaiún*. Todos los verbos griegos que terminan en *-ún* quieren decir, no *hacer* a alguien algo, sino *tratar, considerar* a uno como algo. Si se presenta ante el juez uno que es inocente, el juez *le declara* inocente. Pero el caso del que se presenta ante Dios es que es *totalmente culpable*, y sin embargo Dios, en su infinita misericordia, le trata y le considera como si fuera inocente. Eso es lo que quiere decir *justificación*.

Cuando Pablo dice que < Dios justifica al malvado > quiere decir que Dios le trata como si fuera bueno. Eso era lo que escandalizaba a los judíos hasta el colmo. Para ellos eso sólo lo harta un juez inicuo. « El justificar al culpable es una abominación para Dios » (*Proverbios 17:15*). « Yo no perdonaré al culpable » (*Éxodo 23:7*). Pero Pablo dice que eso es precisamente lo que hace Dios.

¿Cómo puedo yo saber que Dios es así? Lo sé *porque Jesús lo ha dicho*. Vino a decirnos que Dios nos ama aunque somos malos. Vino a decirnos que, aunque somos pecadores, seguimos siéndole muy queridos a Dios. Cuando descubrimos eso y lo creemos, *se cambia radicalmente nuestra relación con Dios*. Somos conscientes de nuestro pecado, pero ya no estamos aterrados ni alejados. Quebrantados y arrepentidos acudimos a Dios, como viene a su madre un niño triste, y sabemos que el Dios al Que venimos es amor.

Eso es lo que quiere decir *justificación por la fe en Jesucristo*. Quiere decir que estamos en la debida relación con Dios porque creemos de todo corazón que lo que Jesús nos ha dicho de Dios es la verdad. Ya no somos extraños que tienen terror a un Dios airado. Somos hijos, hijos errantes que confían en que su Padre los ama y los perdonará. Y *nosotros no podríamos haber llegado nunca a esa relación con Dios si Jesús no hubiera venido a vivir y a morir para decirnos lo maravillosamente que Dios nos ama*.

(ii) Pablo nos pone el ejemplo del *sacrificio*. Nos dice que Dios hizo que Jesús fuera el que ganara el perdón de nuestros pecados. La palabra griega que usa Pablo para describir a Jesús es *hilastérion*. Viene de un verbo que quiere decir *propiciar*,

y que se usa en relación con los sacrificios. En el *Antiguo Testamento*, cuando uno quebrantaba la Ley le ofrecía un sacrificio a Dios. Lo que pretendía era que el sacrificio le librara del castigo que habría de venirle. Para decirlo de otra forma: un hombre pecaba, y aquel pecado destruía su relación con Dios; para restaurarla ofrecía un sacrificio.

Pero la experiencia humana era que un sacrificio animal no podía producir ese efecto. « A Ti no Te complacen los sacrificios; si yo Te ofreciera holocaustos, a Ti no Te agradaría » (*Salmo 51:16*). « ¿ Con qué me presentaré al Señor, y daré culto al Dios Altísimo? ¿ Con holocaustos, con becerros de un año? ¿ Le agradarán al Señor millares de carneros, o miríadas de arroyos

de aceite? ¿Tendré que dar mi primogénito en compensación por mi transgresión, o el fruto de mis entrañas para expiar el pecado de mi alma?» (*Miqueas 6:6s*). Los hombres sabían instintivamente que, una vez que habían pecado, toda la parafernalia de los sacrificios terrenales no podría arreglar las cosas.

Por eso dice Pablo: «Jesucristo, con su vida de obediencia y su muerte por amor, Le ofreció a Dios el único sacrificio que puede expiar el pecado real y verdaderamente.» E insiste en que lo que sucedió en la Cruz nos abre la puerta para que volvamos a estar en la debida relación con Dios, cosa que no puede hacer ningún otro sacrificio.

(iii) Pablo pone el ejemplo de *la esclavitud*. Habla de *la liberación* que ha obrado Jesucristo. La palabra *apolytrósis* significa *rescate, redención, liberación*. Esto quiere decir que la humanidad estaba en poder del pecado, y Jesucristo es el único que la podía libertar.

Por último, Pablo dice que Dios hizo todo esto porque es justo, y acepta como justo al que cree en Jesús. Es lo más sorprendente que se puede decir jamás. Bengel lo llamaba « la suprema paradoja del Evangelio.» Pensemos un poco: quiere decir que Dios es justo, y que acepta al pecador como si fuera justo. Lo natural habría sido decir: «Dios es justo; y, por tanto, condena al pecador como a un criminal.» Pero aquí tenemos la gran paradoja: Dios es justo, y, de alguna manera, con esa Gracia increíble, milagrosa, que Jesús vino a traer al mundo, acepta a los pecadores, no como criminales, sino como hijos a los que sigue amando a pesar de todo.

¿Qué es todo esto en esencia? ¿En qué consiste la diferencia entre esto y el antiguo sistema de la Ley? La diferencia fundamental es esta: que el método de la obediencia a la Ley se refiere a lo que el hombre puede hacer por sí mismo; mientras que el método de la Gracia consiste en lo que Dios ha hecho por él. Pablo hace hincapié en que nada que nosotros podamos hacer puede ganar el perdón de Dios; solamente lo que Dios ha hecho por nosotros puede ganarlo. Por tanto, el camino que conduce a la perfecta relación con Dios no es un intento agotador y desesperado para ganar el perdón de Dios por nuestra cuenta, sino la humilde y arrepentida aceptación del Amor y de la Gracia que Dios nos ofrece en Jesucristo.

EL FINAL DEL CAMINO DE LOS LOGROS HUMANOS

Romanos 3:27-31

¿Dónde queda entonces la base de nuestra jactancia? Ha quedado completamente descartada. ¿Por qué clase de ley? ¿La que nos mandaba hacer obras para agradar a Dios? No, sino por medio de la ley que nos invita a poner nuestra fe en Jesucristo. Así es que, entonces, nos damos cuenta de que llegamos a la perfecta relación con Dios mediante la fe, y completamente aparte de las obras que mandaba la Ley. Porque, ¿es que Dios es sólo el Dios de los judíos? ¿No lo es también de los gentiles? ¡Pues claro que sí! Sí, como es en verdad, no hay más que un Dios, Él es el Dios que traerá a los que están circuncidados a la perfecta relación con Él mediante la fe, y a los que no sabían nada de la circuncisión también

mediante la fe. ¿Cancelamos entonces completamente toda ley mediante la fe? ¡De ninguna manera!, sino que confirmamos la Ley.

Pablo desarrolla aquí tres puntos.

(i) Si el camino a Dios es el de la fe y la aceptación, queda descartada toda presunción por méritos humanos. Había cierto tipo de religiosidad judía que pretendía llevar una cuenta de debe y haber con Dios, y el que la llevaba -naturalmente, el hombre- llegaba al convencimiento de que Dios estaba en deuda con él. Pablo partía de la base de que todos los seres humanos somos pecadores y estamos en deuda con Dios, y que nadie puede llegar por su propio esfuerzo a estar en paz con Dios; por tanto, no hay la menor base para estar satisfecho o presumir de ningún mérito propio. Y después de conocer a Cristo, «todo lo bueno que haya podido hacer no he sido yo sino la Gracia de Dios obrando en mí» (*1 Corintios 15:10*).

(ii) Pero un judío podría objetar: «Eso está muy bien para un gentil que no conoce la Ley; pero no para un judío que la conoce.» A eso Pablo contestaría con la frase que es la base del credo de Israel y con la que empiezan todas sus devociones privadas y públicas: «Oye, Israel: El SEÑOR nuestro Dios es el Único Dios» (*Deuteronomio 6:4*). No hay un Dios para los judíos y otros para los gentiles. Dios no hay más que *Uno*. El camino a Dios es el mismo para judíos y gentiles; y no es el de los méritos humanos, sino el de la confianza y la aceptación creyente.

(iii) «Pero -podría decir el judío-, ¿quiere eso decir que la Ley no cuenta para nada?» Y podríamos esperar que Pablo contestara que sí; pero contesta: « No.» Dice que, por el contrario, lo que hace es dar más valor a la Ley. Lo que Pablo quiere decir es que, hasta ahora, los judíos han procurado ser buenos y cumplir los mandamientos porque le tenían miedo a Dios y les aterraba el castigo que les reportaría el quebrantar la Ley. Pero esa actitud ya no tiene la menor *justificación*, porque lo único que tiene ahora suprema importancia es *el amor de Dios*.

Debemos esforzarnos por ser buenos y cumplir la Ley de Dios, pero no ya porque tenemos miedo al castigo de Dios, sino porque nos damos cuenta de que debemos hacer todo lo posible para ser dignos de ese amor tan maravilloso. El esforzarnos por ser buenos no viene de tenerle miedo a Dios, sino de tenerle amor. Ahora sabemos que el pecado no es quebrantar la Ley, sino quebrantar el corazón de Dios; y es, por tanto, mucho más terrible.

Comparemos esto con lo que pasa en el nivel humano. Muchas personas se enfrentan con la tentación de hacer algo que no está bien; y no lo hacen, no porque tienen miedo a las consecuencias legales -una multa, o la cárcel-, sino porque no podrían enfrentarse con el dolor o la tristeza en los ojos de algún ser querido o varios. No es la ley del temor, sino la ley del amor la que les ha evitado dar el mal paso.

Esa debe ser nuestra actitud con Dios. Hemos sido liberados de la esclavitud de la ley del miedo, pero eso no *justifica* el que vivamos de cualquier manera. Ya no podemos hacer las cosas buscando sólo nuestro gusto e interés material, porque lo que ahora nos mueve a la bondad es la ley del amor, a la que nos sentimos más obligados que antes a la ley del miedo.

CREER EN LA PALABRA DE DIOS

Romanos 4:1-8

¿Qué podemos decir que encontró nuestro patriarca Abraham, de quien todos los judíos somos descendientes? Si entró en la debida relación con Dios gracias a sus obras, puede estar orgulloso de algo, pero no en relación con Dios. Pero, ¿qué es lo que dice la Escritura? «Abraham confió en Dios, y aquello se le contó como justicia.» EL que hace un trabajo no recibe el sueldo por misericordia, sino como algo que se le debe. Pero, al que confía en el Dios que trata al que no es

bueno como si lo fuera, la fe se le cuenta como justicia. Así dice David que considera dichoso al que Dios trata como justo sin que haya hecho ninguna cosa especial: < ¡Dichosos aquellos a los que se perdonan las transgresiones y cubren los pecados! ¡Dichoso el hombre a quien Dios no le lleva la cuenta del pecado!>

Pablo pasa a hablar de Abraham por tres razones.

(i) Los judíos consideraban a Abraham el patriarca de su raza y el dechado de todo lo que debe ser un hombre; por tanto sería natural que le preguntaran a Pablo: < Si lo que dices es cierto, ¿qué fue lo que Dios vio en Abraham cuando le eligió para que fuera el patriarca de Su pueblo escogido? ¿En qué era diferente de los demás?> Pablo se dispone a contestar a esa pregunta.

(ii) Pablo ha estado tratando de demostrar que lo que pone a un hombre en relación con Dios no es el cumplimiento de lo que establece la Ley, sino sencillamente la confianza que se manifiesta en una entrega incondicional creyendo que Dios tiene palabra y que nos sigue amando a pesar de que no hemos hecho nada para merecerlo. La reacción inmediata de los judíos sería: «Esto es algo completamente nuevo, y que contradice todo lo que se nos ha dicho que tenemos que creer. Esto es totalmente increíble.» Y Pablo responde: «Lejos de ser nada nuevo, esta doctrina es tan antigua como la fe de Israel. Lejos de ser una herejía novedosa, es la misma base de la religión judía.» Y eso es lo que se dispone a demostrar.

(iii) Pablo empieza hablando de Abraham porque es un maestro consciente y sabe cómo funciona la mente humana. Ha estado hablando de la fe. La fe es una idea abstracta. Una mente sencilla tiene dificultad para captar las ideas abstractas. Un buen maestro sabe que las ideas hay que personificarlas; que la única manera de que una mente corriente pueda entender una idea abstracta es presentársela en acción, en una persona. Así es que lo que Pablo dice en realidad es: «He estado hablando de la fe. Si quieres saber lo que es la fe, mira a Abraham.»

Cuando Pablo empieza a hablar de Abraham se coloca en un terreno que les era conocido a todos los judíos. Abraham ocupaba un puesto de honor en su pensamiento. Era el fundador de la nación. Fue el primer hombre con quien Dios se puso en contacto. Fue un hombre único, porque Dios le escogió, y porque escuchó y obedeció a Dios. Los rabinos habían discutido mucho sobre Abraham. La esencia de su grandeza era para Pablo que Dios se había puesto en contacto con él y le había mandado marcharse de su casa y de sus parientes y amigos y medio de vida, y le había dicho: «Si te embarcas en esta gran aventura de fe, llegarás a ser el padre de una gran nación.» Abraham creyó que Dios tenía palabra; no se puso a discutir, ni a dudar, sino que se puso en camino sin saber adónde iba (*Hebreos 11:8*). Lo que le puso en relación con Dios no fue el haber cumplido meticulosamente los preceptos de una ley, sino el poner toda su confianza en Dios y estar dispuesto a dedicarle su vida. Para Pablo eso era la fe, y fue la fe de Abraham lo que hizo que Dios le considerara bueno.

Unos pocos, muy pocos, de los rabinos más avanzados pensaban así. Había un comentario rabínico que decía: « Nuestro padre Abraham heredó este mundo y el mundo venidero únicamente por el mérito de la fe con que creyó en el Señor; porque dice la Escritura que "creyó al Señor, y Él se lo contó como justicia." »

Pero la inmensa mayoría de los rabinos manipulaban la historia de Abraham para ponerla de acuerdo con sus creencias. Sostenían que Abraham era el único justo de su generación, y *por tanto* Dios le eligió como patriarca de su pueblo escogido. La objeción inmediata sería: «Si la única manera de ser *justo* es cumplir perfectamente la Ley, ¿cómo pudo serlo Abraham, que

vivió cientos de años antes de que se promulgara la Ley?» Y los rabinos contestaban con la extraña teoría de que Abraham cumplió la Ley por *intuición* o por *anticipación*. «En aquel entonces -dice el *Apocalipsis de Baruc 57:2*- la Ley no escrita se conocía instintivamente, y así se podían cumplir los mandamientos.» «Cumplió la Ley del Altísimo -dice *Eclesiástico 44:20s*- y entró en alianza con Dios... Por tanto,

Dios le aseguró con un juramento que las naciones serían benditas en su descendencia.» Los rabinos estaban tan enamorados de su teoría de las obras que insistían en que Abraham había sido elegido por sus obras, aunque entonces tenían que suponer que conocía la Ley por anticipación, porque todavía no había sido promulgada.

Aquí tenemos otra vez la raíz de la escisión entre el legalismo judío y la fe cristiana. La idea básica de los judíos era que el hombre tiene que *ganarse* el favor de Dios; y la idea básica del Cristianismo es que lo único que puede hacer el hombre es creer que Dios tiene palabra, y jugárselo todo a que Dios cumplirá sus promesas. El razonamiento de Pablo, realmente incontestable, era que Abraham había entrado en relación con Dios, no por cumplir toda clase de preceptos legales, sino por dar crédito a la promesa de Dios, y obrar en consecuencia.

La fe que al hombre anima, - tu más precioso don, es luz en las tinieblas, - alivio en la aflicción; amparo al desvalido, - al naufrago salud, origen de alegrías, - cimiento a la virtud.

JUAN BAUTISTA CABRERA.

El descubrimiento supremo de la vida cristiana es que no tenemos que torturarnos en una batalla perdida para ganar el amor de Dios, sino que lo único que tenemos que hacer es aceptarlo con completa confianza. Es verdad que, después de eso, una persona de bien está obligada toda su vida a mostrarse agradecida por ese amor. Pero ya no es un criminal que trata de cumplir una ley imposible, sino un enamorado ofreciéndose entero al que le amó cuando no lo merecía.

James Barrie contó una vez una historia acerca de Robert Louis Stevenson: «Cuando Stevenson fue a Samoa, primero se construyó una choza, y luego se mudó a una casa grande. La primera noche que pasó en la casa grande se sentía muy frustrado y triste porque no se le había ocurrido encargarle a su criado que le trajera café y cigarrillos. Cuando estaba pensándolo, se abrió la puerta y entró el muchacho nativo con una bandeja de café y cigarrillos. Stevenson le dijo en su lengua nativa: «Grande es tu previsión.» A lo que contestó el muchacho, corrigiéndole: «Grande es mi amor.» Prestaba sus servicios, no a la fuerza ni servilmente, sino movido por el amor. Ese es el móvil de la bondad cristiana.

EL PADRE DE LOS FIELES

Romanos 4:9-12

¿Se le nombró a Abraham bienaventurado cuando ya estaba circuncidado, o estando todavía incircunciso? Estamos diciendo que «su fe se le contó como si fuera bueno». ¿En qué circunstancias «se le contó»? ¿Cuando estaba circuncidado, o cuando estaba sin circuncidar? No fue después de circuncidarse, sino antes; y recibió la señal de la circuncisión como sello de la relación con Dios cuyo origen fue la fe cuando todavía estaba incircunciso. Y así sucedió para que pudiera ser el padre de los creyentes no circuncidados, para que a ellos se les aplique también la justicia, lo mismo que es el padre de los circuncidados, por los cuales yo entiendo, no los que están circuncidados solamente, sino que caminan en los pasos de fe que mostró nuestro padre Abraham cuando estaba todavía sin circuncidar.

Para comprender este pasaje tenemos que entender lo importante que era la circuncisión para los judíos. Para ellos, si uno no estaba circuncidado no era judío, aunque lo fueran sus padres y antepasados. La oración judía en la circuncisión dice: «Bendito sea el Que santificó a su amado desde el seno materno, y puso su ordenanza sobre su carne, y selló su descendencia con la señal del santo pacto.» La ordenanza rabínica

establece: « No comeréis la Pascua si no tenéis el sello de Abraham en vuestra carne.» Si un gentil se convertía a la religión de Israel, no podía participar plenamente en ella hasta que hubiera cumplido tres ordenanzas: bautismo, sacrificio y circuncisión.

El objetor judío al que está contestando Pablo todo el tiempo todavía ataca por la retaguardia. «Supongamos que yo admitiera dice- todo lo que estás diciendo de Abraham, y el hecho de que fue su absoluta confianza en Dios la que le ganó la entrada en la perfecta relación con Él; pero tendrás que reconocer que fue circuncidado.» Y Pablo hace un razonamiento contundente. La historia del llamamiento de Abraham y de la bendición que Dios le dio está en *Génesis 15:6*; y la historia de la circuncisión de Abraham en *Génesis 17:10s*. No fue circuncidado realmente hasta catorce años después de haber respondido a la llamada de Dios y entrado en aquella relación exclusiva con Dios. La circuncisión no fue la puerta de acceso a la relación con Dios, sino el signo y sello de que ya había entrado. El que se le contara como justicia no tenía nada que ver con la circuncisión, sino con su acto de fe. De este hecho indiscutible Pablo saca dos conclusiones:

(i) Abraham no es el padre de los meramente circuncidados, sino de los que hacen el mismo acto de fe en Dios que él hizo. Es decir: que es el padre de todos los que en cualquier tiempo y lugar han creído la palabra de Dios como él, aunque no estén circuncidados. Esto quiere decir, además, que el verdadero judío es el que confía en Dios como Abraham, sea de la raza que sea. Todas las promesas de Dios son, no para la nación judía, sino para los que son descendientes de Abraham porque confían en Dios como él. Lo que importa no es pertenecer a una determinada nación, sino una manera de vivir y una relación con Dios. Los descendientes de Abraham no son los que pertenecen a una nación determinada, sino los que pertenecen a la familia de Dios, sean de la nación que sean.

(ii) La inversa también es cierta. Uno puede ser judío de pura cepa y estar circuncidado, y sin embargo no ser descendiente de Abraham en el verdadero sentido. No tiene ningún derecho a llamar a Abraham su padre ni a reclamar las promesas de Dios a menos que emprenda la aventura de la fe que hizo Abraham.

Con un breve pasaje Pablo ha producido una sacudida en todo el pensamiento judío. Los judíos creían que, por el hecho de serlo, gozaban automáticamente de los privilegios de la bendición de Dios y de la inmunidad del castigo. La prueba de que se era judío era la circuncisión. Tan literalmente tomaban esto algunos rabinos que de hecho llegaban a decir que, si un judío era tan malo que Dios tenía que condenarle, había un ángel cuya misión era volverle otra vez incircunciso antes de entrar en el lugar del castigo.

Pablo ha dejado bien sentado el gran principio de que el camino a Dios no consiste en pertenecer a una cierta nación, ni en llevar en el cuerpo una señal; sino la fe que cree la Palabra de Dios, según la cual todo depende, no de los méritos del hombre, sino solamente de la Gracia de Dios.

TODO POR GRACIA

Romanos 4:13-17

No fue por medio de la Ley como se transmitió la promesa de heredar la Tierra a Abraham y a su «simiente», sino que vino de aquella correcta relación con Dios que tuvo su origen en la fe. Si los vasallos de la Ley son los herederos, entonces la fe pierde todo su sentido, y la promesa resulta inoperante. Porque lo que produce la Ley es ira; pero donde no existe una ley tampoco puede haber transgresión. Así es que todo depende de la fe, para que quede claro que es cuestión de Gracia, y se garantice la promesa a todos los descendientes de Abraham, no sólo los que pertenecen a la tradición de la Ley, sino también los que son de la familia de Abra-

ham en virtud de la fe. Abraham es el padre de todos nosotros; porque está escrito: < Te he nombrado padre de muchas naciones. » Y así es para Dios porque creyó en Él como el Que llama a los muertos a la vida, y a la existencia a cosas que todavía no existen.

Dios le hizo a Abraham una promesa maravillosa. Le prometió que sería una gran nación, y que en él serían benditas todas las familias de la Tierra (*Génesis 12:2s*). La Tierra se le daría como heredad. Y Dios le hizo esa promesa simplemente porque puso su confianza en Él. No la recibió por haber amontonado méritos cumpliendo los mandamientos de la Ley, sino como una gracia generosa en respuesta a su fe absoluta en Dios. La promesa, como lo vio Pablo, dependía exclusivamente de dos cosas: de la Gracia generosa e inmerecida de Dios, y de la perfecta fe de Abraham.

La Gracia es la mano que da, y la fe, la mano que recibe, como en la famosa pintura de Miguel Ángel.

Los judíos seguirían preguntando: «¿Cómo puede uno entrar en la debida relación con Dios para estar incluido en esta gran promesa?» La respuesta que ellos mismos daban era: «Adquiriendo méritos ante Dios haciendo lo que manda la Ley.» Es decir, uno tiene que conseguirlo por su propio esfuerzo. Pero Pablo veía con absoluta claridad que esta actitud judía *había destruido totalmente la promesa*. Y la razón era que no hay nadie que pueda cumplir perfectamente la Ley; por tanto, si la promesa depende de la observancia de la Ley, no se puede cumplir.

Pablo veía las cosas con claridad meridiana. Veía dos maneras mutuamente excluyentes de tratar de entrar en relación con Dios: una dependía del esfuerzo humano, y la otra, de la Gracia divina. La primera era una batalla irremisiblemente perdida para obedecer una ley imposible; y la segunda, la fe que no hace más que cogerle a Dios la palabra. Cada una tenía tres partes:

(i) Por una parte tenemos *la promesa* de Dios. Hay dos palabras griegas que quieren decir *promesa*: *Hyposjésis* es una promesa con condiciones -«Prometo hacer esto si tú haces lo otro»-. *Epanguelía* quiere decir una promesa que se hace generosamente y sin ninguna condición por la otra parte; y esta es la palabra que usa Pablo; como si dijéramos: < Dios es como un padre humano; promete amar a sus hijos independientemente de lo que hagan. » Ciertamente que amará a algunos de nosotros con un amor que le hace estar contento, y a otros con un amor que le hará estar triste; pero en ambos casos es un amor que no nos abandonará jamás. No depende de nuestros méritos, sino sólo del generoso corazón de Dios.

(ii) Tenemos *la fe*. Fe es la seguridad de que Dios es realmente así. Es jugárnoslo todo a su amor.

(iii) Tenemos *la Gracia*. Un regalo *de gracia* es siempre algo que no se gana ni merece. La verdad es que nadie puede ganar el amor de Dios. Tenemos que encontrar nuestra gloria, no en lo que podamos hacer por Dios, sino en lo que Él ha hecho por nosotros.

(i) Por otra parte tenemos *la Ley*. Lo que pasa con la ley es que siempre puede diagnosticar la enfermedad, pero no puede curarla. La Ley le dice a uno lo que está mal, pero no le ayuda a evitarlo. De hecho, como Pablo señalará más adelante, hay una especie de paradoja terrible en la Ley. La naturaleza humana tiende a querer aquello que se le prohíbe. < La fruta robada es la más dulce.> Así que la Ley puede de hecho inducirnos a desear precisamente lo que nos prohíbe. La consecuencia natural de la Ley es el juicio; y, mientras una persona viva en una religión cuyo principal componente sea la Ley, no puede verse a sí misma más que como un criminal ante el tribunal de Dios.

(ii) Tenemos *la transgresión*. En cuanto se introduce la ley, la transgresión la sigue. No se puede quebrantar una ley que no existe, ni se puede condenar a nadie por quebrantar una ley que no sabía que existiera -aunque es un principio jurídico que *la ignorancia de la ley no exime de su cumplimiento*-. Si no hacemos más que introducir una ley, y si hacemos de la religión exclusivamente una cuestión de obedecer una ley, la vida se reduce a una cadena de transgresiones a la espera del castigo.

(iii) Tenemos *la ira*. Pensad en *la ley*, y en *la transgresión*, e inevitablemente el siguiente pensamiento será *la ira*. Pensad en Dios en términos de ley, y no podréis evitar el pensar en Él en términos de justicia ofendida. Pensad en una persona en términos de ley, y no podréis considerarla más que como culpable y destinada a la condenación de Dios.

Así es que Pablo pone ante los romanos dos caminos: uno es el del que trata de relacionarse debidamente con Dios mediante su propio esfuerzo; y el otro, el del que entra por la fe en una relación con Dios que ya existe por la gracia de Dios para que él pueda entrar con confianza.

LA FE EN UN DIOS QUE HACE POSIBLE LO IMPOSIBLE

Romanos 4:18-25

Abraham tuvo esperanza para creer contra toda esperanza que él podía llegar a ser el padre de muchas naciones, como dice la Escritura en el pasaje de «Así será tu descendencia. » No tuvo una fe raquítica, aunque se daba perfecta cuenta de que, ya entonces, había perdido la vitalidad corporal, porque era casi centenario, y que Sara tampoco podía dar la vida a hijos. No vaciló ante la promesa de Dios por incredulidad, sino se vitalizó por medio de la fe, dio gloria a Dios, y se mantuvo firmemente convencido de que el Que le había hecho la promesa era también capaz de cumplirla. Así es que la fe se le contó como si fuera justo. Y no fue sólo por él por quien dice la Escritura que «se le contó como si fuera justo», sino también por nosotros, que creemos en el Que resucitó a nuestro Señor Jesús, Que fue entregado por nuestro pecado y resucitado para introducirnos en la perfecta relación con Dios.

El pasaje anterior acababa diciendo que Abraham creyó en el Dios que llama a los muertos a la vida y que hace ser lo que no era.

En este pasaje, el pensamiento de Pablo vuelve a otro ejemplo sobresaliente de la disposición de Abraham a cogerle la palabra a Dios. La promesa de que todas las familias de la Tierra serían benditas en su descendencia se le dio a Abraham cuando ya era viejo. Su mujer, Sara, siempre había sido estéril; y entonces, cuando él tenía cien años y ella noventa (*Génesis 17:17*), les llegó la promesa de que tendrían un hijo. A todas luces parecía totalmente increíble e irrealizable, porque a él ya se le había pasado la edad de engendrar y a ella la de concebir y dar a luz. Pero, una vez más, Abraham le tomó la palabra a Dios, y de nuevo fue la fe lo que se le contó a Abraham por justicia.

Lo que puso a Abraham en relación con Dios fue el creer Su palabra. Los rabinos judíos tenían un dicho que aquí cita Pablo. Decían: « Lo que está escrito de Abraham está escrito de sus hijos.» Querían decir que las promesas que Dios le hizo a Abraham se aplican también a sus hijos. Por tanto, si lo que le puso en la debida relación con Dios fue estar dispuesto a dar crédito a Su palabra, lo mismo nos sucederá a nosotros. No fueron las obras que mandaba la Ley, sino la fe que confía lo que estableció la relación que debe existir entre Dios y el hombre.

La esencia de la fe de Abraham en este caso fue que creyó que Dios puede hacer posible lo imposible. Mientras creamos que todo depende de nuestro esfuerzo no tenemos más remedio que ser pesimistas, porque la triste lección de la experiencia es que es muy poco lo que podemos lograr con nuestro esfuerzo. Cuando nos damos cuenta de que no es nuestro esfuerzo sino la Gracia y el poder de Dios lo que importa, entonces podemos ser optimistas, porque podemos creer que no hay imposibles para Dios.

Se dice que una vez santa Teresa quería construir un convento, y no tenía más que una cantidad insignificante de dinero.

Alguien le dijo: «Ni siquiera Teresa puede hacer tanto con tan poco.» Y ella contestó: «Cierto; pero Teresa, con tan poco y Dios puede hacerlo todo.» **Uno puede dudar de emprender una** gran tarea por sí mismo; pero no tiene por qué dudar si Dios está con él. La gran misionera maestra Ann Hynter Small cuenta que su padre, que también había sido misionero, solía decir: «¡Qué malvados y qué estúpidos son los que no hacen más que gruñir!» Y el dicho favorito de ella era: «Una iglesia que está viva se atreve con todo.» El atreverse sólo es posible cuando una persona o una iglesia confía en la Palabra de Dios.

CONFIANDO EN DIOS

Romanos 5:1-5

Entonces, como hemos entrado en la debida relación con Dios por medio de la fe, disfrutemos de estar en paz con Él mediante nuestro Señor Jesucristo. Por medio de Él, por la fe, estamos en posesión de una introducción a esta Gracia en la que nos sentimos seguros; así que, encontremos nuestra gloria en la esperanza de la gloria de Dios. Y no sólo eso, sino hallamos que las dificultades conducen ala gloria; porque sabemos que la oposición produce entereza; la entereza, carácter; el carácter, esperanza; una esperanza que no es ilusoria, porque el Espíritu Santo Que se nos ha dado ha derramado el amor de Dios en nuestros corazones.

Aquí tenemos uno de esos grandes pasajes líricos de Pablo, en el que canta el íntimo gozo de su confianza en Dios. La confianza de la fe realiza lo que nunca podría conseguir el esfuerzo por producir las obras de la Ley: le da al hombre la paz con Dios. Hasta que vino Jesús, nadie podía sentirse realmente cerca de Dios.

Algunos han llegado a pensar en Dios, no como el Bien supremo, sino como el mal supremo. Antonio Machado escribió en su poema *El dios ibero*:

«¡Señor, por Quien arranco el pan con pena, sé tu poder, conozco mi cadena! ¡Oh dueño de la nube del estío que la campiña arrasa, del seco otoño, del helar tardío, y del bochorno que la mies abrasa!»

Algunos han considerado a Dios como el supremo forastero, el totalmente inalcanzable. En uno de los libros de H. G. Wells se encuentra la historia de un hombre de negocios que tenía la mente tan tensa que estaba al borde de la locura. Su médico le dijo que lo único que podía salvarle era encontrar la paz que da la relación con Dios. «¡Qué! -dijo el hombre- ¿Pensar en Ése, allá arriba, en relación conmigo? ¡Más fácil me parecería refrescarme el gáznate con la Vía Láctea, o chocar los cinco con las estrellas!» Para él Dios era totalmente inasequible. Rosita Forbes, la viajera, cuenta que se refugió en el templo de un pueblo chino porque no tenía otro lugar. En medio de la noche se despertó y vio, a la luz de la luna que entraba de refilón por las ventanillas, los rostros de las imágenes de los dioses, en los cuales no había más que gestos despectivos, burlones y sarcásticos hacia los humanos, como si los odiaran.

Sólo cuando nos damos cuenta de que Dios es el Padre de nuestro Señor Jesucristo entra en nuestra vida esa intimidad con Él, esa nueva relación que Pablo llama *justificación*.

Por medio de Jesús, dice Pablo, tenemos acceso a esta Gracia en la que nos sentimos seguros. La palabra que usa para *acceso* es *prosagógué*. Es una palabra que sugiere dos imágenes:

(i) Es la palabra corriente para introducir a una persona a la presencia de la realeza; y es también la palabra que se usa para el adorador que se acerca a Dios. Es como si Pablo dijera:

«Jesús nos introduce a la presencia de Dios mismo; nos abre la puerta de acceso a la presencia del Rey de reyes. Y cuando se abre esa puerta, lo que encontramos es *la Gracia*; no condenación, ni juicio, ni venganza; sino la prístina, inmerecida, increíble amabilidad de Dios.»

(ii) Pero *prosagógué* nos presenta otra escena. En el griego posterior es la palabra para el lugar donde atracan los barcos, *puerto o muelle*. Si la tomamos en este sentido, quiere decir que mientras tratemos de depender de nuestros propios esfuerzos nos encontramos a merced de las tempestades, como los marineros que luchan con un mar que amenaza tragárselos irremisiblemente; pero ahora que hemos oído la Palabra de Cristo, hemos llegado por fin al puerto de la Gracia de Dios, y conocemos la calma que viene de depender, no de lo que podemos hacer por nosotros mismos, sino de lo que Dios ha hecho por nosotros.

Gracias a Jesús tenemos entrada a la presencia del Rey de reyes y al puerto de la Gracia de Dios.

Cuando Pablo acaba de decir esto, se le presenta la otra cara de la moneda. Todo esto es cierto, y es la misma gloria; pero sigue sucediendo que en esta vida los cristianos lo tenemos muy difícil. Era difícil ser cristiano en Roma. Al recordarlo, Pablo presenta un gran clímax: «La oposición dice- produce entereza.» La palabra que usa para oposición es *thlipsis*, que quiere decir literalmente *opresión*. Hay un montón de cosas que pueden oprimir a un cristiano: necesidades, estrecheces, dolor, persecución,

rechazamiento y soledad. Todo lo que oprime, dice Pablo, produce entereza. La palabra que usa para *entereza* es *hypomoné*, que quiere decir más que aguante: es el espíritu que puede vencer al mundo, que no se limita a resistir pasivamente, sino que vence activamente las pruebas y tribulaciones de la vida.

Cuando Beethoven se vio amenazado por la sordera, lo más terrible que le puede suceder a un músico, dijo: «Cogeré a la vida por el cuello.» Eso es *hypomoné*. Cuando Walter Scott estaba en la ruina por la bancarrota de sus editores, dijo: «Nadie va a decir que soy un pobre hombre. Pagaré la deuda con mi propia mano.» Eso es *hypomoné*. Alguien le dijo a una noble alma que estaba pasando un gran dolor: «El dolor le da color a la vida, ¿no?» Y respondió: «¡Sí! ¡Pero yo escojo el color!» Eso es *hypomoné*. Cuando Henley yacía en la enfermería de Edimburgo con una pierna amputada y con la otra en peligro de serlo, escribió *Invictus*:

En medio de las nieblas que me cubren, como un pozo de polo a polo negras, doy gracias por mi alma inconquistable.

Eso es *hypomoné*. *Hypomoné* no es un espíritu que se tumba y deja que la riada le pase por encima, sino el espíritu que apechuga con la adversidad y la vence.

«La entereza -continúa Pablo- produce carácter.» La palabra que usa para *carácter* es *dokimé*. *Dokimé* se dice de un metal que ha pasado por el fuego de forma que ha quedado limpio de todo lo inferior. Se usa de una moneda de *quilates*. Cuando se arrostra la aflicción con entereza, se sale de la batalla más fuerte, más puro y mejor y más cerca de Dios.

«El carácter -continúa Pablo- produce esperanza.» Dos personas se enfrentan con la misma situación; a una la puede conducir a la desesperación, y puede espolear a la otra a una acción victoriosa. Para una puede ser el final de la esperanza, y para la otra un desafío a la grandeza. «No me gustan las crisis decía Lord Reith-, pero sí las oportunidades que presentan.» La diferencia está en las personas. Si uno se ha dejado llegar a ser débil y flojo, si ha dejado que las circunstancias le venzan, si no ha hecho más que gimotear y achicarse bajo la aflicción, ha llegado a un punto en el que, cuando se presenta el desafío de la crisis, no puede hacer más que desesperarse. Si, por el contrario, uno ha ido por la vida con la frente alta, enfrentándose con las cosas hasta conquistarlas, entonces, cuando llega el desafío, lo arrostra con los ojos inflamados por la esperanza. El carácter que ha resistido la prueba siempre sale lleno de esperanza.

Luego Pablo hace una afirmación final: «La esperanza cristiana nunca resulta una vana ilusión, porque está cimentada en el amor de Dios.» La *Epístola moral a Fabio* dice de ciertas esperanzas:

« Fabio, las esperanzas cortesanas prisiones son do el ambicioso muere y donde al más activo nacen canas...»

Pero la esperanza que se pone en Dios, no se desvanece, ni deja frustrados. La esperanza que se pone en el amor de Dios no es ninguna ilusión; porque Dios nos ama con un amor eterno respaldado por un poder eterno.

LA PRUEBA DEFINITIVA DEL AMOR

Romanos 5:6-11

Cuando no teníamos remedio, en el tiempo de Dios Cristo murió por los que éramos impíos. A duras penas se encontrará alguien que muera por otro; pero podría ser que uno estuviera dispuesto hasta a morir por una buena causa. Pero Dios llega a mucho más: nos demuestra Su amor al morir Cristo por nosotros cuando no éramos más que pecadores. Como hemos entrado en la perfecta relación con Dios al precio de la sangre vital de Cristo, con más razón seremos salvos de la Ira por medio de Él. Porque, si cuando no éramos más que enemigos de Dios fuimos reconciliados con Él al precio de la muerte de Su Hijo, mucho más ahora que ya estamos reconciliados, seguiremos a salvo por Su vida. Y no sólo esto, sino que nuestra gloria está en Dios mediante nuestro Señor Jesucristo, por medio de Quien hemos recibido esta reconciliación.

El hecho de que Jesucristo muriera por nosotros es la prueba definitiva del amor de Dios. Ya sería bastante difícil encontrar a alguien que estuviera dispuesto a morir por un justo; sería remotamente posible convencer a alguien para que muriera por alguna idea grande y buena; y alguien podría tener el amor necesario para dar su vida por un amigo. Pero lo inmensamente maravilloso del amor de Jesucristo es que murió por nosotros cuando no éramos más que pecadores enemistados con Dios. Ningún amor puede llegar más lejos.

Rita Snowdon relata un incidente de la vida de T. E. Lawrence. En 1915 iba viajando por el desierto con unos árabes. La situación era desesperada. Ya casi no tenían comida, y apenas les quedaba una gota de agua. Llevaban las capuchas puestas para protegerse la cabeza del viento, que era como una llama e iba cargado de la tempestad de arena. De pronto, alguien dijo: «¿Dónde está Jazmin?» Y otro contestó: «¿Qué Jazmin?» «El de la piel amarilla, de Maan; el que mató al cobrador turco y huyó

al desierto.» El primero dijo: «Mira, no hay nadie montado en el camello de Jazmin. Su rifle está colgando, pero Jazmin no está.» Y un segundo dijo: «Alguien le ha pegado un tiro durante la marcha.» Y un tercero añadió: «No está muy bien de la cabeza. A lo mejor ha visto un espejismo. Y no es muy fuerte; a lo mejor se ha desmayado y se ha caído del camello.» Y el primero comentó: « ¡Qué más da! Jazmin no valía un chavo.» Y los árabes se acomodaron en sus camellos y reanudaron la marcha. Pero Lawrence se dio la vuelta. Solo, en el calor abrasador, arriesgando la vida, volvió para atrás. Después de hora y media de cabalgada vio algo en la arena. Era Jazmin, ciego y loco de calor y de sed, a punto de perecer en el terrible desierto. Lawrence le montó en su camello, le dio las últimas gotas de agua que le quedaban e inició la lenta marcha hacia la comitiva. Cuando los alcanzó, los árabes le miraron alucinados. «Aquí está Jazmin -dijeron-, que no vale un chavo, y nuestro jefe Lawrence ha arriesgado la vida para salvarle.»

Esto es toda una parábola. No fue por buenas personas por

las que murió Cristo, sino por pecadores; no eran amigos de Dios, sino gente que estaba enemistada con Él.

Pablo da otro paso adelante. Gracias a Jesús ha cambiado nuestro *status* con Dios. Aunque éramos pecadores, Jesús nos puso en la debida relación con Dios. *Pero eso no es todo*. No sólo había que cambiar nuestro *status*; también había que cambiar nuestro *estado*. Un pecador salvado no puede seguir siendo pecador; tiene que hacerse bueno. La muerte de Cristo cambió nuestro *status*; su vida de Resurrección cambia nuestro *estado*. Jesús no está muerto, sino vivo; está siempre con nosotros para ayudarnos y guiarnos, para llenarnos de Su fuerza para que vencamos la tentación, para vestirnos con algo de su gloria. Jesús empieza por poner a los pecadores en la debida relación con Dios aun cuando son pecadores; y continúa, por su Gracia, capacitándolos para que abandonen el pecado y sean personas nuevas y buenas.

Hay términos técnicos para estas cosas. El cambio de nuestro *status* es la *justificación*; ahí es donde empieza todo el proceso de la Salvación. El cambio de nuestro *estado* es la *santificación*; así prosigue el proceso de nuestra Salvación, que no termina hasta que Le veamos cara a cara y seamos como El (1 Juan 3:2).

Hay que notar aquí una cosa de gran importancia. Pablo está seguro de que todo el proceso *salvífico*, la venida de Cristo y su muerte, son una prueba del amor *de Dios*. A veces se presenta esta verdad como si por una parte estuviera un Dios airado y vengativo, y por otra un Cristo compasivo y amoroso; y como si Cristo hubiera hecho algo que *obligó a Dios* a cambiar de actitud. ¡Nada podría estar más lejos de la verdad! Nuestra Salvación tiene su origen y realización en el amor de Dios. Jesús no vino a cambiar Su actitud hacia los hombres, sino a mostrarles a éstos cómo es y ha sido siempre Dios. Vino para demostrar, sin lugar a dudas, que Dios es amor.

LA RUINA Y EL RESCATE

Romanos 5:12-21

Por tanto, de la misma manera que el pecado se introdujo en el mundo por medio de un hombre, y con el pecado, entró la muerte y se extendió a todo el género humano, por cuanto eran pecadores; porque, hasta la promulgación de la Ley, el pecado estaba en el mundo, pero no se podía culpar a los humanos porque la Ley no existía todavía; sin embargo, la muerte reinó desde los tiempos de Adán hasta el de Moisés aun sobre los que no habían pecado de la misma manera que Adán, que era un símbolo del Mesías Que había de venir. Pero el don de la Gracia gratuita no actuó como la transgresión. Porque, si los muchos murieron a consecuencia del pecado de uno, la Gracia de Dios y su don gratuito en la Gracia del Hombre único Jesucristo abundaron para muchos. El don gratuito no es como los efectos del hombre que pecó. La sentencia que siguió al hombre que pecó fue condenatoria; pero el don gratuito que siguió a las muchas transgresiones fue una sentencia absolutoria. Porque, si por el delito de uno la muerte reinó por culpa de uno, mucho más los que reciben el derroche de Gracia y del don gratuito que establece la recta relación entre Dios y el hombre reinarán en la vida por medio del Hombre único Jesucristo. Así es que, entonces, como por un pecado toda la raza humana quedó incluida en la sentencia, así también por un supremo acto de justicia vino a los seres humanos la posibilidad de entrar en la debida relación con Dios que les da la vida. De la misma manera que por la desobediencia de un hombre todos quedaron incluidos en la condición de pecadores, así, por la obediencia de un Hombre, los muchos pueden ser absueltos. Pero la Ley se introdujo para que abundaran las transgresiones; pero, donde el

pecado abundaba, la Gracia le superó en abundancia, para que, así como el pecado reinó en la muerte, la Gracia pudiera reinar poniendo a los seres humanos en la debida relación con Dios para que puedan entrar en la vida eterna gracias a la Obra de nuestro Señor Jesucristo.

No hay pasaje en todo en *Nuevo Testamento* que haya tenido más influencia en la teología que éste; ni que sea más difícil de entender para la mentalidad moderna. Es difícil, porque Pablo se expresa con dificultad. Notamos, por ejemplo, que la primera frase no termina, sino que se interrumpe a mitad del camino mientras Pablo persigue otra idea por otra vía. Y además, es que

Pablo está pensando y expresándose en términos que eran corrientes y claros para los judíos de su tiempo, pero no para nosotros.

Si hubiéramos de encerrar el pensamiento de este pasaje en una sola frase escogeríamos la que Pablo pone al principio e interrumpe después: < Por el pecado de Adán toda la raza humana quedó contaminada de pecado y separada de Dios; pero por la justicia de Jesucristo toda la humanidad adquiere la justicia y vuelve a estar en la debida relación con Dios. » De hecho, Pablo lo dijo mucho más claro en 1 *Corintios 15:21*: < Como vino la muerte por un hombre, también por un Hombre ha venido la Resurrección de los muertos. Porque si todos morimos por nuestra relación con Adán, también por nuestra relación con Cristo todos volvemos a la vida. »

Hay que tener en cuenta dos ideas judías básicas para entender este pasaje.

(i) Está la idea de la *solidaridad*. El judío no se consideraba a sí mismo individualmente, sino siempre como parte de una tribu, de una familia o nación, aparte de la cual no tenía una identidad real. Hoy en día también se dice que si se le pregunta a un aborigen australiano cómo se llama, responde con el nombre de su tribu o clan. No piensa en sí mismo como una persona, sino como un miembro de una sociedad. Uno de los ejemplos más claros de esta mentalidad se ve en la venganza de sangre en los pueblos primitivos. Supongamos que uno que es **de una tribu mata** a otro que es de otra. La de la víctima adquiere la responsabilidad de vengarse de la otra; es la tribu la que ha sufrido un daño, y por tanto es la que debe buscar satisfacción.

En el *Antiguo Testamento* tenemos un claro ejemplo de esto. Es el caso de Acán que se nos cuenta en Josué 7. En el asedio a Jericó, Acán se quedó con parte del botín, desobedeciendo lo que Dios había mandado, es decir, que todo se destruyera. En la siguiente campaña, estaban cercando a Hai, que parecía una empresa mucho más fácil, pero los ataques fracasaron desastrosamente. ¿Por qué? Porque Acán había pecado, ya toda la nación había contraído culpa y fue castigada por Dios. El pecado de Acán no era el de un individuo, sino el de toda la nación. Esta no era una suma de individuos, sino una masa indivisible. Lo que hacía uno de sus miembros lo hacía la nación. Cuando se descubrió el pecado de Acán, no fue ejecutado él solo, sino toda su familia; porque Acán no era un individuo aislado, sino parte de un pueblo del que no se le podía separar.

Así es como Pablo ve a Adán: no como un individuo, sino como el representante de toda la humanidad; y, como tal, su pecado fue el de todos los seres humanos.

Pablo dice que « todos los seres humanos contraemos el pecado de Adán » -literalmente « pecamos en Adán »-. Si hemos de llegar a comprender el pensamiento de Pablo tenemos que saber lo que quiere decir aquí, y que lo dice en serio. A lo largo de la historia del pensamiento cristiano se han hecho esfuerzos para interpretar de diferentes maneras la conexión entre el pecado de Adán y el de la humanidad.

(a) Se ha pensado que este pasaje quiere decir que « todo ser humano es su propio Adán. » Esto quiere decir que, como Adán pecó, todos hemos pecado; pero que entre el pecado de Adán y el de la humanidad no hay ninguna conexión real, más que, como si dijéramos, que el pecado de Adán es típico del de todos los seres humanos.

(b) Existe la que se ha llamado la interpretación legal. Esta supone que Adán era el *representante* de la humanidad, y que ésta participa de la obra de su representante. Pero un representante ha de ser *escogido* por las personas a las que representa; y eso no lo podemos decir de Adán.

(c) Existe la interpretación de que, lo que heredamos de Adán es *la tendencia* al pecado. Eso es cierto, sin duda; pero no es lo que Pablo quiere decir. No encajaría en absoluto en su razonamiento.

(d) A este pasaje hay que darle lo que se ha llamado *la interpretación realista*, es decir, que, a causa de la solidaridad de la raza humana, toda la humanidad pecó de hecho en Adán. Esto no era ninguna idea rara para un judío, sino lo que creían de hecho los pensadores judíos. El autor de 2 *Esdras* lo dice con toda claridad: « Una semilla de mal se sembró en el corazón de Adán desde el principio, y ¡cuánta maldad ha producido hasta este tiempo! ¡Y cuánta producirá hasta que llegue el tiempo de la recolección! » (4:30). « Porque el primer Adán, que tenía un corazón malo, transgredió y fue vencido; y no sólo él, sino todos los que descienden de él » (3:21).

(ii) La segunda idea básica está íntimamente relacionada con la primera en el razonamiento de Pablo: *La muerte es la consecuencia directa del pecado*. Los judíos creían que, si Adán no hubiera pecado, los seres humanos habríamos sido inmortales. *Sirac 2:23* dice: « Una mujer fue el origen del pecado, y por medio de ella morimos todos. » El *Libro de la Sabiduría* dice: « Dios creó al hombre para la inmortalidad, y le hizo a imagen de su propia naturaleza; pero la muerte penetró en el mundo a causa de la envidia del demonio. » En el pensamiento judío, el pecado y la muerte están íntimamente relacionados. A eso es a lo que Pablo está llegando por el complicado y difícil camino de pensamiento de los versículos 12 al 14. Vamos a trazar sus etapas en una serie de ideas.

(a) Adán pecó porque quebrantó el mandamiento directo de Dios de no comer del fruto del árbol prohibido; y porque pecó, murió, aunque había sido creado inmortal.

(b) La Ley no llegó hasta el tiempo de Moisés. Ahora bien: si no hay ley, no puede haber transgresión de la ley; es decir, pecado. Por tanto, los seres humanos que vivieron entre Adán y Moisés cometieron de hecho acciones pecaminosas, pero no se los podía considerar pecadores, porque no existía la Ley.

(c) A pesar de que no se les podía atribuir pecado, sin embargo morían. Estaban sujetos al régimen de la muerte, aunque no se los podía acusar de haber quebrantado una ley que no existía.

(d) Entonces, ¿por qué morían? Era porque habían pecado *en Adán*. El estar implicados en el pecado les producía la muerte, aunque no había una ley que pudieran quebrantar. De hecho, esa es la prueba para Pablo de que toda la humanidad pecó *en Adán*.

Hemos resumido la esencia de una parte del pensamiento de Pablo. A causa de esta idea de la completa solidaridad de la humanidad, literalmente todos los seres humanos pecamos en Adán; y como la muerte es la consecuencia del pecado, ejerce su dominio sobre todos nosotros.

Pero esta misma concepción, que se puede usar para producir una visión desesperada de la situación humana, se puede usar también a la inversa para llenarla de un resplandor de gloria. En esta situación entra Jesús. Jesús Le ofreció a Dios la perfecta bondad. Y, exactamente de la misma manera que todos los seres humanos estuvieron implicados en el pecado de Adán, todos están implicados en la perfecta bondad de Jesús; y, de la misma manera que el pecado de Adán fue la causa de la muerte, la perfecta bondad de Jesús conquista la muerte y da a los humanos la vida eterna. El razonamiento triunfal de Pablo es que, como la humanidad estaba implicada en Adán y quedó por tanto condenada a muerte, así está ahora *en Cristo*, y queda absuelta para poder vivir. Así que, aunque ha venido la Ley y ha hecho el pecado mucho más terrible, la Gracia de Cristo *sobrepuja* la condenación que traía le Ley (R-V 1909).

Ese es el razonamiento de Pablo, y es inapelable para la mentalidad judía. Contiene dos grandes verdades.

(i) La primera es la siguiente: Supongamos que asumimos el sentido literal de la historia de Adán: *nuestra conexión con Adán es puramente física*. No nos queda otra posibilidad; de la misma manera que no se le deja al niño escoger su padre. Pero, por otra parte, *nuestra conexión con Cristo es voluntaria*. La unión con Cristo es algo que uno puede aceptar o rechazar. Se trata de una conexión distinta en ambos casos. No se nos dio la opción de elegir o no nuestra relación con Adán, en cuya naturaleza hemos recibido una herencia con muchas cosas buenas, pero también con una mala: nuestra condición de pecadores, y la paga del pecado, que es la muerte. Para darnos una salida victoriosa a una vida abundante y de renovada relación con Dios, Cristo vino al mundo y murió por nosotros. Si bien esta relación es optativa y no impuesta como la que tenemos con Adán, la invitación a aceptar el Evangelio debe llegar a toda la raza humana. Esta es la misión de la Iglesia.

(ii) La segunda es la siguiente: Pablo conserva la verdad de que la humanidad está sumida en una situación de la que no puede escapar; el pecado tiene al ser humano en su poder, y no hay esperanza. Jesucristo entra en esta situación trayendo algo que corta el nudo gordiano que existía. Por lo que Él hizo, por Quien Él es y por lo que Él da, permite al hombre salir de una situación en la que se encontraba desesperadamente dominado por el pecado. Sea lo que sea lo que digamos del razonamiento de Pablo, es absolutamente cierto que el pecado ha sumido al hombre en la ruina, y que Cristo le rescata.

MORIR PARA VIVIR

Romanos 6:1-11

¿Qué consecuencia sacaremos? ¿Que hemos de seguir pecando para que abunde la Gracia? ¡De ninguna manera! ¿Cómo vamos a vivir todavía en el pecado si hemos muerto para él? ¿Es que no os dais cuenta de que todos los que hemos sido introducidos en Cristo por el bautismo hemos sido bautizados en Su muerte? Nuestra muerte ha sido tan real que hemos sido sepultados con Él mediante el bautismo, a fin de que, como Cristo fue levantado de los muertos por la gloria del Padre, así nosotros, también, vivamos una vida nueva. Porque, si hemos llegado a estar unidos a Él en la semejanza de Su muerte, así también estaremos unidos a Él en la semejanza de Su Resurrección. Porque esto sí sabemos: que nuestro viejo yo ha sido crucificado con Él para que nuestro cuerpo pecador pierda su operatividad, para que dejemos de ser esclavos del pecado. Porque uno que ha muerto ya ha quedado exculpado de pecado. Pero, si hemos muerto con Cristo, creemos que igualmente viviremos con Él; porque sabemos que Cristo, después de Su Resurrección, ya no muere más. La muerte ya no tiene ningún dominio sobre Él. El Que murió, murió una vez por todas al pecado; y el Que vive, vive para Dios. Así vosotros también debéis consideraros muertos para el pecado, pero vivos para Dios en Jesucristo.

Como ya ha hecho varias veces en esta carta, Pablo vuelve aquí a tener una discusión con una especie de oponente imaginario. La discusión surge del gran dicho que apareció al final del capítulo anterior: «Cuando el pecado se hizo más abundante y grave, lo sobrepujó la Gracia.» Podemos reconstruirlo así.

Objetor.- Acabas de decir que la Gracia de Dios es suficientemente grande para perdonar cualquier pecado.

Pablo.- Y lo mantengo.

Objetor.- Estás diciendo que la Gracia de Dios es la cosa más maravillosa del mundo.

Pablo.- Eso es.

Objetor.- Pues entonces, ¡sigamos pecando! Cuanto más pequemos, más abundará la Gracia. El pecado no importa, porque Dios lo va a perdonar de todas maneras. De hecho, aún podríamos decir más: que el pecado es algo excelente, porque le ofrece a la Gracia una oportunidad de manifestarse. La conclusión de tu razonamiento es que el pecado produce la Gracia; y por tanto tiene que ser una cosa buena, ya que produce la cosa más grande del mundo.

La primera reacción de Pablo es retirarse de la discusión sobrecogido de horror: < ¿Es que sugieres -pregunta- que deberíamos seguir pecando para darle más oportunidades a la Gracia de seguir operando? ¡No permita Dios que sigamos un curso de acción tan inaceptable! »

Pero luego pasa a otra cosa: «¿Has pensado alguna vez -pregunta- lo que te sucedió cuando te bautizaste?» Ahora bien, cuando intentamos entender lo que Pablo dice a continuación tenemos que recordar que el bautismo en su tiempo era distinto de lo que es corrientemente hoy.

(a) Era bautismo de adultos. En la Iglesia Primitiva una persona mayor venía a Cristo individualmente, a menudo dejándose atrás a la familia.

(b) El bautismo en la Iglesia Primitiva estaba íntimamente relacionado con la confesión de fe. Una persona era bautizada cuando entraba en la Iglesia dejando el paganismo. Al bautizarse, una persona hacía una decisión que producía un corte radical en su vida, lo que muchas veces quería decir que acababa una vida y empezaba otra totalmente distinta.

(c) Generalmente el bautismo era por inmersión total, y esa práctica simbolizaba una verdad que no queda tan clara en el bautismo por aspersion. Cuando una persona descendía al agua, y era sumergida totalmente, era como si la enterraran. Cuando salía del agua, era como si resucitara saliendo de la tumba. El bautismo quería decir simbólicamente *morir y resucitar*. La persona moría a una clase de vida y resucitaba a otra; moría para la vieja vida del pecado, y resucitaba a la nueva vida de la Gracia.

Para comprender todo esto tenemos que recordar de nuevo que Pablo estaba usando un lenguaje y unas alegorías que casi todos los de su tiempo y generación entenderían. Tal vez nos parezcan extraños a nosotros, pero no lo eran para sus contemporáneos.

Los judíos le entenderían. Cuando se convertía un pagano al judaísmo, tenía que hacer tres cosas: sacrificio, circuncisión y bautismo. El gentil entraba en la fe de Israel mediante el bautismo, cuyo ritual tenía estas partes: El que iba a bautizarse se cortaba el pelo y las uñas; se desnudaba totalmente; el baptisterio tenía que contener por lo menos 40 *seahs* -es decir, unos 500 litros, medio metro cúbico de agua-, y el agua tenía que llegar a todas las partes de su cuerpo. Mientras estaba en el agua tenía que hacer profesión de su fe ante tres *padrinos*, y se le dirigían algunas exhortaciones y bendiciones. El efecto de este bautismo se creía que era una total regeneración; al bautizado se le consideraba como un recién nacido aquel día. Se le perdonaban todos los pecados, porque Dios no podía castigar los que hubiera cometido antes de nacer de nuevo. Lo completo del cambio se veía en el hecho de que ciertos rabinos mantenían que el hijo que le naciera a un hombre después de su bautismo era su primogénito, aunque hubiera tenido otros en su vida anterior. En teoría se mantenía -aunque esta creencia nunca se ponía en práctica- que un hombre era tan totalmente nuevo que podría casarse con una hermana, o hasta con su madre. No era solamente un hombre cambiado; era una persona diferente.

Cualquier judío entendería lo que decía Pablo acerca de la necesidad de que un bautizado fuera completamente nuevo. Y

lo mismo un griego. En aquel tiempo la única verdadera religión griega eran los *misterios* o religiones misteriosas, que ofrecían la liberación de los cuidados, las angustias y los temores de la Tierra; esta liberación se lograba mediante la unión con un dios. Todos esos misterios eran representaciones de una pasión; se basaban en la supuesta historia de algún dios que sufría, moría y resucitaba; su historia se representaba como un drama. Antes de participar en él, uno tenía que ser *iniciado*; es decir, tenía que seguir un curso de instrucción sobre el sentido del drama, tenía que someterse a un proceso de disciplina ascética y prepararse concienzudamente. El drama se representaba con todos los medios disponibles de música y luces, de incienso y de misterio. Durante la representación, el iniciado tenía una experiencia emocional de identificación con el dios. La iniciación se consideraba siempre como una muerte seguida de un nuevo nacimiento, en el cual el hombre era *renatus in aeternum, nacido de nuevo para la eternidad*. Uno que hizo la iniciación nos dice que pasó por cuna muerte voluntaria». Sabemos que en uno de aquellos misterios el que se iba a iniciar se llamaba *moriturus, el que va a morir*, y que se le enterraba hasta la cabeza en una zanja. Cuando ya había pasado la iniciación, se le hablaba como a un niño pequeño, y se le daba leche como a un recién nacido. En otro de aquellos misterios, la persona que se estaba iniciando oraba: «Entra tú en mi espíritu, en mi pensamiento y en toda mi vida; porque tú eres yo, y yo soy tú.» Cualquier griego que hubiera hecho estas experiencias comprendería sin dificultad lo que quería decir Pablo con aquello de morir y resucitar otra vez en el bautismo; y al hacerlo, llegar a ser uno con Cristo.

No estamos diciendo de ninguna manera que Pablo tomó prestadas estas ideas o palabras de tales prácticas judías o paganas; lo que decimos es que estaba usando palabras y alegorías que reconocerían y entenderían tanto los judíos como los paganos.

En este pasaje hay tres grandes verdades permanentes.

(i) Es una cosa terrible el intentar comerciar con la

misericordia de Dios convirtiéndola en una licencia para seguir pecando. En términos humanos sería tan despreciable como el que un hijo se creyera con derecho a defraudar a su padre porque sabe que éste le perdonará. Eso sería aprovecharse del amor para quebrantarle el corazón.

(ii) La persona que inicia el camino cristiano se compromete a una clase de vida diferente. Ha muerto para una clase de vida, y ha nacido de nuevo para otra. En los tiempos actuales puede que tendamos a presentar la conversión al Cristianismo como algo que no tiene por qué producir una gran diferencia. Pablo habría dicho que tiene que producir la mayor diferencia del mundo.

(iii) Pero hay más que un cambio de conducta en la vida de una persona que acepta a Cristo. Hay una verdadera identificación con Él. Es un hecho que no puede haber un cambio real de vida sin esa unión con Cristo. La persona está *en Cristo*. Un gran pensador cristiano ha sugerido una metáfora para explicar esa frase: No podemos vivir la vida física a menos que estemos en el aire y el aire esté en nosotros; de la misma manera, no podemos vivir la vida que Dios nos quiere dar a menos que estemos en Cristo y Cristo en nosotros.

LA PRÁCTICA DE LA FE

Romanos 6:12-14

No dejéis reinar al pecado en vuestro cuerpo mortal para que os obligue .a seguir lo que os pida el cuerpo. No sigáis rindiéndole vuestros miembros al pecado como armas de maldad, sino rendíos de una vez para siempre a Dios como muertos que han vuelto a la vida, y rendidle vuestros miembros a Dios como armas de justicia. Porque el pecado no tiene por qué dominaros: ya no estáis bajo la Ley, sino bajo la Gracia.

Al salir del pasaje anterior y entrar en este, experimentamos una de esas transiciones características de Pablo. El anterior era la expresión de un místico acerca de la unión mística entre el cristiano y Cristo que se realiza en el bautismo; hablaba de la manera como debe vivir un cristiano, tan cerca de Cristo que se puede decir que vive en Él. Y ahora, después de la experiencia mística viene la exigencia práctica. El Cristianismo no es una experiencia emocional, sino una manera de vivir. El cristiano no lo es para complacerse en una experiencia, por muy maravillosa que sea, sino para salir a vivir una cierta clase de vida entre los ataques y problemas del mundo. Es normal en el mundo de la vida religiosa que nos sentemos en la iglesia y sintamos como una ola de sentimiento que pasa por nuestro interior. A veces, aun cuando nos encontramos solos, nos sentimos muy cerca de Cristo. Pero el Cristianismo que se detiene allí no ha recorrido más que la mitad del camino. Esa emoción tiene que traducirse en acción. El Cristianismo no puede ser sólo una mera experiencia interior. Tiene que ser una vida en la palestra del mundo.

Cuando uno sale al mundo se tiene que enfrentar con una situación terrible. Como Pablo la ve, Dios y el pecado están buscando armas que puedan usar. Dios no puede actuar sin hombres; si quiere que se diga algo, tiene que encontrar a una persona que lo diga; si quiere que se haga algo, tiene que encontrar a alguien que lo haga, y si quiere que alguien reciba ánimo, necesita a alguien que se lo dé. Y lo mismo sucede con el pecado: alguien tiene que empujarlo. El pecado está buscando gente que induzca a otros a pecar con sus palabras o ejemplo. Es como si Pablo estuviera diciendo: «En este mundo hay una batalla constante entre Dios y el pecado; decide de qué parte estás.» Nos enfrentamos con la tremenda alternativa de convertirnos en instrumentos en las manos de Dios, o en las del pecado.

Un creyente inmaduro podría muy bien decir: «Hay decisiones que son demasiado difíciles, y voy a fallar.» La respuesta de Pablo es: « No te desanimes ni te desesperes; el pecado

no te dominará.» «¿Por qué?» «Porque ya no estamos bajo la Ley, sino bajo la Gracia. « ¿Y eso cambia tanto las cosas?» « Sí; porque ya no estamos tratando de satisfacer las exigencias de la Ley, sino tratando de ser dignos de los dones del Amor». Ya no pensamos en Dios como un juez severo, sino como el Que ama las almas de todas las personas. No existe en todo el mundo una inspiración que se pueda comparar con la del amor. ¿Hay alguien que salga de la compañía del ser querido sin sentir el deseo ardiente de ser mejor persona? La vida cristiana ya no es una carga que hay que soportar, sino un privilegio a cuya altura se puede vivir. Como decía Denney: « No son las prohibiciones lo que libera del pecado, sino la inspiración; no es el monte Sinaí, sino el Calvario el que produce santos.» Muchos han sido liberados del pecado, no por las normas de la ley, sino porque no habrían podido soportar el desilusionar, o fallar, o herir a una persona a la que amaban o que los amaba. En el mejor de los casos la ley nos sujeta por el temor; pero el amor nos redime inspirándonos para que seamos mejores de lo que hemos conseguido ser. La inspiración del cristiano viene, no del miedo al castigo de Dios, sino de la contemplación de lo que Dios ha hecho por él.

LA POSESIÓN EXCLUSIVA

Romanos 6:15-23

Entonces, ¿qué? ¿Hemos de seguir pecando porque no estamos bajo la Ley sino bajo la Gracia? ¿De ninguna manera! ¿No os dais cuenta de que, si os entregáis a alguien como esclavos para obedecerle, de hecho os convertís en esclavos de la persona que habéis elegido obedecer: ya sea del pecado, que conduce a la muerte, o de la obediencia, que conduce a la perfecta relación con Dios. Pero, gracias a Dios, vosotros que erais esclavos del pecado, habéis llegado a la decisión espontánea

de obedecer el modelo de enseñanza que habéis aceptado; y, al ser liberados del pecado, os habéis convertido en esclavos de la justicia. Hablo en términos humanos, porque la naturaleza humana no puede entender otros por sí sola: De la misma manera que antes rendíais vuestros miembros como esclavos de la inmundicia y la iniquidad, lo que producía todavía más iniquidad, así ahora habéis rendido vuestros miembros como esclavos de la justicia, y habéis empezado a recorrer el camino que conduce a la santidad. Cuando erais esclavos del pecado, estabais libres de todo compromiso con la justicia; pero, ¿qué producto obteníais? Todo lo que conseguíais eran cosas de las que ahora os avergonzáis cordialmente, porque su fin es la muerte. Pero ahora, puesto que ya estáis libres del pecado, y os habéis convertido en esclavos de Dios, el fruto de que disfrutáis está designado para guiaros en el camino de la santidad cuya meta es la vida eterna. Porque la paga del pecado es la muerte, pero el don gratuito de Dios es la vida eterna en nuestro Señor Jesucristo.

Para cierto tipo de mentalidad, la doctrina de la Gracia gratuita es siempre una tentación a decir: « Si el perdón es tan fácil y tan inevitable como todo eso, si lo único que Dios quiere es perdonar y si su Gracia es tan ancha como para cubrir cualquier mancha o defecto, ¿por qué preocuparnos del pecado? ¿Por qué no vivir como nos dé la gana? A fin de cuentas, da lo mismo.»

Pablo se opone a eso con una imagen de la vida real: «Hubo un tiempo en que os entregasteis al pecado como sus esclavos; entonces la integridad no tenía ningún derecho sobre vosotros. Pero ahora os habéis entregado a Dios como esclavos de la integridad, y el pecado no tiene ningún derecho sobre vosotros.»

Para entender esto tenemos que comprender el *status* de un esclavo. Cuando hablamos de un empleado, en el sentido actual, nos referimos a una persona que da una parte concertada

de su tiempo y actividad a un patrono, del que recibe un salario. El tiempo concertado está al servicio del patrono y a sus órdenes; pero, cuando termina ese tiempo, es libre para hacer lo que quiera. Durante la jornada laboral «pertenece» a su patrono; pero en el tiempo libre se pertenece a sí mismo. Pero en el tiempo de Pablo el status de un esclavo era completamente diferente. Literalmente, no se pertenecía a sí mismo en ningún momento, todo el tiempo le pertenecía a su amo. Era propiedad exclusiva de su amo. Esa es la imagen que Pablo tiene en mente. Dice: «Hubo un tiempo cuando eras esclavo del pecado. El pecado era tu dueño absoluto. Entonces no podías hablar de nada más que del pecado. Pero ahora has tomado a Dios como tu dueño, y Él tiene posesión absoluta de tu persona. Ahora ya no puedes ni hablar del pecado: tienes que hablar sólo de la santidad.»

Pablo se disculpa por adoptar este ejemplo. Dice: «Estoy simplemente usando una analogía humana para que vuestras mentes lo puedan captar.» Se disculpa porque no le gusta comparar la vida cristiana con ninguna forma de esclavitud. Pero lo que quiere decirnos es que el cristiano no puede tener más dueño que Dios. No puede darle a Dios una parte de su vida y otra parte al mundo. En cuanto a Dios, es todo o nada. Mientras uno tenga una parte de su vida que no pertenece a Dios no es cristiano de veras. Es cristiana la persona que le ha dado a Cristo el completo control de su vida sin reservarse nada. Nadie que lo haya hecho podría nunca pensar en usar la Gracia como una licencia para el pecado.

Pero Pablo tiene algo más que decir: «Tú tomaste la decisión libre y espontánea de obedecer el esquema de la enseñanza que habías aceptado.» En otras palabras, es como si dijera: «Tú sabías lo que estabas haciendo, y lo hiciste con absoluta libertad.» Esto es interesante. Recuerda que este pasaje ha surgido de una conversación acerca del bautismo; por tanto quiere decir que al bautismo se llegaba después de una preparación. Ya hemos visto que en la Iglesia Primitiva el bautismo era de adultos, es decir, de creyentes, previa confesión de fe. Está

claro, por tanto, que uno no ingresaba en la iglesia en un momento de emoción. Se le instruía. Tenía que saber lo que estaba haciendo. Se le enseñaba lo que Cristo ofrecía y demandaba. Entonces, y sólo entonces, tomaba la decisión de incorporarse.

Cuando uno quiere ingresar en la gran orden benedictina se le acepta por un año de prueba. Todo ese tiempo tiene colgada en su celda la ropa que usaba en el mundo. En cualquier momento se puede quitar el hábito y ponerse la otra ropa y salir, y nadie se lo impedirá. Sólo después de aquel año se llevan definitivamente de su celda la ropa del mundo. Con los ojos abiertos y sabiendo lo que hace entra en la orden.

Así sucede con el Evangelio. Jesús no quiere seguidores que no se hayan parado a considerar el precio. No se conforma con una persona que hace protestas de lealtad en la cresta de una ola de emoción. La Iglesia tiene el deber de presentar la fe en toda su riqueza, y las exigencias en toda su seriedad, a los que quieren hacerse miembros.

Pablo traza una diferencia entre la vida vieja y la nueva. La vida vieja se caracterizaba por *la suciedad y la iniquidad*. El mundo pagano era un mundo sucio; no conocía la castidad. Justino Mártir lanza un dictorio terrible cuando habla de la exposición de los bebés. En Roma, los niños que no se querían, especialmente las niñas, literalmente se tiraban a la basura. Todas las noches había muchas tiradas en el foro. A algunas las recogían ciertos tipos repugnantes que regentaban burdeles y las criaban para emplearlas en ellos. Justino presenta a sus detractores paganos la posibilidad de que, en su inmoralidad, cuando fueran a un burdel de la ciudad, podría ser que les correspondiera su propia hija.

El mundo pagano era inicuo en el sentido de que la concupiscencia era la única ley, y el crimen producía más crimen. Esa y no otra es la ley del pecado: el pecado engendra pecado. La primera vez que se comete un acto indigno, tal vez se hace con vergüenza y temblor. La segunda vez es más fácil; y, si se sigue así, ya no hay que vencer ningún escrúpulo ni realizar ningún esfuerzo. El pecado pierde su horror. La primera vez

puede que nos permitamos alguna indulgencia y que nos conformemos con muy poco; pero luego se llega a querer más y más para conseguir el mismo o más placer. El pecado conduce al pecado; el libertinaje, al libertinaje. Una vez que se entra en el camino del pecado, se va cada vez más lejos.

La nueva vida es diferente: es la vida de la integridad. Los griegos definían la integridad como *darles al hombre y a Dios lo que se les debe*. La vida cristiana le da a Dios Su lugar y respeta los derechos de las personas. El cristiano nunca desobedecerá a Dios ni usará a una persona humana para satisfacer su deseo de placer. La vida cristiana conduce a la *santificación*. La palabra griega es *haguiasmós*. Todas las palabras griegas que terminan por *-asmós* describen, no un estado, sino un *proceso*. La santificación es el camino que conduce a la santidad. Cuando una persona le entrega su vida a Cristo, eso no la hace perfecta instantáneamente; la lucha no ha terminado ni mucho menos; pero el Cristianismo siempre ha considerado más importante la dirección en que se marcha que la etapa particular que se ha alcanzado. Una vez que se pertenece a Cristo se ha empezado el proceso de la santificación, el camino a la santidad. < Lo único que hago, dejando de pensar en lo que queda atrás y estirándome a lo que tengo por delante, es proseguir hacia la meta, al premio del supremo llamamiento que Dios me ha dirigido en la Persona de Jesucristo» (*Filipenses 3:13s*). Robert Louis Stevenson decía: < Viajar con esperanza es mejor que llegar.» Lo que no se puede negar es que es una gran cosa ponerse en camino hacia una meta gloriosa.

Pablo termina con una gran frase que contiene una doble metáfora: «La paga del pecado es la muerte, pero el regalo gratuito e inmerecido de Dios es la Vida eterna.» Pablo usa dos palabras militares: Para *paga* usa la palabra *opsónia*, que quiere decir literalmente la paga del soldado *-la soldada (N-C)-*, lo que se ha ganado arriesgando la vida y con mucho sudor y dolor, algo que se le debe y que no se le debe escatimar; y para *regalo* usa *járisma* *-en latín donativum-*, que es algo que no se ha ganado, que el ejército recibía a veces. En ocasiones

especiales *-por ejemplo, en su cumpleaños, el día que ascendía al puesto supremo o en el aniversario-*, el emperador les repartía a los soldados un regalo en dinero. No se había ganado, sino que el emperador lo daba por generosidad y gracia. Así que Pablo dice: < Si se nos da lo que nos hemos ganado, no vamos a recibir nada más que la muerte; pero Dios nos da la Vida eterna por pura Gracia y generosidad.»

LA NUEVA LEALTAD

Romanos 7:1-6

No podéis por menos que saber, hermanos porque hablo con personas que saben lo que es una ley-, que la Ley tiene autoridad sobre el hombre sólo mientras está vivo. Así, una mujer casada sigue ligada por ley a su marido mientras éste vive; pero, una vez muerto, ella queda totalmente desligada de la ley que la sujetaba a su marido. En consecuencia, será una adúltera si tiene relación sexual con otro hombre mientras su marido vive; pero si ha muerto, ella queda libre de la ley, y ya no será adúltera si se casa con otro hombre. Exactamente igual, hermanos, vosotros habéis muerto a la Ley mediante el cuerpo de Cristo (porque habéis compartido su muerte en el bautismo) para uniros a Otro (quiero decir el Que ha resucitado de los muertos) para llevar fruto para Dios. En los días de nuestra naturaleza humana desvalida, las pasiones de nuestros pecados, que la Ley ponía en movimiento, obraban en nuestros miembros para dar fruto para la muerte. Pero ahora estamos totalmente desvinculados de la Ley, porque hemos muerto a todo lo que nos tenía cautivos, para servir, no bajo la vieja ley escrita, sino en la vida nueva del Espíritu.

Este es un pasaje sumamente complicado y difícil de entender. C. H. Dodd llegó a decir que aquí tenemos que olvidarnos de lo que Pablo dice, y procurar descubrir lo que quiso decir.

El pensamiento clave del pasaje se encuentra en la máxima legal de que la muerte cancela todos los contratos. Pablo empieza con una ilustración de esta verdad, y quiere usarla como símbolo de lo que le sucede al cristiano. Mientras está vivo su marido, una mujer no puede pertenecer a otro hombre sin cometer adulterio. Pero cuando muere su marido, el contrato matrimonial queda, por así decirlo, cancelado, y ella es libre para casarse con quien quiera.

Siguiendo esa alegoría Pablo habría podido decir que nosotros estábamos casados con el pecado; que el pecado ha muerto en la Cruz de Cristo, y que, por tanto, ahora somos libres para pertenecer a Dios. Parece que era eso lo que quería decir; pero la Ley se introdujo en la escena. Pablo podría haber dicho sencillamente que estábamos casados con la Ley; que la Ley ha dejado de existir por la Obra de Cristo, y que ahora somos libres para pertenecer a Dios. Pero, de pronto, algo cambia, y somos *nosotros* los que hemos muerto para la Ley.

¿Cómo puede ser eso? Por el bautismo, participamos de la muerte de Cristo. Eso quiere decir que, habiendo muerto, quedamos descargados de todas las obligaciones que teníamos con la Ley y somos libres para casarnos de nuevo, y esta vez nos casamos con Cristo. Cuando eso sucede, la obediencia cristiana ya no es algo impuesto externamente por un código escrito de leyes, sino una lealtad interior del espíritu a Jesucristo.

Pablo traza el contraste entre dos estados del hombre -sin Cristo y con Él. Antes de conocer a Cristo tratábamos de vivir obedeciendo un código escrito de leyes. Eso era cuando estábamos *en la carne*. *La carne* no quiere decir simplemente el cuerpo, porque el ser humano tiene cuerpo mientras vive. Hay algo en el hombre que presta atención a la seducción del pecado, que le ofrece al pecado un medio de acceso, y esa es la parte de nuestra personalidad que Pablo llama *la carne*.

La carne es la naturaleza humana aparte de la ayuda de Dios.

Pablo dice que, cuando nuestra naturaleza humana estaba separada de Dios, la Ley nos inducía al pecado. ¿Qué quiere decir con eso? Más de una vez expresa el pensamiento de que la Ley realmente *produce* el pecado; porque, precisamente porque una cosa está prohibida, nos parece más atractiva. Cuando no teníamos más que la Ley, estábamos a merced del pecado.

Luego Pablo pasa a considerar el estado del hombre con Cristo. Cuando uno dirige su vida mediante la unión con Cristo, ya no lo hace por obediencia a un código de ley escrita que de hecho despierta el deseo de pecar, sino por la lealtad a Jesucristo en lo íntimo del espíritu y del corazón. No la Ley, sino el Amor es el móvil de su vida; y la inspiración del Amor puede hacerle capaz de lo que la imposición de la Ley era incapaz de ayudarle a hacer.

LA ABSOLUTA PECAMINOSIDAD DEL PECADO

Romanos 7:7-13

¿Qué hemos de deducir de esto? ¿Que la Ley es el pecado? ¡De ninguna manera! Por el contrario, yo no habría sabido nunca lo que es el pecado si no hubiera sido por la Ley. No habría sabido que la codicia es mala si no fuera porque la Ley dice: «No debes codiciar.» Porque, cuando el pecado había conseguido un asidero por medio del mandamiento, produjo en mí toda clase de malos deseos. Y es que, si no hay ley, el pecado está sólo latente. Yo, por un tiempo, viví sin la ley; pero, cuando llegó el mandamiento, el pecado cobró vida, y en aquel momento supe que había incurrido en la pena de muerte. El mandamiento que estaba diseñado para dar vida, yo descubrí que me traía la muerte. Porque, cuando el pecado consiguió un asidero mediante el mandamiento, por medio de él me sedujo y me dio muerte. Así es que la Ley es santa, y el mandamiento es santo

y justo y bueno. ¿Entonces, lo que era bueno me trajo la muerte? ¡De ninguna manera! Pero la razón era que el pecado, para revelarse como lo que es, me produjera la muerte por medio de algo que era en sí bueno, para que, por medio del mandamiento, el pecado apareciera en toda su horrible pecaminosidad.

Aquí empieza uno de los pasajes más maravillosos del *Nuevo Testamento*; y uno de los más conmovedores, porque Pablo nos presenta su propia autobiografía espiritual, descubriéndonos su corazón y alma.

Pablo está hablando de la torturadora paradoja de la Ley. En sí misma, es algo maravilloso y espléndido. Es *santa*, que es tanto como decir que es la misma voz de Dios. El sentido de la raíz de la palabra *santo* (*haguios*) es *diferente*. Describe algo que no es de este mundo. La Ley es divina, y transmite la misma voz de Dios. Es *justa*. Ya hemos visto que la idea de la raíz griega de la justicia nos dice que consiste en dar al hombre y a Dios lo que les es debido. Por tanto la Ley es lo que establece todas las relaciones, humanas y divinas. Si una persona cumpliera perfectamente la Ley, estaría en perfecta relación tanto con Dios como con sus semejantes. La Ley es *buena*. Es decir, que está diseñada exclusivamente para nuestro supremo bien. Su fin es hacer que el hombre sea bueno. Todo esto es cierto; y, sin embargo, es un hecho que esa misma Ley es el medio por el que el pecado se introduce en el hombre. ¿Cómo puede ser así? Hay dos maneras en las que se puede decir que la Ley es, en cierto sentido, el origen del pecado.

(i) *Define el pecado*. El pecado sin la Ley, como dijo Pablo, no tiene existencia. Hasta que la Ley define algo como pecado, no se podía saber que lo fuera. Podríamos encontrar una cierta analogía con lo que pasa en los juegos, por ejemplo el tenis. Un jugador podría dejar que la pelota botara más de una vez en su campo antes de devolverla; si no hubiera reglas del juego, eso no sería ninguna falta. Pero hay reglas, y establecen que la pelota no puede botar más de una vez antes de que se

devuelva al otro lado de la red; así que es falta dejarla botar dos veces. Las reglas definen las faltas, y la Ley define el pecado.

Podemos tomar una analogía mejor: lo que se le puede permitir a un niño, o a una persona sin civilizar de un país salvaje, no se le permitiría a un hombre maduro de un país civilizado. La persona madura y civilizada reconoce unas reglas de conducta que no conocen el niño o el salvaje; por tanto, no se le perdonaría lo que a éstos se les puede perdonar.

La Ley crea el pecado en el sentido de que lo define. Tal vez en algún lugar era legal conducir un vehículo en cualquiera de los dos sentidos; pero luego se decidió que no se podía nada más que en un sentido, y desde aquel momento está prohibido hacer lo que antes estaba permitido. Así la Ley, al presentar sus prohibiciones, crea el pecado.

(ii) Pero hay un sentido mucho más serio en el que la Ley produce el pecado. Una de las cosas raras de la vida es la fascinación de lo prohibido. Los rabinos judíos y los pensadores descubren esa tendencia en el Huerto del Edén. Al principio Adán vivía inocentemente. Entonces se le prohibió para su bien que no comiera el fruto de cierto árbol; pero vino la serpiente y cambió astutamente la prohibición en una tentación. El hecho de que estuviera prohibido hacía aquel árbol más deseable; así es que Adán fue seducido al pecado por el fruto prohibido, y la muerte fue la consecuencia.

Filón de Alejandría alegorizaba toda la historia. La *serpiente* era *el placer*; *Eva* representaba los *sentidos*; el placer, como sucede siempre, quería la cosa prohibida, y atacó por los sentidos. *Adán* era *la razón*; y, por el ataque de lo prohibido a los sentidos, la razón se extravió y vino la muerte.

En un pasaje de sus *Confesiones*, Agustín habla de la fascinación que produce la cosa prohibida.

< Había un peral cerca de nuestra viña, cargado de fruta. Una noche de tormenta, unos cuantos gamberros hicimos el plan de robarla y llevarnos el botín. Cogimos un montón tremendo de peras -no para comérselas nosotros, sino para echárselas

a los cerdos, aunque nosotros también comimos lo suficiente para saborear el fruto prohibido. No eran muy buenas; pero no eran las peras lo que codiciaba mi alma pecadora, porque tenía muchas mejores en casa. Las cogí sencillamente para cometer un robo. La única fiesta que celebré fue la de la iniquidad, y ésa la disfruté a tope. ¿Qué era lo que me atraía del robo? ¿El placer de actuar contra la ley, yo que, al fin y al cabo, era un prisionero de las reglas, para tener un pobre simulacro de libertad haciendo algo prohibido, como una forma de impotente pataleo? ... El deseo de robar me lo suscitaba precisamente la prohibición de hacerlo».

Poned algo en la categoría de lo **prohibido, o fuera de los límites**, e inmediatamente ejerce fascinación. En este sentido, la Ley produce el pecado.

Pablo usa una palabra reveladora en relación con el pecado: « El pecado me *sedujo*.» Siempre hay decepción en el pecado. Vaughan dice que la ilusión del pecado obra en tres direcciones. (i) Nos engañamos pensando en *la satisfacción* que vamos a encontrar en él. Todos tomamos **la cosa prohibida creyendo que nos va a hacer felices**; pero a **nadie le resulta** así. (ii) Nos engañamos creyendo que tenemos *disculpa*. Todos pensamos que podemos justificarnos por haber hecho lo que no debíamos; pero la disculpa no suena más que como vana cuando se hace en la presencia de Dios. (iii) Nos engañamos pensando en *la probabilidad de escapar a las consecuencias*. Todos pecamos **con la esperanza de salirnos con la nuestra; pero es muy cierto** que, más tarde o más temprano, se nos descubrirá.

Entonces, ¿es la Ley una cosa mala porque produce el pecado? Pablo no tiene la menor duda de que hay sabiduría en el proceso. (i) Primero, está convencido de que, sean las consecuencias las que sean, el pecado tiene que verse como pecado. (ii) El proceso muestra la terrible naturaleza del pecado, porque toma una cosa -la Ley- que era santa y justa y buena, y la retuerce para que sirva para el mal. Lo terrible del pecado se ve en el hecho de que puede tomar una cosa buena, y **convertir-**

la en un instrumento para el mal. Eso es lo que hace el pecado. Puede tomar el encanto del amor, y convertirlo en lujuria. Puede tomar el deseo honroso de independencia, y convertirlo en una obsesión de dinero y poder. Puede tomar la belleza de la amistad, y usarla como seducción para cosas malas. Eso era lo que Carlyle llamaba «la infinita condenabilidad del pecado.» El mismo hecho de que tomó la Ley y la convirtió en una cabeza de puente para el pecado muestra la suprema maldad del pecado. Todo este proceso no es accidental; está diseñado para mostrarnos lo terrible que es el pecado, porque puede tomar las cosas más maravillosas y contaminarlas con su sucio contacto.

LA SITUACIÓN HUMANA

Romanos 7:14-25

Somos conscientes de que la Ley es espiritual. ¡Pero yo soy una criatura de carne y hueso bajo el poder del pecado! No entiendo lo que me pasa. Lo que quiero hacer, no lo hago; pero lo que me repele, eso sí lo hago. Si de hecho hago lo que no quiero hacer, estoy de acuerdo con la Ley y la considero justa. Como están las cosas, ya no soy yo el que lo hace, sino el pecado que reside en mí. Quiero decir en mi naturaleza humana. El querer lo que está bien está dentro de mis posibilidades, pero no el hacerlo; porque no hago el bien que quiero hacer; pero el mal que no quiero hacer, eso sí que lo hago. Así que, si hago precisamente lo que no quiero hacer, ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado que reside en mí. Mi experiencia de la Ley, entonces, es que quiero hacer lo que está bien, pero que lo único que está dentro de mis posibilidades es hacer lo que está mal. En cuanto a lo íntimo de mi ser, estoy totalmente de acuerdo con la Ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros

que no hace más que presentar batalla contra la ley de mi mente, y me lleva cautivo mediante la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Qué miserable soy! ¿Quién me libraré de este cuerpo fatal? ¡Dios! ¡Gracias Le doy mediante nuestro Señor Jesucristo. Por tanto, con la mente sirvo a la Ley de Dios; pero con la naturaleza humana, a la del pecado.

Pablo nos presenta su alma al desnudo; y nos habla de una experiencia que es de la misma esencia de la situación humana. Sabía lo que estaba bien, y quería hacerlo; y sin embargo, por alguna razón, no podía hacerlo. Sabía lo que estaba mal, y lo último que querría sería hacerlo; y, sin embargo, lo hacía. Se daba cuenta de que tenía una personalidad dividida, como si hubiera dos personas diferentes dentro de su piel, tirando cada una en un sentido diferente. Le perseguía este sentimiento de frustración; su capacidad para ver lo que estaba bien, y su incapacidad para hacerlo; su capacidad para reconocer lo que estaba mal, y su incapacidad para resistirse a hacerlo.

Los contemporáneos de Pablo conocían muy bien este sentimiento, lo mismo que lo conocemos nosotros. Séneca lo llamaba «nuestra indefensión en las cosas necesarias», y decía que los hombres odian sus pecados y los aman al mismo tiempo. Ovidio, el gran poeta latino, había escrito la famosa sentencia: «Veo las cosas mejores y las apruebo; pero sigo las peores.»

Nadie conocía este problema mejor que los judíos. Lo planteaban diciendo que, en toda persona, hay dos naturalezas, a las que llamaban *yétser hatob* y *yétser hará* -tendencia al bien y tendencia al mal-. Los judíos estaban convencidos de que Dios había hecho al hombre con un buen impulso y con un mal impulso.

Había rabinos que creían que el mal impulso estaba en el embrión antes del nacimiento. Era una «segunda personalidad malévol». Era «el implacable enemigo del hombre.» Estaba acechando toda la vida para destruir al hombre. Pero los judíos

veían con la misma claridad, en teoría, que nadie tiene por qué sucumbir a ese mal impulso. Ben Sira escribió:

«Dios mismo creó al hombre al principio, y le dejó en la mano de su propio consejo. Si así lo quieres, guardarás los mandamientos, y de tu voluntad depende el obrar con fidelidad. Él te ha puesto delante agua y fuego: extiende la mano a lo que prefieras. Delante del hombre están la vida y la muerte, y se le dará la que escoja... Él no le ha mandado a nadie que obre maldad, ni a ningún hombre ha dado licencia para pecar.»

(Eclesiástico 15:14-17, 20).

Había ciertas cosas que guardarían al hombre de caer en el impulso malo, y una de ellas era la *Ley*. Pensaban que Dios decía:

«Yo he creado para ti el mal impulso; y he creado para ti la Ley como un antiséptico.»

«Si te ocupas en la Ley no caerás en poder del mal impulso.»

Estaban *la voluntad y la razón*.

«Cuando Dios creó al hombre, implantó en él las pasiones y las disposiciones; y entonces, por encima de todo, entronizó la sagrada razón gobernadora.»

Cuando atacaba el mal impulso, los judíos creían que la sabiduría y la razón lo podían derrotar; el estar ocupado en el estudio de la Palabra de Dios era su seguridad; la Ley era un profiláctico; en tales momentos se podía pedir la ayuda del buen impulso.

Pablo sabía todo eso; y también sabía que, si bien todo era

cierto en teoría, no lo era en la práctica. Había cosas en la naturaleza humana -eso era lo que él quería decir con *este cuerpo fatal*- que respondían a la seducción del pecado. Es parte de la situación humana que conocemos el bien pero hacemos el mal, que nunca somos tan buenos como sabemos que debemos ser. Al mismo tiempo y a la vez nos atraen la bondad y la maldad.

Desde cierto punto de vista este pasaje se podría llamar el de las incapacidades.

(i) Demuestra *la incapacidad del conocimiento humano*. Si el saber que una cosa es buena fuera el hacerla, la vida sería fácil. Pero el conocimiento solo no hace bueno a nadie. Es lo mismo en la vida ordinaria: podemos saber -por lo menos mucha gente pretende saber- cómo se debe jugar al fútbol; pero eso no quiere decir que se sepa jugar. Puede que conozcamos las reglas de la poética; pero eso no quiere decir que sepamos escribir poesías que merezcan ese nombre. Parece fácil decir lo que se debe hacer en una situación laboral, económica o política, y muchos pretenden saberlo; pero, como en la fábula de los ratones, lo difícil es ponerle el cascabel al gato. Esa es la diferencia entre religión y moral. La moral es el conocimiento de un código; la religión es el conocimiento de una Persona; y es sólo cuando conocemos a Cristo cuando podemos hacer lo que sabemos que debemos hacer.

(ii) Demuestra *la incapacidad de las resoluciones humanas*. El decidir hacer una cosa está muy lejos del hacerla. Tiene la naturaleza humana una debilidad radical en la voluntad. Se enfrenta con los problemas, con las dificultades y con la oposición... y falla. Una vez, Pedro hizo una gran resolución: «Aunque tenga que morir contigo -le dijo a Jesús-, no te negaré» (*Mateo* 26:35); y sin embargo fracasó lastimosamente cuando se le presentó la ocasión de demostrar su lealtad. Cuando no recibe la fuerza de Cristo, la voluntad humana está abocada al fracaso.

(iii) Demuestra *las limitaciones del diagnóstico*. Pablo sabía muy bien lo que estaba mal, pero era incapaz de corregirlo. Era como un médico que sabe diagnosticar con toda seguridad una enfermedad, pero no puede prescribir la cura. Jesús es el único que no sólo diagnostica el mal sino que puede curarlo, y hacer que lo que está malo se ponga bueno. Lo que ofrece no es una crítica, sino una cura.

LA LIBERACIÓN DE LA NATURALEZA HUMANA

Romanos 8:1-4

Por tanto, ya no hay ninguna condenación para los que viven unidos a Jesucristo. Porque la ley que viene del Espíritu y conduce a la vida me ha librado por medio de Jesucristo de la ley que engendra el pecado y conduce a la muerte. En cuanto a la impotencia de la Ley, esa su debilidad que era el efecto de nuestra naturaleza humana pecadora, Dios envió a Su propio Hijo como ofrenda por el pecado con esa misma naturaleza humana que había pecado en nosotros; y así, mientras existía en la misma naturaleza humana que nosotros, condenó al pecado; de manera que, como resultado, la justa exigencia de la Ley se pudiera cumplir en nosotros, que no vivimos sometidos a los principios de la naturaleza humana pecadora, sino bajo el principio del Espíritu.

Este pasaje resulta difícil de puro comprimido, y también porque Pablo alude a cosas de las que ya ha hablado antes. Hay dos palabras que aparecen una y otra vez en este pasaje: *carne (sarx)* y *espíritu (pneuma)*. No podremos seguir el razonamiento de Pablo a menos que entendamos el sentido que les da a estas dos palabras.

(i) *Sarx* quiere decir literalmente *carne*. Una lectura de corrido de las cartas de Pablo nos bastaría para descubrir que usa esta palabra con mucha frecuencia y con un sentido especial. En términos generales la usa de tres maneras diferentes:

(a) La usa en su sentido literal. Habla de la circuncisión física, literalmente «en la carne» (*Romanos 2:28*). (b) Una y otra vez emplea la frase *kata sarka*, literalmente *de acuerdo con la carne*, que quiere decir casi siempre *mirando las cosas desde el punto de vista humano*. Por ejemplo, dice que Abraham es nuestro antepasado *kata sarka*, *en cuanto a la naturaleza humana*. Dice que Jesús es hijo de David *kata sarka* (*Romanos 1: 3*), es decir, en cuanto a su naturaleza humana. Habla de los judíos como sus parientes *kata sarka* (*Romanos 9:8*); es decir, por parentesco natural. Cuando Pablo usa la expresión *kata sarka*, siempre implica que está considerando las cosas desde el punto de vista humano. (c) Pero otras veces usa la palabra *sarx* en un sentido que le es característico. Hablandó de los cristianos, se refiere al tiempo cuando estábamos *en la carne* (*en sarkí*, *Romanos 7:5*). Habla de los que *andan conforme a la carne* en contraposición a los que viven la vida cristiana (*Romanos 8:4s*). Dice que los que están *en la carne* no pueden agradar a Dios (*Romanos 8:8*). Dice que *la mentalidad de la carne* es muerte, y enemiga de Dios (*Romanos 8:6, 8*). Habla de *vivir de acuerdo con la carne* (*Romanos 8:12*). Les dice a sus amigos cristianos: «Vosotros no estáis *en la carne*» (*Romanos 8:9*).

Está muy claro, sobre todo en el último ejemplo, que Pablo no usa la palabra *carne* refiriéndose al cuerpo, como cuando nosotros hablamos de *carne y hueso*. Lo que quiere decir realmente es *la naturaleza humana* con todas sus debilidades y su vulnerabilidad al pecado. Se refiere a la parte de nuestra persona que le sirve de cabeza de puente al pecado; es decir, nuestra naturaleza pecadora, aparte de Cristo; todo lo que nos ata al mundo en lugar de a Dios. *Vivir conforme a la carne* es llevar una vida dominada por los dictados y deseos de la naturaleza pecadora en lugar de una vida gobernada por el amor de Dios. La carne representa lo más bajo de la naturaleza humana.

Tenemos que damos cuenta de que, cuando Pablo piensa en la clase de vida que está dominada por *sarx*, no está

pensando exclusivamente en los pecados sexuales o corporales. Cuando da una lista de las obras de la carne en *Gálatas 5:19-21*, incluye los pecados sexuales y corporales, pero también la idolatría, el odio, la ira, la agresividad, las herejías, la envidia y el asesinato. Para él la carne no era algo material, sino espiritual; era la naturaleza humana en toda su debilidad y pecado, todo lo que el ser humano es aparte de Dios y de Cristo.

(ii) Está la palabra *espíritu*; en este solo capítulo aparece no menos de veinte veces. Esta palabra tiene, como la anterior, un trasfondo que le viene del *Antiguo Testamento*. En hebreo existe la palabra *rúaj*, que contiene dos ideas básicas: (a) *No* quiere decir sólo *espíritu*, sino también *viento*; siempre tiene el sentido de algo poderoso, como un potente viento de tempestad. (b) En el *Antiguo Testamento* siempre contiene la idea de algo que es más que humano. *El Espíritu*, para Pablo, representa un poder divino.

Así es que Pablo dice en este pasaje que hubo un tiempo cuando el cristiano estaba a merced de su propia naturaleza humana pecadora. En ese estado, la Ley era algo que le hacía pecar, de modo que iba de mal en peor, derrotado y frustrado. Pero, cuando se convirtió al Evangelio, vino a su vida el poder del Espíritu de Dios; y, en consecuencia, entró en una vida de victoria.

En la segunda parte del pasaje, Pablo habla del efecto de la Obra de Jesús en nosotros. Es complicado y difícil de entender, pero Pablo quiere decir lo siguiente: Recordemos que empezó este tema diciendo que todos pecamos en Adán. Ya hemos visto cómo la idea judía de la solidaridad le permitía afirmar que, literalmente, todos los seres humanos estamos implicados en el pecado de Adán y en su consecuencia, la muerte. Pero esto tiene otra cara: Jesús ha venido a este mundo con una naturaleza puramente humana; y le ha ofrecido a Dios una vida de perfecta obediencia, de perfecto cumplimiento de Su voluntad. Ahora bien: como Jesús era plenamente humano, de la misma manera que éramos uno con Adán somos ahora uno con Cristo; y de la misma manera que nos vimos

involucrados en el pecado de Adán, ahora lo estamos en la perfección de Cristo. En Cristo, la humanidad Le ofreció a Dios la perfecta obediencia, lo mismo que en Adán le había ofrecido una desobediencia fatal. Los hombres que estaban antes involucrados en el pecado de Adán son ahora salvos porque están incluidos en la bondad de Cristo. Ese es el razonamiento de Pablo; y para él y para los que le leían era algo totalmente convincente, aunque sea difícil de entender para nosotros. Gracias a la Obra de Cristo, se nos ofrece a los cristianos una vida que no está dominada por la carne, sino por el Espíritu de Dios, que llena al hombre de un poder que antes no tenía ni conocía. Se le anula el castigo de su pasado y se le asegura la fuerza para su futuro.

LOS DOS PRINCIPIOS DE LA VIDA

Romanos 8:5-11

Los que viven de acuerdo con los dictados de la naturaleza humana pecadora están inmersos en las cosas de este mundo. Los que viven de acuerdo con los dictados del Espíritu, en las cosas del Espíritu. Estar absorto en las cosas de este mundo conduce a la muerte; pero estarlo en las cosas del Espíritu conduce a la vida y a la paz. Porque el estar pendiente de las cosas que fascinan a nuestra naturaleza humana pecadora implica enemistad con Dios; porque así no se obedece a la Ley de Dios, ni se puede aunque se quisiera. Los que viven una vida exclusivamente mundana no pueden agradar a Dios; pero vosotros no estáis dominados por los intereses que fascinan a nuestra naturaleza humana pecadora, sino bajo el dominio del Espíritu en la medida que el Espíritu de Dios mora en vosotros. El que no tiene el Espíritu de Cristo no pertenece a Cristo; pero si en vosotros está Cristo, aunque a causa del pecado vuestro

cuerpo sea mortal, vuestro espíritu tiene la vida que viene de la justicia. Si está en vosotros el Espíritu del Que resucitó a Jesús, Él hará que hasta vuestros cuerpos mortales estén vivos mediante el Espíritu Que mora en vosotros.

Pablo está presentando el contraste entre dos clases de vida: (i) La vida que está dominada por la naturaleza humana pecadora, cuyo centro es el yo, cuya única ley es el propio deseo, que se apodera de lo que quiere en cuanto puede. Personas diferentes describirán esa vida de forma diferente. Puede estar controlada por las pasiones, por la lujuria, por el orgullo o por la ambición. Se caracteriza por estar absorta en las cosas en las que pone su delicia la naturaleza humana sin Cristo.

(ii) Y la vida controlada por el Espíritu de Dios. Como los seres vivos necesitan el aire para vivir, así el cristiano vive en Cristo. De la misma manera que está en nosotros el aire que respiramos, así también Cristo. El cristiano no tiene una mente propia; su mente es la de Cristo (*1 Corintios 2:16*). No tiene deseos propios: la voluntad de Cristo es su única ley. Está gobernado por el Espíritu, controlado por Cristo, centrado en Dios.

Estas dos vidas van en sentidos diametralmente opuestos. La vida dominada por los deseos y las actividades de la naturaleza humana pecadora se dirige a la muerte. En el sentido más literal, no tiene futuro, porque se va alejando más y más de Dios. El permitir que las cosas del mundo dominen totalmente la vida conduce a la extinción, es un suicidio espiritual. Al vivir así uno se incapacita cada vez más para estar en la presencia de Dios. Se vuelve resentido contra la Ley y el control de Dios. No piensa en Dios como su amigo, sino como su enemigo.

La vida gobernada por el Espíritu, centrada en Cristo y orientada hacia Dios, se va acercando día a día al Cielo aun cuando sigue en la Tierra. Es una vida que es una marcha tan regular hacia Dios que la transición final de la muerte no es

más que un paso más en el camino. Como Enoc, de quien se nos dice que su vida era un caminar con Dios, y Dios le tomó; o, como lo contó un niño, < se daba paseos con Dios, hasta que un día no volvió» (*Génesis 5:24*).

Cuando Pablo acababa de decir esto, se le ocurrió una objeción: «Tú dices que una persona controlada por el Espíritu va de camino a la vida; pero el hecho es que todos tenemos que morir. ¿Qué quieres decir?» Y Pablo contesta: «Todos los seres humanos mueren porque están involucrados en la situación humana. Cuando entró en el mundo el pecado, le siguió la muerte como una consecuencia natural. Por tanto, es inevitable que los seres humanos mueran; pero los que están controlados por el Espíritu y tienen a Cristo en el corazón mueren para resucitar.» El pensamiento fundamental de Pablo es que el cristiano está indisolublemente unido a Cristo. Ahora bien, Cristo murió y resucitó; y el que es uno con Cristo es uno con el Conquistador de la muerte y participa de Su victoria. La persona controlada por el Espíritu y unida a Cristo va de camino a la vida; la muerte no es más que un interludio inevitable que hay que pasar en el camino.

LA ENTRADA EN LA FAMILIA DE DIOS

Romanos 8:12-17

Así es que, hermanos, tenemos una obligación, pero no con nuestra naturaleza humana pecadora, para vivir conforme a sus principios; porque si vivís conforme a los principios de la naturaleza humana pecadora, vais camino de la muerte; pero si matáis las obras del cuerpo por medio del Espíritu, viviréis. Porque los que son guiados por el Espíritu de Dios, esos y sólo esos son los hijos de Dios. Y vosotros no habéis recibido un estado cuya condición dominante es la esclavitud, para volver a caer en una situación de terror; sino que habéis

recibido un estado cuya característica dominante es la adopción, que nos hace clamar: «¡Abbá, Padre!» El Espíritu mismo da testimonio juntamente con nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Y si somos hijos, entonces somos también herederos: herederos de Dios y coherederos con Cristo. Si sufrimos con Él, también seremos glorificados con Él.

Pablo nos presenta otra gran alegoría de las suyas, con las que nos describe la nueva relación que tienen los cristianos con Dios. Dice que el cristiano es adoptado como hijo en la familia de Dios. Para entender la profundidad del sentido de este pasaje tenemos que saber algo de lo serio y complicada que era la adopción entre los romanos.

Lo que hacía de la adopción un asunto tan complicado y difícil era la *patria potestas* romana; es decir, la autoridad del padre sobre toda la familia. El padre tenía poder para disponer absolutamente de la familia; y, en los primeros tiempos, hasta de vida o muerte. En relación con su padre, un hijo nunca alcanzaba la mayoría de edad; siempre estaba bajo la *patria potestas*, y era propiedad absoluta de su padre, que podía disponer de él como quisiera. Ya se comprende que esto convertía la adopción por otra familia en un paso difícil y serio. Por la adopción, una persona pasaba de estar bajo una *patria potestas* a estar bajo otra.

Tenía dos etapas. La primera se llamaba *mancipatio*, y se llevaba a cabo mediante una venta simulada en la que se usaban simbólicamente unas monedas y una balanza. El simbolismo de la venta se llevaba a cabo tres veces: el padre hacía como que vendía a su hijo dos veces, y otras dos volvía a comprarlo; pero la tercera vez ya no le compraba, por lo cual se consideraba que quedaba rota la *patria potestas*. Luego seguía la ceremonia de *vindicatio*. El padre adoptante se dirigía al *praetor*, uno de los magistrados romanos, y presentaba el caso legal para la transferencia a su *patria potestas* de la persona que iba a adoptar. Cuando todo esto se completaba, quedaba

consumada la adopción. No cabe duda de que era un proceso sumamente serio e impresionante.

Pero aún nos interesan más para comprender la alegoría de Pablo las consecuencias de la adopción. Las principales eran cuatro: (i) La persona adoptada perdía todos los derechos que le hubieran correspondido en su vieja familia, y adquiría todos los de un hijo legítimo de la nueva familia. En el sentido legal más estricto, adquiría un nuevo padre. (ii) Automáticamente quedaba constituido heredero de las propiedades de su nuevo padre. Aunque después le nacieran a éste otros hijos, eso no afectaba a sus derechos. Sería inalienablemente coheredero con ellos. (iii) Para la ley, la vida anterior de la persona adoptada se borraba completamente. Por ejemplo: si tenía deudas, quedaban canceladas. Se le consideraba una nueva persona que empezaba una vida nueva sin la menor vinculación con el pasado. (iv) Para la ley era hijo de su nuevo padre en todos los sentidos. La historia de Roma contaba un caso que dejaba bien claro hasta qué punto esto era verdad. El emperador Claudio adoptó a Nerón para que le sucediera en el trono. No eran parientes antes. Claudio ya tenía una hija, Octavia. Para consolidar la alianza Nerón se quería casar con ella; no había entre ellos ningún lazo de consanguinidad; sin embargo, para la ley eran hermanos, así es que no se podían casar a menos que el senado romano dictara una ley especial.

Eso es lo que está pensando Pablo aquí. Y usa además otra figura de la adopción romana: dice que el Espíritu de Dios da testimonio a nuestro espíritu de que somos de veras hijos de Dios. La ceremonia de adopción se llevaba a cabo en presencia de siete testigos. Supongamos que el padre adoptante muriera, y se pusiera en duda el derecho a la herencia del hijo adoptivo; uno o más de los siete testigos se personaría y juraría que la adopción había sido genuina. Así quedaba garantizado el derecho de la persona adoptada. En nuestro caso, dice Pablo, es el mismo Espíritu Santo el que da testimonio de que Dios nos ha adoptado como sus hijos.

Vemos que todos los pasos de la adopción romana tenían

un significado concreto para Pablo como ejemplo de nuestra adopción en la familia de Dios. Hubo un tiempo en el que estábamos bajo el control absoluto de nuestra naturaleza humana pecadora; pero Dios, en su misericordia, nos ha tomado como su exclusiva posesión. El pasado ya no tiene ningún derecho sobre nosotros; Dios es el único que tiene derecho absoluto. El pasado está cancelado, y las deudas borradas; empezamos una vida nueva con Dios, y somos herederos de todo lo que es suyo. Ahora somos coherederos con Jesucristo, el Hijo unigénito de Dios. Lo que Cristo hereda, nosotros lo heredamos también. Si Cristo tuvo que sufrir, nosotros también heredamos ese sufrimiento; pero como Cristo resucitó a la vida y a la gloria, nosotros también heredamos esa vida y gloria.

En esta alegoría de Pablo, cuando una persona llega a ser cristiana entra en la familia de Dios. No había hecho nada para merecerlo; Dios, el gran Padre, en su maravilloso amor, ha tomado al perdido, indigente, desahuciado y endeudado pecador, y le ha adoptado en su familia, de forma que sus deudas han quedado canceladas, y hereda la gloria.

LA GLORIOSA ESPERANZA

Romanos 8:18-25

Estoy convencido de que los sufrimientos de la era presente no se pueden comparar con la gloria que se nos va a mostrar. El mundo de la creación espera con anhelante expectación, el día en que los que son hijos de Dios se van a manifestar en toda su gloria. Porque el mundo creado ha sido sometido al caos, no por propia voluntad, sino por medio del que le sometió a tal condición de sujeción, y todavía tiene la esperanza de que el mundo creado también participará de la liberación de la esclavitud a la caducidad y entrará en la gloriosa libertad de los hijos de Dios; porque sabemos que toda

la creación está unida en gemidos y agonías. Y esto no se limita al mundo creado, sino que también nos incluye a nosotros, que hemos recibido las primicias del Espíritu Santo como adelanto de la gloria venidera; sí, nosotros también gemimos en nuestro interior esperando intensamente la plena realización de la adopción en la familia de Dios. Me refiero a la redención de nuestro cuerpo. Porque ahora somos salvos en esperanza; pero una esperanza que ya se disfruta no sería esperanza; porque, ¿quién espera lo que ya tiene? Pero esperar lo que no vemos todavía es esperarlo ansiosamente con paciencia.

Pablo ha estado hablando de la gloria de la adopción en la familia de Dios, y ahora vuelve al estado turbulento del mundo presente. Traza un gran cuadro. Habla con visión poética. Ve a toda la naturaleza esperando la gloria que será. Por el momento, la creación está sometida a la esclavitud de la caducidad.

En el mundo se marchita la belleza y se aja el encanto; es un mundo caduco, pero en espera de la liberación y la realización.

Para pintar este cuadro, Pablo estaba usando ideas que cualquier judío podría reconocer y entender. Habla de la edad presente y de la gloria que se manifestará. El pensamiento judío dividía la historia del tiempo en dos secciones: la edad presente y la edad por venir. La edad presente era totalmente mala, sometida al pecado, a la muerte y a la corrupción. Pero alguna vez llegaría el Día del Señor. Sería un día de juicio en el que se sacudirían hasta los mismos cimientos del mundo; pero de su ruina surgiría un nuevo mundo.

La renovación del mundo era uno de los grandes pensamientos judíos. El *Antiguo Testamento* habla de ella sin multiplicar o elaborar detalles: «He aquí que Yo crearé nuevos cielos y nueva Tierra» (*Isaías 65:17*). Pero en los días entre los dos Testamentos, cuando los judíos eran oprimidos, esclavizados y perseguidos, soñaban con aquella nueva Tierra y con aquel mundo renovado.

< La viña dará diez mil veces más fruto, y en cada cepa habrá mil sarmientos, y cada sarmiento producirá mil racimos, y cada racimo tendrá mil uvas, y cada uva dará un coro de vino. Y los que hayan pasado hambre se regocijarán; además, contemplarán maravillas todos los días, porque los vientos saldrán de mi Presencia para traer cada mañana la fragancia de frutos aromáticos, y a la caída de la tarde las nubes destilarán rocíos salubres» (*Apocalipsis de Baruc 29:5*).

«Y la tierra, y todos los árboles, y los innumerables rebaños de ovejas darán fielmente a la humanidad sus productos de vino y dulce miel y blanca leche y cereales que son el regalo más excelente para los hombres» (*Oráculos sibilinos 3:620-633*).

«La Tierra, la madre universal, dará a los mortales sus mejores frutos en incalculables cantidades de grano, vino y aceite. Sí, de los cielos descenderá una dulce lluvia de deliciosa miel. Todos los árboles darán su propio fruto, y los ricos rebaños y manadas darán terneros, corderos y cabritos. Él hará que las dulces fuentes de blanca leche broten y corran. Y las ciudades estarán llenas de cosas buenas, y los campos, feraces. Y no habrá ninguna espada en todo el país, ni ruido de batalla; ni será conmovida la Tierra nunca más con gemidos profundos. Ya no habrá más guerras, ni sequías en todo el país, ni hambruna, ni granizo que destruya las cosechas» (*Oráculos sibilinos 3:744-756*).

El sueño de un mundo renovado les era muy querido a los judíos. Pablo lo sabía y aquí, por así decirlo, dota a la creación de sensibilidad. Concibe la naturaleza esperando anhelante el día en que será quebrantado el dominio del pecado, y la muerte y la corrupción habrán pasado, y vendrá la gloria de Dios. Con un detalle de imaginación poética, dice que el estado de la naturaleza era aún peor que el de los seres humanos; porque éstos habían pecado deliberadamente; pero aquélla había sido

sojuzgada involuntariamente. Inconscientemente se había visto involucrada en las consecuencias del pecado humano. «Maldita será la tierra por tu causa», dijo Dios a Adán después de la caída (*Génesis 3:17*). Y aquí Pablo, con visión poética, contempla a la naturaleza esperando la liberación de la muerte y de la corrupción que ha traído al mundo el pecado humano.

Si eso es verdad de la naturaleza, es todavía más verdad de la humanidad; así es que Pablo pasa a considerar la ansiedad humana. En la experiencia del Espíritu Santo los hombres tienen un anticipo, un primer plazo de la gloria que ha de ser; ahora anhelan con todo el corazón la plena realización del significado de su adopción en la familia de Dios. La manifestación final de esa adopción será la redención del cuerpo. Pablo no pensaba que la criatura humana en su estado de gloria sería un espíritu sin cuerpo. En este mundo, el hombre es un cuerpo y un espíritu; en el mundo de la gloria, el hombre será salvo en su totalidad. Pero su cuerpo ya no será la víctima de la caducidad y el instrumento del pecado, sino un cuerpo espiritual apto para la vida del hombre espiritual.

Entonces viene el gran dicho: «Somos salvos por esperanza.» La verdad resplandeciente que iluminaba la vida para Pablo era que la situación humana no es desesperada. Pablo no era pesimista. H. G. Wells dijo una vez: «El hombre, que empezó al abrigo de una cueva, terminará en las ruinas de un suburbio contaminado por la enfermedad.» Pero Pablo no decía eso. Veía el pecado humano y el estado del mundo; pero veía también el poder redentor de Dios. Por lo tanto, lo veía todo con esperanza. La vida no era para él una espera desesperada del trágico final de un mundo sitiado por el pecado, la muerte y la corrupción; sino una anticipación anhelante de la liberación, la renovación y la recreación que obrarán la gloria y el poder de Dios.

En el versículo 19 se usa una palabra maravillosa para *anhelante expectación*, *apokaradokia*, que describe la actitud del que adelanta la cabeza y aguja la mirada escrutando el horizonte para descubrir en la distancia las primeras señales del

amanecer de la gloria. Para Pablo la vida no era una fatigosa y frustrante espera, sino una expectación gozosa y trepidante. El cristiano está involucrado en la situación humana. Por dentro, tiene que luchar con su propia naturaleza humana pecadora; por fuera, tiene que vivir en un mundo de muerte y corrupción. Sin embargo, el cristiano no vive sólo en este mundo: ¡también vive en Cristo! No mira solamente a las cosas de este mundo, sino también hacia Dios. Además de las consecuencias del pecado humano, ve también el poder, la misericordia y el amor de Dios. Por tanto, la clave de la vida cristiana es siempre la esperanza y nunca la desesperación. El cristiano espera, no la muerte, sino la vida.

TODO ES DE DIOS

Romanos 8:26-30

A todo esto, el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; porque no sabemos qué es lo que debemos pedir, si hemos de pedir como debemos. Pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos que trascienden el lenguaje humano; y el Que escudriña los corazones sabe lo que quiere decir el Espíritu, porque intercede de acuerdo con la voluntad de Dios por aquellos cuyas vidas Le están consagradas. Sabemos que Dios dirige todas las cosas para el bien de los que Le aman, es decir, de los que son llamados conforme a Su propósito. Porque aquellos a los que ha conocido desde siempre, también hace mucho los designó para que llegaran a ser semejantes a la imagen de Su Hijo, para que Éste sea el primogénito entre muchos hermanos. A los que hace mucho designó para este fin, a esos también los llamó; y a los que llamó, también los puso en buena relación con Él; y a los que puso en la debida relación con Él, también los glorificó.

Los primeros dos versículos forman uno de los pasajes más importantes que encontramos en el *Nuevo Testamento* acerca de la oración. Pablo dice que, por nuestra debilidad, no sabemos qué es lo que debemos pedir; pero que las oraciones que nosotros deberíamos hacer las hace por nosotros el Espíritu Santo. C. H. Dodd definía la oración de esta manera: «La oración es lo divino en nosotros apelando a lo Divino sobre nosotros.»

Hay dos razones muy obvias por las que no podemos orar como debiéramos. La primera es porque no podemos predecir el futuro. No podemos ver el año que viene, ni siquiera la hora que viene; y por tanto, puede que pidamos ser librados de cosas que serían para nuestro bien, y que se nos concedan otras que nos causarían la ruina. Y en segundo lugar, no podemos orar como es debido porque, en una situación dada, no sabemos qué es lo que más nos conviene. Muchas veces estamos en la situación del niño que quiere algo que le podría traer muchos males; y Dios está muchas veces en el lugar del padre que tiene que negarle al hijo lo que le pide, y mandarle hacer lo que no quiere; porque sabe mejor que el niño lo que le conviene.

Los griegos ya sabían eso. Pitágoras les prohibía a sus discípulos pedir para sí mismos porque, decía, no podían saber lo que les convenía a causa de su ignorancia. Jenofonte nos cuenta que Sócrates enseñaba a sus discípulos a orar sencillamente por cosas buenas, sin especificarlas, sino dejándole a Dios decidir qué cosas eran buenas para ellos. C. H. Dodd lo expresa diciendo que no podemos saber cuáles son nuestras verdaderas necesidades, ni abarcar con nuestras mentes finitas todo el plan de Dios; en última instancia, todo lo que podemos dirigir a Dios es un suspiro inarticulado que el Espíritu Santo Le traducirá por nosotros.

Pablo veía que la oración, como todo lo demás, es cosa de Dios. Pablo veía que al hombre no le es posible justificarse por su propio esfuerzo; y también sabía que no puede el hombre, por mucho que quiera forzar su inteligencia, saber lo que tiene que pedirle a Dios. En última instancia, la oración perfecta es

decir sencillamente: < Padre, en Tus manos encomiendo mi espíritu. Hágase Tu voluntad y no la mía.»

Pero Pablo sigue adelante. Dice que los que aman a Dios, y que han sido llamados conforme a Su propósito, saben muy bien que Dios combina todas las cosas para su bien. Es la experiencia del cristiano que todas las cosas cooperan a su bien. No tenemos que ser muy viejos para mirar atrás y ver que las cosas que considerábamos desastrosas resultaron a nuestro favor; y las que nos causaron una desilusión luego resultaron una bendición.

Pero tenemos que advertir que esa experiencia no les sucede más que a los *que aman a Dios*. Los estoicos tenían una gran idea que puede que Pablo tuviera en mente al escribir este pasaje. Una de sus grandes concepciones era el *Logos* de Dios, que era Su mente o razón. Los estoicos creían que el *Logos* estaba inherente en la creación, y le daba sentido al mundo. Era el *Logos* el que mantenía las estrellas en sus cursos y los planetas en sus derroteros señalados. Era el *Logos* el que controlaba la sucesión ordenada de los días y las noches y de las estaciones del año. El *Logos* era la razón y la mente de Dios en el universo, haciendo que fuera un orden y no un caos.

Pero los estoicos iban más lejos. Creían que el *Logos* no sólo tenía un orden establecido para el universo sino también un plan y un propósito para cada ser humano. Para decirlo de otra manera, creían que a una persona no le podía suceder nada que no viniera de Dios y que no fuera parte del plan de Dios para ella. Epicteto escribió: «Ten valor para elevar la mirada a Dios y decirle: "Trátame como Tú quieras desde ahora en adelante. Soy uno contigo; soy tuyo; no me resisto a nada que Tú consideres bueno. Guíame adonde Tú quieras; vísteme como Tú quieras. ¿Quieres que me encargue de algo o que lo rechace, que me quede o que me retire, que sea rico o pobre? Por esto Te defenderé ante los hombres."» Los estoicos enseñaban que el deber de todo hombre era la *aceptación*. El que aceptaba las cosas que Dios le enviaba experimentaba la paz. Si las resistía, estaba machacándose la cabeza inútilmente contra el propósito ineludible de Dios.

Pablo tiene la misma idea. Dice que todas las cosas colaboran para el bien, pero sólo *de los que aman a Dios*. Si una persona ama y confía y acepta a Dios, si está convencida de que Dios es el Padre infinitamente sabio y amoroso, entonces puede aceptar todo lo que le manda Dios. Uno puede ir al médico, que le prescribe un tratamiento que al principio es desagradable y hasta doloroso; pero si confía en el médico, acepta lo que le prescribe. Así nos sucede a nosotros si amamos a Dios. Pero si uno no ama a Dios ni confía en Él, se quejará de lo que le sucede y peleará contra la voluntad de Dios. Sólo al que ama a Dios y confía en Él todas las cosas ayudan para bien, porque para él vienen de un Padre que siempre obra bien y con sabiduría, amor y poder que son perfectos.

Pablo va más lejos; pasa a hablar de la experiencia espiritual de cada cristiano. La versión Reina-Valera lo expresa de una manera inolvidable: «Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que El sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó.» Este es un pasaje que desgraciadamente se ha usado mal. Si hemos de llegar a entenderlo, tenemos que reconocer el sencillo hecho de que Pablo nunca se propuso que fuera una formulación teológica o filosófica; lo que quería era que fuera una expresión casi lírica de la experiencia cristiana. Si lo tomamos como filosofía o teología y le aplicamos las leyes de la fría lógica, querrá decir que Dios escogió a unos y no a otros. Y no es eso lo que quiere decir.

Piensa en la experiencia cristiana. Cuanto más la considera un cristiano más se convence de que él no tuvo nada que ver con ello y que todo es cosa de Dios. Jesucristo vino a este mundo, vivió, fue a la Cruz, resucitó. Nosotros no hicimos nada para que todo eso sucediera; es la Obra de Dios. Nosotros oímos la historia de este amor maravilloso. No *la hicimos*;

solamente *la recibimos*. El amor despertó en nuestros corazones; vino la convicción de pecado, y con ella la experiencia del perdón y de la salvación. No lo realizamos nosotros; todo es de Dios. Eso es lo que Pablo está pensando aquí.

El *Antiguo Testamento* usa la palabra *conocer* de una manera iluminadora. «Yo te conocí en el desierto», le dijo Dios a Oseas acerca de Su pueblo Israel (*Oseas 13:5*). «A vosotros solamente he conocido de todas las familias de la Tierra», le dijo Dios a Amós (*Amós 3:2*). Cuando la Biblia dice que Dios *conoce* a un hombre, quiere decir que tiene un propósito y un plan y una tarea para él. Y cuando miramos hacia atrás y pensamos en nuestra experiencia cristiana, todo lo que podemos decir es: «Yo no lo hice; jamás hubiera podido hacerlo; Dios es el Que lo hizo todo.» Y sabemos muy bien que eso no es negar nuestra libertad. Dios conocía a Israel; pero llegó el día cuando Israel rechazó el destino que Dios le había asignado. La dirección invisible de Dios está en nuestra vida; pero en cualquier momento podemos rechazarla y seguir nuestro propio camino.

Es la profunda experiencia de todo cristiano que todo es de Dios; que él no hizo nada, y que Dios lo hizo todo. Eso es lo que Pablo quiere decir aquí: que Dios nos ha elegido para la salvación desde el principio del tiempo; que a su debido tiempo nos dirigió Su llamada; pero el orgullo del corazón humano puede estropear el plan de Dios, y la desobediencia de la voluntad del hombre puede rechazar la invitación de Dios.

EL AMOR DEL QUE NADA NOS PUEDE SEPARAR

Romanos 8:31-39

Entonces, ¿qué podemos decir nosotros a todo esto? Si Dios está de nuestra parte, ¿quién estará en contra nuestra? Si Dios mismo no escatimó ni el dar a Su propio Hijo, sino Le entregó a la muerte por todos nosotros, ¿cómo vamos a pensar que no nos dará generosamente con Él todas las cosas? ¿Quién se atreverá a acusar a los que Dios ha elegido, si es Dios Quien los absuelve? ¿Y quién nos va a condenar, si el Que intercede por nosotros es Jesús, el que murió y resucitó y está sentado ala diestra de Dios? ¿Quién o qué nos podrá apartar del amor de Cristo? ¿Pruebas, opresión, persecución, hambre, desnudez, peligro, espada? Porque escrito está: «Por causa de Ti nos están matando a todas horas, y nos consideran como ovejas para la matanza. » ¡Pero si en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de Aquel que nos amó! Así es que yo estoy convencido de que no nos puede apartar del amor que Dios nos ha mostrado en nuestro Señor Jesucristo ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni la edad presente, ni la edad por venir, ni poderes, ni alturas, ni profundidades, de esta o de ninguna otra creación, nos podrá apartar del amor que Dios nos ha mostrado en nuestro Señor Jesucristo.

Este es uno de los pasajes más líricos del apóstol Pablo. En el versículo 32 hay una maravillosa alusión que impactaría a cualquier judío que conociera bien el *Antiguo Testamento*: < Por amor a nosotros Dios no escatimó ni el dar a su propio Hijo; no cabe duda de que esa es la garantía definitiva de que nos ama lo suficiente para suplir todas nuestras necesidades. » Las palabras que usa Pablo refiriéndose a Dios son las mismas que Dios usó acerca de Abraham, que Le demostró su lealtad a ultranza cuando estuvo dispuesto a sacrificarle a su propio hijo único Isaac cuando Dios se lo mandó. Dios le dijo: «No te has negado a darme a tu hijo, a tu único hijo» (*Génesis 22:12*). Pablo parece decir: < Considera el ejemplo más grande del mundo que ha dado un hombre de su lealtad a Dios; así es la lealtad de Dios contigo. » De la misma manera que Abraham fue tan leal a Dios que estuvo dispuesto a sacrificarle lo más precioso que tenía, Dios es tan leal a los hombres que

estuvo dispuesto a sacrificar a su propio Hijo único por ellos. Sin duda podemos confiar en una lealtad así para todo.

Es difícil decidir cómo hemos de tomar los versículos 33-35. Se pueden tomar de dos maneras, cada una de las cuales tiene un sentido excelente y contiene una preciosa verdad.

(i) Podemos tomarlos como dos afirmaciones seguidas de dos preguntas que les hacen referencia: (a) Es Dios el que declara a los hombres no culpables -esa es la afirmación-. Siendo así, ¿quién se atreverá a condenar a los hombres? Si es Dios Quien ha declarado a los hombres no culpables, entonces están a salvo de que nadie los condene. (b) Ponemos nuestra fe en Cristo, Que murió y resucitó y vive para siempre -esta es la afirmación-. Siendo así, ¿puede haber algo en este o en otro mundo que nos pueda separar de nuestro Señor Resucitado?

Si lo interpretamos así, se establecen dos grandes verdades: (a) Dios nos ha declarado no culpables; por tanto, nadie nos puede condenar. (b) Cristo ha resucitado; por tanto, no hay nada que nos pueda separar de Él.

(ii) Pero hay otra manera de interpretarlo. Dios nos ha declarado no culpables. Entonces, ¿quién nos puede condenar? Y la respuesta es que Jesucristo es el Juez de toda la humanidad, el único que tiene derecho a condenar -pero, lejos de condenar, está a la diestra de Dios intercediendo por nosotros; así que estamos a salvo.

Puede que Pablo esté diciendo algo muy maravilloso en el versículo 34. Está diciendo cuatro cosas acerca de Jesús: (a) Que murió. (b) Que resucitó. (c) Que está a la diestra de Dios. (d) Que allí intercede por nosotros. Ahora bien: el primer credo de la Iglesia Cristiana, que sigue siendo la quintaesencia de todos los credos, dice: «Fue crucificado, muerto y sepultado; al tercer día resucitó de la muerte, y está sentado a la diestra de Dios; *de allí vendrá a juzgar a los vivos y los muertos.* » Tres afirmaciones de la declaración de fe de Pablo coinciden con las del credo de la Iglesia Primitiva: que Jesús murió, que resucitó y que está sentado a la diestra de Dios. *Pero la cuarta*

es diferente. En el credo es que Jesús vendrá *como Juez de vivos y muertos.* En Pablo, que Jesús está a la diestra de Dios *defendiéndonos como nuestro Abogado.* Es como si Pablo dijera: «Creéis que Jesús es el Juez que está ahí para condenaros; y bien pudiera, porque tiene derecho. Pero os equivocáis. No está ahí como Fiscal, sino como Abogado encargado de nuestra defensa.»

Yo creo que la segunda forma es la correcta. En un tremendo salto de pensamiento, Pablo contempla a Cristo, no como Juez, sino como Amador de las almas de los hombres.

Con fervor de poeta y en raptó de amante, Pablo prosigue cantando que nada .nos puede separar del amor de Dios que se nos ha manifestado nuestro Señor Resucitado.

(i) Ni la aflicción, ni las penalidades de la vida, ni el peligro nos pueden separar (versículo 35). Los desastres del mundo no separan de Cristo al que es Suyo, sino le acercan más a Él.

(ii) En los versículos 38 y 39 Pablo hace una lista de cosas terribles.

(a) *Ni la vida ni la muerte* nos pueden separar de Cristo. En la vida, vivimos con Cristo; en la muerte, morimos con Él; y como morimos con Él, también resucitamos con Él. La muerte, lejos de ser una separación, es solamente un paso hacia una más íntima unión; no es el final, sino « la puerta en el Cielo» que nos da acceso a la presencia de Jesucristo.

(b) *Los poderes angélicos* no nos pueden separar de Él. En aquel tiempo, los judíos habían desarrollado mucho la creencia en los ángeles. Todo tenía su ángel: había ángeles de los vientos, de las nubes, de la nieve, del granizo y de la escarcha, del trueno y del rayo, del frío y del calor, y de las estaciones. Los rabinos decían que no había nada en el mundo, ni siquiera una brizna de hierba, que no tuviera su ángel. Según los rabinos había tres rangos de ángeles: el primero incluía tronos, querubines y serafines; el segundo, poderes, señoríos y fuerzas, y el tercero, ángeles, arcángeles y principados. Pablo se refiere a estos ángeles en más de una ocasión (*Efesios 1:21; 3:10; 6:12; Colosenses 2:10, 15; 1 Corintios 15:24*). Ahora bien: los rabinos

-y recordemos que Pablo había sido uno de ellos-creían que los ángeles eran poco amigos de los humanos. Creían que se habían enfadado cuando Dios creó a los hombres; se habían puesto celosos, porque no querían compartir a Dios con otra especie. Los rabinos tenían la leyenda de que, cuando Dios se apareció en el monte Sinaí para darle la Ley a Moisés, estaba rodeado de sus ejércitos de ángeles, que no estaban de acuerdo con que se diera la Ley a Israel y asaltaron a Moisés cuando subía a la montaña y le hubieran impedido llegar arriba si Dios mismo no hubiera intervenido. Así es que Pablo, haciéndose eco de las ideas de su tiempo, dice que « ni siquiera los mezquinos y celosos ángeles nos pueden separar del amor de Dios, por mucho que lo intenten.»

(c) No hay época de la Historia que nos pueda separar de Cristo. Pablo habla de *cosas presentes y cosas por venir.* Sabemos que los judíos dividían el tiempo en *esta era presente y la era por venir.* Pablo está diciendo: « En este mundo presente no hay nada que nos pueda separar de Dios en Cristo; llegará el día cuando este mundo será sacudido y amanecerá la nueva era. Pero no importa; porque entonces tampoco, cuando se acabe este mundo y se haga realidad el nuevo, el lazo de unión con Cristo permanecerá.»

(d) *Ninguna influencia maligna* (poderes) nos separará de Cristo. Pablo menciona específicamente *altura y profundidad.* Son términos de astrología. El mundo antiguo estaba obsesionado con la idea de la tiranía de las estrellas. Creían que todas las personas nacemos bajo una cierta estrella que decide nuestro destino. Todavía hay algunos que creen en la influencia de las estrellas; pero en el mundo antiguo era una creencia más general y obsesiva. *La altura (hypsóma)* era cuando una estrella estaba en su cenit, y se suponía que su influencia era máxima; *profundidad (hathos)* era cuando estaba en su nadir, dispuesta a empezar a ascender y ejercer su influencia en alguna persona. Pablo dice a los que estaban -y a los que están- obsesionados con estas cosas: «Las estrellas no te pueden hacer ningún daño. En su subir y bajar son impotentes para separarte del amor de Dios.»

(e) *Ni ningún otro mundo* nos podrá separar de Dios. La palabra que usa Pablo para *otro* es *héteros*, que significa realmente *diferente.* Está diciendo: «Supongamos que, inexplicablemente, como por arte de magia, os encontrarais en otro mundo totalmente diferente de éste. Estaríais a salvo: seguiría envolviéndoos el amor de Dios.»

Aquí tenemos una visión que despeja toda soledad y todo temor. Pablo está diciendo: «Podéis pensar en cualquier cosa aterradora que pueda producir este mundo o cualquier otro mundo diferente: ninguna de ellas conseguirá separar al cristiano del amor de Dios que se encuentra en Jesucristo. Que es Señor de todo terror y de todo mundo.» En Él se hace realidad la seguridad que anunciaba proféticamente el salmo 27:

El Señor es mi luz y mi salvación. ¿De quién temeré? El Señor es la fortaleza de mi vida. ¿De quién he de atemorizarme?

EL PROBLEMA DE LOS JUDÍOS

En los capítulos 9 al 11 Pablo se enfrenta con uno de los problemas más desconcertantes que se le presentan a la Iglesia Cristiana: el problema de los judíos. Los judíos eran el pueblo escogido de Dios; habían ocupado un lugar exclusivo en el propósito de Dios; y sin embargo, cuando vino al mundo el Hijo de Dios, Le rechazaron y Le crucificaron. ¿Cómo se puede explicar esta trágica paradoja? Este es el problema que Pablo trata de resolver en estos capítulos, complicados y difíciles. Antes de empezar a estudiarlos en detalle, será conveniente que veamos en líneas generales la solución que Pablo nos presenta.

Hay algo que debemos tener presente antes de empezar a desentrañar el pensamiento de Pablo, y es que estos capítulos no se escribieron con ira, sino con profundo dolor de corazón. Pablo no podía olvidar que era judío, y estaba dispuesto a dar su vida para traer a sus hermanos de raza a Jesucristo.

Pablo no niega nunca que los judíos eran el pueblo escogido. Dios los había adoptado como propios; les había dado los pactos, el culto del Templo y la Ley; les había concedido la presencia de Su misma gloria, y les había dado los patriarcas.

Pero, sobre todo, Jesús era judío, de la tribu de Judá, como estaba profetizado. Pablo acepta como axioma en toda esta cuestión que los judíos ocupaban un lugar especial en la economía de la Salvación.

Lo primero que Pablo aclara en su argumento es que, si bien es cierto que los judíos, como nación, rechazaron y crucificaron a Jesús, también lo es que *no todos los judíos Le rechazaron*; algunos Le recibieron y creyeron en Él, porque todos los primeros seguidores de Jesús eran judíos. A continuación, Pablo repasa la historia, e insiste en que lo que hace que un hombre sea judío no es el ser descendiente de Abraham. Repetidas veces en la historia de Israel hubo un proceso de selección -Pablo lo llama *elección*- en el que algunos descendientes

de Abraham fueron elegidos, y otros rechazados. En el caso del mismo Abraham, su hijo Isaac, que nació en cumplimiento de la promesa de Dios, fue elegido; pero Ismael, que nació sencillamente como el resultado de un proceso natural, no lo fue. En el caso de Isaac, su hijo Jacob fue elegido; pero el

mellizo de éste, Esaú, no. Esta selección no era el resultado de los méritos personales, sino de la sabiduría y la soberanía de Dios.

Además, el verdadero pueblo escogido nunca era toda la nación, sino un *resto fiel*, unos pocos que eran leales a Dios cuando todos los demás Le negaban. Ese fue el caso en los días del profeta Elías, cuando permanecieron fieles al Señor siete mil, mientras la mayoría de la nación se había apartado para seguir a Baal. Era una parte esencial de la enseñanza de Isaías, que dijo: «Aunque el número de los hijos de Israel sea como la arena del mar, *sólo un resto de ellos se salvará*» (*Isaías*

10:22; Romanos 9:27). Lo que Pablo deja bien sentado es que nunca fue toda la nación el pueblo escogido. Siempre hubo *selección* por parte de Dios.

Sin embargo, el que Israel fuera rechazado no fue insensible ni caprichoso. Se le cerró la puerta a Israel para que pudiera abrirse a los gentiles. Dios endureció el corazón de los judíos y cegó sus ojos con el propósito final de abrirles el camino de la fe a los gentiles.

¿Qué error fundamental cometieron los judíos? Pablo sostiene que, aunque estaba en el plan de Dios el que los judíos fueran rechazados, sin embargo no tenía por qué haber sucedido. No se podía desembarazar de la paradoja eterna -ni lo pretendía- de que, al mismo tiempo, todo es cosa de Dios y el hombre es libre. El error fundamental de los judíos fue que intentaron llegar a la perfecta relación con Dios por su propio esfuerzo. Trataron de ganarse la Salvación; mientras que los gentiles se limitaron a aceptar con perfecta confianza lo que Dios les ofrecía. Los judíos deberían haber sabido que la única manera de llegar a Dios era mediante la fe, y que los logros humanos no llevan a ninguna parte. Así lo expresó Isaías: «Nadie que ponga en Él su confianza quedará defraudado» (*Isaías 28:16; Romanos 10:11*). Y Joel: «Todos los que invoquen el Nombre del Señor se salvarán» (*Joel 2:32; Romanos 10:13*). Es verdad que nadie puede tener fe hasta oír el ofrecimiento de Dios; pero a los judíos se les hizo el ofrecimiento. Ellos se aferraron al mérito humano de la obediencia a la Ley; se lo jugaron todo a sus obras; pero deberían haber sabido que el camino que conduce a Dios es el de la fe, porque ya se lo habían dicho los profetas.

Una vez más es necesario subrayar que todo esto era el plan de Dios, y que Su propósito era que los gentiles pudieran entrar. Por tanto, Pablo se vuelve ahora a los gentiles. Les dice que no caigan en el orgullo. Están en la posición del acebuche del que se han injertado algunas ramas en el olivo cultivado. No merecieron la Salvación más que los judíos; de hecho, dependen de los

judíos, porque no son más que ramas injertas: la raíz y el tronco son el pueblo de Israel. El que fueran elegidos y los judíos rechazados no debe producir orgullo en el corazón de los gentiles, porque si no ellos también serán rechazados.

¿Acaban aquí y así las cosas? ¡De ninguna manera! El propósito de Dios es que los judíos sientan envidia de la relación que los creyentes gentiles tienen con Él, y eso los mueva a solicitar su admisión. Moisés dijo: « Os hago tener celos de los que no son *la* nación; os provocaré a envidia con los que no Me conocían» (*Deuteronomio 32:21; Romanos 10:19*). Al final, los gentiles serán el instrumento para la Salvación de los judíos: « Y así se salvará todo Israel» (*Romanos 11:26*).

Vamos a resumir los pasos por los que Pablo llega a este final de su argumento:

- (i) Israel es el pueblo escogido.
 - (ii) Pertenecer a Israel quiere decir más que ser descendiente natural. Siempre ha habido elección dentro de la nación, y los verdaderamente elegidos eran el resto fiel.
 - (iii) La selección que Dios hace no es injusta.
 - (iv) Dios endureció el corazón de los judíos, pero sólo para abrirles la puerta a los gentiles.
 - (v) El error de Israel era depender de los méritos humanos sobre la base de la Ley; el único acceso a Dios es el del corazón totalmente confiado.
 - (vi) Los gentiles no tienen por qué estar orgullosos; porque no son más que ramas del olivo borde injertas en el olivo cultivado. Y eso es algo que no debemos olvidar jamás.
 - (vi_i) La cosa no termina ahí; los judíos se sentirán tan avergonzados y envidiosos del privilegio que han recibido los gentiles que, al final, éstos los harán entrar.
 - (vi_{ii}) Así que, al final, tanto los judíos como los gentiles se salvarán.
- La gloria se encuentra al final del argumento de Pablo. Empezó diciendo que algunos eran aceptados y otros rechazados. Pero acaba diciendo que la voluntad de Dios es que todos se salven (*Cp. 1 Timoteo 2:4*).

EL TRÁGICO FRACASO

Romanos 9:1-6

Os digo la verdad, como corresponde a los que estamos unidos a Cristo. No estoy mintiendo si os digo en conciencia y de acuerdo con el Espíritu Santo que soporto una ardiente pesadumbre y una angustia permanente en mi corazón. Porque estaría dispuesto a que me cayera una maldición que me desterrara totalmente de la presencia de Cristo si de esa manera se salvaran mis hermanos, los que son mis parientes por naturaleza. Porque son israelitas; Dios los hizo miembros de Su propia familia, y les confió la gloria, los pactos, la Ley, el culto del Templo, las promesas... Suyos son también los patriarcas; y de ellos, en cuanto a Su naturaleza humana, vino el Ungido de Dios. ¡Bendito sea siempre el Dios que está sobre todo! Amén.

Pablo empieza intentando explicar el que los judíos rechazaran a Jesús como Mesías; y empieza, no con rabia, sino con angustia; no en una tempestad de airada condenación, sino con el dolorido sentir de un corazón quebrantado. Pablo compartía el sentimiento del Dios al que amaba y servía: odiaba el pecado, pero amaba al pecador. Nadie ni siquiera empezará jamás a intentar salvar a nadie a menos que empiece por amarle. Pablo veía a los judíos, no como culpables a los que había que azotar con ira, sino como personas a las que había que anhelar con amor.

De buena gana habría dado Pablo su vida si así hubiera podido ganar a los judíos para Cristo. Tal vez sus pensamientos le transportaban a uno de los grandes episodios de la historia de su pueblo. Cuando Moisés subió a la montaña para recibir la Ley de la mano de Dios, el pueblo que había dejado abajo pecó haciéndose un becerro de oro y adorándolo. Dios estaba airado con ellos; y entonces Moisés hizo la gran oración: «Así

que, si quieres, perdónales su pecado; y si no, Te lo suplico, bórrame del libro que has escrito» (*Éxodo 32:32*).

Pablo dice que, por amor a sus hermanos, estaría dispuesto a que cayera sobre él la maldición de Dios si así se pudiera remediar algo. La palabra que usa es *anáthema*, que es una palabra terrible. Cuando algo era anatema, estaba *bajo maldición*; estaba consagrado para una destrucción total. Cuando se tomaba una ciudad pagana, todo lo que había en ella se destruía totalmente porque estaba contaminado (*Deuteronomio 3:6; 2:34; Josué 6:17; 7:1-26*). Si alguien trataba de seducir a Israel para apartarle del culto al único Dios verdadero, se le condenaba irremisiblemente a una destrucción total (*Deuteronomio 13:8-11*). La cosa más amada que Pablo tenía en su vida era la seguridad de que nada le podía separar del amor de Dios en Jesucristo; pero, si así podían salvarse sus hermanos, estaba dispuesto a perderla.

Aquí tenemos una vez más la gran verdad de que el que quiera salvar al pecador tiene que empezar por amarle. Cuando un hijo o una hija ha hecho algo por lo que merece castigo, muchos padres y madres cargarían con gusto con el castigo si pudieran. Como Myers hace decir a Pablo en su famoso poema inglés:

«Como un escalofrío de anhelo insoportable, que me recorre todo cual toque de trompeta, ¡Oh, para que se salven entregar vida y alma, ofreciéndolo todo en sacrificio a Dios!»

Eso fue lo que sintió e hizo Cristo. Pablo también tenía el mismo sentimiento. Si hemos de ser instrumentos para la Salvación de otros, eso es lo que debemos sentir.

Pablo no negó ni por un momento que los judíos ocupaban un lugar especial en la economía de Dios. Y enumera sus privilegios:

(i) En un sentido especial eran hijos de Dios, especialmente elegidos y adoptados en la familia de Dios. «Vosotros sois los hijos del Señor vuestro Dios» (*Deuteronomio 14:1*). «¿Es que no es Él vuestro Padre, el que os crió?» (*Deuteronomio 32:6*). «Israel es mi primogénito» (*Éxodo 4:22*). «Cuando Israel era un chico, le amé; y de Egipto llamé a Mi hijo» (*Oseas 11:1*). La Biblia está llena de esta idea de la especial relación filial de Israel con Dios, que el pueblo rehusó aceptar hasta las últimas consecuencias.

Boreham dice en algún lugar que, cuando era pequeño, estaba una vez de visita en casa de un amigo. Había una habitación en la que tenía prohibido entrar. Se encontraba una vez en la habitación de enfrente cuando se abrió la puerta y vio dentro a un chico de su misma edad, pero en un estado sobrecogedor de idiotez animal. Vio que la madre se acercaba al chico. Había visto al joven Boreham, sano e inteligente, y miraba a su hijo, no pudiendo por menos de hacer una comparación que le partía el corazón. La vio arrodillarse al lado de la cama del idiota, y la oyó decir gimiendo de angustia: « Te he alimentado, y vestido, y querido... ¡y tú ni siquiera me reconoces!» Eso era lo que Dios hubiera podido decir de Israel; solamente que en este caso aún era más terrible, porque el rechazo de Israel era deliberado y consciente. Es terrible llegar a partirle el corazón a Dios.

(ii) Israel tenía la gloria. La *shejina* o *kabod* aparece una y otra vez en la historia de Israel. Era el divino esplendor de luz que descendía cuando Dios visitaba a su pueblo (*Éxodo 16:10; 24:16s; 29:43; 33:18-22*). Israel había visto la gloria de Dios, y sin embargo Le había rechazado. A nosotros se nos ha concedido contemplar la gloria del amor y la Gracia de Dios en el rostro de Jesucristo, y sería terrible que escogiéramos el camino del mundo.

(iii) Israel tenía los pactos. Un pacto es la relación en que entran dos personas, un acuerdo de interés mutuo, un compromiso de amistad recíproca. Una y otra vez Dios se había acercado al pueblo de Israel y había entrado en una relación especial con él. Lo hizo con Abraham, Isaac y Jacob, y en el monte Sinaí cuando dio la Ley.

Ireneo distingue cuatro grandes ocasiones en las que Dios llegó a un acuerdo con los hombres. La primera fue el pacto con Noé después del diluvio, y la señal fue el arco iris en los cielos, que representaba la seguridad que Dios daba de que no habría otro diluvio. El segundo fue el pacto que Dios hizo con Abraham, y su señal fue la circuncisión. El tercero fue el pacto que estableció con la nación de Israel en el monte Sinaí, y su base fue la Ley. Y el cuarto es el Nuevo Testamento en Jesucristo, cuya señal y garantía es el Espíritu Santo.

Es maravilloso pensar que Dios se acerca a los hombres y entra en una relación concertada con ellos. La verdad es que Dios no ha abandonado nunca a los hombres. No hizo además de acercarse para luego abandonarlos, sino que se ha acercado una y otra vez; y aún lo sigue haciendo con cada alma humana individual. Está a la puerta, y llama; y es la tremenda responsabilidad de la voluntad humana que puede negarse a abrir.

(iv) Israel tenía la Ley. No podía pretender ignorar la voluntad de Dios, porque Dios le había dicho cómo queña que viviera. Si Israel pecaba, lo hacía a sabiendas y no por ignorancia; y el pecado consciente es el pecado contra la luz, que es el peor de todos.

(v) Israel tenía el culto del Templo. El culto es, en esencia, el acercamiento del alma a Dios; y Dios había dado a los judíos en el culto del Templo una manera para que se acercaran a Él. Si estaba cerrada la puerta de acceso a Dios eran ellos los que la habían cerrado.

(vi) Israel tenía las promesas. No podía decir que no conocía su destino. Dios les había dado a conocer la tarea y el privilegio que les tenía reservado en Su propósito. Sabían que estaban destinados para grandes cosas en la economía de Dios.

(vii) Israel tenía a los patriarcas. Tenía una tradición y una historia; y no hay mayor miseria que la del que se atreve a ser infiel a su tradición y avergonzarse de la herencia que ha recibido.

(viii) Y aquí viene la culminación: de Israel vino el Mesías, el Ungido de Dios. Todo lo demás había sido la preparación; y sin embargo, cuando vino, Le rechazaron. El mayor pesar que puede sentir una persona es haberle dado a un hijo todas las oportunidades de éxito, el haberlo dedicado y sacrificado todo para darle las mejores oportunidades, y descubrir que el hijo, por desobediencia o rebeldía o dejadez, ha dejado de aprovecharlas. Ahí está la tragedia; porque se hacen baldíos los esfuerzos del amor, y no se hacen realidad sus sueños. La tragedia de Israel consistió en que Dios le había preparado para el día de la venida de Su Hijo, y toda aquella preparación resultó frustrada. No es que fuera quebrantada la Ley de Dios, sino que Su amor fue desdeñado. No es la ira de Dios la que se oculta tras las palabras de Pablo, sino el corazón quebrantado de Dios.

LA ELECCIÓN DE DIOS

Romanos 9:7-13

Pero esto no quiere decir que la Palabra de Dios haya quedado completamente frustrada. Porque no todos los israelitas son el verdadero Israel; ni todos los que se consideran descendientes naturales de Abraham son plenamente sus hijos. Por el contrario, escrito está: «Por medio de Isaac tendrás descendencia.» Es decir: que no son realmente hijos de Dios todos los que se consideran descendientes naturales de Abraham. ¡No! Son los hijos de la promesa los que forman la verdadera descendencia de Abraham; porque la palabra de la promesa fue esta: «Vendré a este tiempo, y Sara tendrá un hijo.» Y no hubo sólo este caso, sino también Rebeca, cuando concibió de uno, es decir, de nuestro antepasado Isaac. -Nótese bien que los hijos no habían nacido todavía, ni habían hecho nada ni bueno ni malo, para que la elección de Dios no fuera la consecuencia de obras, sino simplemente porque Dios los llamó-. Se le

dijo a ella: «El mayor servirá al más joven.» Y también está escrito: «He amado a Jacob, pero he aborrecido a Esaú.»

El que los judíos rechazaran y crucificaran a Jesús, el Hijo de Dios, ¿quiere decir que el propósito de Dios quedó frustrado, y fracasado Su plan? Pablo está convencido de que eso no puede ser. De hecho, no todos los judíos rechazaron a Jesús; algunos Le aceptaron, porque no cabe duda que todos Sus primeros seguidores eran judíos, lo mismo que Pablo. «Ahora bien dice-, a lo largo de la historia de Israel vemos el proceso de selección una y otra vez en funcionamiento. Una y otra vez vemos que no eran *todos* los judíos los que estaban en el designio de Dios. Algunos estaban, y otros no. La línea de la nación con la que Dios contaba, y por medio de la cual obraba para llevar adelante Su plan, no eran *todos* los descendientes de Abraham. No es la mera descendencia física la que cuenta, sino la selección, la elección de Dios.

Como demostración de esta verdad cita Pablo dos ejemplos de la historia de Israel, y los refuerza con citas bíblicas:

(a) Abraham tuvo dos hijos: Ismael, que le nació de la esclava Agar, e Isaac, que tuvo con su esposa Sara. Los dos eran igualmente descendientes de Abraham. Cuando les nació Isaac, Abraham y Sara eran ya de edad avanzada; tanto es así que, humanamente hablando, ya era imposible que tuvieran un hijo. Cuando Isaac era muchacho, un día Ismael se burló de él; a Sara le dio tanta rabia, que le pidió a Abraham que echara de casa a la esclava y a su hijo, para que Isaac fuera el único heredero. Abraham no quería; pero Dios le dijo que lo hiciera, porque sería la descendencia que tuviera a través de Isaac la que preservaría su nombre (*Génesis 21:12*). Ahora bien: Ismael había nacido por un proceso humano natural, mientras que Isaac había nacido en cumplimiento de la promesa de Dios (*Génesis 18:10-14*). Fue al hijo de la promesa al que se le concedió transmitir la herencia de la elección de Dios. Aquí tenemos la prueba de que no todos los descendientes naturales de Abraham se pueden considerar elegidos. Y dentro de la nación siguió manifestándose la selección y elección de Dios.

(b) Pablo pasa a citar otro ejemplo. Cuando Rebeca, la mujer de Isaac, estaba embarazada, Dios le hizo saber que iba a tener mellizos que serían los patriarcas de dos naciones; pero que, en el tiempo venidero, el que naciera primero serviría y estaría sometido al segundo (*Génesis 25:23*). Cuando nacieron los mellizos, Esaú nació el primero, y sin embargo la elección de Dios recayó en Jacob; y fue por la línea de Jacob por la que Dios siguió llevando a cabo su plan. Para remachar bien su argumento, Pablo cita *Malaquías 1:2s*, donde Dios le dice al profeta: < He amado a Jacob y aborrecido a Esaú.>

Pablo sostiene que ser judío es más que formar parte de la descendencia física de Abraham; que el pueblo escogido no es meramente la suma de los descendientes de Abraham, sino que en esa familia se lleva a cabo un proceso de selección a lo largo de la historia. Hasta aquí, un judío aceptaría el argumento de Pablo. Los árabes son los descendientes de Ismael, que fue hijo de Abraham; pero a los judíos no se les pasaría por la cabeza decir que los árabes pertenecían al pueblo escogido. Los edomitas eran los descendientes de Esaú fue es lo que quería decir Malaquías-, y Esaú fue tan hijo de Isaac como Jacob su mellizo; pero a ningún judío se le ocurriría decir que los edomitas tenían parte en el pueblo escogido. Desde el punto de vista judío, Pablo ha demostrado su argumento: *había* un proceso de elección que se estaba llevando a cabo en la familia de los descendientes de Abraham.

Pablo añade que esa selección no se basa en las obras ni en el mérito. La prueba está en que Jacob fue elegido y Esaú rechazado *antes de que naciera ninguno de los dos*, cuando estaban en el seno materno. Este argumento sigue siendo válido y concluyente para un judío. Y hasta para nosotros, una gran verdad surge del corazón de este argumento: Todo es de Dios; detrás de todo está Su obrar; aun las cosas que parecen arbitrarias y fortuitas tienen en Él su origen. Nada en el mundo va a la deriva.

LA VOLUNTAD SOBERANA DE DIOS

Romanos 9:14-18

¿Y qué se puede decir a esto? ¿Se puede decir que hay injusticia en Dios? ¡De ninguna manera!, porque Él le dijo a Moisés: «Tendré misericordia del que Yo tenga misericordia, y tendré piedad del que Yo tenga piedad.» Así es que todo

depende, no de la voluntad ni del esfuerzo humanos, sino exclusivamente de la misericordia de Dios. Por eso la Escritura dice con respecto al Faraón: «Para esto solo te asigné un papel en el drama de la historia: para demostrar mi poder por medio de lo que te va a ocurrir, y para que Mi nombre sea proclamado por todo el mundo.» Así es que tiene misericordia del que Él quiere, y endurece al que Él quiere.

Ahora Pablo sale al paso de las preguntas y objeciones que surgen en nuestra mente. Ha dicho que el proceso de selección y elección ha seguido su curso a lo largo de la historia de Israel; ha hecho hincapié en el hecho de que la elección no se basa en ningún mérito humano, sino exclusivamente en la voluntad de Dios.

Nuevamente cita dos ejemplos para demostrar su afirmación, y los refuerza con citas bíblicas. El primer ejemplo está tomado de *Éxodo 33:19*. Moisés está pidiendo una prueba definitiva de que Dios está realmente con el pueblo de Israel. La respuesta de Dios es que Él tendrá misericordia de los que tenga misericordia; es decir, le dice a Moisés que confíe y deje la cosa en Sus manos, porque Él sabe lo que hace. Su actitud de misericordia hacia la nación depende exclusivamente de Él mismo. Y el otro ejemplo está tomado de la batalla para la liberación de la esclavitud de Egipto y el poder del Faraón. La primera vez que Moisés fue a pedir la libertad, advirtió a Faraón que Dios le había colocado en el escenario de la historia para demostrar Su divino poder y servir de ejemplo a la humanidad de lo que sucede a los que se oponen a Dios (*Éxodo 9:16*). Pero esto no quiere decir que Faraón no fuera más que una marioneta. Dios le advirtió, pero Faraón escogió no hacer caso.

Cuando llegamos al fondo de la cuestión, vemos que conserva una gran verdad. Es imposible pensar en la relación entre Dios y el hombre en términos de *justicia* -entendida ésta en los términos de nuestra experiencia humana limitadísima. El hombre no puede nunca tener ningún derecho ante Dios. La *creatura* no puede pretender nada ante el Creador. Sea cual fuere la justicia que se aplica, la respuesta es que el hombre no merece nada ni puede pretender nada. En el trato de Dios con los humanos lo esencial son Su voluntad y Su misericordia.

EL ALFARERO Y LA ARCILLA

Romanos 9:19-29

Pero entonces tú podrías preguntar: «Si esto es así, ¿cómo puede Dios seguir echándole las culpas a los hombres cuando no hacen lo que Él quiere? ¿Es que hay alguien que se pueda oponer a Su voluntad?» Amigo, ¿quién eres tú para ponerte a discutir con Dios? Sería tanto como que la arcilla le dijera al alfarero: «¿Por qué me has dado esta forma?» El alfarero tiene autoridad total para hacer del mismo pegote de arcilla una vasija para un uso honorable u otra para un uso humilde. De la misma manera, ¿qué si Dios, aunque Su propósito fuera demostrar su ira y dar a conocer Su poder, sin embargo tratara con mucha paciencia a los que eran objeto de Su ira, que ya estaban maduros y listos para la destrucción? Sí; ¿y qué si lo hizo porque quería dar a conocer las riquezas de su gloria a los que son objeto de su misericordia, que Él había preparado de antemano para la gloria? Me refiero a nosotros, a los que Él ha

llamado; no sólo de entre los judíos, sino también de entre los gentiles. Como Él dice en Oseas:

*< A los que no eran pueblo
los llamaré < Pueblo mío»,
y a la que nadie quería
la llamaré «Amada mía».*

Y en el mismo lugar en que se les dijo: «¡Vosotros no sois mi pueblo!», se les dará el título de «hijos del Dios vivo».

Y la proclamación profética de Isaías acerca de Israel es: «Los hijos de Israel puede que sean tan numerosos como la arena del mar, pero no se salvará nada más que el resto. Final y sumariamente: el Señor hará en la Tierra lo que dijo que haría. » Como dijo Isaías en un pasaje anterior: « Si el Señor de los Ejércitos no nos hubiera dejado hijos, habríamos llegado a ser como Sodoma, y semejantes a Gomorra. »

En el pasaje anterior Pablo ha mostrado que, a lo largo de toda la historia de Israel, se ha venido produciendo el proceso de elección y selección de Dios. Cuando el alfarero hace una vasija, ésta no puede hacerle sugerencias ni discutirle su destino; el alfarero tiene poder absoluto sobre la arcilla para hacer de ella algo destinado a un uso honorable o vulgar, y la arcilla no tiene derecho a protestar. Pablo en realidad tomó este ejemplo de *Jeremías 18:1-6*, que es un ejemplo de la paciencia de Dios, que no descarta la masa rebelde, sino le da una nueva forma. Este pasaje ha inspirado un coro que se canta en muchas iglesias:

Yo quiero ser, yo quiero ser, Señor amante, como el barro en manos del alfarero: toma mi vida, hazla de nuevo; yo quiero ser, yo quiero ser un vaso nuevo.

Conviene decir aquí un par de cosas.

Pero debemos recordar una: fue con angustia de corazón como Pablo escribió este pasaje. Se enfrentaba con el hecho desconcertante de que el mismo pueblo de Dios, sus propios parientes, habían rechazado y crucificado al propio Hijo de Dios.

De todas maneras, Pablo no termina así su argumento. Continúa diciendo que el que los judíos hayan rechazado al Mesías ha sido con el fin de que se les abriera la puerta a los gentiles.

Pablo estaba discutiendo con los judíos, y sabía que la única manera de reforzar su argumento era con citas de sus Sagradas Escrituras; así es que pasa a citar textos que prueben que el que Cristo fuera rechazado por los judíos y aceptado por los gentiles había sido de hecho anunciado por los profetas. Oseas había dicho que Dios haría que fuera pueblo Suyo uno que no lo era (*Oseas 2:23*), y que serían llamados hijos de Dios (*Oseas 1:10*); e Isaías había previsto una situación en la que Israel sería obliterado si no fuera por un remanente (*Isaías 10: 22s; 37:32*). Su argumento es que Israel podría haber previsto su ruina si hubiera tenido entendimiento.

LA EQUIVOCACIÓN DE LOS JUDÍOS

Romanos 9:30-33

¿Qué podemos decir a esto? Que los gentiles, que no estaban buscando estar en la debida relación con Dios, la han recibido, una relación que es el resultado de la fe; mientras que Israel, que estaba buscando una ley que produjera la debida relación con Dios, nunca consiguió encontrarla. ¿Y por qué? Porque estaban intentando entrar en una buena relación con Dios, no confiando en Dios, sino dependiendo de sus propios logros humanos. Tropezaron en la Piedra que hace tropezar a los hombres, como está escrito: «He colocado en Sión una Piedra que hace tropezar a la gente, una Roca que los hace vacilar; pero el que crea en ÉL no será defraudado.»

Aquí Pablo traza un contraste entre dos actitudes para con Dios. La de los judíos pretendía alcanzar la debida relación con Dios mediante el propio esfuerzo. Dicho de otra manera, para que quede claro lo que quiere decir: fundamentalmente, la idea de los judíos era que un hombre, mediante la estricta obediencia a la Ley, podía llegar a tener una cuenta positiva con Dios, con el resultado de que Dios estaría en deuda con él y le debería la Salvación. Pero estaba claro que siempre era una batalla perdida, porque la imperfección humana no podía nunca satisfacer la perfección de Dios; nada que el hombre pudiera hacer por Dios podría ni empezar a devolverle a Dios lo que ha hecho por el hombre.

Eso es precisamente lo que Pablo descubrió. Como él decía, los judíos se pasaban la vida tratando de satisfacer una Ley cuya obediencia les dejara en paz con Dios; y nunca lo conseguían, porque tal cosa era imposible. Los gentiles no estaban empeñados en tal empresa; pero, cuando se encontraron de pronto cara a cara con el amor increíble de Dios manifestado y ofrecido en Jesucristo, sencillamente se arrojaron en los brazos de tal amor con entera confianza. Fue algo así como si los gentiles vieran la Cruz y dijeran: < Si Dios me ama de tal manera, puedo confiarle mi vida y mi alma.»

El judío trataba de hacer que Dios quedara en deuda con él; el gentil estaba contento de estar en deuda con Dios. El judío creía que podía ganarse la Salvación haciendo cosas para Dios; el gentil se sumía en la admiración de lo que Dios había hecho por él. El judío trataba de llegar a Dios por sus obras; el gentil llegaba a Dios por el camino de la confianza.

No ya he de gloriarme jamás, ¡oh Dios mío!, de aquellos deberes que un día cumplí. Mi gloria era vana; confío tan sólo en Cristo y su sangre vertida por mí.

JOSÉ M. DE MORA.

Pablo habría dicho < Amén > a esto.

La piedra es una de las referencias características de los primeros escritores cristianos. En el *Antiguo Testamento* se menciona varias veces una *piedra* misteriosa. En *Isaías 8:14* se dice que Dios será como *una piedra de ofensa y una roca de tropiezo* a las casas de Israel. En *Isaías 28:16*, Dios dice que va a poner en Sión *una piedra, una preciosa piedra angular*, como fundamento estable. En *Daniel 2: 34s, 44s*, se hace referencia a una *piedra* misteriosa. En el *Salmo 118:22*, el salmista escribe: *«La piedra que desecharon los edificadores ha llegado a ser la cabeza del ángulo.»*

Cuando los cristianos empezaron a buscar en el *Antiguo Testamento* anuncios de la venida de Cristo se encontraron con estas referencias a la *piedra* maravillosa, y se dieron cuenta de que se referían a Cristo. En los *Evangelios* se dice que fue Jesús mismo el primero que hizo la identificación y se aplicó a Sí mismo el *Salmo 118:22 (Mateo 21:42)*. Los cristianos reconocieron figuras de Cristo en la *piedra* que era fundamento estable, la *piedra angular* que daba unidad a todo el edificio, la *piedra* que había sido desechada y luego reconocida como la más importante de todas.

La cita que hace aquí Pablo combina *Isaías 8:14* y *28:16*. Los cristianos entendieron que su significado era que Dios se había propuesto que Su Hijo fuera el fundamento de la vida de todos los hombres; pero cuando Él vino, los judíos Le rechazaron; y el rechazar al Don de Dios que era para su Salvación se convirtió en la causa de que quedaran excluidos. Esta figura de la piedra aparece varias veces en el *Nuevo Testamento* (*Hechos 4:11; Efesios 2:20, y 1 Pedro 2:4-6*).

La verdad eterna que contiene este pensamiento es que Jesús fue enviado al mundo para ser el Salvador de todos los hombres, pero es también la Piedra de toque por la que son juzgados. Si el corazón de una persona responde al amor de Jesús y Le recibe como Salvador, para ella lo es; pero si el corazón de una persona queda totalmente insensible o Le rechaza, para ella es la condenación. Jesús vino al mundo para nuestra Salvación; pero por nuestra actitud hacia Él podemos recibirla o perderla.

UN CELO MAL ORIENTADO

Romanos 10:1-13

Hermanos, lo que deseo cordialmente para los judíos y Le pido a Dios para ellos es que se salven. Porque hay que reconocerles que tienen celo por las cosas de Dios; pero no está basado en un conocimiento verdadero; porque no se dan cuenta de que el hombre no puede llegar a la condición de justicia para con Dios nada más que aceptándola como don de Dios, y ellos tratan de establecerla por sí mismos; así es que no se han sometido a ese poder de Dios que es el único que los puede hacer justos en relación con Él. Porque Cristo es el fin de todo el sistema de la ley, porque vino precisamente para poner en la debida relación con Dios a todos los que creen y confían. Moisés dice que el que actúa de una manera conforme con la justicia que exige la ley, vivirá por ella. Pero de la justicia que se deriva de la fe, la Escritura dice: «¿Quién subirá al Cielo?» -es decir, para hacer bajar a Cristo-; o «¿Quién podrá bajar a lo profundo del abismo?» -es decir, para sacar a Cristo de entre los muertos-. Pero, ¿qué es lo que dice? «La palabra está cerca de ti, en tu boca y en tu corazón.» La palabra de la que se habla aquí es el Mensaje de fe que proclamamos: Que, si confesáis con vuestra boca que Jesús es el Señor, y creéis con el corazón que Dios Le levantó de los muertos, seréis salvos. Porque al creer con el corazón llegáis a la perfecta relación con Dios, y al confesar con la boca estáis en el camino de la Salvación. Porque la Escritura dice: «Nadie que crea en Él será defraudado.» Así que no hay diferencia entre judíos y griegos; porque el mismo Señor es el Señor que está sobre todos, y es suficiente Salvador de todos los que Le invocan; porque dice la Escritura: «Todo el que invoque el Nombre del Señor se salvará.»

Pablo ha estado diciendo algunas cosas muy duras de los judíos; cosas que a ellos les resultaría desagradable oír, y más aún reconocer. Todo el pasaje de *Romanos 9 al 11* es una condenación de la actitud religiosa de los judíos. Sin embargo, desde el principio hasta el fin no hay ira, sino anhelo y ansiedad cordiales. Lo que Pablo desea por encima de todo es que los judíos se salven.

Si vamos a llevar a Cristo a otras personas, esa debe ser nuestra actitud. Los grandes predicadores lo han reconocido. «No des palizas» -decía uno-. «Acuérdate de no chillar demasiado» -decía otro. Y un gran predicador de los tiempos presentes decía que predicar es «suplicar a las almas.» Eso era lo que decía también Pablo (*2 Corintios 5-:20*). Y Jesús lloró por Jerusalén. Hay una manera de predicar que pretende aterrar al pecador con palabras airadas de condenación; pero Pablo decía la verdad con amor.

Pablo estaba totalmente dispuesto a admitir que los judíos tenían celo de Dios; pero ese celo estaba mal orientado. La religión judía estaba basada en una obediencia meticulosa a la Ley. Ahora bien: está claro que esa obediencia sólo se la podía

proponer alguien que tomara la religión totalmente en serio. No era nada fácil. En muchas ocasiones llevaría a graves inconvenientes y haría la vida sumamente incómoda.

Tomemos como ejemplo la ley del sábado. Se establecía exactamente la distancia máxima que se podía andar; se prohibía llevar una carga superior al peso de dos higos secos; se prohibía cocinar en sábado; se fijaban los medios para evitar que un enfermo se pusiera peor, pero se prohibía curarle. Todavía hoy en día hay judíos ortodoxos estrictos que no encienden ni apagan una luz en sábado. Algunas familias judías acomodadas emplean a criados gentiles para que hagan las cosas imprescindibles los sábados -aunque, según Éxodo 20:10 y Deuteronomio 5:14, la ley del sábado obligaba igualmente a los siervos y 'a, los forasteros gentiles.

Esto es algo que nos debe mover, no a la risa, sino a la admiración. La vida bajo la Ééy.no era fácil. Nadie se sometería

a menos que lo tomara realmente en serio. Los judíos eran y son celosos. Pablo no tenía dificultad en reconocérselo, pero les advertía que aplicaban u orientaban mal su celo.

En el *Cuarto libro de los Macabeos* se relata un incidente sorprendente. Llevaron al sacerdote Eleazar ante Antíoco Epífanes, que se había propuesto acabar con la religión judía. Antíoco le mandó a Eleazar que comiera cerdo. El anciano sacerdote rehusó: «Ni aunque me saques los ojos o me abrases las entrañas. Nosotros, oh Antíoco, que vivimos bajo la Ley divina, no admitimos ninguna obligación por encima de la obediencia a la Ley.» Si tenía que morir, sus antepasados le recibirían «santo y puro.» Dio orden de que le apalearan. « Le rasgaron la carne con látigos hasta que chorreaba sangre por todo el cuerpo y las heridas le descubrían los costados. Cayó, y un soldado le dio de patadas. Al final, los soldados se compadecieron de él y le trajeron carne que no era de cerdo y le dijeron que la comiera y dijera que había comido cerdo. Se negó. Por último, le mataron. «Muero en feroces tormentos por amor a la Ley» -dijo en oración a Dios. «Resistió -añade el-narrador- hasta la agonía de la muerte por causa de la Ley.»

¿Y por qué todo eso? *Para no comer cerdo.* Parece mentira que alguien esté dispuesto a morir así por una ley así. Pero los judíos estaban dispuestos. No cabe duda que tenían celo por la Ley. No se puede decir que no tomaran absolutamente en serio su religión.

Los judíos estaban convencidos de que adquirirían crédito con Dios mediante la obediencia a la Ley. Lo que mejor revela la actitud judía son las tres clases en que dividían la humanidad: Había personas que eran buenas, cuyo balance era positivo; había otros que eran malos, cuya vida arrojaba un balance de deuda, y había quienes estaban en medio, que serían buenos si hicieran una buena obra más. Todo era cuestión de ley y mérito. A esto contesta Pablo: «Cristo es el final de la Ley», lo que quiere decir que es el final del legalismo. La relación entre Dios y el hombre ya no es la que existe entre un acreedor y un deudor, entre un asalariado y un patrono o entre un juez y un acusado. Gracias a Jesucristo, el hombre ya no está en la posición de tener que satisfacer la justicia divina; sólo tiene que aceptar Su amor. Ya no tiene que merecer el favor de Dios, sino solamente tomar la Gracia y el amor y la misericordia que Dios le ofrece gratuitamente.

Para demostrar su argumento Pablo cita dos pasajes del *Antiguo Testamento*. En primer lugar, *Levítico 18: S*, donde se dice que el que obedezca meticulosamente los mandamientos de Dios encontrará la vida. Es verdad, *pero nadie ha podido*. Luego cita *Deuteronomio 30:12s*. Dice Moisés que la Ley de Dios no es inasequible o imposible: está en la boca, en la mente y en el corazón del hombre. Pablo toma ese pasaje en sentido alegórico. No fue nuestro esfuerzo el que trajo al mundo a Cristo o Le resucitó. No es nuestro esfuerzo lo que nos reconcilia con Dios. Dios lo ha hecho por nosotros, y no tenemos más que aceptarlo y recibirlo.

Los versículos 9 y 10 son de suprema importancia. Contienen la base del primer credo cristiano.

(i) Hay que confesar que *Jesucristo es el Señor*. La palabra para *Señor* es *Kyrios*. Es la palabra clave del cristianismo primitivo. Su significado pasa por cuatro etapas: (a) Es el título normal de respeto, como en español *señor*, en inglés *sir*, en francés *monsieur* y en alemán *Herr*. (b) Era el título que se aplicaba al Emperador romano. (c) Era el título de los dioses griegos y romanos, que se colocaba antes del nombre; por ejemplo: *Kyrios Serapis*. (d) En la traducción al griego del *Antiguo Testamento*, *Kyrios* es la traducción normal del nombre divino Yahweh o Jehová. Los primeros cristianos iban a la muerte con tal de no confesar que el César era *Kyrios*, porque sólo aplicaban ese título a Jesucristo. Cuando llamaban a Jesús *Kyrios*, no sólo le confesaban como el *Señor* supremo de su vida, y Le estaban equiparando al Emperador o a los dioses griegos, sino con el Dios único y verdadero, al Que se debía absoluta obediencia y culto reverente. Llamar *Kyrios* a Jesús era reconocer y confesar su divinidad. Lo primero para ser cristiano es el sentimiento de qué Jesucristo es supremamente *único*.

(ii) Hay que creer que *Jesucristo ha resucitado*. La Resurrección de Jesucristo era una parte esencial del credo cristiano. El cristiano cree, no solamente que Cristo vivió, sino también que *vive*. No sólo debe *saber de* Cristo, sino *conocerle personalmente*. No se limita a estudiar un personaje histórico, por muy grande que fuera; sino que vive con una Presencia real. No sólo debe saber de Cristo *el Mártir*: debe también conocer a Cristo *el Vencedor*.

(iii) Pero el cristiano no sólo debe creer en su corazón, sino también *confesar con sus labios*. Ser cristiano es *creer y confesar*; como se dice en muchas declaraciones de fe evangélica, < Creemos y testificamos.> El creer supone testificar ante los demás. No es suficiente que Dios sepa de qué parte estamos, sino que hace falta que también lo sepa la gente.

A un judío le resultaría difícil creer que el acceso a Dios no era por medio de la Ley; este camino de la confianza y la aceptación era algo revolucionario e increíblemente nuevo para él. Además, le resultaría sumamente difícil creer que el acceso a Dios estaba abierto *a todo el mundo*. Le parecía que los gentiles no podían estar en la misma posición que los judíos. Así es que Pablo concluye su argumento citando dos pasajes del *Antiguo Testamento* como última demostración. Cita en primer lugar *Isaías 28:16*: < Nadie que crea en Él será defraudado.> No se dice nada de la Ley; todo se basa en la fe. Y en segundo lugar cita *Joel 2:32*: < Todo el que invoque el Nombre del Señor se salvará.> No hay limitación aquí; la promesa es *para todos*; por tanto no hay diferencia entre judíos y gentiles.

En esencia, este pasaje es una apelación a los judíos para que abandonen el camino del legalismo y acepten el de la Gracia. Es una apelación para que reconozcan que su celo está descarriado, y para que presten atención a los profetas que declararon hace mucho tiempo que la fe es el único camino de acceso a Dios, y que está abierto a todo el mundo.

EL FINAL DE LAS EXCUSAS

Romanos 10:14-21

Pero, ¿cómo van a invocar a Uno en Quien no han creído? ¿Y cómo van a creer en Uno del Que ni siquiera han oído hablar? ¿Y cómo van a oír si no hay nadie que les proclame las Buenas Nuevas? ¿Y cómo va a proclamar nadie las Buenas Nuevas a menos que Dios le envíe? Pero todo esto es exactamente lo que ha sucedido, como está escrito: «¡Cuán hermosos son los pies de los que traen buenas noticias de cosas buenas!» Pero no todos han hecho caso de la Buena Nueva. Eso es verdad, porque Isaías dice: «Señor, ¿quién ha creído lo que ha oído de nosotros?» Así que la fe viene por el oír, y el oír viene de la Palabra que viene de Cristo y que habla de Él. Pero, suponed que yo todavía digo: «¿Será que todavía no han oído?» ¡Claro que han oído! «La voz de ellos ha salido por toda la Tierra, y sus palabras han llegado hasta el fin del mundo habitado. » Bien; entonces, suponed que digo: «¿Será que Israel no lo ha entendido?» Primero, Moisés dice: «Os haré tener celos de una nación que no es nación. Haré que os dé rabia de una nación que no tiene entendimiento.» Y más adelante se atreve a decir Isaías: «Me encontraron los que no Me buscaban. Me manifesté a los que no preguntaban por Mí. » Y, en cuanto a Israel, dice: «Me paso todo el día con los brazos abiertos, invitando a un pueblo que es desobediente y opuesto. »

Todos los intérpretes están de acuerdo en que éste es uno de los pasajes más difíciles y oscuros en la *Carta a los Romanos*. Nos produce la impresión de que lo que tenemos aquí no es una exposición completa sino un resumen. Tiene un estilo telegráfico. Puede ser que sean las notas de una predicación que Pablo tenía costumbre de dirigir a los judíos para convencerlos de su error.

En reglas generales se podría presentar así: En el pasaje anterior Pablo ha dicho que el acceso a Dios no depende de las obras ni del legalismo, sino de la fe y la confianza. La objeción es: < Pero, ¿qué pasa si los judíos nunca lo han oído?> Pablo se ocupa ahora de esa objeción de varias maneras, reforzando su argumento con citas de la Escritura. Vamos a tomar ahora las objeciones y los textos bíblicos que las contestan uno a uno.

(i) La primera objeción es: < Nadie puede invocar a Dios a menos que crea en El. Ni tampoco creer en Él a menos que haya oído hablar de Él. Ni tampoco oír nada acerca de El si no hay quien le anuncie la Buena Nueva. Y nadie puede pregonar la Buena Nueva a menos que Dios le envíe.> Pablo resuelve esa objeción citando *Isaías 52:7*. En ese pasaje el profeta expresa la bienvenida que se les da a los que traen buenas noticias de cosas buenas; así es que la primera respuesta de Pablo es: < No puedes decir que no ha habido mensajeros; porque Isaías los describe en este pasaje, e Isaías vivió hace mucho tiempo.>

(ii) La segunda objeción es: «Pero, el hecho es que Israel *no* hizo caso de la Buena Noticia, aunque tu argumento fuera cierto. ¿Qué dices tú a eso?» Y Pablo contesta: < Era normal esperar que Israel no creyera, porque hace mucho tiempo Isaías se sintió movido a decir desesperadamente: «Señor, ¿quién ha creído lo que hemos oído?» (*Isaías 53:1*). Es verdad que Israel no aceptó la Buena Noticia de Dios, y al rechazarla repitieron su historia.

(iii) La tercera objeción es una nueva formulación de la primera: «Pero, ¿qué si yo insisto en que nunca tuvieron oportunidad de oír?» Esta vez Pablo cita el **Salmo 19:4**: « La voz de ellos ha recorrido toda la Tierra, y sus palabras han llegado al fin del mundo»; lo cual es tanto como decir: «No puedes decir que Israel nunca tuvo oportunidad de oír, porque la Escritura dice claramente que el mensaje de Dios ha llegado a todo el mundo.»

(iv) La cuarta objeción es: «Pero, ¿qué si Israel no se enteró?» Aparentemente quería decir: «¿Qué si el mensaje era tan difícil de entender que, aunque Israel lo oyó, no pudo entender su significado?» Aquí es donde el pasaje se hace verdaderamente difícil. Pablo responde: < Israel puede que no se enterara; pero los *gentiles* sí: comprendieron perfectamente el sentido del ofrecimiento cuando les llegó, aunque no lo buscaban

ni esperaban.» Para probarlo, Pablo cita dos pasajes. Uno es de *Deuteronomio 65:1*, en el que Dios dice que, por la desobediencia y rebeldía de Israel, transferirá Su favor a otro pueblo, e Israel se verá en la situación de tener celos de una gente que no son ni siquiera nación. Y el segundo pasaje es de *Isaías 65:1*, donde Dios dice que, inexplicablemente, Le ha encontrado un pueblo que ni siquiera Le estaba buscando.

Por último, Pablo insiste en que, a lo largo de toda su historia, Dios ha estado apelando a Israel con Sus brazos extendidos, e Israel siempre ha sido desobediente y perverso.

Un pasaje así puede resultarnos extraño y poco convincente; y puede parecernos que Pablo cita algunos de los textos fuera de contexto y con un sentido que no era el original. Sin embargo tenemos que reconocer que esa era la manera característica de los rabinos, de los cuales Pablo había sido uno; y que resultaría totalmente aceptable y convincente para sus objetores judíos. Lo que no se puede negar es que hay algo en este pasaje que es de permanente valor. Fluye por él la convicción de que hay ciertas clases de ignorancia que no se pueden excusar.

(i) Existe una ignorancia que viene del desprecio del conocimiento. Hay una máxima legal que dice que la ignorancia genuina puede ser una defensa; pero el no darle ninguna importancia al conocimiento, no. No se le puede echar en cara a una persona el que no sepa lo que no tuvo oportunidad de aprender; pero sí el no saber por haber desaprovechado las oportunidades que se le brindaron. Por ejemplo: si una persona firma un contrato sin haber leído las condiciones, no puede luego quejarse de que sean distintas de las que se imaginó. Si dejamos de prepararnos adecuadamente para una tarea cuando

se nos han dado todas las facilidades, no tenemos disculpa. Uno es responsable por no saber lo que podía y debía haber sabido.

(ii) Hay una ignorancia que viene de una falta de visión voluntaria. Los seres humanos tenemos una capacidad ilimitada y fatal para cerrarnos a lo que no queremos saber. «No hay peor sordo que el que no quiere oír.» Puede que sepamos que cierto hábito, o indulgencia, o negligencia, o amistad, o relación, va a traernos consecuencias desastrosas; pero muchas veces nos negamos a reconocerlo y obrar en consecuencia. El hacernos los sordos puede que sea una virtud en algunos casos; pero en otros es la mayor estupidez.

(iii) Hay una ignorancia que es en esencia pura falsedad. Lo que ignoramos o dudamos es menos de lo que a veces pretendemos. Son pocas las veces que tenemos derecho a decir: «No sabía que esto iba a acabar así.» Dios nos ha dado la conciencia y la dirección del Espíritu Santo; y muchas veces alegamos ignorancia cuando, si fuéramos honrados, tendríamos que reconocer que, en nuestro fuero interno, sabíamos la verdad.

Hay algo más que queda por decir sobre este pasaje. En el argumento, hasta donde hemos llegado, se presenta una paradoja. En toda esta sección Pablo ha estado insistiendo en la responsabilidad personal de los judíos. Tenían que haber sabido lo que hacían; no les faltaron oportunidades; pero rechazaron la llamada de Dios. Ahora empezaba el argumento diciendo que todo es cosa de Dios, y que los hombres no somos más que como la arcilla en manos del alfarero. Ha puesto las cosas de dos maneras: todo es cosa de Dios, y todo es responsabilidad humana. Pablo no intenta resolver el dilema; y el hecho es que no tiene solución: es el dilema de la experiencia humana. Sabemos que Dios está en todo; y, sin embargo, al mismo tiempo, sabemos que tenemos libertad para aceptar o rechazar lo que Dios nos ofrece. Es la paradoja de la situación humana que Dios está en control de todo y que la voluntad humana es libre.

CON CALLOS EN EL CORAZÓN

Romanos 11:1-12

Entonces se podría preguntar: < ¿Es que Dios ha repudiado a Su pueblo? > ¡De ninguna manera! Yo también soy israelita, descendiente de Abraham, de la tribu de Benjamín. Dios no ha repudiado al pueblo al que señaló para Su plan desde tiempo antiguo. ¿No sabéis lo que dice la Escritura en el pasaje acerca de Elías? Acordaos de lo que le dijo a Dios quejándose de Israel: «Señor, han matado a Tus profetas; han derribado Tus altares, y ahora van a por mí, que soy el único que quedo.» ¿Y cuál fue la respuesta que se le dio? «Me he reservado a siete mil hombres que no han doblado la rodilla a Baal. » Así que, también en el tiempo presente, hay un remanente escogido por la Gracia de Dios. Y al decir que fueron escogidos por Gracia, está claro que su relación con Dios no dependía de las obras de ellos; porque si así hubiera sido, eso ya no sería Gracia. Entonces, ¿qué pasa? Israel no ha conseguido lo que buscaba; pero el remanente escogido, sí, mientras que el resto han llegado a un estado tan torpe e insensible de corazón que no pueden ver. Como está escrito: «Dios les ha dado un espíritu de letargo -ojos que no ven, oídos que no oyen- hasta el día de hoy. > Y David dice: «Que la mesa se les convierta en una red, o en una trampa, o un tropezadero; algo, en fin, que sirva para ajustarles las cuentas, de tal manera que se les encorve la espalda para siempre.» Así es que yo digo: «¿Es que han tropezado para caer definitivamente?» ¡De ninguna manera! Lejos de eso, gracias a su caída se les ha ofrecido la Salvación a los gentiles como un regalo de Dios, para hacer que los judíos les tengan celos. Si su caída ha traído sanidad al mundo, y su fracaso ha producido la riqueza de los gentiles, ¡cuánta mayor

bendición vendrá al mundo cuando ellos entren, y se

complete todo el proceso de Salvación!

Lo anterior suscitaba una pregunta que un judío tendría que hacer: «¿Quiere decir esto que Dios ha repudiado a su pueblo?» Y esa era una pregunta que el corazón de Pablo no podía soportar; después de todo, él también pertenecía a ese pueblo. Así es que recuerda una idea que recorre buena parte del *Antiguo Testamento*. El profeta Elías se encontraba en cierta ocasión totalmente desesperado (1 Reyes 19:10-18). Había llegado a la conclusión de que era el único israelita que permanecía fiel a Dios. Pero Dios le dijo que todavía quedaban siete mil que no habían doblado la rodilla a Baal. Así se presentó en el pensamiento judío la idea del *Remanente*.

Los profetas empezaron a darse cuenta de que nunca había habido un tiempo, ni lo habría, en el que toda la nación fuera fiel a Dios; sin embargo, siempre había habido un remanente que no había olvidado su lealtad ni falseado su fe. Un profeta tras otro empezaron a verlo claro. Amós (9:8-10) creía que Dios estaba cribando al pueblo como trigo para que quedara sólo lo bueno. Miqueas (2:12; 5:3) tuvo una visión de Dios reuniendo el remanente de Israel. Sofonías (3:12s) tuvo la misma idea. Jeremías previó que el remanente sería reunido de todos los países por los que se había desperdigado (Jeremías 23:3). Ezequiel, el individualista, estaba convencido de que el hombre no podía salvarse por una justicia nacional heredada; los justos salvarían sus almas por su propia justicia (Ezequiel 14:14, 20, 22). Esta idea dominó de una manera especial el pensamiento de Isaías, que llamó a su hijo *Shear-Yashub*, que quiere decir *un resto volverá*, es decir, *La Salvación del Remanente*. Una y otra vez vuelve a la idea del resto fiel al que Dios salvará (Isaías 7:3; 8:2, 18; 9:12; 6:9-13).

Aquí está amaneciendo una tremenda verdad. Como lo expresó un gran pensador, «Ninguna iglesia o nación se salvará en *masse*. > La idea de un *Pueblo Escogido* hace agua por esta misma razón. La relación con Dios es algo personal e individual. Cada uno tiene que darle a Dios su corazón y rendirle su vida. Dios no llama a la masa; tiene «Su entrada secreta a cada corazón», como dijo alguien. Una persona no se salva por pertenecer a una nación o familia, o por medio de una justicia y salvación que ha heredado de sus antepasados; se salva porque ha decidido personalmente entrar en relación con Dios. No se trata ya de toda una nación que es Pueblo de Dios en bloque, sino de ese remanente que está formado por hombres y mujeres individuales que Le han dado a Dios el corazón.

El argumento de Pablo es que la nación judía no ha sido rechazada, sino que los verdaderamente judíos no son la nación en su totalidad sino el remanente fiel.

Para confirmar su idea reúne el pensamiento de varios pasajes del *Antiguo Testamento* (*Deuteronomio 29:4; Isaías 6:9s; 29:10*). Cita el *Salmo 69:22s*: «Que su mesa se les vuelva una red.» La idea es que hay gente sentada cómodamente en un banquete; y su misma actitud de seguridad se convierte en su ruina. Están tan confiados en su falsa tranquilidad que el enemigo se les puede echar encima y pillarlos desprevenidos. Así estaban los judíos: tan confiados, tan satisfechos, tan convencidos de que eran el Pueblo Escogido, que esa misma convicción se había convertido en su ruina. Llegaría el día cuando ya no podrían ver en absoluto, y andarían palpando con la espalda encorvada como ciegos o como personas sumidas en la más densa oscuridad. El versículo 7 dice correctamente en la versión Reina-Valera: «... los demás fueron endurecidos.» El verbo griego es *pórun*. El nombre *pórosis* nos acercará al sentido: es un término médico que quiere decir *callo*. Se usaba en cirugía para designar la formación ósea alrededor de una fractura que ayuda a la cicatrización. Cuando se forma un callo en alguna parte del cuerpo, ésta pierde sensibilidad. La mente de la masa del pueblo se ha vuelto insensible: ya no puede oír ni sentir la llamada de Dios.

Esto le puede suceder a cualquier persona: si persiste en no hacer caso a la llamada de Dios, acabará por hacerse insensible.

Si sigue pecando, al final llegará a dejar de percibir el horror del pecado y el atractivo de la bondad. Si uno vive mucho tiempo en condiciones miserables, se llega a acostumbrar.

Lo mismo que en los pies o en las manos, nos pueden salir callos en el corazón. Eso es lo que le había pasado a la masa del pueblo de Israel. ¡Que Dios nos libre de tal condición!

Pero Pablo tiene más que decir. Esa situación es trágica, pero Dios ha sacado de ella un bien: la insensibilidad de Israel le ha abierto la puerta de la Salvación a los gentiles. Como Israel no quiso el mensaje del Evangelio, pasó a comunicársele a un pueblo que estaba dispuesto a recibirlo. El rechazamiento de Israel ha enriquecido al mundo.

Y de ahí pasa Pablo a presentar el sueño que está detrás de todo esto. Si el rechazo de Israel ha enriquecido al mundo al abrirle la puerta a los gentiles, ¡cuál no será la riqueza al final del día, cuando se cumpla plenamente el plan de Dios e Israel también entre en la bendición de Dios!

Así que, al final, después de la tragedia viene la esperanza. Israel se ha hecho insensible, « el pueblo escogido » tiene el corazón hecho un puro callo; los gentiles entraron por la puerta de la fe y la confianza en el amor de Dios; pero llegará el día en que el amor de Dios actuará como un disolvente hasta en el corazón encallecido, y se encontrarán incluidos los judíos y los gentiles. Pablo está convencido de que, a fin de cuentas, nada podrá resistir al amor de Dios.

EL ACEBUCHE -PRIVILEGIO Y ADVERTENCIA

Romanos 11:13-24

Ahora me dirijo a vosotros, gentiles. Ya sabéis que, en cuanto apóstol de los gentiles, le doy a mi ministerio la importancia que tiene porque quiero, de alguna manera, encontrar la forma de mover a mi propia raza a que tenga envidia de los gentiles, para así salvar a algunos de ellos. Porque, si el hecho de que fueran repudiados ha tenido como resultado la reconciliación del mundo con Dios, ¿cuál será el de su plena incorporación? ¡Algo así como si la vida surgiera de la muerte! Si la primera parte de la masa se consagra a Dios, queda consagrada toda la masa; si la raíz se consagra a Dios, las ramas quedan consagradas. Si algunas de las ramas han sido desgajadas, y si tú, que eras acebuche, has sido injertado entre ellas y has llegado a participar de la riqueza de la raíz, no se te ocurra mirar a las ramas desgajadas por encima del hombro con orgullo. Si te asalta la tentación de pensarlo, acuérdate de que no eres tú el que sostienes a la raíz, sino la raíz a ti. Tú dirás: «Las ramas fueron desgajadas para que yo fuera injertado.» Tienes razón. Fueron desgajadas por su falta de fe; y tú te mantienes por la fe. No te pongas orgulloso despectivamente, sino mantente en una actitud de temor reverente; porque, si Dios no se lo pasó a las ramas, que eran parte natural del árbol, tampoco te lo pasará a ti. Así que, considera la amabilidad y la severidad de Dios. Sobre los que cayeron recayó la severidad, y sobre ti la amabilidad; pero sólo si te mantienes en esa amabilidad, porque, si no, tú también serás desgajado; y ellos, las ramas originales, si no se empecinan en la incredulidad, serán injertados; porque Dios puede injertarlos otra vez. Porque, si tú fuiste cortado de un olivo que era en realidad un acebuche, y, contra lo que se hace naturalmente, fuiste injertado en el olivo cultivado, ¡cuánto más podrán ser injertadas las ramas originales en el olivo al que pertenecían!

Hasta ahora Pablo ha estado hablando a los judíos; pero aquí se dirige a los gentiles. Es el apóstol de los gentiles, pero no se puede olvidar de su propio pueblo. De hecho, llega a decir que una de sus metas principales es hacer que los judíos tengan envidia cuando vean lo que el Evangelio ha hecho por los

gentiles. Una de las maneras más seguras de hacer que la gente desee el Evangelio es hacerle ver en la vida real lo que puede hacer por una persona.

Una vez había un soldado que había sido herido en una batalla. El capellán se arrastró hasta el lugar e hizo todo lo que pudo por él. Se quedó haciéndole compañía cuando se retiró el resto de la tropa. En el ardor del día le dio agua de su cantimplora, mientras él mismo se abrasaba de sed. Por la noche, cuando descendía el relente frío, le cubría con su propia ropa. Al final, el herido miró al capellán y le dijo: «Padre, ¿es usted cristiano?» «Lo procuro» -le contestó el capellán. «Entonces -siguió diciendo el herido-, si el Cristianismo le hace hacer a uno por los demás lo que usted está haciendo por mí, dígame lo que es eso, porque yo lo quiero.» El Cristianismo en acción le hizo sentir envidia de una fe que podía producir una vida así.

Pablo esperaba, pedía y anhelaba que algún día los judíos vieran lo que el Evangelio había hecho por los gentiles y llegaran a desearlo.

Para Pablo el mundo sería un paraíso si los judíos entraran en la Salvación. Si el rechazamiento de los judíos había logrado tanto; si, por medio de él, el mundo gentil se había reconciliado con Dios, ¡qué gloria superlativa sería cuando los judíos entraran otra vez! Si la tragedia del rechazamiento había tenido unos resultados tan maravillosos, ¿cómo sería el final feliz cuando la tragedia del rechazamiento se cambiara en la gloria de la aceptación? Pablo dice simplemente que sería como una resurrección.

Seguidamente Pablo usa dos alegorías para mostrar que los judíos no pueden ser rechazados definitivamente. Todos los alimentos, antes de comerse, tenían que ofrecerse a Dios. Así la Ley establecía (**Números 15:19s**) que, si se preparaba la masa para hacer pan, la primera torta se tenía que ofrecer a Dios; una vez hecho eso, toda la masa quedaba consagrada. No hacía falta, digamos, ofrecerle a Dios todo el amasijo; el ofrecimiento de la primera porción santificaba el todo. Era costumbre plantar árboles sagrados en lugares consagrados a Dios. Entonces, cuando se plantaba el pimpollo, se consagraba a Dios, y todas las ramas que diera después estaban consagradas.

Lo que Pablo deduce de este principio es que se da por sentado que los patriarcas fueron consagrados a Dios; tenían costumbre de oír la voz de Dios y de obedecer a Su palabra; habían sido elegidos y consagrados a Dios de una manera especial. De ellos procedió toda la nación de Israel; y lo mismo que sucedía con la primera torta de la masa, que se consagraba para que toda aquella hornada quedara consagrada, y con los pimpollos, para que todo el árbol fuera consagrado, la consagración especial de los fundadores hacía a la nación de Israel consagrada a Dios de una manera especial. La verdad que se nos quiere hacer comprender es que el remanente de Israel derivaba su fidelidad de los antepasados. Cada uno de nosotros vive de alguna manera del capital del pasado. No somos los primeros, ni el producto de nuestro propio esfuerzo. Somos lo que nos han hecho nuestros padres y antepasados piadosos; y, aunque nos apartemos y seamos infieles a nuestra herencia, no podemos desligarnos del todo de la bondad y fidelidad que nos hizo lo que somos.

Pablo pasa a hacer otra larga analogía. Más de una vez los profetas habían comparado la nación de Israel con el olivo de Dios. Eso era natural, porque el olivo era el árbol más corriente y útil en los países del Mediterráneo. «Olivo verde, hermoso en

su fruto y en su parecer, llamó el Señor tu nombre» (*Jeremías 11:16*). « Se extenderán sus ramas, y será su gloria como la del olivo» (*Oseas 14:6*). Ahora Pablo compara a los gentiles con las ramas de un acebuche que han sido injertadas en el olivo cultivado que era Israel. Desde el punto de vista de la horticultura eso no se haría nunca. Por eso Pablo dice «contra lo que se hace naturalmente» (*versículo 24*). Lo natural sería injertar una rama de olivo cultivado en el silvestre para que diera buen fruto. Pero lo que Pablo nos quiere decir está muy claro: los gentiles habían estado en los montes entre otros

árboles silvestres, y ahora, por obra de la Gracia de Dios, estaban injertados en el buen olivo del huerto de Dios, participando de su riqueza y fertilidad.

De esta alegoría Pablo saca dos lecciones:

(i) La primera es *una palabra de advertencia*. Habría sido posible que los gentiles adoptaran una actitud de desprecio. ¿No era verdad que los judíos habían sido rechazados para que ellos entraran? En un tiempo en el que los judíos eran despreciados por todo el mundo, tal actitud habría sido de esperar. La advertencia de Pablo nos sigue siendo necesaria a nosotros. En efecto, dice que *no habría habido tal cosa como el Cristianismo si no hubiera existido primero el pueblo de Israel*. Sería una desgracia que la Iglesia Cristiana olvidara su deuda para con la raíz de la que brotó. Tiene una deuda que no podrá pagar nunca más que llevando el Evangelio a los judíos. Así que Pablo advierte a los gentiles contra el peligro del desprecio. Severamente, dice que si las ramas naturales fueron desgajadas por su infidelidad, más fácilmente les puede pasar lo mismo a las ramas injertadas.

(ii) La segunda parte es *una palabra de esperanza*. Los gentiles han experimentado la bondad de Dios; y los judíos, Su severidad. Si los gentiles permanecen fieles, seguirán disfrutando de la bondad de Dios; pero, si los judíos abandonan su incredulidad y entran en la fe, serán injertados; porque, dice Pablo, si fue posible que el acebuche fuera injertado en el olivo cultivado, mucho más será posible que las propias ramas del olivo cultivado sean injertadas de nuevo en su árbol original. De nuevo vemos que Pablo sigue esperando el final feliz, cuando los judíos se conviertan a Cristo.

Mucho de este pasaje es difícil de entender, aunque las analogías mediterráneas no podemos decir que nos suenen remotas; pero una cosa queda más clara que el agua: la relación que existe entre el judaísmo y el Cristianismo, entre lo antiguo y lo nuevo, el Antiguo Testamento y el Nuevo. Aquí está la respuesta a los que quieren prescindir del *Antiguo Testamento* como si fuera un libro exclusivamente judío y sin nada que ver

con el Cristianismo. Eso es **tan estúpido como desembarazarnos de una patada de la escalera por la que hemos subido adonde** nos encontramos. Sería estúpido de la rama el desgajarse **del tronco que la sostiene**. Israel es la raíz de la que crece la Iglesia Cristiana. La consumación vendrá solamente cuando el olivo silvestre y el cultivado sean uno solo y el mismo, y cuando no queden ramas sin injertar en el árbol padre.

PARA QUE TODO SEA POR GRACIA

Romanos 11:25-32

Hermanos, quiero que captéis este secreto que sólo pueden comprender los que conocen a Dios; porque no quiero que presumáis de vuestra sabiduría. Quiero que entendáis que el endurecimiento que le ha sobrevenido a Israel es solamente parcial, y durará sólo hasta que el número completo de los gentiles haya entrado. Y entonces, por fin, todo Israel se salvará, como está escrito: «Un Salvador saldrá de Sión, y eliminará toda clase de impiedad de Jacob. Este es el cumplimiento del pacto que Yo haga con ellos cuando quite de en medio sus pecados.» Por lo que se refiere al Evangelio, son enemigos de Dios, pero eso es para vuestro bien. Pero en lo que se refiere a la elección, son amados de Dios por amor a los patriarcas, porque los dones gratuitos y el llamamiento de Dios no se anulan nunca. En un tiempo vosotros desobedecíais a Dios; pero ahora habéis encontrado Su misericordia gracias a la desobediencia de ellos; y de la misma manera, los judíos ahora han desobedecido, para estar en condiciones para entrar en la misma misericordia que vosotros habéis encontrado ahora. Porque Dios ha confinado a todos los seres humanos en una situación de desobediencia, ¡para tener misericordia de todos!

Pablo está llegando al final de su argumento. Se ha enfrentado con una situación desconcertante y, para un judío, descorazonadora. Tenía que encontrar una explicación al hecho de que el pueblo escogido de Dios rechazara al Hijo de Dios cuando vino al mundo. Pablo no cerró los ojos al trágico suceso, sino encontró la forma en que toda la trágica situación podía encajar en el plan de Dios. Es verdad que los judíos rechazaron al Mesías; pero, como Pablo lo veía, ese rechazamiento sucedió para que Cristo pudiera ser ofrecido a los gentiles. Pablo insiste en la responsabilidad personal de los judíos por no haber aceptado el ofrecimiento de Dios. Mantiene al mismo tiempo la soberanía divina y la responsabilidad humana. Pero entonces suena una nota de esperanza. Su argumento es un tanto complicado, y resultará más fácil si tratamos de separar las diferentes partes.

(i) Pablo estaba seguro de que este endurecimiento de los corazones de los judíos no era total ni permanente. Había de cumplir un propósito, y una vez alcanzado, la situación cambiaría.

(ii) Pablo expone la paradoja del lugar de los judíos en el plan de Dios. A fin de que los gentiles pudieran entrar y de que se pudiera cumplir el propósito universal del Evangelio, los judíos habían llegado a una situación en la que quedaban como enemigos de Dios. La palabra que Pablo usa es *efhroi*. Es difícil de traducir porque tiene al mismo tiempo un sentido negativo y otro positivo. Puede querer decir tanto *aborrecedor* como *aborrecido*. Puede ser que en este pasaje tenga que entenderse en los dos sentidos a la vez. Los judíos eran hostiles a Dios y habían rechazado Su ofrecimiento, cayendo por ello en la desaprobación de Dios. Ese era el hecho presente; pero había otro hecho en relación con los judíos que nada podía alterar: eran el pueblo escogido de Dios y ocupaban un lugar especial en Su plan. Independientemente de lo que hicieran, Dios no podía faltar a Su Palabra. Le había hecho a los antepasados de aquel pueblo una promesa que tenía que cumplirse. Era seguro para Pablo por tanto, y cita *Isaías 59:20s* como confirmación, que el que Dios rechazara a los judíos no podía tener carácter permanente; ellos también, por fin, entrarían.

(iii) Entonces Pablo tiene una idea que nos puede parecer extraña: < Dios ha confinado a todos los seres humanos en una situación de desobediencia, ¡para tener misericordia de todos! > La única cosa que Pablo no podía concebir era que nadie, de ninguna nación, pudiera merecer su propia Salvación. Ahora bien: si los judíos hubieran observado una completa obediencia a la voluntad de Dios, podrían haber considerado que se habían ganado la Salvación de Dios como un derecho; así es que Pablo dice que Dios involucró a los judíos en desobediencia para que, cuando viniera Su Salvación, pudiera ser inconfundiblemente un acto de Su misericordia y no el resultado del mérito humano. Ni los judíos ni los gentiles podían salvarse nada más que por la misericordia de Dios.

En muchos sentidos nos puede parecer extraño el argumento de Pablo; pero el argumento no es irrelevante, porque detrás de él se encuentra nada menos que *una filosofía de la Historia*. Para Pablo, *Dios está en control*. Nada va a la deriva. Ni siquiera el acontecimiento más descorazonador puede estar fuera del propósito de Dios. Nada sucede a tontas y a locas. El propósito de Dios no se puede frustrar.

Se dice que una vez estaba un niño a la ventana en una noche terrible de tormenta. < A Dios -dijo- tienen que habersele desbocado los vientos. > Para Pablo eso no podía suceder jamás. Nada estaba nunca fuera del control de Dios.

Pablo habría añadido a ésta otra tremenda convicción. Habría insistido en que en todo y por medio de todo *el propósito de Dios es de Salvación y no de destrucción*. Puede que Pablo hubiera llegado a decir que Dios ordenaba las cosas para salvar a los hombres *aunque fuera contra voluntad de ellos*. En última instancia no es la ira de Dios la que persigue a los hombres sino el amor de Dios.

La situación de Israel era exactamente la que Francis Thompson describe de manera tan conmovedora en *The Hound of Heaven -El Mastín celestial*:

Huí de Él atravesando las noches y los días, Le huí bajo los arcos de los años; Le huí por los caminos laberínticos de mi mente; y en la niebla de lágrimas me escondí de Él, y en risa galopante.

Pero en caza sin prisa, con paso imperturbable, con ritmo calculado e instancia mayestática, los pies batían -y una voz latía más insistente que los pies-. -Todas las cosas te traicionan, porque me traicionas a Mí.

Y entonces llega el momento de la derrota del fugitivo:

¡Desnudo espero el inminente golpe de Tu amor! Has arrancado una tras otra las piezas de mi arnés, y me has hecho caer de rodillas, abatido, totalmente indefenso.»

Y entonces llega el fin:

Junto a mí se detienen las pisadas; ¿Es que es mi sombra sólo la de Tu mano en gesto de caricia? -¡Ah simple, ciego y débil, ¡Yo soy el Que tú buscas! ¡Te alejas del amor al huir de Mí!

Esa era exactamente la situación de los judíos. Se encontraron luchando contra Dios, resistiéndole; y aún lo siguen haciendo. Pero el amor de Dios los sigue persiguiendo. Aunque a veces *Romanos 9-II* nos dé otra impresión, en el último análisis es la historia de una todavía inacabada persecución de amor. No es la única.

EL GRITO DE UN CORAZÓN ADORADOR

Romanos 11:33-36

¡Qué insondables son las riquezas y la sabiduría y el conocimiento de Dios! ¡Cómo trascienden Sus decisiones la capacidad de la inteligencia humana! ¡Cuán misteriosos son Sus métodos! Porque, ¿quién ha alcanzado jamás a conocer la mente del Señor? ¿O quién puede pretender ser Su consejero? ¿Quién Le ha dado a Dios nada que Le pueda

reclamar? ¡ Todas las cosas proceden de Él, y existen gracias a El, y tienen en Él su meta! Por tanto, ¡a Él sea siempre la gloria! Amén.

Este es el pasaje más característico del apóstol Pablo. Aquí la teología se hace poesía. Aquí se pasa de la investigación de la mente a la adoración del corazón. Como conclusión, todo debe quedar como un misterio que el hombre no puede comprender ahora, pero cuyo secreto es el amor. Si uno puede decir que todas las cosas proceden de Dios, que todas las cosas tienen su ser por Él y que todas las cosas conducen a Él, ¿para qué decir más? Hay una cierta paradoja en la situación humana. Dios le ha dado al hombre una mente, y el hombre está obligado a usarla para pensar las cosas hasta donde pueda alcanzar su pensamiento. Pero es igualmente cierto que a veces se llega al límite y a uno no le queda más que aceptar y adorar.

Es pobre ahora mi cantar; mas cuando en gloria esté y allí Te pueda contemplar, mejor Te alabaré.

Pablo se había enfrentado con un problema descorazonador con todas las fuerzas de su extraordinaria inteligencia. No dice que lo ha resuelto como uno podría resolver un problema de matemáticas; pero dice que, después de intentarlo lo mejor posible, está contento con dejárselo todo al poder y al amor

de Dios. Muchas veces en la vida no nos queda más que decirle a Dios: «Con mi mente no lo puedo comprender, pero con todo mi corazón confío en Tu amor. ¡Hágase Tu voluntad!»

EL CULTO VERDADERO Y EL CAMBIO ESENCIAL

Romanos 12:1, 2

Hermanos, os ruego por las misericordias de Dios que Le presentéis vuestro cuerpo como un sacrificio vivo y santo que Le sea agradable; porque esta es la única clase de culto que es verdaderamente espiritual. Y que no amoldéis vuestra vida a las caprichosas modas de este mundo; sino transformaos independientemente de él; es decir, por medio de la renovación de vuestra mentalidad, hasta que experimentéis una verdadera transformación en la misma esencia de vuestro ser; para que, en vuestra propia vida, comprobéis que la voluntad de Dios es buena, y agradable, y perfecta.

Aquí tenemos a Pablo siguiendo su esquema habitual de escribir a sus amigos: siempre termina sus cartas con consejos prácticos. Su mente se zambulle en el infinito, pero nunca se pierde en él; siempre termina con los pies firmemente plantados en la tierra. Puede debatirse con los problemas más profundos de la teología; pero siempre acaba con las demandas éticas que gobiernan la vida de todo el mundo.

«Presentadle a Dios vuestro cuerpo» -dice. No hay exigencia más característicamente cristiana. Ya hemos visto que eso es lo que nunca diría un griego. Para él, lo que importaba era el espíritu; el cuerpo no era más que una prisión, algo despreciable y vergonzoso. Pero el cristiano sabe que su cuerpo pertenece a Dios tanto como su alma, y que puede servir a Dios tanto con su cuerpo como con su mente o su espíritu.

El cuerpo es el templo del Espíritu Santo y el instrumento con el que hace Su obra. Después de todo, el gran hecho de la Encarnación quiere decir básicamente que Dios no desdeñó asumir un cuerpo humano, vivir en él y obrar por medio de él. Tomad el caso de una iglesia o catedral: se construye para dar culto a Dios; pero tiene que diseñarla la mente de un arquitecto; tienen que construirla obreros y artesanos, y sólo entonces llega a ser un templo en el que la gente se reúne para dar culto a Dios. Es un producto de la mente y del cuerpo y del espíritu del hombre.

Dice Pablo: «Tomad todas las tareas que tenéis que hacer todos los días: el trabajo ordinario de la tienda, la fábrica, los astilleros, la mina... y ofrecédselo a Dios como un acto de culto.» La palabra del versículo 1 que hemos traducido por culto con la versión Reina-Valera tiene una historia interesante. Es *latreía*, el nombre correspondiente al verbo *latréuein*. En su origen, *latréuein* quería decir *trabajar por la paga o el sueldo*. Era la palabra que se usaba para un trabajador que daba su tiempo y esfuerzo a un contratista a cambio de un salario. No era el trabajo de un esclavo, sino una actividad voluntaria. De ahí pasó a significar *servir* en general; pero también *aquello a lo que una persona dedica toda su vida*. Por ejemplo: de un artista se decía que estaba *latréuein kallei*, que quiere decir *dedicar la vida al servicio de la belleza*. En ese sentido ya se acercaba al de *dedicarse o dedicar la vida*. Por último, llegó a ser la palabra característica del *servicio de los dioses*. En la Biblia siempre se refiere al servicio y al culto a Dios.

Aquí tenemos un hecho muy significativo: el verdadero culto es ofrecerle a Dios nuestro cuerpo y todo lo que hacemos con él todos los días. El verdadero culto a Dios no es ofrecerle una liturgia, por muy noble que sea, o un ritual, ni siquiera el más solemne. *El verdadero culto es ofrecerle a Dios nuestra vida cotidiana*; no algo que hay que hacer en la iglesia, sino algo que

ve todo el mundo, porque somos el templo del Dios vivo. Uno puede que diga: «Voy a la iglesia a dar culto a Dios»; pero debería también decir: «Voy a la fábrica, la tienda, la oficina, la escuela, el garaje, la mina, el astillero, el campo, el

jardín o la cocina, a dar culto a Dios.» Esto no quiere decir precisamente estar cantando himnos o pensando en Dios o < dando testimonio» mientras se trabaja, lo cual tal vez nos restaría concentración en lo que estamos haciendo; sino hacer lo que se espera de nosotros lo mejor posible, como si fuera -¡como que es!- para la gloria de Dios.

Esto, sigue diciendo Pablo, exige un cambio radical. No debemos adoptar las formas del mundo; sino transformarnos, es decir, adquirir una nueva manera de vivir. Para expresar esta verdad Pablo usa dos palabras griegas casi intraducibles, que requieren frases para transmitir su sentido. La palabra que usa para amoldarnos al mundo es *sysjématízesthai*, de la raíz *sjéma* -de donde viene la palabra española y casi internacional *esquema*-, que quiere decir *forma exterior* que cambia de año en año y casi de día en día. El *sjéma* de una persona no es el mismo cuando tiene 17 años que cuando tiene 70; ni cuando sale del trabajo que cuando está de fiesta. Está cambiando constantemente. Por eso dice Pablo: « No tratéis de estar siempre a tono con todas las modas de este mundo; no seáis "camaleones", tomando siempre el color del ambiente.»

La palabra que usa para *transformaos* de una manera distinta a la del mundo es *metamorfústhai*, de la raíz *morfé*, que quiere decir *la naturaleza esencial e inalterable* de algo. Una persona no tiene el mismo *sjéma* a los 17 que a los 70 años, pero sí la misma *morfé*; con el mono no tiene el mismo *sjéma* que vestido de ceremonia, pero tiene la misma *morfé*; cambia su aspecto exterior, pero sigue siendo la misma persona. Así, dice Pablo, para dar culto y servir a Dios tenemos que experimentar un cambio, no de aspecto, sino de personalidad. ¿En qué consiste ese cambio? Pablo diría que, por nosotros mismos, vivimos *kata sarka*, dominados por la naturaleza humana en su nivel más bajo; en Cristo vivimos *kata Jriston o kata Pneuma*, bajo el control de Cristo o del Espíritu. El cristiano es una persona que ha cambiado en su esencia: ahora vive, no una vida egocéntrica, sino Cristocéntrica.

Esto debe ocurrir, dice Pablo, por la renovación de la mentalidad. La palabra que usa para *renovación* es *anakainósis*. En griego hay dos palabras para *nuevo*: *neós* y *kainós*. *Neós* se refiere al *tiempo*, y *kainós* al *carácter y la naturaleza*. Un lápiz recién fabricado es *neós*; pero una persona que era antes pecadora y ahora está llegando a ser santa es *kainós*. Cuando Cristo entra en la vida de un hombre, éste es un *nuevo* hombre; tiene una mentalidad diferente, porque tiene la mente de Cristo.

Cuando Cristo llega a ser el centro de nuestra vida es cuando podemos presentarle a Dios el culto verdadero, que consiste en ofrecerle cada momento y cada acción.

UNO PARA TODOS Y TODOS PARA UNO

Romanos 12:3-8

Por la gracia que se me ha concedido os digo a cada uno de vosotros que no tenga una actitud orgullosa por encima de como debe ser, sino encaminada a la sabiduría, y de acuerdo con la medida de la fe que Dios le ha dado a cada uno de vosotros. Así como tenemos muchos miembros en el cuerpo, pero no todos tienen la misma función, así los cristianos, aunque somos muchos, formamos un cuerpo en Cristo y somos miembros los unos de los otros. Puesto que tenemos diferentes dones, según la gracia que se nos ha dado a cada uno, usémoslos en el servicio mutuo. Si hemos recibido el don de profecía, profeticemos de acuerdo con la proporción de la fe que hemos recibido. Si hemos recibido el don del servicio práctico, usémoslo en el servicio. Si nuestro don es la enseñanza, enseñemos. Si está en la exhortación, usémoslo para exhortar. Si somos llamados para compartir, hagámoslo con sencilla amabilidad. Si somos llamados para dirigir, hagámoslo con celo. Si se presenta la ocasión de mostrar misericordia, hagámoslo con simpática alegría.

Uno de los pensamientos favoritos de Pablo acerca de la Iglesia Cristiana es que es como un cuerpo (cp. 1 *Corintios* 12:12-27). Los miembros del cuerpo no discuten, ni se envidian, ni se pelean unos con otros. Cada parte del cuerpo realiza sus funciones, ya sean prominentes o humildes. Pablo estaba convencido de que así debería suceder en la Iglesia Cristiana. Cada miembro tiene una tarea; y es sólo cuando todos cumplen con su función como es debido cuando el cuerpo de la Iglesia funciona como Dios manda.

En este pasaje encontramos reglas para la vida común.

(i) Lo primero de todo es conocernos a nosotros mismos. Uno de los principios básicos de los sabios griegos era: «Conócete a ti mismo.» No llegaremos muy lejos en nada hasta que sepamos lo que podemos y lo que no podemos hacer. El tener clara nuestra capacidad, sin presunción ni falsa modestia, es una de las primeras cosas esenciales para una vida útil.

(ii) Segundo, nos anima a aceptarnos a nosotros mismos y a usar los talentos que Dios nos ha confiado. No tenemos que envidiar los que tengan otros ni lamentar no tenerlos nosotros. Tenemos que aceptarnos tal como somos y usar el don que tengamos. Puede que el resultado sea que descubramos y tengamos que aceptar el hecho de que nuestro servicio ha de ser humilde y poco apreciado. Una de las creencias básicas importantes de los estoicos era que hay una chispa divina en todas las

vidas. Los escépticos se reían de esa doctrina. «¿Que Dios está en los gusanos? -preguntaban los escépticos-. ¿Dios en los abejorros?» A lo que respondían los estoicos: «¿Por qué no? ¿Es que no pueden esas criaturas servir a Dios? ¿Es que hay que ser general para ser un buen soldado? ¿No puede el soldado raso pelear bien y dar la vida por la patria? Feliz el que sirve a Dios y cumple su misión tan fielmente como un gusano.»

La continuidad de la vida del universo depende de las criaturas más humildes. Pablo está diciendo aquí que uno tiene que empezar por aceptarse a sí mismo; y aunque encuentre que la contribución que puede ofrecer no se va a ver, ni va a recibir alabanza ni prominencia, debe hacerla con la seguridad de que es importante, y que sin ella el mundo y la iglesia quedarían privados de algo.

(iii) Tercero: Pablo está diciendo realmente que todos los dones vienen de Dios. Llama a los dones *jarísmata*. En el Nuevo Testamento, *járisma* es algo que Dios le da a una persona que no habría podido adquirir por sí misma.

De hecho, así es la vida. Uno puede pasarse la vida practicando, y nunca tocará el violín como Yehudi Menuhin. Este tiene más que práctica; tiene un extra, un *járisma*, un don de Dios. Puede que uno se afane toda la vida, y no consiga manejar como quisiera la madera, o el vidrio, o los metales; y sin embargo otro les puede dar forma con tal facilidad que parece que la herramienta que usa es parte de su cuerpo; tiene algo especial, el *járisma*, que es un don de Dios. Una persona puede estar practicando día tras día para hablar en público, y no consigue adquirir ese algo mágico que mueve a una audiencia o a una congregación; otro no hace más que aparecer en la tarima o asomarse al púlpito, y ya tiene a la gente pendiente de sus labios; tiene ese *járisma*, o don de Dios. Uno se pasará la vida intentando expresar sus pensamientos por medio de la palabra escrita sin conseguirlo, mientras otro no tiene más que ponerse a escribir, y las páginas le salen perfectas y como sin esfuerzo; el segundo tiene el *járisma*, que es un don de Dios.

Cada uno tiene su propio *járisma*. Puede que sea escribir, o predicar, o construir casas, o plantar semillas, o tocar el piano, o cantar canciones, o enseñar a los niños, o jugar al fútbol o a lo que sea. Es un extra que Dios le ha dado.

(iv) Cuarto: sea el que sea el don que uno tenga, debe usarlo, no para su prestigio personal, sino porque está convencido de que es tanto su deber como su privilegio el hacer su contribución al bien común. La parábola de los talentos nos advierte, además, que es peligroso defraudar a Dios en el uso de sus dones. Y pobre de la iglesia que no tiene interés en descubrir los dones y en dar ocasión de practicarlos al que los tiene. Se empobrece a sí misma y al mundo.

Veamos ahora los dones que Pablo especifica aquí.

(i) El don de profecía. Rara vez se menciona en el Nuevo Testamento con el sentido de predecir el futuro; más corrientemente quiere decir proclamar la Palabra de Dios. En 1 Corintios 14:3 se nos dice que el que profetiza habla para edificar, exhortar y consolar. El profeta anuncia el mensaje del Evangelio con la autoridad del que sabe lo que dice. Para anunciar a Cristo a los demás uno tiene que conocerle primero por sí mismo. «Lo que necesita esta parroquia -decía el padre de Carlyle- es un hombre que conozca a Cristo más que de segunda mano.» Eso es lo que necesitan todas las iglesias.

(ii) El don del servicio práctico (*diakonía*). Es significativo que Pablo coloque el servicio práctico entre los primeros dones de la lista. Puede que uno no tenga nunca la oportunidad de subirse a un púlpito para proclamar a Cristo; pero no hay nadie que no tenga oportunidades todos los días de mostrar el amor de Cristo en obras de servicio a sus semejantes.

(iii) El don de enseñar. No basta con proclamar el mensaje de Cristo; también hay que explicarlo. Es muy posible que uno de los fallos de las iglesias en el tiempo presente esté precisamente ahí. La exhortación y la invitación sin una enseñanza sólida son insuficientes y a veces hasta inútiles.

(iv) El don de la exhortación. La exhortación debe tener una nota dominante, que es dar ánimo. Hay una regla en la marina que es que ningún oficial debe desanimar a otro en el cumplimiento de su deber. Hay una clase de exhortación que desalienta. La verdadera exhortación tiene por objeto, no suspender al oyente sobre las llamas del infierno, sino animarle a disfrutar plenamente de la vida en Cristo.

(v) Está el compartir. Pablo dice que hay que hacerlo con una simpática amabilidad. La palabra que usa Pablo es *haplotés*, que es difícil de traducir porque incluye la sencillez y la generosidad. Un gran comentario cita un pasaje del Testamento de Isacar que ilustra perfectamente el significado de esta palabra:

< Y mi padre me bendijo, viendo que yo me conducía con sencillez (*haplotés*). Yo no era entremetido en mis acciones, ni malintencionado ni envidioso con mi prójimo; no hablaba mal de nadie ni atacaba la vida de nadie, sino miraba a la gente con sinceridad (literalmente: con *haplotés* de mi ojo). Proveía de las cosas buenas de la tierra a los pobres y afligidos con sencillez (*haplotés*) de corazón. Una persona sencilla (*haplús*) no desea oro, ni seduce a su

prójimo, ni se preocupa de alimentos delicados, ni anhela ropas diversas, ni se promete una larga vida, sino recibe solamente lo que Dios quiere para él. Se conduce rectamente y considera todo con sencillez (*haplotés*).

Hay una clase de dar que fisgonea las circunstancias de la persona, que suelta un rollo al dar la ayuda, y da no tanto para aliviar la necesidad del otro como para regodearse en su propia vanidad y satisfacción; que da por un molesto sentido del deber en lugar de un sentimiento radiante de alegría; que da siempre con una segunda intención y nunca por el simple placer de dar. El compartir cristiano es con *haplotés*, la sencilla amabilidad que se deleita en el simple placer de dar, sin otra razón.

(vi) También está el *ser llamado a ocupar un puesto de responsabilidad o de dirección*. Pablo dice que, si somos llamados, debemos hacerlo con celo. Uno de los problemas más difíciles que acechan hoy a las iglesias es encontrar personas responsables para todos sus departamentos. Hay cada vez menos personas con sentido de servicio y de responsabilidad, deseosas de sacrificar su ocio para asumir un cargo directivo. En muchos casos se pretende no estar preparado ni ser digno, cuando la verdad es que no se está dispuesto, o no se tiene suficiente interés. Si tal puesto directivo se asume, dice Pablo, se ha de cumplir con *celo*. Hay dos maneras en las que un anciano de la iglesia puede dar una tarjeta de comunión -para mencionar algo que se hace en Escocia-: puede echarla en el buzón o entregarla personalmente al hacer una visita. Hay dos maneras en que un maestro puede preparar una lección: con mente y corazón entregados, o de una manera rutinaria. Una

persona puede cumplir sus deberes en la iglesia aburrida y monótonamente, o con la alegría y el entusiasmo que da el celo. Las iglesias necesitan ahora líderes con celo en el corazón. Hay una palabra terrible en *Jeremías 48:10*: < Maldito el que hiciere indolentemente la obra del Señor.>

(vi₁) Hay *momentos en los que hay que mostrar compasión*. Y ha de hacerse con amable simpatía, dice Pablo. Se puede perdonar de una forma que resulta un insulto. Se puede perdonar y al mismo tiempo mostrar crítica y desprecio. Si alguna vez hemos de perdonar a un pecador, debemos recordar que nosotros también somos pecadores. < Ese sería yo, si no fuera por la gracia de Dios> -dijo George Whitefield cuando vio a un criminal camino de la horca. Hay una manera de perdonar que empuja al ofensor hacia el sumidero; y hay otra manera que saca del cieno. El verdadero perdón se basa en el amor y no en la superioridad, y redime y no humilla.

DIEZ REGLAS PARA LA VIDA COTIDIANA

Romanos 12:9-13

Vuestro amor debe ser absolutamente sincero. Aborreced lo malo y adheríos a lo bueno. Sed afectuosos en vuestro amor a los hermanos. Conceded prioridad a los demás en lo que reporta honor. No seáis perezosos en lo que requiere celo. Mantened el espíritu al rojo vivo. No dejéis escapar las oportunidades. Regocijaos en la esperanza. Enfrentaos con la tribulación con victoriosa entereza. Sed constantes en la oración. Compartid lo que tengáis para ayudar en sus necesidades a los que están consagrados a Dios. Estad dispuestos a ofrecer hospitalidad.

Pablo ofrece a sus amigos diez reglas telegráficas para la vida ordinaria y cotidiana. Vamos a considerarlas una a una.

i

(i) El amor debe ser absolutamente sincero. No debe tener nada de hipocresía, ni de apariencia, ni de segundas intenciones. Hay tal cosa como un amor interesado que da afecto con un ojo y mira la ganancia con el otro. Hay tal cosa como un amor egoísta cuya meta es recibir más de lo que se da. El amor cristiano está limpio de egoísmo; es dar el corazón antes que nada.

(ii) Debemos aborrecer lo malo y adherirnos a lo bueno. Se ha dicho que nuestra única seguridad frente al pecado está en que nos repela. Fue Carlyle el que dijo que lo que necesitamos es ver la infinita belleza de la santidad y la infinita fealdad del pecado. Las palabras que usa Pablo son fuertes. Se ha dicho que ninguna virtud es fuerte si no es apasionada. Una persona no tiene estabilidad si todo lo que hace es evitar prudentemente el mal y calcular su adhesión al bien; debe odiar el mal y amar el bien. De una cosa tenemos que estar seguros: lo que muchos odian no es el mal, sino sus consecuencias. Nadie es realmente bueno si lo es sólo porque teme las consecuencias de ser malo. El camino a la verdadera bondad no es temer las consecuencias de la deshonra, sino amar apasionadamente la honra.

(iii) Debemos ser afectuosos en nuestro amor a los hermanos. La palabra que usa Pablo es *filostorgos*, y *storgué* es la palabra griega para el amor de la familia. Debemos amarnos porque somos de la familia. No somos extraños para los demás de la iglesia, ni ellos para nosotros. Y mucho menos unidades aisladas. Somos hermanos y hermanas porque tenemos un mismo Padre, Dios.

(iv) Debemos conceder prioridad a los demás en el honor. Más de la mitad de los problemas que surgen en las iglesias es por los derechos y los privilegios y los prestigios. A alguien no se le ha respetado el puesto; se ha olvidado a alguien o no se le han dado las gracias. La señal del verdadero cristiano ha sido siempre y debe ser la humildad. Uno de los hombres más humildes fue

el gran santo e investigador rector Caims. Alguien ha recordado un incidente simpático que le mostraba tal como era. Formaba parte del equipo que presidía una gran conferencia. Cuando él salía por la puerta, en la reunión pública

hubo una gran explosión de aplausos. Caims se puso a un lado, cedió el paso al siguiente y empezó a aplaudirle; no se figuraba que el aplauso era para él. No es fácil ceder a otro el puesto de honor. Hay lo bastante del hombre natural en nosotros como para querer que se nos ponga por delante; pero el cristiano no tiene derechos; sólo deberes.

(v) No debemos ser perezosos en lo que requiere celo. Hay una cierta intensidad en la vida cristiana; no hay lugar para el letargo. El cristiano no puede echarle pachorra a las cosas, porque el mundo es siempre un campo de batalla entre el bien y el mal, el tiempo es corto y la vida es una preparación para la eternidad. El cristiano se puede consumir, pero no oxidar.

(vi) Debemos mantener el espíritu al rojo vivo. El único al que el Señor Resucitado no podía aguantar era el que no era ni caliente ni frío (Apocalipsis 3:1 Ss). Ahora la gente mira con sospecha a los entusiastas; el grito de batalla moderno es: «¡Me importa un rábano!» Pero el cristiano lo toma desesperadamente en serio; está ardiendo para Cristo.

(vij) La séptima advertencia de Pablo puede querer decir una de dos cosas. Los manuscritos antiguos oscilan entre dos lecturas: unos ponen «Servid al Señor», y otros «Servid al tiempo», es decir, «No dejéis escapar las oportunidades.» La razón por la que hay estas variantes es que todos los antiguos amanuenses usaban abreviaturas. Una de las más corrientes era omitir las vocales -como se hace ahora en taquigrafía- y colocar una tilde sobre las restantes letras. Ahora bien: la palabra para Señor es Kyrios, y la de tiempo es kairós; así es que las dos se abreviaban krs. En una sección tan llena de consejos prácticos es lo más probable que Pablo estuviera diciéndoles a sus amigos: «Aprovechad las oportunidades que se os presenten.» La vida nos ofrece toda clase de oportunidades -de aprender algo nuevo, o de podar algo viejo o infructuoso; de dar una palabra de ánimo, o de advertencia; de ayudar, o de consolar. Una de las tragedias de la vida consiste en dejar escapar estas oportunidades que, en la misma forma, no se nos volverán a presentar. Como dice un refrán: «Hay tres cosas que no vuelven: la flecha que se tira, la palabra que se dice y la oportunidad que se pierde.»

(vijj) Tenemos que regocijarnos en la esperanza. Cuando Alejandro Magno estaba haciendo los planes para una de sus campañas en Oriente, estaba repartiendo toda clase de regalos entre sus amigos. En su generosidad ya había dado casi todas sus posesiones. < Señor -le dijo uno de sus amigos-, no te va a quedar nada.» «¡ Sí! -contestó Alejandro-. Me quedarán mis esperanzas.» El cristiano es optimista por naturaleza. Simplemente porque Dios es Dios, el cristiano siempre está seguro de que lo mejor está por venir. No le va aquello del poeta de que «cualquiera tiempo pasado fue mejor.» Como sabe que la Gracia de Dios es siempre suficiente, y que la potencia de Dios se perfecciona en nuestras debilidades, el cristiano sabe que ninguna tarea le vendrá grande. « No hay situaciones desesperadas en la vida; lo que hay son personas que han perdido la esperanza.» No existe tal cosa como un cristiano desesperado o desesperanzado.

(ix) Tenemos que enfrentarnos con la tribulación con victoriosa entereza. Alguien le dijo una vez a un hidalgo sufridor: «El sufrimiento le da color a la vida, ¿verdad?» A lo que él contestó: « Sí; pero yo elijo los colores.» Cuando se cernía sobre Beethoven la terrible perspectiva, ya segura, de una sordera total, dijo: «Cogeré a la vida por el cuello.»

Cuando Nabucodonosor arrojó a los tres israelitas al «horno de fuego ardiendo», se maravilló de que no sufrieran ningún daño, y preguntó si no habían arrojado a tres hombres atados. Cuando le dijeron que sí, él añadió: «Pues yo veo a cuatro, sueltos, andando por las Vainas tan campantes; y el Cuarto tiene el aspecto de un "hijo de los dioses"» (**Daniel 3:24s**). El cristiano se puede enfrentar con lo que sea, siempre que sea con Jesús.

(x) Hemos de ser constantes en la oración. ¿No es verdad que a veces en la vida se nos pasan los días y hasta las semanas sin hablar con Dios? Cuando un cristiano deja de orar, se despoja de la armadura del Todopoderoso. No hay que sorpren-

derse de que la vida se desmorone cuando nos empeñamos en vivirla solos.

(xi) Hemos de compartir lo que tengamos para ayudar a los hermanos necesitados. En un mundo consumista que no piensa más que en conseguir, el cristiano está dispuesto a dar, porque sabe que < perdemos lo que retenemos y tenemos lo que damos.»

(xii) El cristiano ha de estar dispuesto a ofrecer hospitalidad. Una y otra vez insiste el *Nuevo Testamento* en este deber de la puerta abierta (*Hebreos 13:2; 1 Timoteo 3:2; Tito 1:8; 1 Pedro 4:9*). El traductor inglés Tyndale usaba una palabra magnífica cuando ponía aquí que el cristiano debe tener una disposición *de puerto*. Un hogar no puede ser nunca feliz si es egoísta. El Cristianismo es la religión de la mano abierta, el corazón abierto y la puerta abierta.

EL CRISTIANO Y SUS SEMEJANTES

Romanos 12:14-21

Benedicid a los que os persiguen; bendecidlos en vez de maldecirlos. Alegraos con los que están alegres, y llorad con los que lloran. Vivid en armonía con los demás. Guardaos del orgullo, y no os resistáis a asociaros con la gente sencilla. No os creáis más sabios que nadie. No devolváis mal por mal. Procurad que vuestra conducta sea tal que no ofenda a nadie. En lo que dependa de vosotros, vivid en paz con todo el mundo. Queridos hermanos: No tratéis de vengaros de

nadie por vosotros mismos; dejad que sea La Ira la que lo haga por vosotros; porque está escrito: «La venganza me corresponde a Mí; Yo retribuiré, dice el Señor.» Así que, si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; y si tiene sed, dale de beber. Al hacer eso le amontonas brasas sobre la cabeza. No te dejes vencer por el mal, sino vence el mal con el bien.

Pablo ofrece una serie de reglas y principios para gobernar nuestras relaciones con nuestros semejantes.

(i) El cristiano debe arrostrar la persecución orando por los que le persiguen. Hace mucho tiempo Platón había dicho que una buena persona prefiere que le hagan mal antes que hacérselo ella a los demás; y odiar siempre es malo. Cuando un cristiano es insultado o maltratado, tiene el ejemplo de su Maestro, Que pidió el perdón de los que Le estaban crucificando.

Una de las más fuertes fuerzas de atracción al Cristianismo ha sido esta serena actitud de perdón que han mostrado los mártires de todos los tiempos. Esteban murió pidiéndole a Dios que perdonara a los que le estaban apedreando (*Hechos 7:60*), entre los cuales había un joven llamado Saulo, que después sería Pablo, apóstol de los gentiles y siervo de Cristo. No cabe duda que el impacto de la escena de la muerte de Esteban fue una de las claves de su conversión. Como dijo Agustín: « La Iglesia debe Pablo a la oración de Esteban.» Muchos perseguidores han llegado a ser seguidores de la fe que trataron de destruir al comprobar cómo perdonan los cristianos.

(ii) Hemos de alegrarnos con los que están alegres, y llorar con los que lloran. Hay pocos lazos tan entrañables como el del dolor compartido. Cierta escritora nos cuenta lo que dijo una mujer americana de color: Una señora de Charleston conocía a la criada negra de una vecina. « He sentido mucho la muerte de su tía Lucy -le dijo-. Debe de echarla usted mucho de menos, porque eran tan amigas...» « Es verdad -contestó la criada-, siento mucho que se haya muerto. Pero no éramos amigas.» « ¿Qué? Yo creía que sí lo eran. Las he visto a ustedes hablar y reírse juntas muchas veces.» « Sí, es verdad -fue su respuesta-;nos reíamos y hablábamos mucho, pero no éramos más que conocidas. ¿Sabe, señorita Ruth? Nunca lloramos juntas. Las personas tienen que llorar juntas para ser amigas.» El lazo que producen las lágrimas une más que nada en el mundo. Y sin embargo es más fácil llorar con los que lloran que alegrarse con los que están alegres. Hace mucho, Crisóstomo escribió sobre este pasaje: «Requiere más talante

cristiano alegrarse con los que están alegres que llorar con los que lloran; porque esto último se hace perfectamente por naturaleza, y no hay nadie tan duro de corazón que no llore con el que pasa por una calamidad; pero lo otro requiere un alma muy noble, que no sólo está libre de la envidia, sino que siente placer con la persona que es estimada.» Es verdad que es más difícil congratularse con el éxito ajeno, especialmente cuando supone una desilusión propia, que sentir el dolor o la pérdida de otro. Sólo cuando estamos muertos al yo podemos regocijarnos en el éxito de otro como si fuera nuestro.

(iii) Hemos de vivir en armonía con los demás. Fue Nelson el que, después de una de sus grandes victorias, dio como la razón de ésta en su informe: «Tuve la dicha de mandar a una compañía de hermanos.» Eso es lo que debe ser una iglesia cristiana: una compañía de hermanos. Leighton escribió una vez: « La forma de gobierno eclesiástico puede ser optativa; pero la paz y la concordia, la amabilidad y la buena voluntad son indispensables.» Cuando la discordia se introduce en la sociedad cristiana, se pierde la esperanza de hacer un buen trabajo.

(iv) Hemos de guardarnos del orgullo y el esnobismo. Tenemos que recordar siempre que el parámetro por el que juzga el mundo no es necesariamente el mismo que usa Dios. La santidad no tiene nada que ver con el rango, la riqueza o el nacimiento. El Dr. James Back describe una escena de una iglesia cristiana primitiva. Se ha convertido una persona importante, y viene al culto por primera vez. Entra en la habitación donde se está celebrando. El que dirige el culto le señala un lugar. « ¿Se quiere sentar ahí, por favor?» -le dice. «No me puedo sentar ahí -le contesta el hombre importante-, porque eso sería sentarme al lado de mi esclavo.» «¿Quiere usted tener la bondad de sentarse ahí?» -le vuelve a indicar el pastor. «Pero -replica el hombre-, ¡no querrá usted que me sienta al lado de mi esclavo!» « ¿Quiere usted sentarse ahí?» -le dice el otro por tercera vez. Por último el hombre importante cruza la habitación, se sienta al lado de su esclavo y le da el beso de paz. Eso es lo que hacía el Cristianismo, que era lo único

que lo podía hacer en el Imperio Romano. La iglesia cristiana era el único lugar en el que se sentaban el amo y el esclavo el uno al lado del otro. Sigue siendo el único sitio en el que todas las diferencias humanas han desaparecido, porque Dios no hace discriminación.

(v) Hemos de procurar que nuestra conducta sea tal que no ofenda a nadie. Pablo insiste en que la conducta cristiana no sólo debe ser buena, sino parecerlo. Hay un supuesto «cristianismo» intransigente y antipático; pero el verdadero Cristianismo es algo que da gusto ver.

(vi) Hemos de vivir en paz con todo el mundo. Pero Pablo añade dos condiciones: (a) Dice si *es posible*. Puede llegar el momento en que las exigencias de la cortesía tengan que ceder el paso a las del principio. El Cristianismo no es una pachorra tolerante que lo acepta todo con los ojos cerrados. Puede que haya momentos en los que hay que librar batallas, y el cristiano no debe evadirlas. (b) Dice *en lo que dependa de vosotros*. Pablo sabía muy bien que a algunos les es más fácil vivir en paz que a otros. Sabía que algunos tienen que contenerse más en una hora que otros en toda la vida. Haremos bien en recordar que la bondad les es considerablemente más asequible a unos que a otros. Eso nos librá de la crítica y del desánimo.

(vij) Hemos de abstenernos hasta de pensar en vengarnos. Pablo da tres razones: (a) La venganza no nos corresponde a nosotros, sino a Dios. En última instancia ningún ser humano tiene derecho a juzgar a otro; sólo Dios puede hacerlo. (b) La

mejor manera de ganarnos a una persona es tratarla con amabilidad en lugar de vengarnos. La venganza puede quebrantar su espíritu; pero la amabilidad quebrantará su corazón. « Si somos amables con nuestros enemigos dice Pablo-, eso amontonará brasas sobre su cabeza.» Eso no quiere decir que hará que le caiga encima un castigo peor, sino que les hará sentir una vergüenza que no podrán soportar, y que los obligará a cambiar. (c) El rebajarnos a vengarnos es dejarnos vencer por el mal. El mal nunca se puede conquistar con el mal. Cuando el odio se encuentra frente al odio, se crece; pero si se encuentra

con el amor, se desintegra. Como decía Booker Washington:

' «No voy a **permitir que ninguna persona me haga rebajarme a odiarle.**» **La única manera de dejar de tener enemigos es hacernos sus amigos.**

EL CRISTIANO Y EL ESTADO

Romanos 13:1-7

Que cada cual preste la debida obediencia a dos que están en puestos de autoridad, porque no hay autoridad a la que Dios no le haya asignado su esfera; porque ha sido Dios Quien ha colocado en su sitio a las autoridades que existen. Esto quiere decir que el que se opone a una autoridad realmente se está oponiendo al orden de cosas que Dios ha establecido. Los que se oponen a la autoridad se acarrearán un merecido castigo. Porque, el que vive honradamente no es el que tiene que tenerles miedo a los gobernantes, sino el que hace lo que no debe. ¿Quieres no tener que temer a la autoridad? Pues vive como es debido, y las autoridades no podrán decir de ti nada más que cosas buenas, porque los que están al servicio de Dios están para tu bien. Si haces lo que no debes, entonces sí que debes tener miedo; porque no en vano tiene poder para dictar sentencia de muerte el que está en autoridad, ya que está al servicio de Dios, y su misión es aplicar ira y venganza al que lleva mala vida. Por eso es por lo que debes someterte, no sólo por temor a la ira, sino por causa de la conciencia.

Por esta misma razón debes también pagar los impuestos; porque los que están en autoridad son siervos de Dios y esa es su misión. Dale a cada uno lo que le es debido: al que se le deba pagar tributo, págaselo; a los que impuestos, lo mismo; al que se deba tener respeto, trátale con respeto. Al que se le deba mostrar honor, muéstraselo.

La primera impresión que nos hace este pasaje es muy extraña. Parece aconsejar al cristiano una sumisión total al poder civil. Pero, de hecho, este es un mandamiento que aparece en todo el *Nuevo Testamento*. En *1 Timoteo 2:1* s leemos: «Insisto en que se hagan súplicas, oraciones, intercesiones y acciones de gracias por todos los hombres; por los reyes y por todos los que están en posiciones de autoridad, para que vivamos tranquilamente y en paz, piadosamente y con respeto en todos los sentidos.» En *Tito 1:3*, el consejo al predicador es: «Recuérdales que sean sumisos a los gobernantes y a las autoridades, que sean obedientes, que estén siempre dispuestos a hacer las cosas honradamente.» En *1 Pedro 2:13-17* leemos: «Por causa del Señor someteos a toda institución humana, ya sea al emperador como jefe supremo, o a los gobernantes que aquél envía para castigar a los que obran mal y recompensar a los que bien. Porque la voluntad de Dios es que, viviendo honradamente, hagáis callar la ignorancia de algunos tontos... Tened respeto a todos los hombres. Amad a los hermanos. Temed a Dios. Honrad al emperador.»

Puede que nos dé la tentación de suponer que estos pasajes provienen de un tiempo cuando el gobierno romano no había empezado a perseguir a los cristianos. Sabemos, por ejemplo, que en el *Libro de los Hechos*, como hizo notar Gibbon, el tribunal de los magistrados paganos fue a menudo el refugio más seguro contra la furia del populacho judío. Una y otra vez vemos a Pablo recibiendo protección de manos de la justicia imperial romana. Pero lo interesante y significativo es que muchos años y hasta siglos después, cuando la persecución había empezado a rugir y se consideraba a los cristianos fuera de la ley, los líderes cristianos seguían diciendo exactamente lo mismo.

Justino Mártir (*Apología 1:17*) escribe: «En todas partes nosotros estamos más dispuestos que nadie y nos esforzamos por pagar a los funcionarios que asignáis los impuestos ordinarios y extraordinarios, como Jesús nos ha enseñado. No damos culto nada más que a Dios, pero en otros respectos os servimos

de buena gana, reconociéndoos como reyes y gobernantes, y orando para que, con vuestro poder real, se os conceda también sano juicio.» Atenágoras, suplicando la paz de los cristianos, escribe (*capítulo 37*): «Merecemos consideración porque oramos por vuestro gobierno, para que podáis recibir el reino de la manera más justa, el hijo del padre, y que vuestro imperio aumente y se acreciente hasta que toda la humanidad os esté sujeta.» Tertuliano (*Apología 30*) escribe extensamente: «Ofrecemos oración por la salud de nuestros príncipes a nuestro Dios eterno, verdadero y vivo, cuyo favor ellos deben desear más que ninguna otra cosa... Sin cesar, por todos nuestros emperadores ofrecemos oración. Oramos para que se les prolongue la vida; para que haya seguridad en el imperio; por protección para la casa imperial; por ejércitos valerosos, por un senado fiel, por un pueblo virtuoso, por la paz del mundo -por todo, en fin, lo que el emperador pueda desear, como hombre o como César.» Y sigue diciendo que el cristiano no puede por menos de apreciar al emperador, porque «es llamado por nuestro Señor para ejercer su cargo.» Y

concluye diciendo que « el César es más nuestro que vuestro, porque nuestro Dios es el que le ha nombrado.» Arnobio (4:36) declara que en las reuniones de los cristianos «se pide la paz y el perdón para todos los que están en autoridad.»

Era la constante y reconocida enseñanza de la Iglesia Cristiana que había que obedecer y orar por el poder civil, aunque estuviera personificado en un Nerón.

¿Qué pensamiento y creencia hay detrás de todo esto?

(i) En el caso de Pablo había una razón inmediata para que hiciera hincapié en la obediencia civil. Los judíos eran notorios como rebeldes. Palestina, y especialmente Galilea, estaba bullendo constantemente de insurrección. Sobre todo, estaban los celotas, que estaban convencidos de que no debía haber más rey para los judíos que Dios, y que no se debía pagar tributo a nadie más que a Dios. Tampoco se conformaban con una resistencia pasiva. Creían que Dios no los ayudaría más que si se embarcaban en acción violenta para ayudarse a sí mismos.

Su intención era hacer cualquier gobierno civil imposible. Se los conocía como los «dagados». Eran nacionalistas fanáticos conjurados para usar métodos terroristas, no sólo contra los romanos, sino hasta el punto de destruir las casas, quemar las cosechas y hasta asesinar a las familias de sus compatriotas judíos que pagaran tributo al Imperio Romano.

Pablo no le encontraba ningún sentido a una actitud así. Esa era la negación más absoluta de la conducta cristiana. Y sin embargo, por lo menos para una parte de la nación judía, eso era lo normal. Puede que Pablo estuviera escribiendo aquí tan claramente porque quería disociar el Cristianismo de cualquier insurreccionismo judío, y dejar totalmente claro que los cristianos eran buenos ciudadanos.

(ii) Pero hay algo más que una situación coyuntural en la relación entre los cristianos y el estado. Puede ser verdad que Pablo tuviera en mente las circunstancias que causaban las insurrecciones judías, pero tenía otras cosas también. Lo primero y principal es que nadie puede ni debe disociarse totalmente de la sociedad en la que vive. Nadie puede, en conciencia, optar por desligarse de la nación. Como parte de ella, disfruta de ciertos beneficios que no podría tener si viviera aislado; pero no puede reclamar los privilegios y evitar las obligaciones. De la misma manera que forma parte del Cuerpo de Cristo que es la Iglesia, también forma parte del cuerpo de la nación; no hay tal cosa en el mundo como individualismo aislacionista. La persona tiene deberes para con el estado, que debe cumplir aunque el que esté en el trono sea Nerón.

(iii) El ciudadano debe al estado la protección. Era una de las ideas platónicas que el estado existe para garantizar la justicia y la seguridad, y para proteger al hombre de las bestias y de «los» bestias, es decir, de la gente salvaje, dentro y fuera del país. «La gente -se ha dicho- se reunía como un rebaño detrás de un muro para sentirse a salvo.» Un estado es esencialmente un cuerpo de personas que se han aliado para mantener ciertas relaciones mutuas mediante el cumplimiento de ciertas leyes. Sin esas leyes y el consentimiento general de

cumplirlas, el malvado fuerte y egoísta se haría con el poder; el más débil estaría indefenso; la vida no tendría más ley que la de la selva. Todas las personas ordinarias deben su seguridad al estado, y tienen por tanto una responsabilidad para con él.

(iv) La gente ordinaria debe al estado una gran gama de servicios que viviendo individualmente no podría disfrutar. Sería imposible que todos tuviéramos agua corriente, alcantarillado, electricidad, transporte y un largo etcétera. Todo esto sólo es posible cuando se está de acuerdo en vivir en sociedad. No estaría bien que uno disfrutara de todo lo que provee el estado sin cumplir sus obligaciones. Esa es una razón que obliga al cristiano a ser un buen ciudadano y cumplir todos sus deberes como tal.

(v) Pero la principal razón que veía Pablo era que el Imperio Romano era el instrumento divinamente ordenado para salvar al mundo del caos. Quitad el imperio, y el mundo se desintegraría en pavesas. Fue en realidad la *pax romana* lo que hizo posible la expansión misionera del Cristianismo. Idealmente las personas deben estar unidas por el amor cristiano; pero no lo están; y el cemento que las mantiene unidas es el estado.

Pablo vio en el estado un instrumento en las manos de Dios para preservar al mundo del caos. Los administradores del estado estaban cumpliendo un papel importante en una gran tarea. Lo supieran o no, estaban haciendo un trabajo ordenado por Dios, y el deber del cristiano es ayudar y no dificultar.

LAS DEUDAS QUE HAY QUE PAGAR

Y LA QUE NUNCA SE PUEDE PAGAR

Romanos 13:8-10

No le debáis nada a nadie, a excepción del amor; porque el que ama a los demás ya ha cumplido la Ley. Los mandamientos No adulteres, No mates, No robes, No codicies, y todos los demás- se resumen en éste:

«Ama a tu prójimo como a ti mismo.» El amor no le hace mal al prójimo; así que el amor es el perfecto cumplimiento de la Ley.

El pasaje anterior trataba de lo que se podrían llamar las deudas sociales de las personas. El versículo 7 mencionaba dos de esas deudas: lo que Pablo llama *tributo*, y lo que llama *impuestos*. Entiende por *tributo* el que tenían que pagar los ciudadanos de una nación sometida. Las tres clases de contribuciones que imponía el Imperio Romano eran: (a) Una contribución sobre *el suelo*, que se pagaba o en dinero o en especie -una décima parte del grano, un quinto del vino y de los productos del campo-. (b) El impuesto sobre la renta, que era del uno por ciento de los ingresos. (c) El impuesto de capitación, que pagaban todos los comprendidos entre catorce y sesenta y cinco años. Por *impuestos* Pablo entendía los locales -de aduanas, importación y exportación; por el uso de ciertas carreteras y puentes; los de entrada en mercados y puertos; por tener derecho a poseer un animal o un carro-. Pablo insistía en que los cristianos deben pagar los tributos e impuestos al estado y a las autoridades locales, aunque sean gravosos.

Y luego pasa a las deudas *privadas*. Dice: «No le debáis nada a nadie.» Puede parecer que eso no hacía falta decirlo; pero había algunos que tergiversaban la petición del padrenuestro -«Perdónanos nuestras deudas como nosotros perdonamos a nuestros deudores»- como una razón para pedir que se le perdonaran las obligaciones económicas. Pablo tenía que recordarle a su gente que el Cristianismo no es una disculpa para dejar de cumplir las obligaciones que tenemos con nuestros semejantes, sino al contrario: es una razón para cumplirlas a rajatabla.

Luego sigue hablando de la única deuda que el cristiano tiene que pagar todos los días y que, sin embargo, no acaba de saldar nunca: la deuda de amor que tiene con todos los hombres. Orígenes decía: « La deuda del amor sigue con nosotros permanentemente y nunca nos deja; es una deuda que devolvemos todos los días y que debemos siempre.» Pablo

mantiene que si una persona trata de cumplir esta deuda de amor honradamente, cumplirá automáticamente todos los mandamientos. No cometerá adulterio; porque, cuando dos personas se dejan llevar por sus pasiones, no lo hacen porque se quieren demasiado, sino porque se quieren demasiado poco; en el amor verdadero hay respeto y dominio propio que nos libra del pecado. No matará; porque el amor no trata de destruir, sino de edificar; es siempre amable, y tratará de destruir, no al enemigo, sino la enemistad, convirtiéndola en amistad. No robará; porque el amor tiene más interés en dar que en tomar. No codiciará; porque la codicia (*epithimia*) es un deseo incontrolado de cosas prohibidas, y el amor limpia el corazón desterrando de él el mal deseo.

Hay un dicho famoso: < Ama, y haz lo que quieras. » Si el amor mana abundantemente en el corazón; si toda la vida está dominada por el amor a Dios y al prójimo, uno no necesita más ley.

LA ADVERTENCIA DEL TIEMPO

Romanos 13:11-14

Además hay otra cosa: daos cuenta del tiempo en que vivís, y que ya es hora de que os despertéis del sueño en que vivíais; porque ahora estáis más cerca de la Salvación que cuando os convertisteis. La noche está en las últimas, y se acerca el día; así que dejémonos ya de lo que se hace en la oscuridad y pongámonos la armadura de la luz. Comportémonos como los que ven lo hermosa que es la vida, es decir, como los que viven de día, y no ya en jaranas ni borracheras, en inmoralidad y desvergüenza, en rivalidades y peleas. En una palabra: Vestíos del Señor Jesucristo, y dejaos ya de vivir como si no tuvierais más propósito que el satisfacer los deseos de la naturaleza humana sin Cristo.

Como tantos grandes hombres, Pablo era consciente de la brevedad del tiempo. A Andrew Marvell le parecía estar oyendo siempre: «La carroza alada del tiempo se apresura...» Keats también estaba obsesionado con el temor de dejar de ser antes de que su pluma hubiera espigado los últimos productos de su cerebro.

Pero había más en el pensamiento de Pablo que la indiscutible brevedad del tiempo. Esperaba la Segunda Venida de Cristo. Era la esperanza inminente de la Iglesia Primitiva, y por tanto no olvidaba la obligación de estar preparada. Esa esperanza se ha ido haciendo más tenue e imprecisa; pero queda un hecho permanente: ninguno sabemos cuándo Dios nos va a llamar para que dejemos el mundo y vayamos con Él. El tiempo se va acortando, porque cada día estamos más cerca de su final. Debemos estar preparados.

Los últimos versículos de este pasaje no se olvidarán jamás, porque fueron clave en la conversión de Agustín de Hipona. El mismo nos lo cuenta en sus confesiones: Estaba paseando por un jardín, con el corazón apesadumbrado por su fracaso moral, y no hacía más que exclamar angustiosamente: « ¿Hasta cuándo, hasta cuándo? Mañana y mañana... ¿por qué no ahora? ¿Por qué no ha de ser esta hora el final de mi depravación? » De pronto le pareció oír una voz que decía: « ¡Toma y lee! ¡Toma y lee! » Parecía la voz de un chiquillo; pero, por más que lo intentó, no pudo recordar ningún juego infantil en el que se dijera esas palabras. Volvió a toda prisa al lugar en que estaba sentado su amigo Alipio, donde había dejado un volumen de los escritos de Pablo. « Lo tomé con ansia -cuenta Agustín- y leí en silencio el primer pasaje en que se posaron mis ojos: « No andemos en jaranas ni borracheras, en inmoralidad y desvergüenza, en rivalidades y peleas. En una palabra: Vestíos del Señor Jesucristo, y dejaos ya de vivir como si no tuvierais más propósito que el satisfacer los deseos de la naturaleza humana sin Cristo. » Ni quise

ni necesité leer más. Al acabar esa frase, como si la luz de la certeza me hubiera inundado el corazón, todas las sombras de la duda se

dispersaron. Puse el dedo en la página, y cerré el libro; me volví hacia Alipio con el rostro tranquilo, y se lo conté.» Dios había hablado a Agustín desde Su Palabra. Fue Coléridge el que dijo que creía que la Biblia estaba inspirada «porque me encuentra a mí.» La Palabra de Dios siempre puede encontrar al corazón humano.

Es interesante fijarse en los seis pecados que selecciona Pablo como, digamos, típicos de la vida sin Cristo.

(i) Está la *jarana (kómos)*. Es una palabra muy interesante. En un principio *kómos* designaba a la banda de amigos que acompañaban hasta su casa a un vencedor en los juegos, cantando sus alabanzas y celebrando su triunfo. Luego llegó a significar una banda de gamberros que recorrían las calles de la ciudad de noche armando jaleo. Describe la clase de jarana que deshonra a los que participan en ella y molesta a todos los demás.

(ii) Está la *borrachera (methé)*. Los griegos la consideraban de lo más desagradable. Eran un pueblo que bebía vino. Hasta los niños lo bebían. Llamaban al desayuno *akratisma*, que consistía en una rebanada de pan mojada en vino. Pero, con todo y con eso, la borrachera les parecía algo vergonzoso; porque bebían el vino bastante diluido, y lo bebían porque el agua no siempre era más inofensiva. Este era un vicio que no sólo los cristianos, sino también los paganos respetables despreciaban.

(iii) Estaba la *inmoralidad (koité)*. *Koité* quiere decir literalmente *cama*, y *suele* tener el sentido de una cama prohibida o deshonrosa. Este era un pecado característico del paganismo. La palabra sugiere la actitud del que no da ningún valor a la fidelidad, y que busca el placer donde y cuando quiere.

(iv) Está la *desvergüenza (asélgueia)*. *Asélgueia* es una de las palabras más feas de la lengua griega. No describe simplemente la inmoralidad, sino al que ha perdido totalmente la vergüenza. La mayor parte de la gente trata de ocultar sus malas acciones; pero no el hombre que se ha vendido a la *asélgueia*. A ese no le importa que le vean, ni la clase de espectáculo que es, ni lo que la gente piense de él. *Asélgueia* es la cualidad del que se atreve a hacer públicamente lo que sería vergonzoso para cualquiera de sus semejantes.

(v) Está la *rivalidad (eris)*. *Eris* es el espíritu que nace de la competencia desembocada y despiadada. Viene del ansia de posición y poder y prestigio, y del odio a que le sobrepasen. Es esencialmente el pecado que coloca el yo por delante, y es por tanto la negación total del amor cristiano.

(vi) Está la *envidia (zélós)*. *Zélós* no tiene que ser una palabra mala. En español tiene sentidos contrarios según se use en singular -celo- o en plural -celos-. Puede describir la noble emulación del que, cuando se encuentra ante la nobleza de carácter, desea alcanzarla. Pero también puede querer decir la envidia que resiente la nobleza y la preeminencia de otro. Aquí describe el espíritu que no se da por satisfecho con lo que tiene, y que mira con envidia todo lo que obtienen los demás merecidamente.

RESPETAR LOS ESCRÚPULOS

Romanos 14:1

Haced que se sienta bienvenido entre vosotros el que es débil en la fe, pero no para luego ponerlos a criticarle sus escrúpulos.

Pablo se está refiriendo aquí a algo que puede que fuera un problema temporal y local de la iglesia de Roma, pero que se presenta con mucha frecuencia en las iglesias y requiere solución. En la iglesia de Roma parece que había dos tendencias. Algunos creían que la libertad cristiana había desterrado los viejos tabúes; que ya no tenían sentido las antiguas leyes relativas a los alimentos, y que el Cristianismo no tenía que ver con guardar ciertos días como si tuvieran un carácter especial. Pablo deja bien claro que ésta es la actitud de la verdadera fe cristiana. Por otra parte, había algunos que estaban llenos de

escrúpulos: creían que no se podía comer carne, y que había que cumplir rigurosamente la ley del sábado. Pablo llama a los superescrupulosos *débiles en la fe*. ¿Qué quería decir?

Se puede ser débil en la fe por dos razones:

(i) Porque todavía no se ha descubierto el sentido de la libertad cristiana, y en el fondo se sigue siendo legalista y se ve el Cristianismo como una serie de reglas y reglamentos.

(ii) Porque uno no se ha liberado todavía de la fe en la eficacia de las obras, y cree que puede ganar el favor de Dios haciendo ciertas cosas y renunciando a otras. En el fondo está intentando ganarse la debida relación con Dios y no ha aceptado el camino de la Gracia; todavía está pensando más en lo que él puede hacer por Dios que en lo que Dios ha hecho por él.

Pablo exhorta a los *hermanos fuertes* a que reciban con cortesía a los *hermanos débiles* y que no los asedien constantemente con sus críticas.

Este problema no se limitó a los días de Pablo. Aún sigue habiendo en las iglesias dos puntos de vista. Uno es el más liberal, que no ve ningún peligro en muchas cosas y considera que ciertos placeres inocentes no, tienen por qué estar en contra del Evangelio. Y hay otro punto de vista más estrecho que se ofende de muchas cosas que los más liberales consideran aceptables.

Pablo nos deja ver que sus simpatías están con el punto de vista más amplio; pero, al mismo tiempo, dice que hay que recibir con simpatía cristiana a esos hermanos más débiles que vienen a la iglesia. Cuando nos encontramos con alguien que tiene un punto de vista más estrecho hay tres actitudes que debemos evitar:

(i) Debemos evitar *la irritación*. El ponernos negros con estas personas no conduce a ninguna parte. Por muy en desacuerdo que estemos con ellas, debemos tratar de comprender y respetar su punto de vista.

(ii) Debemos evitar *poner en ridículo*. A todo el mundo le hiere que se rían de algo que considera que tiene valor. No es ningún «peccadillo insignificante» el burlarse de la fe de otro.

Tal vez nos parezcan prejuicios más que creencias; pero nadie tiene derecho a reírse de lo que otro considera sagrado. Además, la risa no hará que el otro salga de su estrechez, sino le hará encerrarse más dentro de su concha y volverse más rígido.

(iii) Debemos evitar *el desprecio*. Está muy mal considerar al más estrecho como un estúpido anticuado y despreciar sus puntos de vista. El punto de vista de una persona es cosa suya, y hay que tratarla con respeto. No podremos nunca atraer a otro a nuestra posición si no le mostramos un respeto genuino a la suya. De todas las actitudes que podamos adoptar con los demás, la más incompatible con la fe de Cristo es el desprecio.

Antes de concluir con este versículo tenemos que advertir que hay otra traducción perfectamente posible: «Haced que se sienta bienvenido entre vosotros el que es débil en la fe, pero no le metáis en seguida en discusiones sobre cosas que sólo pueden suscitar dudas.» Hay cristianos cuya fe es tan fuerte que no hay cuestiones ni debates que la puedan hacer vacilar; pero hay otros que tienen una fe sencilla que se puede inquietar innecesariamente con discusiones intelectuales. En las dos actitudes puede haber nobleza o extremismos perjudiciales; porque a veces, «el fuerte» cae en el orgullo de considerarse superior y despreciar al «débil» por su ignorancia o escrúpulos; o «el débil» igualmente, dándose las de verdaderamente creyente y piadoso, critica al «fuerte» por su intelectualismo mundano y su libertinaje.

Puede que en nuestro tiempo guste más de la cuenta discutir por discutir. Es pernicioso dar la impresión de que el Cristianismo consiste en una serie de cuestiones en discusión. «Hemos descubierto -dice G. K. Chesterton- todas las preguntas que se pueden plantear. Ya es hora de que dejemos de buscar preguntas, y nos apliquemos a buscar respuestas.» «Dime algo de tus certezas decía Goethe-, que yo ya tengo bastantes dudas.» Hay una buena regla que se debería tener en cuenta en cualquier discusión: aunque sea una discusión desconcertante, y aunque haya sido sobre cuestiones que no tienen una

solución clara, siempre se debe concluir con una *afirmación*. Puede que muchas preguntas queden sin contestación, pero debe haber alguna certeza que permanezca.

TOLERANCIA PARA OTROS PUNTOS DE VISTA

Romanos 14:2-4

Un creyente tiene la fe suficiente para creer que puede comer de todo; mientras que otro tiene una fe débil, y no come más que verduras. Que el que come de todo no desprecie al que no lo hace; y que el que no come de todo no critique al que sí lo hace; si Dios los ha recibido, nosotros debemos recibirlos también. Además, ¿quién eres tú para juzgar al esclavo ajeno? Lo que le hace aceptable o inaceptable es lo que piense de él su amo... ¡Y es aceptable, porque para su Amo lo es!

Aquí aparece una de las cuestiones que se debatían en la iglesia de Roma. Había algunos que no observaban leyes especiales en relación con la comida ni respetaban ciertos tabúes, y que comían de todo; y había otros que concienzudamente se abstendían de la carne y eran vegetarianos. Había muchas sectas y religiones en el mundo antiguo que observaban leyes estrictas de comida; entre ellas, los judíos. En *Levítico 11* tenemos una lista de los animales cuya carne se puede comer y de los que no. Una de las sectas judías más estrictas eran los esenios: tenían comidas de la comunidad a las que iban bañados y con ropas especiales. Los alimentos tenían que prepararlos los sacerdotes, o no se podían comer. Pitágoras enseñaba que el alma humana es una deidad caída confinada en el cuerpo como en una tumba; creía en la reencarnación, por medio de la que al alma le podía corresponder habitar en una persona, en un animal o en una planta, en la cadena internábil del ser. La liberación de esa cadena del ser se obtenía por medio de una

pureza y disciplina rigurosas. La disciplina incluía el silencio, el estudio, el examen de conciencia y la abstención de la carne en las comidas. En casi todas las iglesias cristianas habría quienes siguieran alguna de esas leyes o tabúes.

Es una forma del problema anterior. En la iglesia había un partido más estrecho y otro más liberal. Pablo indefectiblemente señala el peligro que podía surgir. Era de esperar que el partido más liberal despreciara los escrúpulos del más estrecho; y aún

más, que el partido más estrecho emitiera juicios condenatorios contra lo que ellos consideraban la laxitud del partido más liberal. La situación es tan acusada y peligrosa en las iglesias de hoy como lo era en tiempos de Pablo.

Para salirle al paso, Pablo establece un gran principio: Nadie tiene derecho a criticar al esclavo de otro. El esclavo no tiene que dar cuenta nada más que a su amo. Ahora bien: todos somos *esclavos* de Dios. No nos corresponde a nosotros criticar a los demás, y menos condenarlos. Ese derecho sólo Le corresponde a Dios. No somos nosotros los que tenemos que decir si es aceptable o inaceptable nadie; y Pablo añade que, si una persona vive honradamente de acuerdo con sus principios, es aceptable para Dios.

Muchas iglesias se han dividido porque los que tienen puntos de vista más amplios tienen una actitud despectiva hacia los que consideran conservadores cerrados o fundamentalistas; y porque los que tienen una actitud más estricta censuran a los que se reservan el derecho de hacer lo que los otros consideran malo. No nos corresponde a nosotros condenarnos unos a otros. «Os ruego por las entrañas de Cristo -decía Cromwell a los rígidos escoceses de su tiempo- que tengáis en cuenta la posibilidad de que estéis equivocados.» Debemos desterrar de la comunión de la iglesia tanto la censura como el desprecio, y dejar todos los juicios a Dios; lo nuestro debe ser simpatizar y comprender.

DIFERENTES CAMINOS CON EL MISMO DESTINO

Romanos 14: Ss

Un creyente guarda un día especial; otro los considera todos iguales. Pues que cada cual esté convencido de lo que hace. El que guarda un día especial lo hace para el Señor. El que come, come delante del Señor, porque Le da gracias. EL que se abstiene de ciertos alimentos, lo hace delante de Dios, porque también Le da gracias a Dios.

Pablo introduce otra situación en la que puede haber diferencias entre los más estrechos y los más anchos. Las personas más rigurosas dan mucha importancia a guardar ciertas fechas. Eso era especialmente característico de los judíos. En más de una ocasión Pablo tuvo problemas con los que guardaban escrupulosamente las fiestas. A los gálatas les escribió: «Guardáis los días, las lunas, las estaciones y los años... ¡Me temo que he estado trabajando para nada con vosotros!» (*Gálatas 4: IOs*). Y a los colosenses: «Que nadie os critique por cuestiones de comida o bebida, o en relación con fiestas, lunas nuevas o sábados. Estas cosas no son más que la sombra de lo que ha de venir; pero su contenido pertenece a Cristo» (*Colosenses 2:16s*). Los judíos habían convertido el sábado en una tiranía, rodeándolo de una jungla de reglas y prohibiciones. No es que Pablo quisiera acabar con el día del Señor; eso de ninguna manera. Lo que temía era una actitud que de hecho creía que el Cristianismo consistía en guardar un día especial.

El Cristianismo es mucho más que guardar el día del Señor. Cuando Mary Slessor pasó en solitario tres años en la selva, a menudo se confundía de día, porque no tenía calendario. «Una vez la encontraron celebrando el culto en lunes, y otra vez arreglando el tejado en domingo creyendo que era lunes.» Nadie va a pretender que los cultos de Mary Slessor eran menos válidos por tenerlos en lunes, o que estaba quebrantando un mandamiento por trabajar en domingo. Pablo no habría negado jamás que el día del Señor es especialmente precioso; pero habría insistido igualmente en que no se convirtiera en una tiranía, y menos en un fetiche. No es el día lo que hemos de reverenciar, sino a Aquél a Quien ofrecemos el culto porque es el Señor de todos los días.

A pesar de todo, Pablo pide que haya simpatía entre los hermanos más estrechos y los más anchos. Su argumento es que, a pesar de las diferencias de práctica, su invalidad es la misma. En sus diferentes actitudes en relación con los días, todos creen que están haciendo la voluntad de Dios; y cuando se sientan a comer, unos comen carne y otros no, pero todos dan gracias a Dios. Haremos bien en recordarlo. Si yo quiero ir de Glasgow a Londres, hay varias rutas que puedo seguir. De hecho podría llegar a mi destino sin pasar por los mismos lugares que otro viajero que saliera del mismo sitio y llegara al mismo sitio que yo. Según Pablo es el destino lo que nos une, y no debemos dejar que las diferencias de método nos dividan.

Pero sí insiste en una cosa: Sea cual sea el camino que escoja, que cada cual esté convencido de lo que hace. Sus acciones deben estar inspiradas, no en la *convención*, sino en la *convicción*. Uno no debe hacer nada simplemente porque los otros lo hacen, ni porque está dominado por un sistema de tabúes más o menos supersticiosos; sino porque se lo ha pensado y ha llegado a la conclusión de que, por lo menos él, eso es lo que tiene que hacer.

Pablo hubiera añadido algo más: Que nadie pretenda hacer de su conducta la regla universal para todos los demás. Esta ha sido, de hecho, una de las maldiciones de las iglesias. Los seres humanos tenemos la tendencia a considerar que nuestra manera de hacer las cosas es la única perfecta, incluido el culto a Dios. T. R. Glover cita en algún lugar lo que decía Cambridge: «Sea lo que sea lo que tienes entre manos, hazlo conforme a tu leal saber y entender; pero recuerda que otro lo haría de otra manera.» Haríamos bien en no olvidar que, en muchos

casos, es nuestro deber tener convicciones; pero también dejar que los demás tengan las suyas sin tomarlos por publicanos o pecadores.

LA IMPOSIBILIDAD DEL AISLAMIENTO

Romanos 14:7-9

La razón de todo lo dicho es que no hay nadie que viva ni muera para sí solo; porque, ya sea que vivamos o que muramos, vivimos o morimos para el Señor, porque somos Su propiedad. Fue para esto para lo que Cristo murió y resucitó otra vez a la vida: para ser el Señor tanto para los que viven como para los que mueren.

Pablo presenta el hecho innegable de que es por naturaleza imposible vivir una vida independiente. No hay tal cosa en el mundo como un individuo totalmente aislado. De hecho, eso es verdad en dos sentidos. < El hombre -decía Macneile Dixon- tiene que ver con los dioses y con los mortales. » Nadie puede desligarse, ni de sus semejantes ni de Dios.

Hay tres dimensiones en las que uno no puede desligarse:

(i) No se puede aislar del *pasado*. No hay nadie que se haya hecho a sí mismo. «Soy parte -decía Ulises- de todo lo que me he encontrado.» Todos hemos recibido una tradición. Somos una amalgama de todo lo que nuestros antepasados nos han hecho. Ciertamente que cada uno hace algo en esa amalgama; pero no empieza desde cero. Para bien o para mal empieza con todo lo que el pasado le ha hecho. La innumerable nube de testigos no sólo le rodea, sino que está en él. No se puede disociar del tronco del que ha salido o de la roca de la que ha sido extraído.

(ii) No se puede aislar del *presente*. Vivimos en una civilización que nos va uniendo cada vez más estrechamente. Nada que haga una persona la afecta solamente a ella. Cada uno tiene el tremendo poder de hacer a otros felices o desgraciados con su conducta; y el poder todavía más tremendo de hacer a otros buenos o malos. Cada persona irradia una influencia que les hace a otros seguir el camino hacia arriba o hacia abajo. Las obras de cada cual tienen consecuencias que afectan más o menos a otros. Cada persona está envuelta en el paquete de la vida, del que no puede escapar.

(iii) No se puede aislar del *futuro*. Como recibe la vida, así la transmite. Comunica a sus hijos una herencia de vida física y de carácter espiritual. No es una unidad hermética, sino un eslabón de la cadena. Alguien ha contado lo que le pasó a un chico que iba a lo suyo, y que empezó a estudiar biología. Estaba viendo por el microscopio algunas de esas criaturas que se pueden ver nacer y producir otras y morir en un instante de tiempo. Cuando se levantó, dijo: < Ahora sé que soy un eslabón de la cadena, y ya no quiero ser más un eslabón flojo. » Nuestra tremenda responsabilidad está en lo que dejamos de nosotros mismos en el mundo al dejarlo en otros. El pecado sería algo mucho menos terrible si solamente afectara al que lo comete. Nos debe infundir santo temor el pensar que cada pecado empieza o continúa una cadena de maldad en el mundo.

Y una persona puede desligarse todavía menos de Jesucristo.

(i) En esta vida Cristo es una Presencia viva para siempre. No tenemos que hablar de vivir como si Cristo nos viera; es que Él nos ve. Toda vida se vive en Su Presencia. Es tan imposible escapar del Cristo Resucitado como de nuestra propia sombra: no hay posibilidad de dejárnosle atrás, ni de hacer nada que Él no pueda ver.

(ii) Ni siquiera la muerte nos puede apartar de Su Presencia. En este mundo vivimos en la Presencia invisible de Cristo; en el siguiente viviremos en Su Presencia visible. La muerte no es una sima que acaba en la total eliminación, sino una puerta que conduce a Cristo.

Ningún ser humano puede seguir una política de

aislacionismo. Está ligado a sus semejantes y a Cristo por lazos que no pueden romper ni el tiempo ni la eternidad. Nadie puede vivir ni morir para sí mismo.

PERSONAS A JUICIO

Romanos 14:10-12

¿Quién eres tú para juzgar a tu hermano por nada? ¿Y tú, el otro, qué te has creído que eres para despreciar a tu hermano? Porque todos vamos a comparecer ante el tribunal de Dios; porque está escrito: «Tan cierto como que Yo estoy vivo -dice Dios-, a Mí se doblarán todas las rodillas, y todas las lenguas confesarán su fe en Dios. » Así que cada cual dará cuenta a Dios por sí.

Hay una razón fundamental por la que no tenemos derecho a juzgar a ningún otro, y es que cada uno de nosotros estamos pendientes de juicio. Es de esencia de nuestra condición humana que no estamos para juzgar a nadie, sino para ser juzgados. Para demostrarlo, Pablo cita *Isaías 45:23*.

Cualquier judío estaría de acuerdo con Pablo en esto. Había un dicho rabínico: «No te imagines que la tumba va a serte un refugio seguro; porque independientemente de tu voluntad fuiste formado, y naciste, y vives, y morirás, y tendrás que rendir

cuentas ante el Rey de reyes, el Santo, bendito sea.» Dios es el único que tiene derecho a juzgarnos; el que está pendiente de juicio no puede erigirse en juez.

Pablo ha estado pensando en la imposibilidad de la vida aislada. Pero hay una situación en la que cada uno estará aislado, y es ante el tribunal de Dios. En los tiempos antiguos de la república romana, en la esquina del foro que estaba más lejos del capitolio estaba *el tribunal*, en el que el *praetor urbanus* se sentaba para hacer justicia. Cuando Pablo escribía esto, la justicia romana necesitaba más de un tribunal; así que,

en las grandes basílicas, es decir, las columnatas que rodeaban el foro, se sentaban los magistrados para hacer justicia. Los romanos estaban familiarizados con la escena del acusado que se presentaba a juicio ante el tribunal.

Eso es lo que pasa con todas las personas. Y es un tribunal ante el que nos hemos de presentar uno a uno. En este mundo, a veces se le aplican a uno los méritos de otro. A muchos jóvenes los ha librado del castigo la honorabilidad de sus padres; muchos hombres han obtenido gracia a causa de su esposa o hijos. Pero en el juicio de Dios cada uno tiene que responder por sí. A veces, cuando muere algún personaje, se ponen encima del ataúd los ropajes y emblemas de sus títulos o méritos; pero el muerto no lleva esas cosas consigo. Nacemos desnudos, y desnudos partimos de este mundo. Nos encontramos ante Dios en la tremenda soledad de nuestra alma; ante Él no podemos presentar más que el carácter que hemos forjado durante la vida.

Sin embargo, esa no es toda la verdad. No nos encontramos solos ante el tribunal de Dios, porque Jesucristo está con nosotros. No tenemos que presentarnos despojados de todo, sino cubiertos con Sus méritos. El escritor y periodista Collin Brooks escribe en uno de sus libros: < Puede que Dios sea más benévolo de lo que pensamos. Si no puede decir: < ¡Bien hecho, buen y fiel siervo!», puede que acabe diciendo: "No te preocupes, mal e infiel siervo mío: no me disgustas del todo."» Esa era la manera graciosa en que ese hombre expresaba su confianza; pero es más que eso: no es sólo que a Dios no le disgustamos del todo; es que, aunque somos pecadores, nos ama por amor de Jesucristo. Es verdad que tendremos que comparecer ante el tribunal de Dios en la desnuda soledad de nuestra propia alma; pero, si hemos vivido con Cristo en el mundo, El estará con nosotros en la muerte, y será nuestro Abogado y nuestro Pastor en la Eternidad.

EL HOMBRE Y LA CONCIENCIA DE SU PRÓJIMO

Romanos 14:13-16

Así es que, dejemos ya de dictar sentencia contra los demás, y más bien sea ésta nuestra única decisión: proponernos no ponerle a nuestro hermano ningún tropiezo ni escándalo en el camino. Yo sé muy bien, y estoy convencido de ello como cristiano, que nada es impuro por sí. Pero también, si alguien piensa que algo es impuro, para él sí que lo es. Si haces que tu hermano se escandalice de que comas alguna cosa, ya no te estás conduciendo de acuerdo con el principio que establece el amor. No causes una desgracia irreparable con lo que comas a una persona por la que Cristo dio Su vida.

Los estoicos enseñaban que había muchas cosas que ellos llamaban *adiáfora*, es decir, *indiferentes*. En sí eran neutrales, ni buenas ni malas. Los estoicos lo explicaban diciendo que todo depende del mango por el que las cojas. Ahora bien: eso es indudablemente cierto. Un cuadro puede ser una obra de arte para un estudiante de pintura, mientras que para otra persona es una cosa obscena. Una conversación puede ser interesante y estimulante para un grupo de personas, y una sarta de herejías y hasta de blasfemias para otros. Una diversión, un placer, un pasatiempo pueden ser totalmente permisibles para unos, y prohibidos para otros. Más aún: hay placeres que son inofensivos para una persona, y que pueden hacerle un daño irreparable a otra. Las cosas no son en sí ni limpias ni inmundas; lo que determina su carácter es la actitud de la persona que las ve o hace.

Eso es lo que Pablo nos quiere decir aquí. Hay ciertas cosas que una persona que está firme en la fe puede considerar que puede hacer; pero, si una persona con una mentalidad más rigurosa la ve hacerlo, no le parecerá bien; y si es inducida a hacerlo, su conciencia puede sufrir un daño irreparable. Vamos

a poner un ejemplo sencillo. Una persona sinceramente no ve nada malo en participar en algún juego en domingo; pero a otra no le parece bien y le molesta; y si se la indujera a tomar parte en aquello, estaría sintiéndose mal todo el tiempo y creyendo que está haciendo lo que no debería hacer.

El consejo de Pablo es claro: *Es un deber cristiano el tener en cuenta no sólo nuestro punto de vista, sino también el de los demás*. Fijémonos bien que Pablo no nos está diciendo que debemos someter nuestra conducta a los dictados de las conciencias de otros. Hay cosas que son en esencia cuestiones de principio, y exigen una decisión personal. Pero hay muchas que son indiferentes y neutras; muchas no son ni buenas ni malas en sí; muchas no son partes esenciales de la vida o de la conducta, y pertenecen a la categoría de lo que pudiéramos llamar «los extras». La convicción de Pablo es que, en relación con esas cosas, no tenemos derecho a ofender la conciencia de hermanos más escrupulosos haciéndolas nosotros; y, menos, induciéndolos a que las hagan ellos.

La vida debe regirse por el principio del amor; y cuando así es pensaremos, no tanto en el derecho que tenemos a hacer las cosas a nuestra manera, como en nuestra responsabilidad hacia los demás. No tenemos derecho a inquietar la conciencia ajena

en cosas que no tienen importancia. No se debe usar la libertad cristiana como excusa para lacerar los sentimientos de otros. Ningún placer es tan importante como para justificar causar ofensa o dolor, y menos ruina, a otros. Agustín de Hipona solía decir que toda la ética cristiana se puede resumir en el dicho: «Ama a Dios, y haz lo que quieras.» En cierto sentido es cierto; pero el Cristianismo no consiste sólo en amar a Dios, sino también en amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos.

EL PELIGRO DE LA LIBERTAD CRISTIANA

Romanos 14:17-20

No permitas que el buen don que posees de la libertad se convierta en algo que te desacredite; porque el Reino de Dios no consiste en comida y bebida, sino en la integridad, la paz y el gozo que son los dones del Espíritu Santo. Porque la persona que dirige su vida de acuerdo con este principio, y así llega a ser esclavo de Cristo, Le es agradable a Dios y aceptable a los hombres. Así que sigamos con atención las cosas que contribuyen a la paz y las que nos edifican mutuamente. No destruyamos lo que Dios está haciendo por causa de la comida. Es verdad que todas las cosas nos están permitidas, pero no está bien que uno les haga la vida más difícil a los demás por lo que come.

En esencia Pablo se está refiriendo aquí al peligro y al abuso de la libertad cristiana. Para un judío, la libertad cristiana tenía sus peligros; porque toda su vida había estado asediado por innumerables reglas y disposiciones: unas cosas eran limpias y otras inmundas; unos animales se podían comer y otros no; había que cumplir las leyes de la pureza ritual. Cuando un judío entraba en el Cristianismo se encontraba con que todas esas reglas y disposiciones se habían anulado de golpe; y el peligro era que tomara el Evangelio como una licencia para hacer lo que le diera la gana. Debemos recordar que la libertad cristiana y el amor cristiano siempre están en armonía. Tenemos que mantenernos en la verdad de que la libertad cristiana y el amor fraternal son inseparables.

Pablo les recuerda a los suyos que el Cristianismo no consiste en comer y beber lo que a uno se le antoje. Consiste en tres cosas muy grandes, que son opuestas al *egoísmo*.

(i) Está *la integridad*, que consiste en portarse con Dios y con los hombres como es debido. Ahora bien: lo primero que se le debe a un semejante en la vida cristiana es simpatía y consideración; en el momento en que nos convertimos a Cristo, los sentimientos de los demás son más importantes que los nuestros; el Cristianismo quiere decir poner a los demás en primer lugar, y al yo en último. No podemos darle al otro lo que le debemos y hacer lo que nos dé la gana.

(ii) Está *la paz*. En el Nuevo Testamento, la paz no es simplemente la supresión de las hostilidades; no es una actitud negativa, sino intensamente positiva; incluye todo lo que contribuye al mayor bien. Los mismos judíos muchas veces consideraban la paz como un estado de relaciones perfectas entre los hombres. Si nos empeñamos en que la libertad cristiana es hacer lo que nos dé la gana, la paz no se puede conseguir nunca. El Cristianismo consiste en *una relación personal* con Dios y con nuestros semejantes. La libertad cristiana limita con la obligación cristiana de vivir en la debida relación, en *paz*, con nuestros semejantes.

(iii) Está *el gozo*. El gozo cristiano no es nunca egoísta. No consiste en hacernos felices a nosotros mismos, sino a los demás. Una supuesta felicidad que hace a otros infelices no puede ser cristiana. Si uno, en su búsqueda de la felicidad, hiere el corazón e intranquiliza la conciencia de otro, el resultado que coseche no será gozo, sino tristeza. El gozo cristiano no es individualista, sino interdependiente. El cristiano experimenta el gozo cuando se lo produce a otros, aunque le reporte limitaciones.

Cuando uno vive de acuerdo con este principio llega a ser esclavo de Jesucristo. Aquí está el meollo de la cuestión. La libertad cristiana quiere decir que somos libres para hacer, no lo que queramos, sino lo que Cristo quiere. Sin Cristo somos esclavos de nuestros hábitos, placeres e indulgencias. No hacemos realmente lo que queremos, sino lo que nos tiene esclavizada la voluntad. Pero cuando entra en nosotros el poder de Cristo, Él es nuestro dueño, y entonces y sólo entonces tenemos la verdadera libertad. Entonces somos libres, no para tratar a los demás ni para vivir nuestra vida de la manera que nos

dictaba antes nuestra naturaleza egoísta. Somos libres para mostrar a todos nuestros semejantes la misma actitud de amor que hubo también en Cristo Jesús.

Pablo concluye estableciendo la meta cristiana en la comunidad. (a) Es una meta de *paz*; la finalidad de que los miembros de la comunidad mantengan entre sí la debida relación. Una iglesia en la que hay rivalidades y disensiones, peleas y amargura, divisiones y roturas, ha perdido el derecho a llamarse iglesia cristiana. No es un fragmento del Reino de los Cielos, sino una sociedad apresada por lo terreno. (b) Es una meta de *edificación*. La alegoría de la Iglesia como un edificio se encuentra en todo el *Nuevo Testamento*. Los miembros somos las piedras del edificio. Todo lo que debilita la solidez de la Iglesia está contra Dios; y también, todo lo que la consolida y fortalece es de Dios.

Lo trágico es que en muchos casos son cosas sin importancia las que alteran la paz entre los hermanos, cuestiones de orden y de procedimiento y de prestigio. Amanecería una nueva era en la Iglesia si nos diéramos cuenta de que nuestros derechos son mucho menos importantes que nuestras obligaciones; si recordáramos que, aunque tenemos libertad en Cristo, siempre es una

ofensa usarla como si nos diera derecho a herir el corazón o la conciencia de otros. A menos que la iglesia sea un cuerpo de personas que, en amor, se tienen mutua consideración, no es iglesia.

RESPECTO HACIA EL HERMANO MÁS DÉBIL

Romanos 14:21-23

Está bien no comer carne, ni beber vino, ni hacer nada que le haga más difícil al hermano el proseguir su camino. Por lo que se refiere a vosotros, ya tenéis fe suficiente para saber que estas cosas no tienen importancia, así que dejadlas que sean algo entre vosotros y Dios. Feliz el que nunca tiene motivo para condenarse a sí mismo haciendo lo que ha llegado a comprender que tiene derecho a hacer. Pero el que tiene dudas acerca de comer algo incurre en la desaprobación de Dios si lo come, porque su decisión no procede de su fe.

Otra vez volvemos a que lo que está bien para uno puede causar la ruina a otro. El consejo de Pablo es muy práctico.

(i) Les aconseja a los que son fuertes en la fe. Esos saben que lo que se coma o se beba no hace ninguna diferencia. Han comprendido el principio de la libertad cristiana. Bien; entonces, que esa libertad sea algo entre ellos y Dios. Han alcanzado ese nivel en la fe, y Dios sabe que lo han alcanzado. Pero eso no es razón para hacer gala de esa libertad a la cara de los que no la han alcanzado todavía. Muchos han insistido en los derechos de su libertad, y luego se han arrepentido cuando han visto las consecuencias de su presunción.

Una persona puede que llegue a la conclusión de que su libertad cristiana le da derecho a hacer un uso razonable del alcohol; y por lo que a ella respecta, puede que sea un placer perfectamente inofensivo y que no le pone en ningún peligro. Pero tal vez hay otra persona más joven que admira a la primera, que la ve y sigue su ejemplo. Y es posible que la más joven resulte una de esas personas para las que el alcohol es fatal. ¿Está bien que el cristiano más fuerte use su libertad para dar un ejemplo que bien puede llevar a la ruina a su admirador más débil? ¿O debería limitar su libertad, no por causa de sí mismo, sino por causa del que va siguiéndole?

No cabe duda de que lo cristiano es aceptar las limitaciones en nuestra libertad por amor a otros. Si no se ejercita esto, se puede encontrar uno con que algo que pensó genuinamente que le estaba permitido le ha llevado a otro a la ruina. Es seguro que es mejor imponerse esas limitaciones deliberadas que tener el remordimiento de saber que el placer que uno reclamaba como un derecho ha traído la muerte a otro. Una y otra vez, en todas las esferas de la vida, el cristiano arrostra el hecho

de que tiene que examinarlo todo, no sólo por lo que le pueda afectar a él, sino también por lo que pueda afectar a otros. Todos somos en cierto sentido guardianes de nuestros hermanos; responsables, no sólo de nosotros mismos, sino también de los que están en contacto con nosotros. «Su amistad me trajo la ruina» -dijo Robert Bums de un hombre mayor que conoció en Irvine cuando estaba aprendiendo el arte de hilar el lino. ¡Quiera Dios que nadie pueda decir eso de nosotros porque hemos abusado de nuestra libertad en Cristo!

(ii) Pablo les da consejo a los que son débiles en la fe, que tienen una conciencia excesivamente escrupulosa. Estos puede que desoigan o desobedezcan sus propios escrúpulos. Puede que alguna vez hagan algo porque ven a otros hacerlo, y no quieren ser diferentes. Puede que lo hagan porque no quieren quedar en ridículo o hacerse impopulares. La respuesta de Pablo es que el que desafía su conciencia es culpable de pecado. Si cree que algo está mal, entonces, si lo hace, a esa persona se le cuenta como pecado. Una cosa neutral se convierte en buena solamente cuando se hace con la sincera y razonada convicción de que lo es. Nadie es el guardián de la conciencia de otro; y en las cosas indiferentes la conciencia de cada cual debe ser el árbitro de lo que está bien o mal.

LA COMUNIÓN FRATERNAL

Romanos 15:1-6

Los que somos fuertes tenemos la obligación de soportar las debilidades de los que no lo son, y no hacer las cosas a nuestro gusto. Que cada cual obre teniendo en cuenta a su prójimo, de manera que sirva para el bien y la edificación en la fe de los demás. Porque el Ungido de Dios no hacía lo que le venía en gana; sino, como está escrito: «Los insultos de los que te insultaban recayeron sobre Mí.» Todo aquello que se escribió hace mucho tiempo era para nuestra enseñanza; para que nos mantengamos firmes en la esperanza por medio de la fortaleza y el ánimo que nos dan las Escrituras. ¡Que el Dios Que nos infunde fortaleza y ánimo os conceda convivir en armonía como Jesucristo quiere, para que se eleve al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo la alabanza que procede de corazones que latán y de voces que resuenen al unísono!

Pablo está tratando todavía de los deberes mutuos de los miembros de la iglesia, y especialmente de los más fuertes hacia los más débiles en la fe. Este pasaje nos da un resumen maravilloso de las señales que deben caracterizar la comunión fraternal.

(i) La comunión cristiana debe tener como una de sus características *la consideración* entre los miembros. Cada uno debe pensar, no sólo en sí mismo, sino en los demás. Pero esta consideración no debe degenerar en una laxitud facilona y sensiblera. Debe ir encaminada al bien y a la edificación en la fe del otro. No es una tolerancia que surge del pasotismo y de la falta de interés, sino la tolerancia que sabe que, para ganar a una persona, hay que arroparla con un ambiente de amor, y no bombardearla con una batería de críticas.

(ii) La comunión cristiana debe tener como una de sus características *el estudio de la Palabra de Dios*. De allí debe proceder nuestro *ánimo*. Desde este punto de vista la Escritura nos provee de dos cosas: (a) Nos informa de la relación que Dios ha tenido con una nación, un informe que es la demostración de que siempre es mejor estar en buena relación con Dios y sufrir, que estar a bien con los hombres y evitarse problemas. Los acontecimientos de la historia de Israel demuestran que al final les va bien a los buenos y mal a los malos. La Biblia demuestra, no que el camino de Dios es siempre fácil, pero sí que a fin de cuentas es lo que hace que la vida tenga buenos resultados en el tiempo y en la eternidad. (b) Nos comunica las grandes y preciosas promesas de Dios. Se dice que

Alexander White tenía la costumbre de decir un versículo cuando se marchaba de una visita pastoral; y añadía: < Póntelo debajo de la lengua y chúpalo como un caramelo. » Estas son las promesas de un Dios que nunca falta a Su Palabra. De estas maneras la Biblia comunica al que la estudia consuelo en la aflicción y ánimo en la lucha.

(iii) La comunión cristiana debe tener como una de sus características *la entereza*, que es una actitud del corazón ante la vida. De nuevo nos encontramos con esta gran palabra *hypomoné*. Es mucho más que paciencia; es la capacidad victoriosa que puede con la vida; la entereza que no se limita a aceptar las cosas, sino que, al aceptarlas, las transforma en gloria.

(iv) La comunión cristiana debe tener como una de sus características *la esperanza*. El cristiano es siempre optimista, y nunca pesimista. La esperanza cristiana no es algo que no cuesta nada. No es la esperanza inmadura que es optimista porque no ve las dificultades ni se ha enfrentado con las experiencias de la vida. Se podría pensar que la esperanza es prerrogativa de los jóvenes; pero un gran artista no lo veía así. Cuando Watts pintó < La Esperanza », la pintó como una figura combatida y asediada a la que sólo le quedaba una cuerda en la lira. La esperanza cristiana lo ha visto todo y lo ha sufrido todo; pero no desespera, porque cree en Dios. No es esperanza en el espíritu, la bondad o el éxito humanos, sino en el poder de Dios.

(v) La comunión cristiana debe tener como una de sus características *la armonía*. Por muy adornada que esté una iglesia, por muy perfectas que sean su liturgia y su música, por muy generosas que sean sus colectas, habrá perdido lo más esencial de la comunión cristiana si le falta la armonía. Esto no quiere decir que no debe haber diferencias de opinión, o que no deben producirse discusiones ni debates; pero sí quiere decir que los que están en la iglesia ya han resuelto el problema de la convivencia. Están absolutamente seguros de que el Cristo que los une es infinitamente más grande que las diferencias que puedan tener.

(vi) La comunión cristiana debe tener como una de sus características *la alabanza*. Una prueba certera para conocer a una persona es preguntar si el principal registro de su voz es la queja descontenta o la jubilosa acción de gracias. < ¿Qué puedo hacer yo, que soy un pobre vejete cojo decía Epicteto-, sino darle gracias a Dios? » El cristiano debe gozar de la vida, porque goza de Dios. Se llevará el secreto consigo mismo; porque siempre estará seguro de que Dios hace que todo contribuya a su bien.

(vii) Y la esencia de la cuestión es que la comunión cristiana tiene el ejemplo, la inspiración y la dinámica de Jesucristo. Él no se agradó a Sí mismo. La cita que hace Pablo está tomada del *Salmo 69:9*. Es significativo que, cuando Pablo habla de *soportar* las debilidades de otros, usa la misma palabra que se aplica a Cristo llevando la cruz (*bastazein*). Cuando el Señor de la Gloria eligió servir a otros en lugar de buscar su propia seguridad, estableció un modelo que debe aceptar todo el que trate de ser Su seguidor.

LA IGLESIA INCLUSIVA

Romanos 15:7-13

Así que, aceptaos mutuamente como Cristo os aceptó, para que Dios sea alabado. Lo que quiero decir es que Cristo se hizo servidor de la raza y de la manera judía de vivir por causa de la verdad de Dios, no sólo para garantizar las promesas que habían recibido los antepasados de Israel, sino también para que los gentiles alabaran a Dios por Su misericordia. Escrito está: «Por tanto, alabaré a Dios entre los gentiles y cantaré a Tu Nombre. » Y en otro lugar: «Regocijaos, gentiles, con Su pueblo. » Y en otro lugar: «Alabada Dios, vosotros todos los gentiles, y que todos los pueblos Le alaben. » E Isaías también dice: «Vivirá el Pimpollo de Jesé, es decir, el

Que ascenderá para gobernar a los gentiles; en Él pon-

drán los gentiles sus esperanzas.» ¡Que el Dios de esperanza os llene de la alegría y de la paz de la fe, para que reboséis esperanza por el poder del Espíritu Santo!

Pablo hace el último llamamiento para que todos los de la iglesia estén de consuno, para que los débiles y los fuertes en la fe se vean como parte del mismo cuerpo, para que judíos y gentiles vivan en perfecta comunión. Puede que haya diferencias, pero no hay más que un Cristo, y el lazo de unión es la común lealtad a Él. La Obra de Cristo fue para los judíos y para los gentiles. Nació judío y sometido a la Ley judía. Eso fue para que se cumplieran todas las grandes promesas que Dios había hecho a los antepasados del pueblo de Israel, y para que viniera la Salvación a los judíos en primer lugar. Pero Cristo vino no sólo para los judíos, sino para toda la humanidad.

Para probar que esto no son sus propias ideas heréticas, Pablo cita cuatro pasajes. Los cita de la *Septuaginta*, que era la versión griega del *Antiguo Testamento*. Los pasajes se encuentran en el *Salmo 18:50*; *Deuteronomio 32:43*; *Salmo 117:1*, e *Isaías 11:10*. En todos ellos encuentra Pablo anuncios antiguos de la entrada de los gentiles en la fe. Está convencido de que, de la misma manera que Jesucristo vino al mundo para salvar a todos los hombres, la Iglesia debe recibirlos a todos sin tener en cuenta sus diferencias. Cristo fue un Salvador incluyente, y por tanto Su Iglesia debe ser incluyente y no excluyente.

A continuación, Pablo vuelve a hacer resonar las notas clave del Evangelio. Las grandes palabras de la fe cristiana irradian su luz una tras otra.

(i) Está *la esperanza*. Es fácil a la vista de la experiencia desesperar de uno mismo. Y al considerar los acontecimientos es fácil desesperar del mundo. Alguien ha contado lo que sucedió en una iglesia en tiempos difíciles. Empezó la reunión el presidente con una oración: «Todopoderoso y eterno Dios, Cuya Gracia es suficiente para todas las necesidades», etcétera. Cuando terminó, se empezó con el orden del día, y el presidente lo inició diciendo: «Caballeros, la situación de esta iglesia es totalmente desesperada, y no se puede hacer nada.» O su oración era vacía y sin sentido, o su afirmación posterior era falsa.

Hace ya mucho que se dijo que no hay situación desesperada, sino sólo personas que han llegado a una condición desesperada. Se dice que había una reunión del gabinete en los días aciagos de la última guerra, inmediatamente después de la capitulación de Francia, Winston Churchill presentó la situación en toda su negrura. El Reino Unido se había quedado solo. Hubo un profundo silencio cuando acabó de hablar, y en algunos rostros se dibujaba la desesperación; algunos de los presentes habrían optado por la rendición. Mr. Churchill recorrió con la mirada aquella triste compañía, y les dijo: «Caballeros, lo encuentro inspirador.»

Hay algo en la esperanza cristiana que no pueden apagar todos los augurios tenebrosos, y es la convicción de que Dios está vivo. Nadie está sin esperanza mientras exista la Gracia de Jesucristo; y no hay situación desesperada mientras exista el poder de Dios.

(ii) Está *el gozo*. El placer y el gozo son diferentes a más no poder. Los filósofos cínicos declaraban que el placer es el mal absoluto. Antístenes hizo la extraña afirmación de que «preferiría estar loco a estar contento.» Su argumento era que «el placer es sólo la pausa entre dos dolores.» Si uno tiene ansiedad por algo, eso es un dolor; si lo obtiene, satisface la ansiedad y se produce una pausa en el dolor; disfruta aquello, pero es un placer pasajero, y el dolor vuelve. Verdaderamente, así es como se experimenta el placer. Pero el gozo cristiano no depende de nada que esté fuera de nosotros; mana de la consciencia de la presencia del Señor Resucitado, de la certeza de que nada nos puede separar del amor de Dios en Él.

(iii) Está *la paz*. Los antiguos filósofos buscaban lo que llamaban *ataraxia*, la vida imperturbable. **Deseaban la serenidad que no pueden inquietar** ni los golpes adversos de la fortuna ni las punzadas molestas de la pasión. Se podría decir

que hoy **en día la serenidad es un paraíso perdido**. Hay dos cosas que la hacen imposible:

(a) *La tensión interior*. Se vive una vida distraída -porque la palabra *distraer* quiere decir literalmente «apartar, desviar, alejar» (DRAE); los componentes de la personalidad humana están dispersos y enemistados. Mientras llevemos dentro una guerra civil, una personalidad dividida, está claro que no puede haber serenidad. Sólo hay una salida a esta situación, y es rendirse a Cristo. Cuando Cristo está en control, la tensión desaparece.

(b) *La preocupación por las cosas externas*. Muchos viven apesadumbrados por los azares y avatares de la vida. Cuenta H. G. Wells que se encontraba una vez en un transatlántico en el puerto de Nueva York. Había mucha niebla, de la cual salió inesperadamente otro transatlántico, y los dos se pasaron a pocos metros de distancia. Se encontró de pronto cara a cara con lo que él llamaba la gran peligrosidad general de la vida. Es difícil no preocuparse, porque el ser humano es por naturaleza una criatura que mira hacia adelante con sospecha o miedo. Lo único que puede acabar con esa preocupación es la absoluta convicción de que, pase lo que pase, Dios no causará a sus hijos ninguna lágrima inútil. Nos pasarán cosas que no podamos entender; pero si estamos seguros del amor de Dios, las podremos aceptar con serenidad, aunque hieran el corazón o desazonen la mente.

(iv) Está *el poder*. Aquí tenemos la necesidad suprema del ser humano: no es que no sepamos lo que está bien; lo difícil es hacerlo. El problema consiste en salir al paso de las cosas y conquistarlas; hacer que se haga realidad lo que llama Wells «el esplendor secreto de nuestras intenciones.» Eso es algo que no podemos hacer solos. Sólo podremos dominar la vida cuando la

marea del poder de Cristo cubre nuestra debilidad. Por nosotros mismos no podemos hacer nada; pero todo es posible con Dios.

LAS PALABRAS REVELAN AL HOMBRE

Romanos 15:14-21

Hermanos, yo estoy completamente seguro de que vosotros, tal como sois, estáis llenos de bondad, repletos de conocimiento y capacitados para daros buenos consejos unos a otros. Os escribo con un cierto atrevimiento, como si dijéramos, con el propósito de recordaros lo que ya sabéis. Mi razón para hacerlo es la gracia que Dios me ha dado al hacerme siervo de Jesucristo para con los gentiles y encomendarme el sagrado ministerio de proclamar el Evangelio; y mi propósito es hacer que los gentiles sean una ofrenda aceptable a Dios, consagrada por el Espíritu Santo. Ahora bien, como cristiano tengo una buena razón para sentir un legítimo orgullo en mi trabajo en el servicio de Dios. Puedo decir esto porque no me atrevería a hablar más que de las cosas que Cristo ha realizado por medio de mí, en palabra y en obra, por el poder de señales y milagros, y por el poder del Espíritu Santo, para traer a los gentiles a la obediencia a Cristo. Así es que, partiendo de Jerusalén y rodeando Ilírico, he llevado a cabo el anuncio de la Buena Noticia del Ungido de Dios. Pero siempre ha sido mi ambición anunciar la Buena Noticia, no donde ya se haya predicado el Nombre de Cristo; porque quiero evitar el construir sobre el cimiento que haya echado otro; sino más bien, como dice la Escritura: «Verán aquellos a los que no se han anunciado las Buenas Nuevas, y entenderán los que nunca las habían escuchado.»

Este es uno de los pasajes que revelan mejor el carácter de Pablo. Está llegando al final de la carta, y quiere preparar el terreno para la visita que espera hacerles pronto a los romanos. Aquí vemos algo por lo menos de su secreto para ganar almas.

(i) Pablo se nos revela como *un hombre de tacto*. No hay aquí ninguna reprensión. No se enfada con los hermanos de Roma ni adopta el tono de un maestro defraudado. Les dice sencillamente que no hace otra cosa que recordarles lo que ya saben muy bien, y les asegura que está convencido de que ellos están preparados para servir al Señor y a sus semejantes. Pablo estaba mucho más interesado en lo que un hombre podía llegar a ser que en lo que ya era. Veía los defectos con claridad meridiana, y los trataba con total fidelidad; pero todo el tiempo estaba pensando, no en la criatura desgraciada que era un hombre, sino en la espléndida criatura que podría llegar a ser.

Se cuenta que una vez Miguel Ángel, cuando se puso a tallar un imponente y deforme bloque de mármol, dijo que lo que quería era liberar al ángel que estaba prisionero en la piedra. Así era Pablo. No quería dejar a un hombre fuera de combate a golpes; no quería criticar para desanimar; hablaba con sinceridad y hasta con severidad, pero siempre con el deseo de ayudar al hombre a ser el que podía llegar a ser aunque todavía no había llegado a serlo.

(ii) La única gloria que Pablo se atribuía era que él era *siervo de Cristo*. La palabra que usa (*leiturgós*) es una gran palabra. En la antigua Grecia había ciertas obligaciones con el estado que se llamaban *liturgias* (*leiturgíai*), que unas veces se imponían y otras las asumían voluntariamente los que amaban al país. Había cinco de esos servicios voluntarios de los que se encargaban los ciudadanos patriotas.

(a) Uno era *jorégua*, que era el deber de proporcionar un coro. Cuando Esquilo, Sófocles y Eurípides estaban produciendo sus inmortales dramas, en cada uno de ellos intervenía un coro hablando en verso. Había grandes festividades como las de la Ciudad Dionisia en las que se representaban hasta dieciocho obras dramáticas nuevas. Los que amaban a su ciudad se ofrecían para reunir, mantener, instruir y equipar a un coro a sus expensas.

(b) Otro servicio era la *gymnasiarjía*. Los atenienses estaban divididos en diez tribus, y eran grandes atletas. En alguno **de los grandes festivales había famosas carreras de antorchas en las que competían los equipos de las diferentes tribus**. A veces hablamos todavía de *llevar* o de *pasar la antorcha*. El ganar la carrera de las antorchas era un gran honor, y había entusiastas que corrían con los gastos de seleccionar, mantener y entrenar al equipo que había de representar a su tribu.

(c) Otro servicio era la *hestiasis*. Había ocasiones en las que las tribus se reunían para compartir una comida y una fiesta común; y había hombres generosos que se encargaban de los gastos de tales concentraciones.

(d) Otro servicio era la *arjethoría*. A veces la ciudad de Atenas mandaba una embajada a otra ciudad, o a consultar el oráculo de Delfos o de Dodona. En tales ocasiones todo tenía que hacerse de forma que mantuviera el honor de la ciudad; y había patriotas que sufragaban voluntariamente los gastos de esas embajadas.

(e) Otro servicio era la *triérarjía*. Los atenienses eran el gran poder naval del mundo antiguo; y una de las cosas más patrióticas de las que uno se podía encargar era costear voluntariamente los gastos de mantenimiento de un trirreme o barco de guerra durante un año.

Ese es el fondo de la palabra *leiturgós*. En años posteriores, cuando se perdió el patriotismo, estas liturgias dejaron de ser voluntarias y se hicieron obligatorias. Más tarde la palabra llegó a usarse para cualquier clase de servicio; y más tarde todavía se reservó especialmente para el culto y el servicio de los dioses en los templos. Pero la palabra siempre conservó el matiz de

servicio generoso. De la misma manera que en los tiempos antiguos un hombre ofrecía su fortuna en el altar del servicio a su querida Atenas, y lo consideraba un honor y una gloria, así Pablo se ponía todo él en el altar del servicio a Cristo, y estaba orgulloso de ser siervo de tal Señor.

(iii) Pablo se veía a sí mismo, en el mismo esquema de cosas, como *un instrumento en las manos de Cristo*. No hablaba de lo que había hecho él, sino de lo que Cristo había hecho con él. Nunca dijo de nada: « ¡Yo lo hice!» Siempre

decía: «Cristo me usó para hacerlo.» Se dice que el cambio en la vida de D. L. Moody llegó cuando fue a un culto y oyó decir al predicador: « ¡Está por ver lo que el Espíritu Santo podría hacer con un hombre que se le entregara totalmente y sin reserva!» Y Moody se dijo: « ¿Por qué no he de ser yo ese hombre?» Y todo el mundo sabe lo que el Espíritu de Dios hizo con D. L. Moody. Las cosas empiezan a suceder cuando una persona deja de pensar en lo que puede hacer por sí misma y empieza a pensar en lo que Dios puede hacer con ella.

(iv) La ambición de Pablo era ser *un pionero*. Se dice que, cuando Livingstone se ofreció voluntario a la Sociedad Misionera de Londres, le preguntaron adónde le gustaría ir. « Me da igual -contestó-, con tal de que sea hacia adelante.» Y cuando llegó a África le fascinaba el humo de mil poblados que veía en la distancia. La única ambición de Pablo era llevar la Buena Nueva de Dios a los que todavía no la habían escuchado. Usa el texto de *Isaías 52:15* para expresar su propósito. Un antiguo himno evangélico español expresa en el coro la misma voluntad:

¡Adelante siempre, - Adelante siempre!
Peleemos con valor,
¡Adelante siempre, - Adelante siempre!
Prosigamos con ardor
Con Jesús delante, - Con Jesús delante
Y es nuestra la victoria
Hasta verle en la gloria.
¡Adelante siempre!

PROYECTOS PRESENTES Y FUTUROS

Romanos 15:22-29

Y esa es la razón por la que en muchas ocasiones se me ha cerrado el camino para ir a vosotros. Pero ahora, puesto que ya no tengo más campo de trabajo en estas áreas, y dado que desde hace muchos años he tenido muchas ganas de ir a vosotros, cuando vaya a España espero veros de camino; y espero también, después de disfrutar por un tiempo de vuestra compañía, que me ayudéis a proseguir mi camino lo más pronto posible. Pero de momento voy de camino a Jerusalén para prestarles un servicio a los que están consagrados a Dios allí; porque Macedonia y Acaya han resuelto hacer una colecta para los pobres de entre los que están consagrados a Dios en Jerusalén, porque esa era su resolución, y es verdad que están en deuda con ellos; porque, si los gentiles han recibido una parte de los beneficios espirituales, ellos también están en deuda con ellos de prestarles servicio en las cosas materiales. Cuando haya llevado a cabo este asunto, y haya entregado debidamente completos los regalos que traigo para ellos, me pondré en camino hacia España pasando por vosotros. Sé que cuando vaya a veros, llegaré llevándoos una bendición abundante de parte de Cristo.

Aquí tenemos a Pablo hablando de sus planes inmediatos y más futuros.

(i) Su plan futuro era venir a España. Había dos razones por las que deseaba venir. La primera era que España era la tierra más occidental de Europa. Era, en cierto sentido, el límite del mundo civilizado, y eso ya era suficiente para hacer que Pablo quisiera visitarla para predicar el Evangelio aquí. Pablo quería llegar con el Evangelio al NON PLUS ULTRA, al último extremo más allá del cual ya no se creía que había más tierras.

(ii) En aquel tiempo florecía en España una verdadera galaxia de genios. Muchos de los más grandes hombres del Imperio eran españoles: Lucano, el poeta épico; Marcial, el maestro del epigrama; Quintiliano, el más grande preceptor de oratoria de su tiempo. Sobre todos y sobre todo, Séneca, el gran filósofo estoico, preceptor y luego primer ministro de Nerón, era español. Puede que Pablo estuviera diciéndose a sí mismo que podrían suceder cosas maravillosas si España fuera ganada para Cristo.

(iii) Su plan inmediato era ir a Jerusalén. Había tenido un proyecto que era muy querido a su corazón: había organizado que se hiciera una colecta entre las iglesias más jóvenes para la iglesia madre de Jerusalén. No cabe duda de que esa colecta sería muy necesaria. En una ciudad como Jerusalén, muchos de los empleos disponibles tendrían relación con el Templo y sus servicios. Todos los sacerdotes y las autoridades del Templo eran saduceos, que eran los más acérrimos enemigos de Jesús. Por tanto, debe de haber sucedido que muchos, cuando se convertían a Cristo en Jerusalén, perdían el empleo y quedaban en la más

completa necesidad. La ayuda que pudiera venirles de las iglesias más jóvenes sería un notable alivio. Pero había por lo menos otras tres razones de peso por las que Pablo tenía tanto interés en llevar aquella ofrenda a Jerusalén.

(a) Para él personalmente suponía el pago de una deuda y un deber. Cuando se llegó al acuerdo de que Pablo fuera el apóstol de los gentiles, lo único que le habían pedido los líderes de la iglesia de Jerusalén había sido que se acordara de los pobres (*Gálatas 2:10*). «Cosa que siempre tuve mucho interés en hacer» decía Pablo. Él no era un hombre capaz de olvidar un compromiso o una deuda; y ahora era el momento de cumplir, por lo menos en parte.

(b) No había mejor manera de demostrar prácticamente la unidad de la Iglesia. Era ésta una manera de enseñar a las iglesias más jóvenes que no eran unidades aisladas, sino miembros de una gran Iglesia que se extendía por todo el mundo. El valor de ayudar a otras iglesias consiste en que nos hace

recordar que no somos sólo miembros de nuestra iglesia local, sino también de la Iglesia universal.

(c) Era la mejor manera de aplicar la fe a la práctica. Era bastante fácil hablar de la generosidad cristiana; pero aquí se les ofrecía una oportunidad de pasar de las palabras a las obras.

Así es que Pablo está de camino a Jerusalén, y está preparándose para visitar España. No sabemos seguro si cumplió su deseo, porque en Jerusalén se enfrentó con grandes dificultades que le condujeron a un largo encarcelamiento y tal vez a la muerte. Es posible que este fuera un plan del gran pionero Pablo que nunca llegó a realizar.

CON LOS OJOS ABIERTOS ANTE EL PELIGRO

Romanos 15:30-33

Hermanos, os exhorto por nuestro Señor Jesucristo, y por el amor del Espíritu, que luchéis conmigo en oración a Dios por mí; porque necesito vuestras oraciones para no caer en poder de los de Jerusalén que no creen, y para que la ayuda que estoy llevando a Jerusalén resulte aceptable a los que están consagrados a Dios allí. Quiero que oréis para que en la voluntad de Dios pueda ir felizmente a vosotros, y disfrutar de un tiempo de descanso en vuestra compañía. ¡Que el Dios de paz sea con todos vosotros! Amén.

Llegamos al final del pasaje anterior diciendo que, por lo que nosotros sabemos, el proyecto de Pablo de ir a España nunca lo pudo realizar. Sabemos seguro que, cuando fue a Jerusalén, le detuvieron y pasó los siguientes cuatro años prisionero, dos en Cesarea y dos en Roma. Aquí se nos revela de nuevo la grandeza de su carácter.

(i) Cuando Pablo fue a Jerusalén, sabía lo que hacía y era plenamente consciente de los peligros que le acechaban

(Cp. *Hechos 20:22ss; 21:10-14*). Como su Maestro cuando «afirmó Su rostro para ir a Jerusalén» (*Lucas 9:51, R-V*), así hizo Pablo. El valor de más subido valor es el del que sabe que tendrá que arrostrar un grave peligro si cumple lo que considera su deber, y sin embargo sigue adelante. Ese es el valor del que dio muestra Jesús. Y ese es el valor que debemos tener todos los seguidores de Cristo, como lo tuvo Pablo.

(ii) En una situación así, Pablo pidió las oraciones de los cristianos de la iglesia de Roma. Es una gran cosa seguir adelante sabiendo que estamos arropados por las oraciones de los que nos aman. Aunque estemos materialmente a mucha distancia de los que amamos, ellos y nosotros nos podemos encontrar ante el Trono de la Gracia de Dios.

(iii) Pablo les deja su bendición y sigue adelante. Era sin duda todo lo que podía dar. Aunque no podamos hacer nada más, siempre podremos presentar a nuestros amigos y amados en oración a Dios.

(iv) Fue la bendición del Dios de paz la que Pablo envió a Roma, y fue en la presencia del Dios de paz como él mismo fue a Jerusalén, a pesar de todas sus amenazas. El que tiene la paz de Dios en el corazón se puede enfrentar sin miedo con todos los peligros de la vida.

UNA CARTA DE PRESENTACIÓN

Romanos 16:1, 2

Os presento a nuestra hermana Febe, que está al servicio de la iglesia de Cencreas. Confío en que la recibiréis en el Señor como nos debemos recibir mutuamente los que formamos parte del pueblo de Dios; y espero que la ayudéis en lo que le haga falta, porque

ella por su parte ha ayudado a muchos, entre ellos a mí.

Cuando uno solicita un empleo, es corriente que presente cartas de sitios donde ha trabajado o de personas que le conocen y que pueden dar informes de su carácter y habilidad profesional. Cuando una persona va a vivir en algún lugar nuevo para ella, se suelen llevar cartas de introducción de alguien que conoce a algunos de ese lugar. En el mundo antiguo estas cartas ya eran

corrientes; se las llamaba *systatikai epístolas*, es decir, cartas de recomendación o de presentación. Se han conservado muchas de estas cartas, escritas en papiro, que se han encontrado en los antiguos basureros enterrados en las arenas del desierto en Egipto.

Un cierto olivicultor llamado Mysterion, por ejemplo, manda a un esclavo suyo con un encargo para un tal Stotoetis, jefe de los sacerdotes; y le da una carta de presentación que dice:

Mysterion a su apreciado Stotoetis: ¡Saludos cordiales! Te mando a mi Blastus para que me traiga aperos para mis olivares. No me le entretengas, que ya sabes que le necesito a todas horas.

A Stotoetis, sacerdote jefe de la isla.

Aquí Pablo escribe una carta de presentación de Febe a la iglesia de Roma.

Febe procedía de Cencreas, que era el puerto de Corinto. Algunas veces se la llama *diaconisa*; pero no es probable que Febe tuviera una posición oficial en el ministerio de la iglesia. No ha habido nunca un tiempo en el que el trabajo de las mujeres no fuera de un valor infinito. Esto debe de haber sido especialmente cierto en los tiempos de la Iglesia Primitiva. En los casos de bautismo por inmersión -que era la manera corriente entonces-, en las visitas a los enfermos y en la distribución de ayuda a los necesitados, las mujeres deben de haber representado un papel importante en la vida de las iglesias; pero no parece que tuvieran cargos oficiales en aquel tiempo.

Pablo encarga que se le dé la bienvenida a Febe: Pide a los cristianos de Roma que la reciban como los que están consagrados a Dios deben recibirse mutuamente. No debería haber extranjeros en la familia de Cristo; no deberían hacer falta las presentaciones formales entre los cristianos; porque son hijos e hijas del mismo Padre, y por tanto hermanos y hermanas entre sí. Y sin embargo la iglesia no es siempre la institución dispuesta a dar la bienvenida que debería ser. Es posible que las iglesias, y aún más las organizaciones eclesiásticas, se conviertan en grupitos exclusivistas que realmente no tienen interés en recibir a forasteros. Cuando venga uno a la nuestra -el consejo de Pablo sigue siendo relevante-, debemos hacer que se sienta bienvenido, como debe suceder entre los que son de Cristo.

UNA IGLESIA QUE ERA UNA FAMILIA

Romanos 16:3, 4

Dadle mis saludos a mis colaboradores en el Evangelio Prisca y Aquila, que se jugaron el cuello para salvarme la vida. No soy yo el único que les está agradecido, sino todas las iglesias de los gentiles; y transmitidle mi saludo a la iglesia que está en su casa.

No hay pareja más fascinante en todo el Nuevo Testamento que la formada por Prisca y Aquila. Algunas veces a Prisca se la llama Priscila -que debería decirse en español *Prisquilla*, porque es el diminutivo cariñoso de su nombre. Vamos a empezar por los hechos que sabemos de ellos con seguridad.

Aparecen por primera vez en *Hechos 18:2*. Por ese pasaje sabemos que antes habían sido residentes en Roma. Claudio había publicado un edicto en el año 52 d.C. desterrando a los judíos. El antisemitismo no es nada nuevo, y a los judíos se los odiaba en el mundo antiguo tanto como en el contemporáneo

a veces. Cuando fueron desterrados de Roma, Prisca y Aquila se quedaron en Corinto. Eran fabricantes de tiendas de campaña, que era también la profesión de Pablo, y éste encontró un verdadero hogar en la casa de ellos. Cuando salió de Corinto y se fue a Éfeso, Prisca y Aquila se fueron con él, y se instalaron allí (*Hechos 18:18*).

El primer incidente en que intervienen es característico. Había llegado a Éfeso un brillante intelectual que se llamaba Apolos; pero éste todavía no había comprendido del todo la fe cristiana. El caso es que Prisca y Aquila se le llevaron a su casa, y le ofrecieron amistad y enseñanza del Evangelio (*Hechos 18:24-26*). Desde el principio Prisca y Aquila eran personas que mantenían la puerta y el corazón abiertos.

La segunda vez que nos los encontramos están todavía en Éfeso. Pablo escribió desde allí su *Primera Carta a los Corintios*, y en ella manda saludos de Prisca y Aquila y de la iglesia que está en su casa (*1 Corintios 16:19*). Esto era mucho antes de que hubiera tal cosa como edificios que se usaran como iglesias; y la casa de Prisca y Aquila se usaba como el lugar de reunión de un grupo de cristianos.

La vez siguiente que tenemos noticias de ellos están en Roma. El edicto por el que Claudio había desterrado de Roma a los judíos había dejado de ser efectivo; y es probable que Prisca y Aquila, como otros muchos judíos, volvieran a sus antiguas casas y negocios, de los que habrían conservado las llaves como hicieron durante mucho tiempo los judíos que fueron expulsados de España en 1492. Descubrimos que Prisca y Aquila siguen siendo los mismos: otra vez hay un grupo de cristianos que se reúne en su casa.

La última vez que aparecen en el *Nuevo Testamento* es en *2 Timoteo 4:19*, y están en Éfeso otra vez; y uno de los últimos mensajes que mandó Pablo fueron sus saludos para esta pareja de cristianos que habían sido sus compañeros en muchos de los lances de su agitada vida.

Prisca y Aquila vivieron una vida curiosamente nómada y desarraigada. El mismo Aquila había nacido en el Ponto, en

Asia Menor (*Hechos 18:2*). La primera vez nos los encontramos en Roma; luego, en Corinto; después, en Éfeso; luego, otra vez en Roma, y finalmente, de nuevo en Éfeso; pero siempre que nos los encontramos, su casa es el centro de encuentro y de servicio de los hermanos cristianos. Todos los hogares cristianos deberían ser iglesias; porque una iglesia es un lugar donde se puede encontrar a Cristo. La casa de Prisca y Aquila, donde estuviera, irradiaba amistad y comunión y amor. Si uno es forastero o extranjero en algún lugar desconocido, una de las cosas que más apreciará será tener un hogar donde se sienta bien recibido y esté a gusto, lo más posible como en su propia casa. Eso disipa la soledad y protege contra la tentación. A veces puede que pensemos que el hogar es un sitio donde nos podemos encerrar dejando fuera al mundo; pero, por otra parte, un hogar debería ser un sitio con una puerta abierta. La puerta abierta, la mano abierta y el corazón abierto son características de la vida cristiana.

Hasta aquí lo que sabemos seguro de Prisca y Aquila; pero puede que haya algo aún más romántico en su historia. Hasta ahora, hay una iglesia en el Aventino de Roma que se llama la Iglesia de Santa Prisca. También hay un cementerio que se llama de Priscilla, y es el cementerio de la antigua familia Acilia. Allí fue enterrado Acilio Glabrio, que fue cónsul de Roma en el año 91 d.C., el puesto más honorable que se podía conceder a un romano; y parece ser que murió como mártir cristiano. Debe de haber sido uno de los primeros nobles romanos que se convirtieron al Cristianismo y dieron su vida por su fe. Ahora bien: cuando un esclavo recibía la libertad en el Imperio Romano se enrolaba en una de las grandes familias y tomaba uno de los nombres de ésta como propio. Uno de los nombres más frecuentes de mujer en la familia Acilia era Prisca; y Acilius se escribe a veces Aquilius, que está muy próximo a Aquila. Aquí nos encontramos con dos posibilidades fascinantes:

(i) A lo mejor Prisca y Aquila recibieron la libertad de algún miembro de la familia Acilia, en la que tal vez habían sido esclavos. ¿No serían ellos los que sembraron la semilla del Evangelio en aquella familia, de tal manera que uno de ellos, nada menos que el cónsul romano Acilio Glabrio, se convirtió y fue mártir de Cristo?

(ii) Y hay otra posibilidad todavía más romántica. Es curioso que en cuatro de los seis lugares en los que aparece la pareja en el *Nuevo Testamento* se nombre a Prisca en primer lugar, aunque lo normal habría sido poner el nombre del marido delante del de la mujer, como cuando decimos nosotros «el señor y la señora Rodríguez.» Existe la posibilidad de que se hiciera así porque Prisca no era una liberta, sino una dama de la nobleza, perteneciente por nacimiento a la familia Acilia. Es posible que, en alguna reunión de los cristianos, esta gran señora romana conoció a Aquila, el humilde judío fabricante de tiendas de campaña; que se enamoraron; que el Evangelio echó abajo las barreras de raza y rango y riqueza y nacimiento, y que estos dos, la aristócrata romana y el artesano judío, unieron sus vidas para siempre en el amor y en el servicio cristiano.

De estas suposiciones no podemos estar seguros del todo, aunque uno quisiera que fueran verdad; pero podemos estar seguros de que había muchos en Corinto, en Éfeso y en Roma que debían sus almas a Prisca y Aquila, y al hogar de ambos que era también una iglesia.

UN ELOGIO PARA CADA NOMBRE

Romanos 16:5-11

Dad mis saludos a mi querido Epeneto, que fue el primero que se convirtió a Cristo en Asia. Dad mis saludos a María, que ha trabajado mucho entre vosotros. Dad mis saludos a mis parientes y compañeros de presidio Andrónico y Junia, que son muy apreciados entre los apóstoles y son cristianos desde antes que yo.

Dad mis saludos a Ampliato, amado mío en el Señor.

Dad mis saludos a nuestro colaborador cristiano Urbano, y a mi querido Estaquío. Dad mis saludos a Apeles, cristiano íntegro. Dad mis saludos a todos los de la familia de Aristóbulo. Dad mis saludos a mi pariente Herodión. Dad mis saludos a los de la familia de Narciso que son creyentes.

No hay duda de que detrás de cada uno de estos nombres se esconde una verdadera saga cristiana. Ninguna de ellas nos es conocida, pero podemos imaginarnos algunas. En este capítulo hay veinticuatro nombres personales y dos cosas interesantes que notar:

(i) De los veinticuatro, seis son mujeres. Esto vale la pena recordarlo; porque algunos acusan a Pablo de ser *machista* y de minimizar el papel de las mujeres en la iglesia. Si de veras queremos conocer la actitud de Pablo, debemos leer un pasaje

como éste, en cada una de cuyas líneas se trasluce el aprecio de Pablo hacia la labor que las mujeres están realizando en la iglesia.

(ii) Trece de los veinticuatro nombres figuran en inscripciones o en documentos que tratan del palacio del Emperador de Roma. Aunque varios son bastante corrientes, este hecho es muy sugestivo. En *Filipenses 4:22* Pablo habla de los santos de la casa del César. Puede que fueran en su mayoría esclavos; pero aun así es importante que el Evangelio parece haber penetrado desde tan al principio en el palacio imperial.

Andrónico y Junias forman una pareja interesante, porque es probable que Junias sea un nombre de mujer. Eso querría decir, ¡nada menos!, que en la Iglesia Primitiva se podía incluir a una mujer entre los apóstoles. Los apóstoles, en este sentido, eran personas que la iglesia mandaba al mundo a predicar el Evangelio. Pablo dice que Andrónico y Junias eran cristianos desde antes que él. Eso quiere decir que se remontarían a los días de Esteban; deben de haber estado en contacto con la iglesia de los primeros días en Jerusalén.

Detrás del nombre de Ampliato puede que se esconda una historia interesante. Es corriente como nombre de esclavo. Ahora bien: en el cementerio de Domitila, que es el más antiguo de las Catacumbas, hay una tumba decorada, dedicada exclusivamente a *Ampliatius*. Los ciudadanos romanos tenían tres nombres: el *nomen*, el *praenomen* y el *cognomen*-, lo cual podría indicar que este Ampliatius, que no tenía más que uno, era un esclavo. Pero la decoración de la tumba y la distinguida escritura nos hacen pensar que se trataba de una persona de alto rango en la iglesia. De ahí se deduce que, desde los primeros días de la Iglesia, las diferencias de rango estaban tan borradas que era posible que un hombre fuera al mismo tiempo un esclavo y un príncipe de la Iglesia. Las diferencias sociales no contaban. No podemos asegurar que este Ampliatius al que manda saludos Pablo fuera el mismo que el del cementerio de Domitila; pero no es imposible.

La casa de Aristóbulo puede también ser una referencia que encierra una historia interesante. En Roma, *la casa* no describía solamente la familia o los parientes de una persona, sino que incluía también a sus servidores y esclavos. En Roma hacía tiempo que vivía un nieto de Herodes el Grande que se llamaba Aristóbulo. Siempre había vivido como un mero particular, y no había heredado nada de los dominios de Herodes; pero era amigo personal del emperador Claudio. Cuando murió Aristóbulo, sus servidores y sus esclavos pasarían a ser propiedad del Emperador, pero formarían una sección conocida como *la casa de Aristóbulo*. Así que esta frase puede describir a los servidores y esclavos judíos que antes habían pertenecido a Aristóbulo, el nieto de Herodes, y que habían pasado a ser propiedad del Emperador. Esto resulta más probable por los dos nombres entre los que se encuentra. *Apeles* puede ser la forma griega del nombre de un judío que se llamara *Abel*, y *Herodión* está claro que sería el que correspondiera a uno relacionado con la familia de Herodes.

La casa de Narciso también puede que encierre una historia interesante. Narciso era un nombre bastante corriente; pero el

Narciso más famoso era un liberto que había sido secretario del emperador Claudio y había tenido una considerable influencia. Se decía que había amasado una fortuna privada que equivaldría ahora a miles de millones de pesetas. Adquirió tanto poder porque toda la correspondencia dirigida al Emperador tenía que pasar por sus manos, así es que de él dependía que llegara a su destino; los sobornos para que las peticiones de la gente llegaran al Emperador iban engrosando la fortuna personal de Narciso. Cuando Claudio fue asesinado y Nerón ocupó su puesto, Narciso sobrevivió un poco de tiempo, pero al final se le obligó a cometer suicidio, y su fortuna y casa pasaron a ser propiedad de Nerón. Puede que aquí se haga referencia a sus servidores y esclavos. Si Aristóbulo era de veras el nieto de Herodes, y si Narciso era el que había sido secretario de Claudio, esto querría decir que muchos de los esclavos de la corte imperial ya eran cristianos. La levadura del Evangelio había llegado a los círculos más altos del Imperio.

SAGAS QUE SE RECUPERAN

Romanos 16:12-16

Dadle mis saludos a Trifena y a Trifosa, que trabajan mucho en el Señor. Dadle mis saludos a la querida Pérsida, que ha trabajado mucho en el Señor. Dadle mis saludos a Rufo, escogido del Señor, y a su madre, que me trató como a un hijo. Dadles mis saludos a Asíncrito, Flegonte, Hermas, Patrobas, Hermes, y a los hermanos que están con ellos. Dadles mis saludos a Filólogo, Julia, Nereo y su hermana, Olimpas, y todos los consagrados que están con ellos. Saludaos unos a otros dándoos unos a otros de mi parte el beso de los consagrados a Dios. Todas las iglesias cristianas os mandan recuerdos.

No cabe duda que todos estos nombres encerrarán sagas; pero sólo podemos aventurarnos a recuperar las de unos pocos.

(i) Cuando Pablo manda saludos para Trifena y Trifosa -que es probable que fueran mellizas, por la semejanza de sus nombres-, lo hace con una sonrisa; porque la forma en que lo dice suena a una graciosa contradicción en términos. En esta lista de saludos Pablo usa tres veces una cierta palabra griega refiriéndose al trabajo cristiano. La usa de María (versículo 6), y de Trifena y Trifosa y de Pérsida en este pasaje. Es el verbo *kopian*, que quiere decir *ajetrearse hasta el agotamiento, matarse a trabajar*. Eso es lo que Pablo dice que Trifena y Trifosa tenían costumbre de hacer; y lo curioso es que *Trifena y Trifosa* quieren

decir respectivamente *melindrosa* y *melosa*. Es como si dijera: «Vosotras dos os llamáis *melindrosa* y *melosa*; ¡pero dais un mentís a vuestros nombres *trabajando como negras* en la causa de Cristo!» Podemos figurarnos a Pablo guiñándole el ojo a su amanuense al dictarle este saludo.

(ii) Una de las sagas más gloriosas ocultas en el *Nuevo Testamento* se encierra en el nombre de Rufo, y su madre, que se portó como una madre con Pablo. Está claro que Rufo era conocido y apreciado por su simpatía y santidad en la iglesia de Roma; y también está claro que Pablo reconocía una deuda de gratitud que tenía con la madre de Rufo por la amabilidad y los cuidados que le había deparado. ¿Quién era Rufo?

Vayamos a *Marcos 15:21*. Allí leemos que los soldados romanos que iban conduciendo a Jesús al Calvario obligaron a un cierto Simón Cireneo a llevar la cruz; y se le describe como *el padre de Alejandro y Rufo*. Ahora bien: si a ese hombre se le identifica por los nombres de sus hijos, está claro que, aunque a él no se le conociera en aquella comunidad a la que se está contando aquello, sus hijos sí eran conocidos. ¿A qué iglesia dedicó Marcos su *Evangelio*? A la de Roma; y daba por

sentado que allí sabían quiénes eran Alejandro y Rufo. Es casi seguro que el Rufo que se menciona aquí era el hijo de aquel Simón Cireneo que llevó la cruz de Jesús.

Aquel habría sido un día terrible para Simón. Era judío,

natural de Cirene, en el Norte de África. Es probable que se hubiera pasado media vida ahorrando para poder ir alguna vez a celebrar la Pascua en Jerusalén. Cuando por fin lo pudo hacer, cuando estaba a punto de entrar en la ciudad con el corazón emocionado por la solemnidad de la fiesta, de pronto un soldado romano le puso la espada plana en el hombro, que era la señal de que se le confiscaba para un servicio... y se encontró llevando la cruz de un criminal. ¡Cómo se cambiaría su elevada emoción espiritual por el resentimiento que le causaba aquella indigna humillación! ¡Haber venido de Cirene para esto! ¡Él, que pensaba solamente en participar de la gloria de la Pascua, y tenía que hacer algo tan terrible y vergonzoso! ¿Tiraría la cruz al suelo con rabia al llegar al Calvario, y se marcharía con odio en el corazón?

Algo como lo que intuyó y nos contó Gabriel Miró en sus *Figuras de la Pasión del Señor* debe de haber sucedido. En el camino del Calvario, el encanto sobrenatural de la figura quebrantada de Jesús habrá ido echando sus zarcillos alrededor del corazón del Cireneo. Probablemente se quedaría para ver más, y la figura del Crucificado le atrajo a Sí para siempre. Aquel encuentro «casual» en el camino del Calvario cambió la vida de Simón. Había ido a Jerusalén para participar allí de la Pascua, ¡y cómo cumplió Dios su deseo! Allí y entonces conoció al Que había venido para hacer realidad todo lo que la Pascua anunciaba y representaba, al Cordero de Dios Que quita el pecado del mundo, Cristo, nuestra Pascua. Volvería a casa, y compartiría su experiencia con su mujer e hijos de tal manera que también ellos creerían.

Podemos entretener toda clase de especulaciones. Fueron hombres *de Chipre y de Cirene* los que fueron a Antioquía y anunciaron el Evangelio por primera vez a los gentiles (*Hechos 11:20*). ¿Era Simón uno de los de Cirene? ¿Estaba Rufo con él entre los que dieron aquel gigantesco paso de fe de hacer que el Cristianismo ofreciera la Salvación a toda la humanidad? ¿Estaban ellos entre los que soltaron las amarras del Cristianismo del muelle de Israel? ¿Será posible que los gentiles debamos el ser cristianos hoy al extraño episodio del hombre de Cirene al que obligaron a llevar una cruz al Calvario?

Vayamos ahora a Efeso en aquel día en que produjeron un tremendo disturbio los industriales que tenían montado un muy próspero negocio en torno a la diosa Diana de los Efesios, cuando la multitud habría linchado a Pablo si le hubiera echado mano. ¿Quién salió a enfrentarse con aquel gentío enfurecido? Uno que se llamaba Alejandro (*Hechos 19:33*). ¿Sería el otro hermano, arrojándolo todo por Jesús con Pablo?

Y en cuanto a la madre, no cabe duda de que en momentos de necesidad debe de haber brindado a Pablo la ayuda y la hospitalidad que su propia familia le rehusó desde el día que creyó que el Crucificado era el Mesías. Puede que nos estemos pasando en algunos detalles, porque Alejandro y Rufo eran nombres bastante corrientes; pero no nos podemos pasar al suponer que aquel encuentro «casual» en el camino del Calvario produjo consecuencias maravillosas, de las que seguimos beneficiándonos.

(iii) Todavía nos queda otro nombre que tal vez encierre una historia todavía más sorprendente, el de Nereo. El año 95 d.C. tuvo lugar un suceso que escandalizó a toda Roma. Dos de las personas más distinguidas de la ciudad fueron condenadas a muerte por ser cristianas. Eran Flavio Clemente, que había sido cónsul de Roma, y su esposa Domitila, que era de sangre real. Era nieta del emperador Vespasiano, y sobrina del actual emperador, Domiciano. De hecho, los dos hijos de Flavio Clemente y Domitila habían sido designados como sucesores de Domiciano en el poder imperial. Flavio fue ejecutado, y Domitila fue desterrada a la isla de Pontia, donde unos años después Paula vio la cueva en la que «Domitila arrastró su largo martirio por el nombre de Cristo.»

Lo curioso del caso es que el mayordomo de Flavio y Domitila se llamaba Nereo. Es posible que el esclavo Nereo fue el instrumento para que el ex cónsul Flavio Clemente y la princesa de sangre real Domitila se convirtieran al Cristia-

nismo. Nereo era un nombre bastante corriente, pero la suposición es posible.

Hay otro hecho de interés que añadir a esta historia. Flavio Clemente era hijo de Flavio Sabino, que era el prefecto de Roma cuando Nerón persiguió sádicamente a los cristianos después de acusarlos de haber provocado el terrible incendio de Roma del año 64 d.C. Como prefecto de la ciudad, Flavio Sabino tiene que haber sido el oficial encargado de la persecución. Fue entonces cuando Nerón ordenó que se cubriera de brea a los cristianos y se les prendiera fuego para servir de antorchas vivas en sus jardines, o que se los cubriera de pieles de animales y se les lanzaran los salvajes perros entrenados para la caza mayor, o que los encerraran en navíos que luego se hundían en las aguas del Tíber. Es posible que, treinta años antes de morir por Cristo, el joven Flavio Clemente presenciara el valor inquebrantable de los mártires, y se preguntara qué los hacía arrostrar así las muertes más horribles.

¡Cinco versículos de saludos y nombres que nos revelan sagas que alucinan el corazón!

LA ÚLTIMA APELACIÓN DEL AMOR

Romanos 16:17-20

Hermanos, os advierto que tenéis que tener cuidado con los que, apartándose de la enseñanza que han recibido, causan disensiones y ponen tropiezos en vuestro camino para haceros caer. No tengáis nada que ver con ellos. Tales personas no están realmente al servicio de Cristo nuestro Señor, sino sólo de su propia codicia. Con halagos y buenas palabras engañan los corazones de los inocentes. Sé que sabréis lo que tenéis que hacer con tales personas, porque el informe de vuestra obediencia ha llegado a todo el mundo. Así que me alegro de cómo sois. Quiero que seáis expertos en el

bien e ignorantes en el mal. ¡El Dios de paz derribará pronto a Satanás a vuestros pies! ¡La Gracia del Señor Jesucristo sea con vosotros!

A Pablo le resultaba difícil ponerle punto final a su *Carta a los Romanos*. Ya había mandado saludos; pero antes de terminar incluye una última apelación a los cristianos de Roma para que se guarden de las malas influencias. Escoge dos características de las personas que son dañinas para la iglesia y la comunión cristiana.

(i) Son personas que causan divisiones entre los hermanos. Los que hacen cosas que alteran la paz de la iglesia tendrán que dar cuenta. Cierta vez estaba hablando a uno que acababa de llegar a su congregación de otro pueblo. Estaba claro que el tipo aquel tenía poco amor de Cristo. Le dijo al pastor: «¿Conoce usted tal y tal iglesia?» -refiriéndose a la anterior de la que había sido miembro. Cuando el pastor asintió, prosiguió con malvada complacencia: «Bueno, ¡yo la hice polvo!» Hay personas que se complacen en causar problemas, y les encanta sembrar cizaña. La que ha producido disensión en una compañía de hermanos tendrá que dar cuenta algún día al Que es Rey y Cabeza de la Iglesia.

(ii) Hay personas que ponen tropiezos en el camino de los demás. El que se lo pone más difícil a otro el ser cristiano, también tendrá que dar cuenta. Si la conducta de alguien es un mal ejemplo, o su influencia es una trampa, o su enseñanza diluye o tergiversa la fe cristiana que pretende defender, esa persona no quedará sin castigo. Y no será ligero, porque ya se lo advirtió Jesús a los que hagan tropezar a uno de Sus pequeñitos.

Hay dos palabras interesantes en este pasaje. (a) Una es la que hemos traducido por *halagos* (*jréstologuía*). Los mismos griegos definían a un *jréstólogos* como «uno que habla bien pero actúa mal.» Es la clase de persona que, tras una fachada de palabras piadosas, ejerce una mala influencia que desvía, no mediante un ataque directo, sino rastreramente; que pretende

ser servidor de Cristo, pero lo que hace en realidad es destruir la fe. (b) La otra palabra es la que hemos traducido por *incontaminado de nada malo* (*akeraios*), que se usa de un metal puro y sin aleaciones, o del vino o la leche a los que no se ha añadido agua. Describe algo que es puro y sin contaminación, «limpio de polvo y paja.» El cristiano es alguien cuya integridad ha de estar fuera de toda duda.

Una cosa hay que notar en este pasaje. Está claro que los problemas latentes en la iglesia de Roma no han salido a la luz. Pablo, desde luego, dice que cree que la iglesia romana está capacitada para resolverlos. Era un pastor precavido, porque creía firmemente que prevenir es mejor que curar. A veces en una iglesia o sociedad se deja desarrollar una mala situación porque nadie tiene valor para exponerla; y a menudo, cuando ya se ha desarrollado es demasiado tarde para resolverla. Es bastante fácil apagar un fuego localizado cuando empieza, pero casi imposible cuando ya es todo un bosque lo que está ardiendo. Pablo tenía la sabiduría necesaria para atajar una situación peligrosa.

El pasaje cierra con algo muy sugestivo. Pablo dice que *el Dios de paz* derribará pronto a Satanás, el poder del mal. Debemos fijarnos en que la paz de Dios es la paz de la acción y de la victoria. Hay una clase de paz que se puede obtener al precio de evadir todos los problemas y decisiones, una paz que viene del letargo de la inactividad. El cristiano debe recordar siempre que la paz de Dios no es la paz que se ha sometido al mundo, sino la que ha vencido al mundo.

SALUDOS

Romanos 16:21-23

Mi colaborador Timoteo os manda recuerdos, lo mismo que mis parientes Lucio, Jasón y Sosípater. (Yo Tercio, el que he escrito esta carta, también os mando mis saludos en el Señor). Gayo, que ofrece hospitalidad no sólo a mí sino también a toda la iglesia, os manda recuerdos, lo mismo que el hermano Cuarto.

Es tentador intentar identificar al grupo de amigos que mandan recuerdos. Timoteo era el brazo derecho de Pablo, el que Pablo veía como su sucesor y del que diría más tarde que era el que estaba más identificado con él (*Filipenses 2:19, 20*). Lucio es posible que fuera el Lucio de Cirene que era uno de los profetas y maestros de Antioquía que mandaron a Pablo y Bemabé en su primer viaje misionero (*Hechos 13:1*). Jasón puede que sea el que dio hospitalidad a Pablo en Tesalónica y sufrió por ello a manos de la multitud (*Hechos 17:5-9*). Sosípater puede que fuera el Sópater de Berea que llevó la colecta de su iglesia con las de las otras a Jerusalén con Pablo (*Hechos 20:4*). Gayo puede que fuera uno de los dos que bautizó Pablo en Corinto (*1 Corintios 1:14*).

Por primera y única vez, sabemos el nombre del amanuense que escribió esta carta al dictado de Pablo, porque introduce aquí su saludo personal. Todos los grandes hombres han dependido de la humilde ayuda de otros para llevar a cabo su labor. Nos son desconocidos los nombres de los que hicieron las veces de secretarios para Pablo en otras ocasiones, así es que Tercio es el representante de los todos los amanuenses de Pablo.

Una de las cosas más interesantes de este capítulo es la manera en que Pablo nos retrata a las personas con una sola frase. Aquí tenemos dos de esas descripciones resumidas: Gayo es un hombre que practica la hospitalidad, y Cuarto es un hermano. Es una gran cosa el pasar a la Historia como persona que mantuvo su casa abierta a los forasteros, o por haber sido un hombre de corazón fraternal. Algún día alguien resumirá nuestra personalidad en una frase. ¿Qué dirá esa frase?

LA ALABANZA FINAL

Romanos 16:25-27

A Aquel que es poderoso para hacer que os mantengáis firmes como promete el Evangelio que yo predico y ofrece el Mensaje que nos trajo Jesús, de la manera que se desvela ahora el secreto que estuvo envuelto en silencio largas edades pero que ahora aparece totalmente al descubierto y se está dando a conocer a todos los gentiles -como dijeron que sucedería los escritos de los profetas, y ahora Dios manda que sea- para que Le ofrezcan la sumisión que nace de la fe: ¡al único sabio Dios, por medio de Jesucristo, sea la gloria para siempre! Amén.

La *Carta a los Romanos* termina con una doxología que es también el sumario del Evangelio que Pablo amaba y predicaba.

(i) El Evangelio nos permite mantenernos firmes. «Hijo de hombre -dijo Dios a Ezequiel-, ponte en pie para que Yo hable contigo» (*Ezequiel 2:1*). El Evangelio es el poder que nos permite mantenernos invictos frente a todos los golpes del mundo y los ataques de la tentación.

Un periodista relata un incidente de la guerra civil española. Había una pequeña guarnición de hombres sitiados. El fin estaba cerca, y algunos querían rendirse para salvar la vida; pero otros querían seguir resistiendo. El dilema se resolvió cuando un alma noble declaró: « Es mejor morir de pie que vivir de rodillas.»

La vida puede ser difícil; a veces abate con sus golpes. La vida puede ser peligrosa; a veces es fácil caer en los lugares resbaladizos de la tentación. El Evangelio es el poder de Dios para salvar; ese poder que nos mantiene erguidos, hasta cuando la vida se presenta de la peor manera más amenazadora posible. La vida no nos puede separar del amor que Dios nos ha mostrado en nuestro Señor Jesucristo (*Romanos 8:38, 39*).

(ii) Es el Evangelio que predicaba Pablo y que ofreció Jesucristo. Es decir: el Evangelio tiene su origen en Cristo, y lo transmiten las personas. Sin Jesucristo no podría haber Evangelio; pero si no hay personas que lo transmitan, otras personas no lo llegarán a conocer. El deber cristiano consiste en que, en cuanto Cristo nos encuentra, nosotros vayamos a encontrar a otros para Cristo. Cuando Jesús encontró a Andrés, *Juan* nos dice: «Lo primero que hizo éste fue salir al encuentro de su hermano Simón para decirle: « ¡Hemos encontrado al Mesías!» (*Juan 1:40-42*).

Aquí tenemos el privilegio cristiano y el deber cristiano. El privilegio cristiano es apropiarnos el Evangelio para nosotros; y el deber cristiano, que no sea sólo para nosotros, sino que se lo transmitamos a otros.

Una leyenda famosa nos cuenta que Jesús, después de la Cruz y de la Resurrección, volvió a Su gloria, con las señales de Sus sufrimientos. Uno de los ángeles le dijo:

-Tienes que haber sufrido terriblemente por la gente de ahí abajo. ¿Ya saben todos los seres humanos lo que has hecho por ellos?

-No -respondió Jesús-, todavía no. Hasta ahora sólo lo saben unos pocos.

-Y -siguió preguntando el ángel-, ¿qué has hecho para que todos lo sepan?

-Bueno dijo Jesús-, les he dicho a Pedro, Santiago, Juan y los demás; que se dediquen a contárselo a todo el mundo, hasta que lo sepan hasta los que viven en el último rincón de la Tierra.

El ángel se quedó pensativo, porque sabía lo despistados que son los seres humanos.

-Sí -siguió diciendo-; pero, ¿y si se les olvida a esos? ¿Y si se cansan de decírselo a otros? ¿Qué pasará si, allá para el siglo XX, los que saben la historia de Tu amor Te fallan

y dejan de contársela a otros? ¿Qué pasará entonces? ¿Es que no has hecho ningún otro plan?

-No he hecho ningún otro plan. *Cuento con ellos. Me fío de ellos* -fue la respuesta de Jesús.

Jesús murió para darnos el Evangelio; y ahora cuenta con nosotros para transmitírselo a todos los demás.

(iii) El Evangelio es la consumación de la Historia. Es algo que existía desde todos los tiempos, y que ha venido y se ha revelado al mundo en la Persona de Jesucristo. Algo absolutamente nuevo sucedió cuando Jesús vino al mundo: la eternidad invadió al tiempo y Dios apareció en la Tierra. Su venida fue el acontecimiento al que se dirigía toda la Historia anterior y del que fluye toda la Historia posterior. Después de la venida de Cristo, el mundo ya no puede seguir siendo el mismo. Fue el acontecimiento central de la Historia, y por eso fechamos el tiempo en *antes de Cristo y después de Cristo, a. C. y d. C.* Es como si, con Su venida, la vida y el mundo empezaran de nuevo otra vez.

(iv) El Evangelio es para *toda* la humanidad, y así ha sido *siempre*. No solamente para los judíos; su salida a todo el mundo no fue algo que ocurrió después. «De tal manera amó Dios al mundo», y no solamente a Israel. Los profetas, tal vez sin darse cuenta del todo, intuyeron y anunciaron el tiempo en que todos los pueblos conocerían a Dios. Ese tiempo no ha llegado todavía; pero es el propósito de Dios que algún día Su conocimiento cubra toda la Tierra como las aguas cubren el mar, y es nuestro privilegio el colaborar en que el propósito de Dios se haga realidad.

(v) El Evangelio conduce al mundo a la obediencia, a ser el mundo en el que Dios es el Rey. Pero esa obediencia no la impone una ley de hierro que quebranta al que se opone; es una obediencia que brota de la fe, una rendición que es la conquista y el resultado del amor.

Para Pablo, el cristiano no es uno que se ha rendido a un poder ineludible, sino uno que se ha enamorado del Dios que ama a todos, y Cuyo amor se ha revelado para siempre en Jesucristo.

Así termina el largo argumento de la *Carta a los Romanos*: con un cántico de alabanza al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo.